Viola Ardone

La decisión

En la Sicilia de los años sesenta las mujeres siguen oprimidas por la familia, la tradición e incluso la ley. No importan los ardides que un hombre herido utilice: una mujer debe someterse a él. En esas circunstancias, y aun a riesgo de enfrentarse a todo el pueblo y pagar un alto precio por ello, la joven Oliva inicia una revolución silenciosa para conquistar su derecho a tomar libremente la más difícil de las decisiones: qué hacer con el resto de su vida.

La decisión se inspira en un caso real impactante y en las vivencias de todas aquellas mujeres que eran forzadas a casarse con sus agresores. Pero es una historia que trasciende poderosamente la época y el escenario que la acogen, que se pregunta qué empuja a una persona a emprender batallas más grandes que una misma y que demuestra que a veces un gesto anónimo es capaz de iniciar algo extraordinario.

Viola Ardone

La decisión

ePub r1.0
Titivillus 01-10-2023

Título original: *Oliva Denaro*
Viola Ardone, 2022
Traducción: María Borri
Fotografía de la portada, Marpessa, fotografiada para
DOLCE & GABBANA. 1987 © Ferdinando Scianna / Magnum Photos
/ ContactoPhoto

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Carolina y Enzo, mis padres

PRIMERA PARTE

1960

1

La mujer es como un cántaro: quien lo rompe se lo queda, eso dice mi madre.

A mí me habría gustado más nacer hombre como Cosimino, pero cuando me concibieron nadie pidió mi opinión. Dentro de la barriga los dos estábamos juntos y éramos iguales, pero crecimos distintos: yo con la camisola rosa y él con la celeste; yo con la muñeca de trapo y él con la espada de madera; yo con el vestidito de flores y él con calzón de rayas. Cuando teníamos nueve años, él ya sabía silbar, con y sin dedos, y yo me recogía el pelo sola, sujetándolo arriba o en la nuca. Ahora que ya tenemos casi quince, él mide diez centímetros más que yo y puede hacer muchas más cosas: callejear por el pueblo de día y de noche, llevar pantalón corto y, los días de guardar, incluso largo, hablar con hombres y mujeres de todas las edades, tomarse una copa de vino mezclado con agua los domingos, soltar tacos, escupir y, cuando llega la temporada, correr hasta la playa y darse un chapuzón en traje de baño. Yo estoy a favor de los chapuzones.

De los dos, mi madre prefiere a Cosimino porque tiene la piel clara y el pelo rubio, como mi padre, y yo en cambio soy tan oscura que parezco un cuervo. Él no es un cántaro. No se rompe. Y si se rompe se arregla.

A mí siempre me ha gustado estudiar, y en cambio a Cosimino no se le daba nada bien. A mi madre nunca le importó; solo le dijo que tendría que arremangarse y buscar un buen empleo para no acabar como mi padre. Yo lo miraba mientras él estaba en cuclillas en el huerto, cuidando de las tomateras, y no me parecía que estuviera acabado; al revés, a mi padre le gusta empezar siempre algo nuevo, como el día en que, con el dinero que sacó vendiendo los caracoles que habíamos recogido después de una lluvia abundante, consiguió comprar unas gallinas. Me dijo que el nombre de los animales podía elegirlo yo, y a mí me gustan los colores:

Rosita, Celestina, Verdiña, Violeta, Negrita… Luego se empeñó en construir el gallinero con unas tablas de madera y yo le iba pasando los clavos; después le tocó el turno al comedero y yo lo ayudaba con el serrucho. Cuando todo estuvo listo, le pregunté:

—¿Y si lo pintamos de amarillo, papá?

Mi madre metió baza:

—¿Qué les va a importar a las bestias si es negro o amarillo? Son ganas de gastar dinero…

—Con el amarillo estarán más contentas —señalé yo—. Y si están contentas pondrán más huevos.

—Mira tú… ¿Te lo han soplado al oído?, —preguntó mi madre. Luego nos dio la espalda y volvió a entrar en casa soltando maldiciones en su dialecto, el calabrés de Cosenza, que es distinto del siciliano. Habla así cuando está de los nervios para que no entendamos lo que dice, y se queja de haber venido aquí, al sur.

Mi padre cogió una brocha, la sumergió en el cubo de pintura amarilla y, cuando la sacó, el color iba goteando dentro, como unos huevos batidos y listos para hacer una tortilla; incluso me parecía oler el aroma. Yo estoy a favor de la tortilla.

Pintábamos juntos, y a medida que íbamos pasando la brocha el color brillaba a la luz del sol.

—Salvo Denaro, serás cabezota… y tú, hija, tres cuartos de lo mismo —soltó mi madre cuando volvió al patio. Siempre que se enfadaba lo llamaba por su nombre y apellido, como si fuera una maestra en clase—. Aún ha de llegar el día en que me hagas caso. Y tú te has puesto a trabajar con la falda de los domingos… ¡Dios no quiera que se ensucie! Ve a cambiarte y procura ir limpia —ordenó quitándome la brocha de las manos—. Para algo parí también a un varón —añadió dirigiéndose a mi padre, y llamó a mi hermano.

Cosimino vino al corral y se puso a darle a la brocha de mala gana, pero al cabo de diez minutos empezó a dolerle la mano y se largó a la chita callando. Mientras tanto, yo había ido a ponerme la bata de estar por casa y seguí trabajando con mi padre hasta la noche, cuando las gallinas se metieron encantadas a dormir en su casita amarilla.

A la mañana siguiente encontramos a una tiesa: era Celestina.

—¡Ha sido por respirar los vapores de la pintura!, —exclamó mi madre en calabrés.

—Esto es gripe aviar —me dijo mi padre en voz baja.

Yo no sabía a quién creer: ella se pasa el día hablando y tiene reglas para todo, así que es fácil desobedecer. Mi padre, en cambio, a menudo calla y por eso nunca sé qué tengo que hacer para que me quiera.

Así las cosas, enterramos la gallina en la parte trasera del huerto, y él dibujó en el aire una cruz con los dedos índice y corazón juntos.

—Descanse en paz —dijo, y volvimos a casa. «La vida de los animales también es dura», pensé yo.

2

Desde entonces no volví a pintar con mi padre. Mi madre dice que si todavía no me ha visitado san Andrés, el que viene una vez al mes, es porque mi padre me ha criado como si fuera un varón. Yo no estoy a favor de san Andrés; solo lo vi una vez y me dio miedo. Una mañana, después de desayunar, entré en el baño y me topé con una palangana llena de paños manchados de rojo que flotaban en un agua del color del óxido. Aquello parecía el cuerpo de un pequeño animal moribundo. Mi madre entró detrás.

—¿Qué estás mirando?

Me alejé de la bacinilla sin contestar.

—Es por lo de san Andrés —me reveló.

Luego tiró el agua sucia y empezó a frotar los paños con una pastilla de jabón hasta dejarlos otra vez limpios.

—Ya llegará el día en que te toque a ti también —dijo, y yo empecé a rezar a todos los santos para que ese día no llegara nunca.

Las reglas de san Andrés son, a saber: camina cabizbaja, no te entretengas por ahí y quédate en casa. Sin embargo, mientras no llegue el santo, puedo trabajar en el huerto, ir al mercado a vender verdura, ranas o caracoles con mi padre, tirar piedras con tirachinas a los chicos cuando le toman el pelo a mi amigo Saro, que cojea de una pierna, correr por la calle principal con Cosimino y acabar sudando como un pollo y con las rodillas negras de tierra. A mis amigas ya las ha visitado san Andrés. Desde entonces, llevan las faldas más largas, les han salido granos en la cara y se les marcan los pechos debajo de la blusa. A Crocifissa incluso le ha crecido un bigote ralo, y los chicos han empezado a llamarla «el brigante Musolino». Pero ella no hace ni caso: anda por ahí poniendo cara de sufrimiento, agarrándose la barriga como si estuviera embarazada y preguntándoles lo mismo a todas las amigas con las que se encuentra: «Yo estoy manchando. ¿Y tú?», como si le hubiese tocado la lotería.

A san Andrés los hombres no lo ven ni de lejos. Ellos no son como nosotras: crecen despacio, no se hacen mayores de golpe.

A las puertas de la escuela siempre hay un familiar que espera a mis compañeras para acompañarlas a casa, mientras que antes volvían solas. Cuando se cruzan con chicos por la calle bajan la mirada, aunque saben de sobra que ellos se fijan mucho en ese punto donde la tela aprieta, presa de los botones, y por eso andan cabizbajas, pero con la espalda bien tiesa, hasta el punto de que los ojales casi revientan. Se parecen a las gallinas de mi padre. Gallinas presumidas.

Mi hermana mayor tiene cuatro años más que yo y ella también era presumida antes de casarse. Tiene la piel y el pelo claros, como mi padre, y cuando salía a la calle los hombres no le quitaban ojo: cuanto más la miraban, más presumía ella, y cuanto más presumía más la miraban. Lo sé muy bien porque yo era la encargada de vigilarla, que mi hermano Cosimino nunca estaba al caso. Se llama Fortunata, pero ya no le queda fortuna. Que si una mirada hoy, que si otra mañana: una mirada de más y se encontró con un niño en la barriga. Luego se supo que el responsable del desaguisado había sido Gerò Musciacco, el sobrino del alcalde. Yo me enteré porque, después de cenar, mi madre, mi padre y ella se quedaban en la cocina hablando bajo. Pero el secreto no era tal, pues todo el pueblo estaba ya al corriente.

El padre de Gerò Musciacco no quería que su hijo se casara con ella porque nosotros somos pobres; mi hermana Fortunata lloraba y mi madre daba puñetazos en la mesa, soltando improperios en calabrés.

—¡Dios no quiera que tengamos que apechugar con tu deshonra!

Mi padre se quedaba en silencio. Yo estoy a favor del silencio.

—¡A escopetazo limpio tienes que hablar con Musciacco, a escopetazo limpio!, —insistió un día mi madre.

Él se sirvió un vaso de agua, bebió con calma, se secó la boca con la servilleta, se levantó de la mesa y solo dijo:

—Va a ser que no —y volvió a sus faenas en el huerto.

Desde ese día nadie abrió la boca durante un mes, excepto mi hermano, que era muy joven y no se metía en esos asuntos.

Yo estaba convencida de que la culpa era mía porque una noche, en vez de vigilar a Fortunata, había ido a casa de Saro a comer

pasta con anchoas, una delicia que su madre cocinaba expresamente para mí. Yo estoy a favor de las delicias. A lo mejor fue entonces cuando el tipo aquel aprovechó para meterle el niño en la barriga.

Una mañana mi madre salió de casa muy arreglada y volvió cuando ya era de noche. Al día siguiente, Fortunata se despertó temprano y empezó a tejer dos peúcos de ganchillo. Mi padre la miraba mientras ella iba trabajando.

—¿A ti te parece bien casarte con ese hombre?, —le preguntó.

Ella agachó la cabeza y tiró del hilo del ovillo. Dos meses más tarde se celebró la boda, y a partir de entonces tuve la habitación para mí sola.

Las reglas del matrimonio son, a saber: ponte un vestido blanco, camina hasta el altar y di que sí. Durante el banquete de bodas, la Scibetta, que vive en un hermoso edificio donde cada año mi madre y yo vamos a cardar la lana de los colchones y de vez en cuando a hacer trabajos de costura, fue contándole a todo el mundo que el padre de Gerò Musciacco había dado su consentimiento porque recibió recado de su prima, la baronesa Careri, a quien había recurrido el párroco, don Ignazio, que a su vez había recibido la petición de parte de Nellina, su ama de llaves, que era la madrina de Fortunata y a la que mi madre había convencido el día que salió pronto de casa.

Fortunata aparentaba no prestar atención a tantas habladurías, pero había cambiado: ya no presumía, y el traje de novia parecía que fuera a reventar de un momento a otro, y no por culpa de los pechos, sino por aquella sandía bien redonda que abultaba bajo el vestido blanco.

Después de la boda se fue a vivir a casa de Musciacco. No la vimos durante tres meses; luego, un buen día, Nellina se la encontró en la sacristía, sin barriga y con el rostro descompuesto. Ya no había niño y ella tenía moratones en los brazos y en la cara; dijo que se había caído por la escalera. El ama de llaves fue e informó a la baronesa, que se quejó a su primo, que le cantó las cuarenta a su hijo, pidiéndole que tuviera más cuidado con su mujer. Fortunata volvió a su casa, se puso un vestido negro y desde entonces no se lo ha quitado. Nadie va a visitarla y ella no sale, así se ahorra otro resbalón escaleras abajo. En cambio, Gerò se pasa el día entretenido, solo o en compañía, como si aún estuviera soltero.

Cuando anda por la calle no les quita ojo a las chicas, como si también quisiera meterles un niño dentro a todas ellas.

3

A mí nadie viene a buscarme a la escuela. También Liliana, otra de mis compañeras de clase, vuelve sola, pero lo suyo es otra cosa porque su padre, el señor Calò, es el comunista del pueblo. La señora Fina, su mujer, sale de casa a trabajar como si fuera un hombre, y a él poco le importa que la gente del pueblo diga que no es capaz de mantener a su familia.

Calò lleva barba y gafas de leer, presume de tener estudios, pero en el fondo es un pelele, dice mi madre, y habría que ver si ha terminado la secundaria. Él se empeña en querer hablar con la gente y el segundo jueves de cada mes reúne a las personas en un viejo almacén atestado de redes de pesca en la zona baja del pueblo, cerca del mar, para hablar de los problemas que hay en Martorana, como si con eso se pudiera arreglar algo. Lo que fue sigue siendo, dice mi madre. Por mucho que amases las palabras, no van a convertirse en pan.

Liliana es la que de verdad le saca provecho al comunismo del padre: puede salir sin que nadie la vigile, llevar pantalones como los hombres, leer fotonovelas y un montón de revistas que traen consultorio sentimental y fotos de las estrellas de cine. Yo al cine nunca he ido porque mi madre dice que las películas solo te llenan la cabeza de pájaros, así que me conformo con mirar los carteles que cuelgan en la fachada; luego dibujo las caras en una libreta, pero a escondidas. Liliana habla de tú a tú con los hombres, y en principio yo no debería ir con ella porque es una fresca, pero somos las únicas que no llevamos carabina y después de clase vamos caminando un trecho juntas. Al principio yo no le dirigía la palabra, pero un buen día ella me enseñó una revista con la foto del bello Antonio, el galán de la película de Marcello Mastroianni. Le pregunté si podía hojear la revista porque cada vez que lo veo siento mariposas en el estómago. Ella me la dejó encantada, me la regaló incluso, diciendo que, según las normas del comunismo, las

cosas hermosas hay que compartirlas. Desde entonces estoy muy a favor del comunismo.

Me metí la revista debajo de la blusa y, al llegar a casa, la escondí detrás del cabecero de mi cama, donde también guardo un estuche con un pintalabios que encontré en el baño de la escuela y la libreta con los retratos a lápiz de las estrellas de cine.

Cuando estábamos en primaria, Liliana y yo éramos las preferidas de la maestra Rosaria: ella se llevaba la palma cuando tocaba multiplicar, pero yo la ganaba en Gramática. La maestra pegaba unas estrellitas en la pechera de la bata blanca de las más cumplidoras. Las reglas de las estrellitas eran, a saber: lee de corrido, escribe sin manchar la hoja y calcula mentalmente sin utilizar los dedos. Liliana y yo íbamos a la par, pero ella se sabía algunas palabras de política que había oído en las reuniones de su padre, y presumía de ello. Decidí que yo también iba a especializarme en algo; la maestra había traído libros de su casa y los había colocado en una estantería al fondo del aula, así que podíamos leerlos siempre que quisiéramos. Tenían hojas blancas y lisas que se deslizaban bajo los dedos, ilustraciones de colores y montones de animales que hablaban. Yo no estoy a favor de los animales que hablan porque lo bueno de las bestias es que callan, como mi padre.

A mí me gustaba el diccionario: dentro hay un montón de palabras desconocidas que sirven para formular ciertas ideas que a veces me rondan la cabeza pero no sé explicar. Una mañana había olvidado en casa el cuaderno de Matemáticas, así que me puse de pie y solté:

—Disculpe, señora maestra, pero he *destituido* el cuaderno y lo tengo en casa —dije para ver qué tal funcionaba el nuevo vocablo.

Ella, en vez de echarme una bronca, me puso otra estrellita. Nos dijo que la cultura nos salva y nos lleva lejos. Yo no quería irme a ningún lado, pero me gustaba el sonido de aquel verbo altisonante.

Cuando faltaba poco para acabar la primaria, la maestra Rosaria se marchó y alguien metió los libros con las ilustraciones en una caja y se los llevó; también desapareció el diccionario con todas las palabras dentro. Suerte que ya había copiado muchas en la libreta y podía soltarlas cada vez que me diera la gana. La gente que me oía me miraba con suspicacia, como si fuera superior a ellos, pero con

mi madre no coló: cuando me preguntó qué tal el maestro nuevo que había sustituido a Rosaria, yo le contesté:

—Resulta tedioso.

Recibí un bofetón y una maldición en calabrés:

—Dios no quiera que vuelva a oír eso de tu boca, que a las mujeres no les convienen ciertas palabras.

4

Cuando llegó, el nuevo maestro ya peinaba canas; se llamaba Scialò y venía cada mañana de la ciudad en autocar. Le faltaba poco para jubilarse y por eso había vuelto a Sicilia después de haber ejercido durante muchos años en Roma, al norte. Nos contaba que había compartido mesa incluso con el ministro de Educación, y como lo repetía al menos una vez al día, empezamos a llamarlo «señor *minestro*».

El *minestro* no daba clase como la maestra Rosaria. El primer día sacó de una cartera de piel raída un librito de hojas grises.

—Adelante, niñas. —Y empezó a dictar un poemita titulado «El adiós de la bata blanca». El autor era amigo suyo y a él le gustaba tanto que había decidido que teníamos que aprenderlo de memoria para el examen de fin de curso.

Triste es este día, querida,
en que te separas de mí.
Tú quizá no sientas la herida
de mi pobre corazón,
que sufre tal desazón.

Con la cabeza gacha encima del pupitre, copiamos en el cuaderno los versos del poema. Quien hablaba era la bata blanca: se lamentaba porque tenía que despedirse de la niña que estaba a punto de empezar secundaria y ahora llevaría bata negra. Antes de dejarla, le daba unos cuantos consejos:

Yo tiemblo, niña mía, porque
ha llegado para ti
la edad peligrosa.

Yo no estoy a favor de los consejos. Me recuerdan a los cuentos de

los animales que hablan. El *minestro* se aclaraba la voz y seguía con el dictado, mirándonos a la cara una por una, como queriendo avisarnos justo a tiempo del peligro que nos acechaba a todas.

Mantente virtuosa,
que de ti nada malo haya que oír,
no te dejes arrastrar
por las malas compañías
y mantén a distancia
las revistas con tantas maledicencias,
que de poco sirve la ciencia
si se pierde la inocencia.

—Señor maestro, ¿*cencia* se escribe con «i»?, —preguntó Rosalina, sentada en un pupitre en el fondo del aula.

Liliana y yo nos miramos escandalizadas desde los extremos opuestos de la clase.

—¿E *inociencia*?, —volvió a preguntar Rosalina después de que el maestro contestara a su primera pregunta.

—No te preocupes, Rosalina, que tú nunca vas a perder tu *inociencia* por culpa de la *cencia* —solté yo en voz alta.

Todas mis compañeras se rieron, pero el *minestro* interrumpió el dictado y se acercó a mi pupitre. Antes de que abriera la boca, intenté ganármelo con mis juegos de palabras:

—Maestro, disculpe usted la argucia.

—Para llegar a ser una chica decente —dijo él— no basta con saberse unos cuantos vocablos de más. Incluso mi loro podría repetirlos si está bien amaestrado. Este es el resultado de una mala enseñanza —concluyó mirando la estantería vacía donde antes estaban los libros de la maestra Rosaria, y siguió dictando.

Que lo tuyo sea estudiar con diligencia,
olvida los folletines,
deja los figurines y no busques bailarines…

Cuando acabé la primaria, mi bata blanca se convirtió en un montón de trapos que servían para dar brillo a los pocos cubiertos de plata que mi madre había traído de Calabria. Al volver a verla los días en que tocaba limpieza semanal, aún me parecía oír la voz

del viejo maestro: «Mantente virtuosa, que de ti nada malo haya que oír, no te dejes arrastrar…».

En verano, mi madre me tomó la medida de hombros, cintura y caderas para la bata nueva. Cuando estuvo lista, me la probé; ella se arrodilló y me pidió que fuera dando vueltas sobre mí misma para comprobar la hechura del dobladillo. Luego se puso de pie y me pellizcó la barbilla con el índice y el pulgar.

—Te va como un guante. Hazme el favor de mantenerte limpia.

La bata me sirvió durante los tres años de secundaria porque la cuidé mucho y porque al principio me iba un poco ancha.

Una vez aprobado el examen final de secundaria pedí seguir estudiando, pero mi madre se opuso negando con la cabeza.

—¿Es que pretende ser una luminaria de la ciencia?, —le preguntó a mi padre. Él no hizo ningún comentario y se fue a trabajar al campo. Una semana más tarde le mostró una hoja de papel firmada por él, con su letra torcida y grande: me había apuntado a Magisterio.

—Si tu hija mayor no ha caído en la deshonra es gracias a mí —le gritó ella.

—Dentro de cuatro años, con un diploma en las manos, podrá trabajar como maestra y ser independiente —contestó mi padre.

—¿Independiente de quién?, —soltó ella sin más.

—De la familia, del marido… —razonó él.

—¿Y cómo va a encontrar marido si no levanta la cabeza de los libros?, —replicó ella.

Mi padre se encerró en su silencio habitual y salió a dar de comer a las gallinas. Ella fue detrás, gritando en calabrés:

—Un hombre que no sabe cuidar de sus mujeres no es hombre ni es nada. En esta familia no hay lobo…, ¡solo una maldita oveja!

Luego supimos que la Scibetta también había apuntado a su hija Mena, la menor, así que al día siguiente mi madre deshizo el bajo de la bata, sacó la tela que estaba doblada en su interior y la remató con unas puntadas invisibles. Cuando vi la tela negra asomando por aquel repliegue escondido se me ocurrió que quizá ella misma había pensado en la posibilidad de que yo continuara estudiando. A menos que tuviera la manía de preverlo siempre todo.

5

Cuando yo era pequeña mi padre se iba solo al campo a por caracoles, y a la vuelta lo veía llegar de lejos: con el pelo rubio que brillaba a la luz del sol, me parecía grande y fuerte como un gigante. Una mañana me desperté al amanecer, cuando los demás aún dormían, y le dije que quería ir con él. Desde entonces me convertí en su ayudante. Caminábamos muy juntos, escrutando las hojas, y si él avistaba caracoles me apretaba dos veces la mano, muy suavemente. De vez en cuando yo me entretenía cogiendo margaritas. Cerraba los ojos y movía los labios en silencio: me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere, me quiere.

Pasó el tiempo y, hace un mes, cuando ya estábamos listos con las botas de agua puestas y los cubos en la mano, mi madre me miró con atención, como si me viera por primera vez.

—Esa falda es indecente, por detrás te va corta —dijo—. Dámela, que la voy a arreglar. No puedes ir por ahí con eso puesto.

Mentira: la falda bajaba recta cubriendo mi cuerpo flaco como el de un chico, pero ella no se resignaba a que el tiempo pasase y yo estuviera siempre igual.

—Que no vamos de fiesta, sino a buscar caracoles —contesté.

Estiré con las manos la tela áspera de la falda para demostrarle que todo estaba en su sitio, pero al final me fui al baño y me la quité. Me puse una vieja y deformada que me tapaba las rodillas huesudas. Mi padre me estaba esperando con el cubo y el cuchillo en la mano. A veces, en lugar de ir a por caracoles íbamos a cazar ranas, y ahí la cosa se complicaba: los caracoles se quedan quietos en su concha, pegados a la roca, pero las ranas van saltando de un sitio a otro a lo loco.

—A tu edad, yo ya llevaba sostén y medias —continuó diciendo mi madre mientas yo alcanzaba a mi padre en la puerta de casa—, pero en aquellos tiempos éramos más prudentes. Nuestros padres no

nos dejaban hacer lo que nos diera la gana, como hoy en día. Y mira que había un montón de muchachos que me rondaban…

Me quedé tan sorprendida que se me cayó el cubo de las manos: estaba convencida de que, de joven, ella era caracol, y ahora resultaba que había sido rana.

—Siempre me conservé limpia —precisó—; no me hacía falta una carabina que me siguiera a todas partes. Además, en mi tierra, quien dijera una palabra de más se arriesgaba a tener que callar para siempre. Hoy es distinto, hay demasiada libertad: la radio, el cine, los bailes… Todo eso en mi casa ni se lo podían imaginar. Y la gente se pasa el día dándole a la sinhueso; incluso vienen y te cuentan lo que sea antes de que pase. Por eso a las hijas, cuando crecen, hay que apartarlas. Aquí el varón tiene alma de bandido y la mujer es como un cántaro: quien lo rompe se lo queda.

Impaciente, empecé a columpiarme moviendo el peso del cuerpo de un pie a otro; cuanto más tiempo pasara, menos caracoles encontraríamos, que esos bichos salen a la luz temprano.

—A ver, Cosimino, ¿tú te quedarías con un cántaro roto?, —le preguntó a mi hermano gemelo, que aún llevaba el pijama puesto y el pelo revuelto por el sueño.

Él esbozó una sonrisa porque ya se sabía muy bien las reglas del buen hermano: vigila a tu hermana, procura que la respeten, amenaza a cualquiera que no lo haga. Y puede que le diera vergüenza tener una hermana que aún andaba por ahí con la falda por encima de las rodillas y zuecos en los pies, como un chicarrón vestido de mujer. La hija feúcha de Amalia y Salvo Denaro, decía la gente, flaca y huesuda, con los ojos como dos olivas, la boca fina en el rostro ancho y oscuro, el pelo tan negro que parece un cuervo… ¿No será de esas brujas que traen mala suerte? Siempre anda por ahí sola y hecha un pingajo, solo se lleva bien con Saro, el hijo cojo de don Vito Musumeci: la madre borda ajuares en casa ajena y su propia hija se va a quedar para vestir santos.

Cuando íbamos juntas a entregar los trabajos de costura a las clientas, ella se esmeraba mostrando lo bien que se me daba bordar, y las señoras en cuestión me obsequiaban con una galleta o una rebanada de pan con un velo de mermelada por encima, añadiendo una caricia piadosa porque pensaban que iba a pasarme la vida entera cosiendo el ajuar de las demás.

—Déjalo, mamá —replicó Cosimino, frotándose los ojos—; déjalo, que ese cántaro no hay quien lo quiera.

—Ya veremos quién se la queda —contestó mi madre—. Lo importante es que la pille cuando aún está entera. Una vez casados, ya sabrá él qué hacer con ella.

Yo no estoy muy segura de estar a favor del matrimonio; no quiero acabar como Fortunata, que se quedó preñada de Musciacco mientras yo me comía un plato de pasta con anchoas en casa de Nardina. Por eso siempre voy por la calle al trote: el aliento de los hombres es como el aire de un fuelle que tuviera manos y pudiera llegar a tocar tus carnes. Así que corro para volverme invisible, corro con este cuerpo de hombre y este corazón de mujer, corro por los días en que ya no podré correr, por mis amigas, que llevan zapatos cerrados y falda larga y solo pueden andar a paso corto y lento, y también por mi hermana, que se ha quedado enterrada en casa, aunque aún esté viva.

—Te quedarás aquí, Oliva —dijo finalmente mi madre—. De ahora en adelante va a ir tu hermano a por caracoles y ranas, que esa no es faena de mujeres.

Me agarró un brazo y me obligó a sentarme.

—A Cosimino le falta práctica —intervino mi padre, mirándose la punta de los zapatos.

—Pues ahí estás tú para enseñarle cómo se hace, ¿o es que ni siquiera sabes hacer eso, que es lo único que se te da bien?

Cosimino fue a vestirse de mala gana, luego cogió mi cubo y salió a la calle siguiendo a mi padre. Desde la ventana los vi alejarse por el campo al amanecer, los dos callados como muertos.

6

—¡Oliva! No te quedes ahí papando moscas…

Mamá me llamó desde la cocina. Yo estaba asomada a la ventana y esperaba a que llegara mi padre para ir corriendo a su encuentro como una liebre y contar los caracoles. Tenía miedo de que Cosimino hubiera cogido más que yo.

—¿Has puesto agua limpia?, —me preguntó mientras restregaba las baldosas del suelo.

—Sí —le dije yo; fui arrastrando el cubo hasta el dormitorio y me incliné para mirar mi reflejo en el agua.

—La vanidad es hija del demonio —sentenció. Distraje la mirada del cubo y sentí vergüenza. Ella estaba agachada y fregoteaba con la esponja de grano grueso—. Yo también era presumida a tu edad, no creas… Me entretenía mirándome y remirándome, pero eso luego se te pasa. —Soltó una tos bronca, que era su manera de reír —. Te pones guapa, los chicos te miran por la calle, te casas, tienes hijos y eso ya es agua pasada.

Escurrí el trapo y me agaché a su lado para frotar las baldosas. A mí me parecía que ella aún era guapa, y en cambio, cuando yo me asomaba a la palangana, mi cara era del mismo color que el agua: gris y opaca.

Se fue a vaciar el cubo al huerto, en la parte trasera de la casa, y se secó el sudor de la frente con el antebrazo.

—Mi madre parió a otras cuatro, además de tenerme a mí. Todas hembras —siguió contándome—. Había dos mayores y dos más pequeñas. El varón no había llegado. Mi padre habría seguido intentándolo, pero ella ya no podía más. «Tenemos que casar a cinco, Mimmo, cinco», le decía, abriendo la mano y estirando bien los dedos frente a su cara. Yo me creía la más hermosa: la vanidad fue mi ruina.

Me puse a fregar el suelo con más energía porque tanta confianza me abochornaba. Ella siguió hablando:

—Me enviaron a hacer faenas al despacho de un notario. Tenían la esperanza de que ahí encontrara novio; no digo que fuera el notario en persona, pero quizá alguien que estuviera de paso en el despacho: un becario, un abogado, alguien que hubiera recibido una herencia… Y yo voy y me encapricho de un joven siciliano que había acudido a firmar la renuncia a una herencia. Un tío suyo, calabrés, había muerto dejando nada más que deudas. Era rubio, de ojos verdes, hablaba poco y era amable. Mi madre exclamó: «¿Me estás diciendo que vas a arruinarte la vida por esos veinte centímetros de cara bonita?».

Volvió a soltar su risa bronca, que se confundía con la tos.

—No quise hacer caso de mi madre, así que nos fugamos. Nos organizamos para dar la espantada: cruzamos el estrecho de noche, con el mar agitado. Menuda luna de miel… ¡Las flores de azahar las olí en el retrete del barco con el estómago hecho papilla!

Se pasó una mano por el vientre, como si aún le doliera.

—Tenía razón mi madre, que era una santa. Se fue de este mundo al parir al último hijo, el dichoso varón que mi padre le pedía. Se fueron los dos a la vez, que en paz descansen. Tú escúchame a mí, que soy tu madre. Mis ojos siempre te siguen, y te estoy vigilando incluso cuando tú no me ves. La vanidad es hija del demonio.

Yo no estoy a favor del demonio, así que salí a tirar el agua, y cuando vi llegar a mi padre y a Cosimino detrás con el cubo en la mano me faltó valor para contar los caracoles y saber si me había echado de menos.

7

Liliana no es como yo: ella es guapa, pero ni se le pasa por la cabeza la idea de casarse. Dice que a una mujer le hace tanta falta un hombre como un traje de ceremonia a una oveja.

—¿Y qué vas a hacer?, —le pregunté un día que volvíamos juntas de clase—. ¿Vas a vivir como una vagabunda? Además, las mujeres que no paren acaban enfermas de los nervios, dice mi madre.

Liliana me pasó una revista nueva que escondí entre los libros y sonrió.

—Me iré al norte y buscaré un trabajo.

—¿Quieres hacer de criada toda tu vida?

—Hacer de criada no es la única opción para una mujer… Seré diputada en el Parlamento, como Nilde Iotti.

—¿Y esa quién es? ¿Una colega de tu padre?

Liliana levantó las cejas con aire de superioridad, como cuando en primaria a ella le daban una estrellita y a mí no. De repente, sentí envidia: no sabía quién era la tal Nilde, e incluso ignoraba que existiera la palabra *diputada*. En el diccionario de la maestra Rosaria, el femenino de algunas palabras como *ministro, alcalde, juez, notario* o *médico* ni siquiera aparecía.

—Mi padre dice que el cambio tiene que empezar justo aquí, con nosotras, las mujeres del sur. Durante siglos nos han enseñado a callar y ahora tenemos que aprender a dar guerra —me explicó, como si yo fuera una niña.

—Una mujer que da guerra no es decente —le contesté, pues me lo había dicho mi madre.

Liliana no hizo ningún comentario y siguió caminando; al rato se detuvo, me cogió de la mano y sonrió.

—¿Por qué no vas alguna vez a las reuniones en el almacén?

—Eso no puede ser, ¡que hay comunistas!, —respondí sin

pensarlo, pero enseguida me arrepentí.

—Va mucha gente, incluso algunos que ni siquiera te imaginas —me dijo con aire misterioso.

—¿Ha ido la Scibetta?, —pregunté asombrada.

—Ha ido tu padre, y más de una vez.

Se me revolvió la sangre y cambié de tema de conversación, no quería saber si aquello era verdad o mentira.

—Si cambias de idea, te regalo todas las revistas que tengo en casa.

Detrás del cabecero de mi cama había escondido las libretas donde reproducía las caras de los personajes, repartidos en distintas categorías según las tramas de las películas: «morenas desafortunadas», «rubias frívolas», «pelirrojas escandalosas» (aquí solo tenía el dibujo de Rita Hayworth) e «hijas del demonio» para las mujeres; «buenos valerosos», «feos malos», «enamorados desgraciados» y «guapos peligrosos» para los hombres. Había una sección aparte dedicada al bello Antonio.

Si Liliana me daba todos los números atrasados podría llenar otras dos libretas, pensé, y mientras tanto la voz de mi madre se hacía cada vez más débil en mi cabeza.

—¿También los suplementos?, —pregunté para estar segura.

Liliana asintió.

Cuando ya estaba en el cruce con la calle principal, cogí el desvío hacia nuestra parcela de tierra y fui corriendo hacia casa. De repente me detuve y le grité:

—Entonces voy.

Y seguí trotando.

8

Sin embargo, no fui. Pero un buen día, después de clase, Liliana me invitó a su casa para ayudarla a hacer unos retratos, y yo le dije que sí para presumir de mi pericia en dibujo. Esperaba encontrarme con lienzos y colores, pero ella me metió en un cuartucho oscuro con cuerdas para tender la ropa que lo cruzaban de lado a lado.

—Con tanto sol como hay fuera, ¿vas a tender la ropa aquí dentro?, —le dije, pero luego me acerqué y descubrí que colgando de las pinzas no había paños limpios, sino fotografías.

—Ven —me dijo, llevándome de la mano hasta una de las hojas que acababa de colgar—. ¿Qué ves?

Me fijé en el rectángulo de papel pero no vi nada.

—No sé, aquí dentro está muy oscuro —contesté algo molesta.

—No tengas prisa. Que una cosa es mirar y otra muy distinta, ver. Es algo que se aprende.

Era como si estuviéramos en primaria: ella siempre quería destacar, aunque ahora, en secundaria era yo quien se llevaba la palma con las declinaciones en los exámenes de la profesora Terlizzi. Afiné la mirada como cuando tenía que enhebrar una aguja. Quizá sería por el empeño que le ponía, pero me pareció que poco a poco algo iba aflorando en la blancura del papel.

Liliana sonreía, porque ya se sabía el truco. De tanto concentrarme, los ojos se me llenaron de lágrimas y ya no conseguía distinguir las formas en el papel de la sombra de mis pestañas húmedas, así que los cerré y comencé a frotármelos. Cuando volví a abrirlos, tenía enfrente una figura, una chiquilla oscura y huesuda, con el pelo alborotado.

Noté el estómago flojo y un foco de calor justo debajo de la barriga que se iba esparciendo por todo el cuerpo.

—¡Me has sacado una foto a escondidas!

Bajé la mirada. No me gustaba ver mi cara en un momento en que no sabía que alguien estuviera mirándome. Además, no era

culpa mía si Dios Nuestro Señor me había hecho fea. Liliana desplegó entonces unas cintas marrones que se retorcían como una piel de serpiente.

—¿No te gusta la foto?

—No lo sé.

—¿Te parece que está mal hecha?

—Está bien hecha; por eso no me gusta.

Esa que le había arrancado la pelota a uno que le tomaba el pelo a Saro porque andaba cojo, esa que corría hasta perder el aliento sin mirar atrás, esa que de repente se quedaba quieta, recogía una piedra y la lanzaba con un tirachinas, ese mono negro y con el pelo revuelto era mismamente yo.

Liliana esbozó una sonrisa, pero yo estaba disgustada.

—Es la primera vez que me veo en una foto, y que sepas que mirarse tanto no conviene: la suerte de la fea la guapa la desea, dice mi madre.

Me volví de nuevo y me acerqué a la hoja donde aparecía mi rostro. Liliana abrió un cajón y se puso a buscar algo en su interior. Sacó un espejo de mano con el mango de madera, que en la parte trasera llevaba pegado el rostro de una muñeca de trapo con trenzas de lana marrón.

—Toma —me dijo. Lo rechacé con la mano, pero como insistía, miré.

Los labios carnosos, quizá no tanto como los de Liliana, pero que desde luego ya no eran los labios de una niña; los ojos como dos hojas finas y alargadas, con dos olivas negras en el centro, la nariz pequeña y recta, las cejas espesas. Mi madre me había mentido: no era fea.

—Tengo que irme —dije.

—Te lo regalo —decidió Liliana mientras seguía desenrollando las cintas.

Metí el espejo dentro de la cinturilla de la falda, a escondidas, como si mi madre pudiera verme. Di unos pasos hacia la puerta, luego volví y pegué los ojos a la imagen que me miraba colgando de las pinzas. Ya no me pareció tan rara.

—¿Por qué me has fotografiado?

Liliana me cogió de la mano con sus dedos finos, tan distintos de los míos, que eran oscuros y nudosos como unas raíces de magnolio.

—Ven, que te voy a enseñar algo —dijo, y me llevó a un estudio oscuro y sin ventanas.

Colgando de la pared, apiladas en cajas amontonadas en el suelo, había otras fotos: Liliana que jugaba con una muñeca rubia, Geppino el carnicero que afilaba unos cuchillos dentro de su tienda, tres chiquillos roñosos que apuntaban con una cerbatana a una mujer asomada al balcón, el cura mientras se quitaba la sotana, dos chicas que caminaban cabizbajas y un muchacho que silbaba. Ella y yo, que volvíamos solas a casa después de clase. En una me pareció ver a mi padre, o quizá solo era un campesino que caminaba a lo lejos en dirección a la puesta de sol.

—Las ha hecho mi padre —dijo—. A veces las envía al periódico y se las pagan por pieza.

—Caras como esas las hay a miles —le solté—. ¿Qué tienen esas de particular?

Entre muchos campesinos con agujeros en los zapatos y tantas mujeres con un pañuelo negro atado bajo la barbilla había la foto de un hombre echado en la calle, tapado con una sábana blanca, al que solo se le veían los zapatos, con una mancha oscura en el centro. Parecía negra porque en las fotos no hay colores y hay que inventárselos. Y luego una plaza con tres muertos, sin sábana, y a su alrededor la sangre negra. Me tapé los ojos con las manos.

—Fotografiar a los muertos es sacrilegio —dije.

—Mi padre fotografía la vida, y en la vida cabe de todo. Incluso lo que no queremos ver.

—Tengo que irme —balbuceé. En aquel cuartucho hacía demasiado calor. «La vanidad es hija del demonio», repetía la voz en mi cabeza.

9

Cuando llegué a casa, mi madre no estaba. Había ido a ver a Pietro Pinna, nuestro vecino, al velatorio de su padre, que había muerto a los ochenta y cinco años. Las reglas de los funerales son, a saber: vístete de negro, da el pésame y llora con mucha entrega. Cuando en el pueblo se moría alguien siempre la llamaban a ella para el duelo, porque sabía mostrarse desconsolada incluso cuando le tocaban difuntos desconocidos. Luego volvía a casa con la cara relajada, como si de tanto llorar se le hubieran refrescado las mejillas.

Me encerré en mi habitación, moví el cabecero para meter allí el espejo de Liliana y cayó en mis manos el pintalabios. Saqué el capuchón e hice rotar la sección interior hasta que asomaron unos restos de carmín de un rojo intenso. Pegué la oreja a la puerta para estar segura de que nadie me pillaría. Mirándome en el espejo, hacía morritos y metía las mejillas hacia dentro, como las estrellas de cine en los carteles. Lo fui esparciendo en los labios, que enseguida se tiñeron de rojo. Le di otra pasada: el carmín me hacía cosquillas en la piel. Ahora los labios destacaban en el centro del óvalo oscuro de mi rostro y era como si absorbieran los rasgos. ¿Era yo esa boca? ¿Era yo esa cara en el centro del marco de madera? Levanté la barbilla, entrecerré los ojos y apoyé los labios en la superficie. El frío se me pegó a la boca y me alejé avergonzada. En el cristal quedó una mancha roja con forma de corazón algo borrosa. En ese momento sentí un dolor en el bajo vientre que irradiaba hacia la espalda, como si algo rebullera en mis vísceras. Pensé que era el castigo del demonio. Vete tú a saber si se me había metido un niño en la barriga, si estaba embarazada como Fortunata y me entregarían a alguien deprisa y corriendo, antes de que pudiera salir la criatura.

Fui al baño y me restregué tanto la boca que incluso me escocían los labios.

A la hora de la cena, mi madre no se dio cuenta de que ya no estaba yo tan limpia, y mientras aclaraba los platos parecía contenta: el llanto de los muertos le había dejado una sonrisa. A fin de cuentas, no era verdad que sus ojos podían controlarme en cada momento.

10

El almacén era oscuro y olía a pescado, Liliana estaba sentada en la primera fila con una libreta abierta en la falda y un bolígrafo en la mano. La reunión ya había empezado y me coloqué al final de todo, de pie, cerca de la puerta. Antonino Calò estaba en el centro de la estancia, hablaba poco y miraba a la gente a la cara, y eso no lo hace un buen cristiano, especialmente cuando se trata de una mujer, decía siempre mi madre. Suerte que yo estaba escondida detrás de un montón de redes viejas, de manera que su mirada no me tocaba. Mujeres había pocas; solo unas cuantas viudas que, habiendo muerto el marido, Dios bendiga su alma, podían hacer lo que les viniera en gana. Yo estoy a favor de las viudas, porque solo se pertenecen a sí mismas.

Calò tenía voz de mujer, le hablaba a todo el mundo con dulzura y no contrariaba a nadie. La reunión era aburrida, y no entendía yo por qué mi madre me había prohibido ir, pero a esas alturas, encajonada como estaba detrás del amasijo de redes, no podía moverme. Calò hacía un montón de preguntas. Preguntas fáciles: ¿qué es una mujer?, ¿qué es un hombre?, ¿qué cualidades corresponden a cada cual? Cosas que saben incluso los niños de primaria: las mujeres hacen de mujer y se quedan en casa; los hombres hacen de hombre y se encargan del dinero. La gente opinaba y Liliana lo transcribía todo, como si estuviera tomando apuntes durante las clases de la profesora Terlizzi. Había momentos en que dos no se ponían de acuerdo y se armaba una bronca, pero Antonino intervenía con su voz fina, explicando que no estábamos ahí para discutir, sino para intercambiar opiniones y entender. ¿De qué servía entonces decir lo que uno pensaba, si nadie sabía si acertaba o se equivocaba? La maestra Rosaria, sin ir más lejos, cuando cometíamos un error nos lo decía. Te dolía, pero al menos aprendías. Un día, en la clase de análisis gramatical, nos dictó una frase: «La mujer es igual que el hombre y tiene los mismos

derechos». Todas las niñas nos pusimos manos a la obra, de cabeza en el cuaderno: *la*, artículo determinado, femenino singular; *mujer*, sustantivo genérico, femenino singular. Sin embargo, a mí no acababa de convencerme eso del femenino singular.

—Señora maestra, aquí hay algo que falla —dije yo, envalentonada.

La maestra había toqueteado sus bucles pelirrojos, que siempre llevaba sueltos y sedosos.

—¿A qué te refieres, Oliva? No te entiendo.

—La mujer nunca va en singular —contesté yo.

—Una mujer, muchas mujeres —contó con los dedos—. Singular, plural.

Pero yo no estaba convencida.

—La mujer en singular no existe. En casa está con sus hijos. Si sale, va a la iglesia, al mercado o a un entierro, y allí también está con otras. Y si no hay mujeres a su alrededor, tiene que haber un hombre que la acompañe.

La maestra se quedó parada, los dedos con las uñas pintadas de rojo en el aire, frunciendo la nariz, un gesto muy suyo cuando pensaba.

—Yo no he visto a una mujer en femenino singular en la vida —añadí tímidamente.

Ella suspiró y dictó otra frase, así que todas volvimos a agachar la cabeza mirando al pupitre, dispuestas a trazar letras en cursiva. Pensé que lo mío había sido una tontería que no merecía comentario, pero, al acabar la clase, mientras las demás salían, la profesora me pidió que fuera a su mesa. De cerca, el perfume de su pelo me embriagaba, y pensé que los hombres la seguían por la calle para oler ese perfume.

—Quizá tengas razón, Oliva —me explicó—, pero la Gramática también sirve para cambiar la vida de las personas.

—¿Y eso qué quiere decir, señora maestra? —Estaba compungida porque no acababa de entenderlo.

—Que el femenino singular depende de nosotras, también de ti.

Había rozado mi rostro con la mano, sus dedos eran pura piel de melocotón. Al salir del colegio, cada una se había ido por su lado: yo, corriendo, como de costumbre; ella, abriéndose paso bajo la mirada de los hombres.

Poco antes de acabar el curso, el director se presentó en clase para comunicarnos que la maestra Rosaria se había trasladado a otra escuela y que tendríamos un nuevo maestro. Las comadres empezaron a chismorrear. Se dijo de todo y más: que si tenía un amante, incluso más de uno, que si alguien la había visto propasarse con un chico más joven que ella, que si estaba embarazada y se había deshecho del niño a escondidas, que si tenía relaciones con el mismísimo director y por eso había tenido que marcharse de Martorana. Y mira tú por dónde, el director seguía en su sitio.

Vete a saber si ella también había ido al almacén de los pescadores, incluso en primera fila, junto a Liliana, hablando cara a cara con los demás y agitando su melena perfumada. Sin reparos.

—¿Qué opináis de la mujer que trabaja?, —preguntó Calò en una de sus intervenciones. No hablaba el dialecto, sino que pronunciaba todas las palabras en italiano, articulando despacio las sílabas, como Claudio Villa cuando canta *Mamma son tanto felice*.

Nadie contestaba enseguida a sus preguntas. Solo se oía un parlotear ligero como un soplido: el ruido callado de los comentarios de la gente. Los había que reían, dándose codazos con el vecino, las pocas mujeres presentes bajaban la mirada, Liliana levantaba el bolígrafo del papel y se quedaba esperando. Al rato alguien empezaba a hacer bromas para animar la reunión.

—¿Una mujer, Calò? ¿Qué trabajo es bueno para una mujer?, —se arrancó un tipo bajo y corpulento, que, visto de espaldas, parecía don Ciccio, el dueño de la mercería.

—¿Qué tal alistarlas en un batallón de infantería ligera?, —soltó un tirillas desde un rincón, guiñándole el ojo al que tenía a su lado.

—No sabría decir —continuó Calò, sin alterar el tono de voz—. ¿Qué pensáis vosotros? ¿Hay trabajos más adecuados que otros?

Todos se quedaron callados, como si por primera vez estuvieran dándole vueltas a un asunto que nunca habían tomado en consideración, a menos que fuera para contar un chiste.

—Pueden hacer de criadas —contestó un joven con chaqueta azul cobalto.

—Coser o arreglarles el pelo a otras mujeres. Cosas que pueden hacerse a domicilio —confirmó otro desde el lado opuesto de la sala.

—En pocas palabras, ¿me estáis diciendo que las mujeres solo pueden trabajar en casa?, —preguntó Antonino Calò sin dar a entender qué opinaba él del asunto. Los dejaba hablar, pues esa era la manera de que la gente comenzara a dudar y a dejarse de chanzas.

—Hay trabajos que no son adecuados para ellas, cargos de responsabilidad, como por ejemplo el de juez. ¿Os imagináis a una mujer con una toga encima del vestido?, —preguntó el que se parecía a don Ciccio.

—El mundo al revés —comentó su vecino.

—¿No podría darse el caso de que la ley cambiara y también las mujeres pudieran concurrir a oposiciones a magistratura?, —intervino Liliana.

—No se trata solo de una cuestión legal —terció un joven con el pelo negro y rizado y una ramita de jazmín detrás de la oreja, alguien que no recordaba haber visto nunca antes—. La naturaleza femenina es distinta de la masculina. La mujer es voluble, lunática; hay días del mes en que tiene la mente ofuscada. ¿Qué pasaría si tuviera que dictar sentencia justo en uno de esos días? ¿Pagarían justos por pecadores?

—Pero puede dar clases —replicó Liliana—. Y si puede ser maestra, que también es un trabajo de mucha responsabilidad, entonces puede ejercer otras profesiones.

—¿Maestra?, —dijo el joven del pelo rizado—. ¿Como la pelirroja que le daba cuerda a todo el mundo? —Guiñó un ojo y se puso a juguetear con una naranja que lanzaba al aire y recogía al vuelo. Los chicos a su alrededor reían, y yo sentí que se me encendían las mejillas, como si me hubieran abofeteado.

—¡Esa era una sinvergüenza!, —dijo una mujer que estaba a mi lado.

No pude aguantarme más y solté entre dientes:

—¡Envidiosa!

—¿A quién llamas tú envidiosa?, —exclamó ella con estrépito.

—A quien solo se le da bien criticar a personas que ni siquiera ha conocido —le contesté con la voz temblándome de rabia.

—¿Ahora va a ser que las niñatas también tienen derecho a hablar?

—Si lo tienen las solteronas…

Todos se habían dado la vuelta y me miraban. Liliana le susurró algo al oído a su padre, que me localizó en mi escondite.

—Tienes la palabra, Oliva. Te escuchamos.

—Yo no tengo nada que decir… —farfullé incómoda.

Desde la otra punta de la sala, Liliana me hizo un gesto con la mano para animarme a hablar.

—La maestra Rosaria… —arranqué, pero enseguida me quedé bloqueada.

—¿Te daba clases?, —preguntó Calò dando unos pasos hacia mí.

Yo bajé la barbilla y volví a levantarla.

—Eso quiere decir que la conocías bien.

—Estudié con ella durante cuatro años. Luego tuvo que… marcharse.

Miraba a los hombres, intentando saber a quién le iba a dar la risa y a quién no. Antonino Calò esperaba a que yo siguiera hablando, sin prisas.

—Era muy buena en lo suyo, la maestra Rosaria, y no era ninguna sinvergüenza. Con ella aprendimos las tablas de multiplicar, los verbos, el análisis gramatical, la antigua Roma y las capitales de provincia. —Nadie abría la boca; Calò continuaba mirándome, a la espera de que siguiera hablando—. Decía que la mujer y el hombre valen lo mismo —añadí—. Que la mujer debe tener la misma libertad…

—¡La muy sinvergüenza!, —exclamó el del pelo rizado entre risotadas, guardándose la naranja en el bolsillo. Cuando me miró a los ojos lo reconocí: era el hijo del dueño de la pastelería. De pequeña entraba en la tienda y él, que era mayor que yo, me sonreía desde el otro lado del mostrador, hundía la punta del cuchillo en la masa de ricotta y azúcar y me la dejaba probar. Aquella mezcla tan dulce se deshacía en mi lengua y me daba flojera de estómago. Luego, de repente, dejé de verlo, y desde entonces mi postre favorito son las pastas de almendra.

—Os pido que tengáis la amabilidad de hablar por turnos, pidiendo la palabra —intervino Calò con calma—. Continúa, Oliva, por favor.

—Si la maestra Rosaria fue una sinvergüenza no era por lo que estáis diciendo vosotros —proseguí sacando fuerzas de flaqueza—, sino porque no tenía nada de qué avergonzarse. Nunca le hizo daño

a nadie. Fuisteis vosotros quienes le hicisteis daño.

El tipo de la naranja me sonrió y agitó las manos en el aire como si estuviera aplaudiendo. Los hombres presentes en el almacén empezaron a parlotear, la vieja que tenía a mi lado se envolvió en el chal y se marchó. La reunión había acabado, pero nadie más se movía. Esperaban a que Calò dijera algo.

—En resumidas cuentas, quizá hoy podríamos terminar con las palabras de Oliva, que nos recuerda que hay que sentir vergüenza solo cuando hacemos daño a los demás, con una mala jugada o un crimen. Y creo entender que hay más: es difícil juzgar a las personas cuando no las conocemos y solo nos basamos en habladurías. ¿Es así, Oliva?

Oí esas palabras mientras me abría paso a empujones, buscando la salida. «¿Es así, Oliva?», seguía preguntándome mientras corría de camino a casa. No sabía si era o no era así. Ni siquiera sabía por qué razón yo, que siempre procuraba pasar desapercibida cuando había adultos a mi alrededor, me había atrevido a decir esas cosas delante de todo el mundo. ¿Sería por las revistas de Liliana, porque ahí otras veces había estado también mi padre o para comprobar que mi madre no podía seguir mis pasos a todas partes? Mientras huía hacia casa sentí que yo también era una sinvergüenza.

11

Llegué a nuestra parcela casi sin aliento. Delante de la puerta de casa, las gallinas escarbaban el suelo, sueltas, como chiquillas perezosas que no tuvieran ganas de volver a clase.

—Fuera, fuera —decía yo mientras daba palmas, pero no me hacían ni caso; se me quedaban mirando como si la cosa no fuera con ellas—. ¿Quién os ha dejado salir? ¡Cosimino…!, —grité—. ¡Las gallinas han salido del gallinero!

Pero de Cosimino no había ni rastro: él siempre por ahí y nadie rechistaba. Mamá tampoco estaba en casa; había ido a entregar un encargo de costura a la señora Jannuzzo, que el año anterior había perdido a una hija de mi misma edad por culpa de una enfermedad pulmonar. «Iré yo sola, para no agraviar a la señora Jannuzzo», decía cuando tenía que ir a verla, como si fuera una falta de respeto tener una hija aún viva. Pero yo estaba encantada porque así, de vez en cuando, tenía la oportunidad de quedarme sola. Si no hubiera sido por la señora Jannuzzo, ni en sueños podría haber ido al almacén.

—Fuera, fuera —volví a gritar, empujándolas hacia el gallinero —. Rosita, Verdiña, Violeta, Negrita… —Las conté y por suerte aún estaban todas—. ¡Buenas chicas, no habéis huido!

Las llevé dentro y aseguré la red: ellas seguían escarbando tan tranquilas, casi aliviadas de que la fuga hubiera fracasado.

—Buenas chicas —repetí—. Buenas y tontas; cabezas de chorlito, eso es lo que sois. Le tenéis más aprecio a la jaula que a la libertad. —Las gallinas me miraban, sacudiendo la cabeza adelante y atrás con movimientos breves y torpes: ¿qué iban a saber ellas de la libertad si habían nacido y crecido en una jaula? Empezaron a darme más pena que rabia. Quien ha vivido siempre metido en una cárcel ni siquiera puede sentir nostalgia de la libertad—. ¿Verdad, Violeta?, ¿verdad, Negrita?

Además, ¿qué vida le espera a una gallina libre? Volví a

acordarme de la maestra Rosaria. ¿Adónde debió de ir cuando la obligaron a dejar la escuela y el pueblo? ¿Qué vida llevaría ahora que la jaula se había abierto?

«Una vida de sinvergüenza», me retumbaban en la cabeza estas palabras, que no había pronunciado yo, sino otro en mi lugar. Quizá uno de los chicos del almacén de los pescadores, de esos que se reían groseros y a lo mejor le habían silbado mientras cruzaba la plaza, o tal vez una de esas mujeres que solo saben decir maldades de los demás, las malas lenguas.

«Yo soy distinta —pensé—, pero esa gente está dentro de mí. Yo soy Oliva Denaro, y también soy todas ellas: la vieja sin dientes sentada a mi lado en el almacén, las comadres vestidas de negro y rezando el rosario juntas, las compañeras de clase con las faldas largas y la mirada al suelo. Crocifissa, que alardea de su san Andrés. Soy también mi madre, y un buen día me voy a volver igual que ella sin tener tiempo de darme cuenta siquiera. Gallinas, eso es lo que somos, hembras de gallinero. Y yo no estoy a favor de los gallineros».

—¡Os lo habéis ganado a pulso! Teníais que huir… —grité volviendo a abrir la portezuela del gallinero y sacándolas mientras las pobres criaturas revoloteaban asustadas por el corral.

—Que son unas gallinas, no unas criminales… —me sorprendió una voz a mis espaldas.

Me di la vuelta de golpe con el corazón en un puño. De la penumbra asomó Liliana y dio unos pasos para acudir a mi encuentro.

—¿Has venido a sacar más fotos a escondidas? Ya te he dicho que no me gusta que me fotografíen; no es decente.

—Estoy contenta de que hayas ido a la reunión… —Liliana sonrió y me miró a los ojos, lo mismo que había hecho yo con los animales un rato antes—. Te he traído las revistas que te había prometido, y también esto.

Me mostró un montón de revistas y, encima de la pila, un sobre amarillo. Lo cogí con dos dedos; nunca nadie de mi familia había recibido uno.

—Dentro está la foto que viste en mi casa; dijiste que te gustaba.

—Solo dije que le veía parecido.

—¿No vas a aceptar el regalo de una amiga? No hay nada malo

en eso.

No me dio tiempo a contestar, porque vi aparecer la silueta oscura de mi madre que asomaba desde el fondo del sendero. Caminaba con la cabeza gacha, casi rozando el pecho, como si alguien la arrastrara tirando de unas bridas y eso le causara dolor a cada paso. A ella todo le causa dolor: la luz de la mañana que entra colándose por las persianas a medio cerrar, el cuerpo de mi padre que ronca echado a su lado, mi delgadez desgarbada, la faena en el campo, la sequía, la criatura que mi hermana no llegó a tener, el ojo de la aguja que se achica a medida que ella va haciéndose mayor, la apatía de Cosimino, el silencio, la confusión, la santa de su madre, que le pidió que no se ennoviara con un muchacho rubio sin oficio ni beneficio, los tiempos que corren y los que ya fueron, la vida que pasa, las habladurías de la gente, el frío, el calor, las comadres. Todos cómplices de su desgracia.

—Oliva, Oli…, ¿qué haces en el patio?, ¿con quién hablas? Entra en casa, que ya es de noche, no quiera Dios que te vea alguien.

Yo embutí el sobre en la cinturilla de la falda y retrocedí unos pasos.

—Buenas noches, señora Denaro —dijo Liliana muy amable.

—Buenas noches —contestó mi madre sin mirarla a la cara, y se esfumó detrás de la puerta.

Liliana se quedó en el umbral con las revistas en la mano, sin atreverse a hablar. Le di la espalda y entré en casa, como un ave de corral.

12

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén*nn*.

—Amén*n*.

La Scibetta nos había invitado a rezar el rosario del primer viernes de cada mes. Las reglas del rosario son, a saber: ve pasando las cuentas, repite las oraciones y quédate esperando a que acabe.

Esa mañana yo habría preferido ir a clase, pero no había manera de esquivar el deber porque mayo es el mes de la Virgen, y además tenía que hacerme perdonar la visita de Liliana. El sobre con mi retrato estaba escondido detrás del cabecero junto con el espejo, el pintalabios y los dibujos de las estrellas de cine.

—… Murió y fue enterrado y al tercer día resucitó según las Escrituras…

La noche anterior, mi madre había dicho que los comunistas eran unos renegados, que Liliana era una mala compañía y que, si dependiera de ella, tampoco iría ya a clase, que a una mujer no le hacía falta saber demasiado.

—… Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores…

—¿Pretendes que seamos la comidilla del pueblo?, —me preguntó cuando ya estábamos las dos en casa.

—¿Qué quieres que digan de mí, mamá? Yo soy una cría —contesté.

—Con o sin san Andrés, eso ya no importa. Ahora ya estás en el punto de mira de la gente.

«La vida en Martorana está hecha de miradas —pensé—: mirar y que te miren. Y cuando alguien se expone, siempre pretende mostrarse mejor de lo que es».

—… Ahora y en la hora de nuestra muerte. Aménn.
—Aménn.

Nora y Mena, las hijas de la Scibetta, una gorda y la otra flaca, estaban las dos sentadas junto a su madre, una a cada lado, como las alas de una corneja. Hacía más de un año que su marido y ella buscaban pretendientes, pero por mucho que dieran voces, de momento nadie se había postulado. Habían invitado a rezar el rosario también a la viuda Randazzo, que solo había tenido un hijo antes de que su marido muriera de sífilis, una enfermedad pecaminosa, decía mi madre, aunque la señora afirmara que a su marido le habían fallado los pulmones. El hijo de la Randazzo se llamaba Egidio y era bajito y calvo, pero la Scibetta lo tenía en el punto de mira para una de las hijas, posiblemente la flaca, decía mi madre. La doña y sus dos hijas, sentadas en el sofá marrón, parecían unas devotas al pie de la cruz. En el otro lado de la sala estábamos mi madre, yo y Miluzza, una de mis compañeras de clase de primaria, que se había quedado huérfana de pequeña y se alojaba en casa de la Scibetta y hacía de dama de compañía. La verdad es que su única compañía eran las cazuelas de la cocina y las escobas del trastero; la Scibetta la tenía de criada y así se quedaría para los restos, decía mi madre. Ella, Miluzza y yo estábamos sentadas en unos bancos de madera duros y nudosos.

—Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Aménn.
—Aménn.

La hija gorda de la Scibetta suspiraba de vez en cuando, secándose una gota de sudor que le iba bajando de la frente al cuello hasta llegar al pliegue entre los pechos, grandes como melones blancos. La Scibetta, gris, alta y con cara de ratón, guiaba el rosario y nosotras la seguíamos. El marido había tenido que casarse con ella a la fuerza, porque el padre de la joven, que en paz descanse, los había pillado hablando detrás del establo. Él, que entonces era un muchacho bien parecido, al principio se había negado, pero al final el padre de la Scibetta, que de soltera se apellidaba Buttafuoco, lo había obligado por las buenas o por las malas, según mi madre. Hay que reconocer que el matrimonio

funcionó: el marido puso el apellido y los Buttafuoco el dinero, y todos sacaron provecho.

—En el primer misterio doloroso…

La Scibetta alzó las manos al cielo y empezó con la cantinela de la historia de Jesús en el Getsemaní, y acto seguido un padrenuestro y diez avemarías. Al poco rato las voces ya no iban acompasadas y al cabo de un tiempo cada una repetía una parte distinta de la oración. Las dos hijas de la Scibetta aprovechaban para ir contando los cotilleos de última hora. Entre un avemaría y otro, la viuda Randazzo deslizaba una pregunta a la hermana flaca o a la gorda: «¿Y qué pasó? ¿Seguro que fue la hija de Cirinnà?». La Scibetta hacía como que no se enteraba, y con las palmas de las manos selladas en actitud de rezo, iba soltando una ristra de palabras incomprensibles. Cada cual con su canción y Dios con la de todas.

—En el segundo misterio doloroso…

El parloteo cesó de repente y la Scibetta empezó a lamentarse de la flagelación de Jesús. Volvieron a empezar las avemarías y las malas lenguas.

—Cinco cuchilladas le propinó a la amante del marido —anunció la viuda Randazzo, abriendo las manos en forma de abanico.

—Pues no era ningún secreto que el marido de Agatina tenía otra familia en la ciudad. Lo sabían incluso los niños de pecho —comentó Nora como de pasada.

—Se descubrió que el tipo había puesto los mismos nombres a todos los hijos, los de aquí y los de allá, para no hacerse un lío. Cuando se lo contaron, a Agatina le entró la mala leche, cogió el autocar con el cuchillo escondido en la pechera y se despachó con la otra a plena luz del día, delante de todo el mundo —aclaró la Randazzo.

—Virgen santa, ¿la encarcelaron?, —exclamó Mena, llevándose las manos a la cara. La Scibetta madre la miró con malos ojos y ella bajó el tono—. ¿Y qué pasó con la amante?

La viuda farfulló despacio unas cuantas oraciones para aumentar la intriga:

—La amante se salvó y Agatina también —dijo al final.

Miluzza, que estaba lejos, no apartaba la mirada de la cara de la viuda para poder leer los movimientos de los labios.

—Delito de honor —concluyó la Randazzo—. La ley le ha dado la razón.

Todas empezaron a comentar, intercambiando opiniones, y mi madre rezó más alto para tapar las voces. La Scibetta iba a lo suyo, sin hacer caso de nadie, porque ella ya se sabía la vida y milagros de todo el mundo.

—En el tercer misterio doloroso…

Cuando volvimos a rezar el rosario, la Scibetta gorda me dirigió la mirada y le dio un codazo a su hermana la flaca.

—La vieron en el almacén de los comunistas —dijo en voz alta para que mi madre también lo oyera, pero ella seguía rezando.

—¿Me estás hablando de Oliva?, —preguntó la flaca, pronunciando mi nombre alto y claro.

En ese momento se hizo el silencio y todas las miradas se dirigieron hacia mí. También la de mi madre. Yo sentí cómo me ardían las mejillas y se me revolvía la sangre. Al rato volvió a oírse la cantinela, pero todo el mundo estaba atento a lo que dijera la gorda. Ella, para hacerse de rogar, estuvo un tiempo sin soltar prenda, secándose una gota de sudor que resbalaba por el lado derecho de su nariz.

—En el cuarto misterio doloroso… —Sentenció la madre con las palmas de las manos apuntando al cielo.

—No hay que fiarse de las mosquitas muertas… —comentó entonces la viuda Randazzo, aclarándose la garganta para atraer la atención de mi madre.

—Quien con el cojo va… —soltó la flaca.

—Hablando de cojear…, al menos antes hacía buenas migas solo con el hijo tullido de Musumeci. Ahora frecuenta a los comunistas.

—Y además la han oído defender a la desvergonzada esa.

—Ella también querrá meterse en política.

—¿Y eso? Si aún lleva pañales…

—Llevaba, llevaba…, pero ya no.

A esas alturas, ya nadie disimulaba y nos miraban de reojo a ver cómo reaccionábamos. Solo nos habían invitado a rezar el rosario por eso.

Mi madre hacía como si nada, pero los nudillos de sus dedos cruzados para la oración se habían vuelto blancos de tanto apretar. Era como si los huesos estuvieran a punto de perforar la piel.

Miluzza mantenía la mirada baja y la boca cerrada, que no era ese el primer espectáculo que tenía que tragarse: las Scibetta dándole a la lengua sentadas en el sofá marrón y las mujeres del pueblo asándose en la parrilla, como los pobres cristianos en el Coliseo enfrentándose a los leones.

—En el quinto misterio doloroso, Jesús es crucificado y muere en la cruz —soltó la Scibetta a voz en grito para imponerse al parloteo de las demás.

Tras un momento de silencio, arrancaron otra vez las avemarías. Descrucé las manos que antes seguían el rezo y las apoyé en las rodillas. Me ardían las palabras en la lengua. Yo no tenía nada que ver con aquella gente. Ni siquiera sabía por qué había ido. Había cometido un error. Ya no me verían por allí, ni siquiera con Liliana. Eso era lo que habría querido escupirles a la cara a esas santurronas, pero sentía la boca dura, como si tuviera los dientes de arriba y los de abajo atornillados.

—Cristo, ten piedad —exclamó finalmente la Scibetta madre.
—Cristo, ten piedad —corearon las demás.
—Señor, ten piedad —insistió ella.
—Señor, ten piedad —replicaron las otras.

«Señoras y señoritas, os pido piedad —repetía yo en mi cabeza —. No soy una sinvergüenza, no me echéis de Martorana como a la maestra Rosaria. ¿Qué pecado tan grave he cometido? Si me hubiera despachado con cinco cuchilladas como Agatina ya me habrían absuelto, tanto en el tribunal como en esta sala».

—Santa María, ruega por nosotros.
—Santa Madre de Dios, ruega por nosotros.
—Santa Virgen de las vírgenes, ruega por nosotros.

Mi madre también invocaba a la Virgen, como si la invitara a bajar a la Tierra deprisa y corriendo para sacarla del apuro.

—Madre purísima, ruega por nosotros.
—Madre castísima, ruega por nosotros.
—Madre siempre virgen, ruega por nosotros.

Me uní al coro: «¡Madre mía, escúchame! Yo soy una de vosotras, soy Oliva, la chiquilla que va corriendo a todas partes con los zuecos de madera. ¿Qué voy a saber yo de asuntos de hombres y mujeres, de quién tiene que trabajar y quién no, de quién tiene que llevar dinero a casa, de quién tiene que quedarse dentro y quién puede estar fuera?».

—Virgen prudentísima, ruega por nosotros.
—Virgen digna de todos los honores, ruega por nosotros.
—Virgen digna de todos los elogios, ruega por nosotros.

Ponían morritos cada vez que pronunciaban la palabra *virgen*, como si estuvieran refiriéndose a mí.

—Virgen poderosa, ruega por nosotros.
—Virgen clemente, ruega por nosotros.
—Virgen siempre fiel, ruega por nosotros.

El ritmo del rezo me abofeteaba. De repente el banco se me hizo tan incómodo que no conseguía quedarme ahí sentada, y me puse en pie. La letanía se interrumpió por un instante. Todas me estaban mirando, incluso la señora Scibetta. No sé qué hacía mi madre, porque le daba la espalda. Me la imaginé con los ojos como fisuras y esa vena verde que le pulsaba en la sien siempre que estaba furiosa. Se me puso la carne de gallina.

—Yo no soy un cántaro roto —exclamé.

No conseguí decir más, casi no podía respirar en aquella sala. Me volví para mirar a mi madre y a Miluzza, y luego me di otra vez la vuelta y ahí estaban las Scibetta. Sus caras parecían idénticas. «Todas las mujeres de Martorana son iguales —pensé—: los mismos vestidos, el mismo peinado, el mismo modo de caminar, pegadas a las paredes, los mismos ojos que parecen grietas de tanto estar

siempre encerradas a oscuras, en el hueco de una casa».

Me dirigí despacio hacia la puerta, la abrí y el sol me dio de lleno en la cara. Las voces suplicantes a mis espaldas retomaron su ritmo monocorde.

—Reina de la familia, ruega por nosotros.
—Reina de la paz, ruega por nosotros.

«Ruega por nosotros», repetí en voz baja, me persigné, di un portazo y empecé a correr. Con todas mis fuerzas.

13

Oía las voces del pueblo mientras mis zuecos golpeaban las piedras. Llevaba el pelo alborotado y la falda por encima de las rodillas, como siempre, pero ahora no estaba huyendo de los chiquillos que me perseguían con un tirachinas; ahora huía de las habladurías, de la vergüenza, de mi madre. Mi cuerpo no quería verse convertido en el de una mujer hecha y derecha, aunque para los demás ya lo era. Había dejado de ser invisible: podían espiarme y juzgarme.

Había palabras dichas en voz baja que siempre había oído, como una cantinela de la que no hacía caso, pero ahora se pronunciaban para herirme a mí. Durante muchos años habían sido una música de fondo que acompañaba mis juegos de niña y ahora eran un enjambre de avispas que me atacaba. Tenía razón la maestra Rosaria: las palabras son armas. Y no solo las complicadas, sino también las ordinarias, esas que bailan en la boca de los ignorantes.

La Scibetta y sus hijas habían pretendido ponerme en evidencia. Por eso corría, porque si te quedas quieta el pinchazo duele más. Quién sabe cuánto y cuán lejos había tenido que correr la maestra Rosaria. Me la imaginaba cruzando la calle en una gran ciudad, con cientos de coches y autobuses circulando, el pelo suelto rozándole los hombros y los labios pintados de rojo, como las estrellas de cine. En mi mente, ella por fin caminaba sola, y no había hombres que se entretuvieran señalándola o silbándole. Quién sabe si los aguijonazos de las avispas aún le dolían.

De tanto correr llegué hasta el mar, pero en la playa no había nadie y me dio miedo, así que retomé el camino de vuelta al pueblo, y casi sin darme cuenta acabé frente a la casa de Saro. Su padre, don Vito Musumeci, en su día había sido uno de los jóvenes más apuestos de Martorana, un morenazo con los ojos azules; las mujeres se desvivían por él, le habría bastado con levantar un dedo y elegir a la que le viniera en gana, pero se había quedado con Nardina, que lo único hermoso que tenía era él, su marido.

Entonces empezó a correr la voz de que don Vito se había conformado con una mujer fea porque ahí había mucho ruido y pocas nueces, que el hombre andaba flojo y no tendrían hijos. Pero llegó Saro, aunque desde el primer momento todo el mundo estuvo de acuerdo en que no se le parecía en nada, decía mi madre. Y la verdad es que Saro era pelirrojo, tenía los ojos marrones y una mancha en el pómulo izquierdo. A mis compañeras esa mancha les daba grima, pero a mí me parecía una fresa madura y me habría gustado rozarla con los labios para saber qué sabor tenía.

Saro salió del taller de carpintería de su padre y se me acercó preguntando:

—¿Qué ha pasado?

—Nada. ¿Qué va a pasar?

—Por la cara que traes, algo ha pasado.

Me sequé el sudor de la frente y me senté en nuestro banco. Habíamos crecido juntos, en el patio de su casa: jugábamos a cambiarnos el color del pelo usando virutas de madera; él elegía las de nogal, se las echaba por la cabeza y así le salía el pelo moreno, como el de don Vito; yo me quedaba con las de abeto para volverme rubia como mi hermana. Al rato corríamos como liebres hasta el corral y nos dejábamos caer bocarriba con las piernas y los brazos bien abiertos, los agitábamos como si estuviéramos volando y luego nos quedábamos quietos, mirando las nubes. Saro alargaba un dedo, apuntando un pedazo de cielo:

—A ver si te enteras… Es una oveja.

—Ni hablar. Es un perro —contestaba yo.

—¿Cómo va a ser un perro?

Entretanto, el viento cambiaba la forma de la nube.

—¡Es un ciervo! Incluso tiene cuernos…

Un soplo de aire y el blanco se alargaba hasta convertirse en una raya.

—No, no: es una serpiente —corregía Saro.

—Ni oveja, ni ciervo, ni serpiente —sentenciaba yo.

—¿Y entonces qué?, —preguntaba él.

—¡Es un ciérvalo!, —decía yo muy seria.

—¿Qué?

—Un ciérvalo —repetía contundente.

—No se vale, eso no existe —se quejaba él, pero lo decía con la

boca pequeña porque solo había ido a clase hasta acabar la primaria —. ¿No te has dado cuenta de que tiene dos cuernos?, —insistía para confundirme.

—Pues eso: es un ciérvalo bicornio.

—Vaya… ¿Y qué forma tendría ese ciérvalo bicornio?

—Pero ¿es que no lo ves? ¡Tiene la forma de una nube!, —me reía yo.

Se sentó a mi lado, habría querido contarle lo de las avispas, el rosario y los misterios dolorosos, pero no encontraba las palabras. Pasé una mano por su cabeza para quitarle los restos de limaduras de madera y me quedé callada. De pronto asomó Nardina por la ventana.

—Saro, ven, que la comida está lista.

Me vio desde arriba e intentó alisar su pelo crespo.

—Oliva…, no sabía que andabas por aquí. Mira tú por dónde, he cocinado pasta con anchoas, esa que tanto te gusta.

No le dije nada del rosario en casa de la Scibetta, aunque quizá ella me habría entendido, que Dios sabe cuántos aguijonazos había tenido que aguantar esa mujer.

14

Después de comer, el calor apretaba. Cerraron los postigos y Nardina y don Vito se echaron a dormir la siesta. A Saro le habría gustado quedarse un poco más en el patio, pero yo tenía prisa por volver a casa, así que me fui. El sol había teñido de amarillo el pueblo y todo ardía. Yo caminaba pegada a las paredes para aprovechar la poca sombra que quedaba en el camino. Parecía que el mundo se hubiera vaciado.

Lo vi al final de la calle, antes del desvío que llevaba a la plaza. Se acercó a la fuente y metió la cabeza bajo el chorro. El agua le iba resbalando por la cara y las gotas empapaban su pelo negro y rizado. Al rato se enderezó, echó hacia atrás unos mechones con las dos manos y se colocó una ramita de jazmín en la oreja derecha. Iba vestido de blanco de pies a cabeza, y cuando se dio cuenta de que yo estaba en el otro extremo de la plaza, me hizo una reverencia. Fui hacia él aligerando el paso, sin mirarlo a la cara; él rebuscó en su bolsillo, sacó una naranja sanguina y empezó a quitarle la piel, acto seguido separó los gajos con los dedos y partió la pieza por la mitad, mostrando el interior rojo.

—Toma, que está dulce —me dijo alargando el brazo como si fuera a agarrarme.

Me volví, pero no había nadie en la calle. Solo él y yo. Luego se acercó la naranja a la cara.

—Esto te refresca la boca entera, ¿ves? Así.

Hundió los dientes y la lengua en una de las mitades de la naranja, chupando hasta que solo quedó la piel blanca que hay bajo la cáscara.

—Esta es tu parte —me dijo, ofreciéndome la otra mitad—. A ver si te gusta tanto como la ricotta con azúcar que comías de pequeña.

Recogí la fruta en mi mano; aún conservaba el calor de sus dedos y la humedad del jugo, el olor agrio me picaba en la nariz;

sentí asco y una punzada en el bajo vientre, todo al mismo tiempo.

Mis labios estaban sellados para que él no pudiera adivinar nada de lo que estaba pensando. Mujer que sonríe otorga, decía mi madre. Él me miraba como si hubiera algo hermoso en mi cara, en vez de esos ojos que tengo, pequeños y negros, en un rostro oscuro y lleno de aristas, y tuve miedo. Para darme ánimos, empecé a pronunciar lentamente en mi cabeza la primera declinación en latín: *«Rosa, rosa, rosam»*. La había repetido tantas veces por la noche, antes de caer dormida, para poder recitarla luego correctamente, que ya me parecía una oración. *«Rosa, rosa, rosam, rosae, rosae, rosa»*, me iba diciendo en voz baja hasta que él dio un paso hacia delante y se me acercó tanto que llegué a oler el perfume del jazmín que llevaba en la oreja.

—*Rosae, rosae, rosas* —le espeté con tanta fuerza que casi parecía una imprecación, y llevé la mano con la que sostenía la naranja hacia delante, para que no se acercara más.

Levanté el brazo por encima de la cabeza, hacia atrás, y acto seguido tiré con todas mis fuerzas, como cuando de pequeña lanzaba piedras con el tirachinas. La media esfera naranja se estrelló contra su muslo y el zumo rojo de la pulpa fue goteando encima del pantalón blanco. Él sacó las manos de los bolsillos y tuve miedo de que quisiera golpearme, pero no hizo otra cosa más que reír mientras se limpiaba. Yo retrocedí unos pasos y empecé a correr sin que la camisa me llegara al cuerpo y sin mirar atrás; crucé la plaza, anduve toda la calle principal con el eco de su risa en los oídos, llegué al cruce con la parcela de tierra, pero justo entonces tropecé con una piedra, perdí el equilibrio, los dos zuecos salieron volando y caí de bruces en el polvo.

15

—¿Qué narices has hecho?, —tronó mi madre cuando entré en casa.

—Me he caído y me he hecho sangre.

Ella repasó mis piernas y yo también miré: las dos rodillas estaban llenas de arañazos, pero no había cortes. Me agaché y apoyé una mano en los tobillos; fui subiendo muslos arriba, resiguiendo el hilo de sangre hasta el elástico de las bragas. Luego levanté la palma y vi que estaba roja, como manchada de zumo de naranja. Era un zumo denso y oscuro, pero no olía a cítrico. «Me he entretenido hablando con ese hombre y me he puesto enferma», pensé. Miré a mi madre para adivinar cuán grave era el pecado y cuán duro iba a ser el castigo, pero ella no me riñó; me cogió de la mano y me llevó al baño.

—A ti también te ha llegado el momento, ¿lo ves? —Y lo dijo con una voz distinta, la que usaba con las comadres que eran amigas suyas.

Finalmente tenía la prueba de que yo también era mujer, que ella y yo nos parecíamos más de lo que pudiéramos imaginar, y eso gracias a ese hilo de sangre.

—Ven, que te cuento qué hacer.

«Es culpa mía —pensé—, es por culpa de la naranja, por esa cabeza que se ha apartado de la fuente con el pelo mojado y brillante, por esos ojos que me escudriñaban hasta meterse debajo de la ropa, por la voz que me hablaba. Ha sido él quien me lo ha hecho».

—Tienes que limpiarte bien —me explicó ella—, y a menudo. —Yo seguía inmóvil delante de la palangana que se iba llenando de agua—. Luego te acostumbras —añadió mientras me entregaba unos paños blancos doblados en cuatro. Soltó su risa bronca y me miró echando un poco hacia atrás la cabeza, como si no me viera desde hacía un montón de tiempo. Sonreía contenta, como después de visitar a los muertos, y parecía haberse olvidado del asunto del

rosario.

Me rocé el pecho con la mano, la blusa continuaba estando tiesa y los botones bien abrochados. La falda reseguía la cadera sin combarse. No ha cambiado nada, me decía. «Ha llegado la sangre y yo sigo igual».

Lo mismo que el día antes de la primera comunión, cuando me habían llevado a que me hicieran agujeros en las orejas. Mi madre y Fortunata me cogían de la mano, y conforme nos acercábamos a la casa parroquial, donde Nellina nos estaba esperando para llevar a cabo la operación, tenía la sensación de que sus dedos me agarraban cada vez con más fuerza. Yo al principio me había alegrado: todas mis compañeras de colegio ya los tenían y mostraban con orgullo las pequeñas agujas de oro que les perforaban la carne; así los quería yo también, pero al llegar a la puerta, de repente se me encogió el alma.

—He cambiado de idea, mamá; no quiero —había protestado.

—¿Qué me estás diciendo? Menudo papelón vamos a hacer con Nellina… —soltó ella cabreada.

Me había quedado allí plantada, negándome a dar un paso más, y ahora miraba a Fortunata implorando su ayuda. Ella había rozado sus lóbulos, de los que colgaban dos aros dorados.

—Todas los llevan. ¿Quieres que te tomen por un chico?, —me dijo sonriendo, y luego añadió—: Alegra esa cara, que hoy vas a hacerte mayor.

«Yo no estoy a favor de hacerme mayor», pensé.

Nellina me mandó sentarme en un sillón marrón y me pidió que echara la cabeza hacia atrás.

—Ni se te ocurra moverte —me advirtió mientras mi madre me ponía una mano en la frente para que me quedara quieta—. No te va a doler nada.

No era verdad. Después de pegar un cubito de hielo al lóbulo hasta volverlo insensible, colocó un tapón de corcho detrás de la oreja para que la aguja, al traspasar la carne, no penetrara también en el cuello. «Quieta», me decía yo, cerrando los ojos y percibiendo el fuerte olor del desinfectante, que me revolvía el estómago. Para aguantar el dolor me había concentrado en un recuerdo hermoso; pensaba en el día en que, de pequeña, me habían premiado con una estrellita en Gramática y luego, volviendo de clase, había parado en

la pastelería para comerme la ricotta con azúcar. Sin embargo, cuando la punta de la aguja empezó a pinchar la carne, solté un grito y comencé a mover violentamente la cabeza para liberarla de la garra de mi madre. Algunas gotas de sangre cayeron encima de la blusa blanca.

—¡Vaya estropicio!, —me reprochó ella—. ¿Y ahora qué hacemos?, —le preguntó a Nellina muy apurada.

—Ahora tendremos que esperar a que la herida cicatrice —sentenció el ama de llaves, observando el pequeño rasguño en el lóbulo derecho. Mi madre se disculpó, como si de una ofensa se tratara—. Aún no estaba preparada —concluyó, aplicándome un poco de algodón mojado en alcohol—. Vuelve a traérmela otro día y veremos si se puede arreglar.

—¿Y si no?, —preguntó mi madre desolada.

—Si no, le quedará un agujero más alto y otro más bajo. Y se dará cuenta de que en esta vida uno no siempre puede hacer lo que le viene en gana.

De camino a casa, la herida escocía y el lóbulo me palpitaba como si fuera un segundo corazón, pero yo caminaba sin protestar. Mi madre, en cambio, no paró de quejarse en todo el trayecto: «Todo es difícil contigo. Lo que para las demás es pan comido, para ti es una complicación».

Iba a hacerme mayor, pero me había quedado tal cual, y ahora pasaba lo mismo con el asunto de san Andrés.

Mi madre seguía explicándome cómo había que doblar los paños de hilo para no mancharme la falda, pero yo ya no le hacía caso. Volvía a acordarme de la mañana en que hice la primera comunión y era la única niña sin pendientes. Me toqué la cicatriz del lóbulo derecho, donde aún quedaba una pelotita pequeña y dura. No había vuelto a casa de Nellina a completar la operación. Así me había quedado: una mujer imperfecta.

Cogí los paños que me entregaba y me quité la falda. Ella frotó las manchas de la tela con sal, que todo lo diluye, y luego me miró atenta.

—Te estás poniendo guapa —comentó, como si, de todo lo que podía pasar, nunca hubiera considerado esa posibilidad.

De repente dejé de percatarme de mis defectos: si a ojos de mi madre era guapa, lo sería de verdad. Si mi madre me veía, el

mundo entero me veía. Había cruzado el umbral de la invisibilidad. Era una mujer, como ella.

Mientras aclaraba la ropa, aproveché esa nueva complicidad entre nosotras y de sopetón le pregunté:

—¿Qué pasó la primera vez que viste a papá?

Ella no se mostró sorprendida, se limitó a sonreír entornando los párpados.

—Me hizo creer que yo era alguien especial —dijo—, pero no: solo era joven.

Se quedó quieta, como si buscase un recuerdo ya demasiado lejano.

—Todo pasó demasiado deprisa —dijo al final—. Tu padre había ido a Calabria por el asunto de la herencia y volvió aquí conmigo. ¡Vaya negocio!

Se echó a reír, pero no era la risa bronca de siempre. Quizá riera así de joven.

—¿Tú lo querías?

Pasó otra vez la falda por el agua del grifo y la miró a contraluz.

—Querer de más o de menos… es agua pasada. Ahora tienes que andarte con tiento —me dijo con aire resuelto y mirándome con cara de pocos amigos.

—¿Para qué el tiento?

—Para no volver a caerte.

Fui tras ella al patio, sin preguntar. Yo no estoy a favor de las caídas. Ella extendió la falda con las manos, agarrándola bien por las puntas. Me daba la espalda mientras la colgaba con las pinzas, igual que Liliana con las fotografías, y mientras tanto iba desgranando las reglas de san Andrés, aunque yo ya me las sabía. No podías andar por la calle sola. La falda, por debajo de las rodillas, y se acabó lo de hablar de tú a tú con los hombres.

—¿Ni siquiera con Saro?

—Ni siquiera, que también es hombre…, ¿o acaso Saro es una mujer?

—Nos conocemos desde niños.

—Y ahora ya sois mayores. Si Saro tiene algo que decirte, que se lo diga a tu padre. Y a mí.

No sabía qué contestar, y miraba la falda con miedo de que hubiera quedado un halo en el lugar donde antes estaba la mancha.

—Lo demás son supersticiones —continuó ella—. Dicen que cuando llega san Andrés es mejor no tocar la carne, no vaya a ser que se malogre, no coger flores, que se secan, no ir a la peluquería, que el peinado no te aguanta nada. Eso es cosa de brujas. Lo que tú tienes que hacer es lo que siempre se ha hecho: andar con tiento y cuidar de tu honor para no acabar como tu hermana, que si Musciacco al final se casó con ella fue solo gracias a mí.

Me vino a la mente la cara de Fortunata la última vez que había ido a visitarla. Hizo que me quedara fuera del edificio, a pie de calle, dijo que estaba fregando el suelo. El pelo, que antes era rubio, ahora parecía gris, el rostro cubierto de arañazos que se veían desde abajo, a dos pisos de distancia. ¿Eso también había sido gracias a mi madre?

—¿Puedo correr?, —pregunté por si las moscas.

—¿Acaso tus compañeras corren por la calle? No. Pues tú tampoco.

—Liliana…

—A la hija del comunista no hay que hacerle caso, que esa tiene la cabeza llena de pájaros.

Mi madre se puso de puntillas, observando minuciosamente la falda colgada que estaba secándose.

—Ya no queda ni rastro de la mancha —decretó dándome la espalda—. Ahora te toca a ti mantenerte limpia.

16

Desde que soy mujer, es como si estuviera resguardándome bajo un cobertizo durante una tormenta: no me alejo para no mojarme. No puedo ir a casa de Saro. No puedo ir al mercado, y a casa de Liliana tampoco.

De vez en cuando, a escondidas, muevo el cabecero, saco la fotografía que me hizo y vuelvo a verme con el pelo pegajoso de sudor y las rodillas sucias de tierra; es como si eso perteneciera a otra vida. Cosimino me lleva a clase cada mañana y viene a recogerme a la salida. Dentro de poco, en cuanto lleguen las vacaciones de verano, me quedaré todo el día en casa, bordando los ajuares de las demás y esperando a que alguien pida mi mano.

Antes de que la campana indique el final de la clase, Liliana me pregunta si pienso ir esta tarde a la reunión en el almacén, pero sabe que volveré a fallar. Salimos del aula y nos separamos. Ella sigue por su cuenta y yo voy al encuentro de Cosimino. Nos dirigimos hacia la avenida principal, a la altura de la farmacia inspiro hondo y, en cuanto doblamos la esquina, dejo de respirar, bajo la mirada y empiezo a contar. Me digo a mí misma que, si consigo aguantar la respiración hasta el cruce siguiente, Cosimino no se dará cuenta de nada. De momento ha funcionado. «Doscientos cuarenta y dos, doscientos cuarenta y tres, doscientos cuarenta y cuatro, doscientos cuarenta y cinco».

Él no se mueve de allí, parado en la esquina de la mercería de don Ciccio, y así cada día desde que le manché los pantalones con la naranja; sol, lluvia, viento o canícula, y no me quita los ojos de encima hasta que doblo la esquina y tomo el camino de tierra que lleva a casa. Mi falda está otra vez limpia, pero cuando él me mira tengo la sensación de que la mancha sigue ahí.

Mientras voy contando los doscientos cuarenta y cinco pasos, ando ligerita e intento volverme invisible, pero sus ojos hacen que reaparezca. Al igual que las fotos de Liliana, que se van revelando

en el papel satinado, mi cuerpo toma forma cuando él lo mira. En lo que duran doscientos cuarenta y cinco pasos, muslos, brazos, boca, pelo, caderas, adquieren vida propia debajo de la ropa. Me encojo curvándome hacia delante para esconderme, hasta acabar hecha un nudo. La vida entera es un nudo.

17

—Quien canta sus males espanta —dice mi madre en voz baja.

Yo dejo de ordeñar la cabra y me quedo esperando a que ese sonido procedente de la calle se aleje y finalmente se apague y en el recinto se oigan solo mi respiración y la del animal. Entonces vuelvo a tirar de las ubres, pero las manos aún me tiemblan, así que tiro demasiado y Blanquita bala de dolor. Oigo los pasos de mi padre, que se acerca.

—Hay que tener modales, Oliva, eso es lo que les gusta a las chicas. —Y pasa una mano por el lomo del animal.

Luego se dirige hacia casa. Habla tan bajo que es como oír crujir la paja. ¿Lo habrá dicho por la cabra o por mí? Cuando mi madre abre la boca, al menos las cosas quedan bien claras. Tiene una lengua de fuego y la herida escuece, pero luego cura. Meto las manos en el cubo y las saco blancas de leche. Así me gustaría ser a mí también.

Ella está sentada al sol, inclinada sobre la tela. Cose mi vestido para la fiesta del santo patrono. Hasta el año pasado el cura me colocaba en el escenario con las niñas pequeñas y me hacía cantar como solista. Mi madre me pegaba en los hombros unas alitas de arcángel y todas las comadres la felicitaban. Este año no cantaré con las demás y estrenaré el vestido blanco, así todo el mundo sabrá que ya no soy una niña.

—¿Te gusta el recital?, —pregunta mi madre sin soltar la tela—. Tú le has dado a entender algo al señor ese, y ahora lo tenemos aquí en la calle, silba que te silba.

—No está silbando por mí…

—¿Has oído, Salvo? ¡Ahora resulta que el jovenzuelo con el pelo rizado de ahí fuera silba por mí!, —y se ríe con sorna.

Me siento a su lado y enhebro la aguja para ayudarla.

—Nunca he cruzado palabra con él.

—¿Cruzar, dices? Bastan una mirada, una sonrisa; mujer que

sonríe lleva el sí en la boca.

Tiemblo de pies a cabeza, ella no levanta la vista de la labor. En mi vida la he visto sin hacer algo. Aguja e hilo, escoba y trapo, cazo y sartén. Mueve las manos sin parar y escupe por la boca verdades y veneno.

—Oli, ¿tú te das cuenta de quién es Pino Paternò?, —suelta, y al pronunciar su nombre se pincha un dedo. Una gota de sangre se hincha como una minúscula burbuja en la punta del índice y se queda ahí, en equilibrio.

—¡No!, —grito yo, pensando en el vestido y en el nombre. El vestido del día de estreno debe ser inmaculado. Blanco como el lirio el vestido, blanca como el lirio la criatura, eso es lo que ella me ha enseñado.

Acerco su mano a mi rostro, mis labios se adhieren a su dedo y arrastro la gota, justo antes de que resbale encima de la tela y la malogre. La herida ha desaparecido y la rojez también, la amargura de su sangre se ha desvanecido en mi boca. Ella retira la palma de la mano y la restriega en la tela basta del delantal.

—Hace más de un mes que se presenta aquí todos los días a silbar delante de casa —me reprende, pero su voz suena más dulce. Quizá le complazca saber que alguien pueda interesarse por mí—. Aún no ha venido a hacer la petición: eso es tanto como decir que no va en serio. De tener buenas intenciones, ya habría venido a parlamentar. ¡Solo a las perras se las reclama silbando, no a las mujeres!

Yo pensaba que una vez acabadas las clases no volvería a verlo y sería de nuevo tan invisible como siempre había sido; sin embargo, unos cuantos días después empezó con el silbido. Al principio nadie se dio cuenta, pero yo enseguida supe que era él. Fue mi cuerpo el que lo entendió: labios, caderas, muslos, huesos, cuello, al oír ese silbido cobraban vida, lo mismo que cuando me miraba. Ni siquiera me hizo falta acercarme a la ventana para ver a contraluz su pelo negro, rizado y brillante, sus labios en forma de corazón mientras soltaban el aire. Me quedaba con el alma en vilo detrás de las celosías cerradas, preguntándome si él podría entrever mi silueta.

—El padre de Paternò tiene patrimonio, y nosotros nada —dice en un tono de voz más alto, para que también se entere mi padre, que está agachado recogiendo verdura en el otro extremo del corral

—. Y mira tú por dónde, desde que ha vuelto a Martorana, él se ha encaprichado contigo. Se entretiene dándonos largas, porque chicas guapas no le faltan…

Me tapo los oídos con las manos para no oír. «¿Será culpa mía —me pregunto— si Dios me hizo fea?». Cuando las aparto, el silbido parece aún más fuerte y mi vergüenza resuena por toda la calle.

—¿Y tú, tú no dices nada?, —sisea ella dirigiéndose a mi padre —. ¿Ahora tampoco piensas hacer nada?

Él se limpia los pantalones manchados de tierra y deja las hortalizas en un cesto.

—¿Qué quieres que le diga? El hombre está contento y le ha dado por silbar. Que le aproveche.

—¿Y la gente? ¡No quiera Dios que tengamos que aguantar las malas lenguas!

Mi padre también empieza a silbar y entra en casa. Mi madre suelta cuatro gritos en calabrés y vuelve a recostarse en la silla.

—Nada, con este no hay manera. No tienes sangre en las venas, Salvo Denaro. —Mira de reojo los postigos medio cerrados a causa del calor y continúa—: Tenía razón mi madre, que en paz descanse. Este hombre no tiene la cabeza en su sitio.

Desde la cocina aún nos llega el silbido de mi padre, que se confunde con el que viene de la calle.

—Ahora mismo voy yo a hablar con él —grita Cosimino, cogiendo su chaqueta.

—Calma, hijo mío. No es asunto tuyo. En esta casa se habla antes de disparar.

Mi madre deja la tela en el costurero y le suelta a mi padre:

—¿Ni siquiera te haces cargo de tu hijo? ¿Es que te has vuelto ciego y sordo?

Mi padre sigue silbando hasta que el otro por fin se calla y de fuera solo llega un ruido de pasos.

Luego, cuando eso también desaparece, vuelve el silencio. Yo ya no sé si aún estoy a favor del silencio.

18

Han adornado la plaza con luces y está llena hasta los topes de puestos de venta. Hay semillas, garbanzos tostados, figuritas de azúcar y algarrobas. Ya han subido al escenario las niñas con las alitas colocadas en los hombros; en mi lugar, este año hay una que no se me parece en nada: tiene el pelo rubio y la piel muy blanca. Cuando empieza a cantar, ella sola en medio del coro, tengo la sensación de que me he quedado sin voz.

Voy caminando por la plaza con el vestido blanco y los zapatos nuevos que me ha comprado mi madre pidiéndole dinero prestado a la Scibetta. Van cerrados por delante e incluso llevan un poco de tacón. Como estoy acostumbrada a ir siempre con zuecos, me aprietan por todas partes. Cosimino y ella caminan a mi lado, mi padre un paso atrás, con las manos en los bolsillos y el sombrero puesto. Echo un vistazo a los puestos donde venden pinchos de cordero y *arancini*, buscando con la mirada a mi hermana Fortunata. De pequeñas íbamos juntas de puesto en puesto y nos quedábamos pasmadas mirando al hombre que se tragaba las espadas, retorciéndose como si lo hubieran atravesado, y luego sacaba el metal impoluto, sin una sola gota de sangre. Desde que se casó, no ha vuelto a bajar a la plaza para celebrar el santo, aunque la verdad es que no le queda nada que celebrar.

La Scibetta y sus hijas estrenan los vestidos que hemos cosido mi madre y yo. Lucen todas sus joyas y, vistas de lejos, parecen tres santas mártires listas para la procesión. De Fortunata no hay ni rastro, pero por la calle principal aparece su marido. Gerò Musciacco lleva un traje elegantísimo y el bigote repeinado como los actores en los carteles del cine. Se presenta del brazo de una mujer que lleva un vestido escotado y corto por encima de las rodillas. En cuanto nos ve, inclina levemente la cabeza en señal de saludo, luego se vuelve hacia el lado opuesto, rodea con el brazo las caderas de ella y la besa delante de todo el mundo. Mi madre

murmura algo en calabrés, pero esboza una sonrisa por el qué dirán. Mi padre y Cosimino se han acercado al encargado de la rifa para seguir de cerca la extracción de los números. Han comprado dos boletos y esperan ganar el primer premio, un almuerzo completo con primer y segundo platos, guarnición, postre y vino. El de la rifa levanta el brazo y lo introduce en la bolsa de los números. Cada vez que saca uno, la gente apiñada a su alrededor suelta gritos de júbilo o decepción.

Cuanto más avanzamos, más me parece que todo el mundo me esté observando: quisiera volver a casa y ponerme los zuecos que he dejado a los pies de la cama. Por suerte, viene hacia mí Liliana, con un vestido de flores ceñido a las caderas, como los que llevan las cantantes en televisión, y el pelo cardado.

—¡Ven a bailar, Oliva!, —dice, y me agarra del brazo.

—Mi hija no baila —contesta mi madre, seca.

—Es solo entre amigas…

—Mi hija no tiene amigas —murmura ella.

Justo en ese momento las dos Scibetta se cogen de la mano y se dirigen al centro de la plaza, delante del escenario. Mueven los pies sin seguir el ritmo de la música, madre Scibetta las mira contenta y aplaude, luego nos ve y mueve los brazos como diciendo: «Ánimo, adelante». Si la plaza se queda vacía, sus hijas ahí solas van a parecer dos fantoches, y si no bailan nadie se va a fijar en ellas y van a quedarse un año más para vestir santos, hasta que ya no sirvan para casarse.

Mi madre me da un empujoncito en el hombro.

—Chica con chica, andando.

Las reglas del baile son, a saber: no te acerques a los hombres, no cantes a voz en grito, no muevas las caderas como si tuvieras el diablo en el cuerpo.

Por lo visto, Liliana no tiene ni idea de estas reglas, puesto que hace todo lo contrario de lo que me ha enseñado mi madre. Sabe mover las muñecas igual que Mina, chasquea los dedos con los brazos extendidos mientras canta a voz en grito *«Nessuno, ti giuro, nessuno…»*. Yo muevo el peso de un pie a otro como una acróbata, y eso por culpa de los zapatos nuevos. Liliana sacude la cabeza, dobla la espalda y menea las caderas; está tan guapa que casi me da un mareo. *«Nemmeno il destino ci può separare»*, repiten también

las dos Scibetta por lo bajo, pero sin bambolearse. *«Tutto il mio mondo comincia da te, finisce con teee…»*, se desgañita Liliana mientras algunos chicos se quedan mirándonos. Giro la cabeza hacia mi madre, que por suerte está distraída charlando con Nardina. Don Vito está en la puerta del bar de la plaza, rodeado por un grupo de hombres, comentando lo que llevan puesto las mujeres sin que sus maridos lo oigan. Veo que se ríe, tiene una boca hermosa y los ojos del color del mar, pero un asomo de pena en las mejillas. Pienso que está obligado a interpretar ese papel para no dar satisfacción a las malas lenguas, que a sus espaldas lo llaman picha floja. Ellos también sufren como nosotras: el honor de los varones está en las hembras que han elegido; el honor de las hembras está en su propia carne. Todos defienden como mejor pueden lo que es suyo. Sucede lo mismo que en la fiesta del santo patrono: en la procesión, cada palo aguanta su vela.

Nosotras bailamos en el centro de la plaza y alrededor se colocan los chicos, fumando y haciendo comentarios. Las dos Scibetta acercan sus cabezas cargadas de joyas y hacen morritos al tiempo que murmuran *«Perché questo amore si illuminerà d'eternità»*, y pisan el suelo sin seguir el compás, intentando atraer la mirada de los chicos, pero todos están prendados de Liliana, que echa la cabeza hacia atrás y entorna los ojos.

También Cosimino se acerca; acaba de volver de la rifa con mi padre, que lleva en la mano un sombrero nuevo, el premio de consolación. Se aproxima a nosotras y empieza a moverse al son de la música, mientras la Scibetta flaca lo mira como si quisiera comérselo. Al lado del vendedor de pulpo hervido y marisco hay un chico pelirrojo con pantalón largo y el pelo peinado hacia atrás con fijador. Se mantiene alejado de los demás y no lleva ningún cigarrillo entre los dedos. En un primer momento me parece alguien que viene de fuera, pero cuando se da la vuelta me doy cuenta de que es Saro. Hasta hace pocos meses podíamos quedarnos charlando en la puerta del taller de su padre, él con unas virutas de madera en el pelo revuelto y yo sentada en la hierba con las piernas cruzadas. Él también se ha hecho mayor, ahora ya forma parte del mundo de los hombres, así que cuando nuestras miradas se cruzan los dos nos sentimos incómodos.

Liliana me coge las manos y las lleva hacia arriba. Yo las empujo hacia abajo: no está bien visto que una mujer levante los brazos por encima de los hombros, dice mi madre. La música cambia y comienza a sonar una canción lenta en napolitano; habla de un hombre enamorado que pasa la noche debajo de la ventana de una mujer casada. La mujer se acerca a los postigos, pero no se asoma. El marido duerme y no se da cuenta de nada. El amante se queda llorando en la calle, la mujer vuelve a la cama sin poder pegar ojo. De repente reconozco la melodía y cruzo los brazos encima del vientre: es la misma que silban todos los días en la calle delante de mi casa.

Las dos Scibetta se abrazan para bailar la canción lenta, imitando a los que bailan en la tele.

—La música napolitana me pone melancólica —le digo a Liliana, y me la llevo a rastras, buscando un hueco en el gentío.

De entre el barullo me llega un intenso olor a jazmín. Luego una mano me agarra por la muñeca y tira con fuerza.

—¿No vas a concederle un baile a tu enamorado? —Pierdo de vista a Liliana entre la gente y estiro el brazo, pero me agarra firme —. Es nuestra canción, ¿no te acuerdas?

—Yo no me acuerdo de nada y a usted no lo conozco.

Paternò coloca el brazo izquierdo en mi cintura y aprieta la palma de mi mano con su mano derecha. Está caliente, pero no sudada. Acerca su mejilla a la mía y huelo su olor, acre y penetrante, mezclado con el de las flores de jazmín que lleva detrás de la oreja.

—«Rosa fresca de los mil perfumes…». Tú, que has estudiado, ¿no te sabes ese poema?

—No sé nada, y suélteme, sabe Dios qué dirá la gente.

—La gente va a decir lo que yo quiero que diga. ¿Te acuerdas de cómo termina el asunto de los dos enamorados en el poema? Termina que, de tanto dale que te pego, incluso las torres más altas caen.

La canción napolitana ha acabado y la orquesta en el escenario se arranca con una pieza alegre. Yo me doy la vuelta para buscar a Liliana entre las chicas que bailan en pareja. Paternò se ciñe aún más a mí, y empezamos a dar vueltas frenéticas entre la gente. Tengo miedo de cruzarme con la mirada de mi madre, pero al

mismo tiempo la busco para pedirle ayuda, para explicarle que la culpa no es mía. Él me agarra con fuerza y me obliga a dar vueltas hasta que mis pies casi no tocan el suelo. Pierdo los zapatos y el pelo, que llevaba recogido en un moño, se suelta y me roza los hombros, lo único que noto es su mano en la espalda, el perfume de jazmín y el olor de su piel. El calor que emana su cuerpo entra en el mío, que ahora me es ajeno, con pensamientos y propósitos muy suyos. Siento cierta languidez en el vientre y un miedo desconocido.

—Suélteme —digo en voz baja—. No quiero eso, no quiero eso, no quiero… —repito en un tono cada vez más alto, hasta chillar.

—Así se hace —dice él—. Las muchachas serias no se entregan a la primera de cambio. Hace falta rondarlas. —Y me roza el mentón con dos dedos.

—La señorita no quiere bailar, ¿le ha quedado claro? —Saro ha apoyado una mano en el hombro de Paternò. Su voz es distinta; incluso eso ha cambiado desde que dejamos de corretear juntos.

—¿Y eso? No será porque ande coja ella también…

Saro se abalanza contra Paternò; tiene el rostro tan congestionado que la mancha rojiza casi no se ve. Empieza a soltarle bofetones a diestro y siniestro, pero no llega a golpearlo. Al final lo agarra del pelo y tira con todas sus fuerzas. El otro levanta los brazos y no reacciona.

—Yo soy un caballero y no me meto con un tullido, un chiquillo que se pelea a la manera de las hembras.

Los labios de Saro tiemblan.

—De caballero, nada: eres un usurero —le espeta en la cara con la voz desgarrada por el llanto—. ¡Tú y tu padre tenéis a medio pueblo extorsionado!

A nuestro alrededor se ha formado un corrillo de gente y la orquesta ha dejado de tocar. Alguien interviene para alejar a Saro, que aún tiene los puños dirigidos hacia Paternò. Entre el gentío veo a mi padre, que se acerca a nosotros despacio con el sombrero nuevo en la mano. Dirijo la mirada hacia él, pero su expresión es la misma de siempre, como si estuviera en el campo recogiendo verdura.

—Salvo, por el amor de Dios… —grita mi madre detrás de mí. Parece que quiera frenarlo, pero yo sé que se trata de una incitación: «Salvo, por el amor de Dios, haz algo», quisiera decirle.

«Por una vez en la vida, compórtate como un hombre. Demuestra que los tienes bien puestos delante de todo el pueblo, Salvo, por el amor de Dios».

Las palabras de mi madre le llegan como una pedrada. Entorna los ojos, alarga el brazo y me coge de la mano.

—¿El señor padre no quiere concederme el honor de bailar con su bella hija?, —pregunta Paternò en tono de burla.

Mi padre abre la boca y se queda quieto un instante.

—Va a ser que no —contesta luego en voz baja, y se me lleva, descalza y con el vestido desgarrado.

Antes de torcer por una callejuela lateral, me vuelvo y veo a Paternò, solo en el centro de la plaza. Está sonriendo.

—¡Rosa…!, —grita desde lejos para que todos lo oigan—. Rosa fresca de los mil perfumes…

19

Ya en casa, mi padre cuelga el sombrero nuevo del gancho que hay en el recibidor, se pone la ropa de faena y entra en el cobertizo de las herramientas; al rato sale con una balda de madera y el bote de pintura y los coloca encima de unos caballetes en el corral. Cierra los ojos un instante y se aprieta el brazo izquierdo como si estuviera taponando una herida, luego se saca el pañuelo del bolsillo y se lo pasa por la frente. Cuando vuelve a abrir los ojos, hunde el pincel en el líquido rojo y empieza a extender la pintura, primero hacia un lado y luego hacia el otro, sin alterar nunca el ritmo. Mi madre va a su encuentro en el cercado y le suelta a media voz:

—El padre y el hijo en la rifa, malgastando los cuatro cuartos que conseguimos juntar, y la hija dándoselas de bailarina delante de todo el pueblo.

La única respuesta es el frufrú ligero de las cerdas en la superficie áspera de la madera.

—¿Le has preguntado a ese santo varón qué propósitos tiene con nuestra hija? Tú quisiste que siguiera estudiando, alabado sea el Señor, pero ahora hay que empezar a pensar en colocarla.

—Hace falta tener modales con las chicas —replica él, lo mismo que dijo de la cabra.

Me quedo sentada en un rincón mordiéndome las uñas mientras ellos hablan de mí, igual que si se tratara de emparejar una bestia.

—Ya coloqué a una de tus hijas. Si hoy Fortunata vive como una señora en un piso y dispone de criada, debes darme las gracias a mí.

Pienso en los ojos de mi hermana, casi hundidos en el rostro, la última vez que se asomó por la ventana, y quisiera que los míos también desaparecieran para dejar de ver y dejar de ser vista.

—Cosimino aún es un chiquillo. Eres tú quien tiene que ocuparse de nosotras. ¿Qué es un hombre hecho y derecho? Pues uno que da de comer a la familia y sabe cuidar de sus mujeres. ¿Te has fijado en cómo miraba a tu hija ese hombre? Si te pincho con

una aguja, ¿qué te sale de las venas? Nada, eso es lo que sale. Nada.

Mi padre revuelve la pintura y comprueba su consistencia con el palo de madera. Echa un poco de agua en el bote y revuelve de nuevo. Luego saca el pincel cargado de pintura, se lo entrega a mi hermano, entra en casa con calma, vuelve a calzarse, se pone el sombrero nuevo y se dirige hacia el camino de tierra.

—Cosimino, hijo, sigue tú; de repente me he acordado de un recado pendiente: tengo que salvar el honor de la familia antes de cenar.

Mi hermano se queda con el pincel en la mano mientras a sus pies se forma una mancha roja de pintura. Yo siento flojera y soy incapaz de levantarme. Mi madre observa las gotas que caen al suelo.

—No te angusties, Amalia —le dice mi padre, parándose un instante—; no es sangre, es solo pintura y se limpia con agua. Lo otro, en cambio, por mucho que rasques, nunca se va. —Y retoma el camino dejando en el sendero las huellas rojas de sus zapatos.

Me da miedo quedarme en casa y me da miedo seguir esas pisadas rojizas que quedan marcadas en el suelo. Lentamente me levanto, voy a mi habitación, me quito el vestido: sigue siendo blanco como cuando lo bordamos, pero tiene un buen desgarrón en la falda. Vuelvo a vestirme con la ropa de estar por casa, me pongo los zuecos, escondo el vestido nuevo en la vieja bolsa de cuero que usaba de pequeña para ir a clase y me voy al huerto. Apoyada en la pared de casa hay una pala, la agarro y abro una fosa a los pies del olivo, cavo hondo y luego echo en el fondo la bolsa con el vestido y la veo desaparecer. Vuelvo a taparlo todo y me quedo ahí sentada mientras mi padre se aleja, diminuto, en la oscuridad.

SEGUNDA PARTE

20

Lo encontraron por la calle. Acurrucado en una esquina, con el sombrero en el suelo, la camisa desabrochada y agarrándose el brazo. En el pueblo se rumoreó que iba donde Paternò para limpiar su honor, pero no llevaba armas encima. Provenzano, el médico, dijo que poco había faltado para lo peor y que teníamos que darle las gracias a la Virgen de los Milagros. Yo estoy a favor de los milagros.

Cuando lo vio en la cama del hospital, mi madre movió la cabeza en señal de reproche. «No vuelvas a hacernos eso», dijo, y le acarició el pelo con una mano. Yo en mi vida la había visto tocarlo, y creí que estaba a punto de morir.

A mediados de otoño seguía vivo y en cama. Hablaba poco, como de costumbre, se entretenía mirando el campo a través de la ventana, mientras Cosimino y yo nos ocupábamos de las gallinas, de la cabra y del huerto. Yo iba a por caracoles, mi hermano cazaba ranas. Cuando él volvía, nos poníamos los tres rodeando el cubo, mi madre, Cosimino y yo, con los cuchillos en ristre. Colocábamos las sillas en la habitación de mi padre para hacerle compañía. Cosimino empezaba cortándoles la cabeza, que era lo que más grima nos daba, y por eso siempre lo había hecho mi padre antes de que le diera el infarto. La sangre salía a borbotones y caía en el balde. Luego me pasaba las ranas a mí y yo les cortaba la punta de las patas, apenas un poco, y se las entregaba a mi madre, que las limpiaba por dentro. Era una tarea laboriosa, pero valía la pena porque en el mercado las ranas listas para cocinar valían más. Con ganas de echar unas risas, Cosimino nos contaba una y otra vez la historia del juicio que había oído en la puerta del bar. Nosotros éramos los imputados delante del juez y a cada cual le correspondía una pena. A mí, un año, porque solo había cortado las patas. A mi madre, quince años, porque era culpable de lesiones graves. Y a él, cadena perpetua, porque había asestado el golpe mortal a las pobres

bestias, pero el juez nos absolvía a todos alegando legítima defensa porque, de no haber matado a las ranas, el hambre nos habría matado a nosotros. Al final todos reíamos, mientras en el cubo se iban amontonando las patas cortadas y los despojos colorados. Cosimino miraba a mi padre de reojo para saber si él también se estaba divirtiendo, pero el hombre no estaba para eso: se fijaba un rato en los despojos de las bestias, pero luego dirigía la mirada más allá de los cristales, hacia el lugar donde yo había enterrado mi vestido, o eso me parecía a mí.

Mi hermano era el encargado de ir al mercado, y cuando volvía a casa dejaba el dinero en un cesto de mimbre en la mesilla de noche de mi padre porque él era el cabeza de familia.

Una vez por semana venía Provenzano, el médico; lo encontraba mejorado y le daba un jarabe. Yo estoy a favor de los jarabes: cuando era pequeña tuve una inflamación de bronquios y me dieron uno que sabía a cereza. Resulta que una noche encontré el frasco y me lo bebí entero. Tuve mucho dolor de barriga y acabé echándolo todo de tanto vomitar.

Un día el médico dijo que mi padre ya se encontraba bien y que si aún no se levantaba era debido a una falta de voluntad.

—¿Y eso qué quiere decir?, —preguntó mi madre mosqueada.

—Después de un infarto puede pasar —le explicó él—. Es algo parecido a una flojera del espíritu. Hay que tener paciencia.

—Voluntad nunca ha tenido —contestó mi madre—. ¿Cuánto tiempo hace falta para que vuelva a ser el de antes?

Provenzano se quitó las gafas y se restregó los ojos con los nudillos como si quisiera borrarlos.

—Hay que tener paciencia —repitió, y luego dejó de venir.

21

Las primeras semanas había cola delante de la puerta: uno salía y otro entraba. Don Ignazio, Nellina, los campesinos de las tierras de los alrededores y también algún entrometido que quería saber el qué y el cómo. Debilidad de corazón, alegaba mi madre, y todos asentían piadosos, pero luego se daban la vuelta y me miraban a mí. Yo pedía disculpas y me encerraba en mi habitación, abría los libros de texto y me imaginaba preparando el examen oral de Latín para el día siguiente, aunque a esas alturas la escuela se había acabado para mí: después del accidente de mi padre, me habían sacado.

—A una chica como Dios manda no le hace falta ningún diploma —había decretado mi madre guardando la bata negra.

«No importa —me decía yo—; total, ya me iba demasiado ceñida».

«Honesta puella laetitia familiae est», leía en el manual de primero, y hojeaba el diccionario tratando de ignorar la cháchara en la cocina. «La doncella honesta es la joya de la familia», escribía con pulcritud en mi cuaderno. Ellos tenían razón: la debilidad en el corazón de mi padre se la había metido yo.

De las Scibetta solo vino Mena, la hija flaca. Dijo que su madre pedía disculpas, pero tanto ella como la hermana habían pillado un mal resfriado y, ahora que ya se encontraban mejor, no querían correr el riesgo de una recaída. La Scibetta flaca, cuando estaba sola, parecía menos seca que cuando estaba con las otras dos. Era poco mayor que yo, pero el miedo de su madre de que se quedara sin marido ya la había convertido en una solterona. Eso vale para todas: acabamos siendo como nos ven nuestras madres.

—¿No está Cosimino?, —preguntó mientras se recolocaba una horquilla en el pelo.

—Tranquila, ha ido al mercado —contesté yo, imaginando su timidez—. Siéntate, Mena —añadí atándome el delantal en la cintura—. ¿Te apetece un café o un poco de agua con menta?

—Te lo agradezco, Oliva, pero no te molestes —contestó ella, mostrando una complicidad que antes no me había manifestado—. Ven, siéntate aquí a mi lado.

Las veces que había ido a su casa a rezar el rosario nunca me habían invitado a sentarme en el sofá, como si ellas y yo fuéramos de una raza distinta. Mi madre, Miluzza y yo en un lado, y ellas tres en otro. Me senté a su lado. Mena me cogió la mano y la colocó entre sus rodillas.

—A ver, ¿qué pasó?

Mis dedos rozaban la tela de su falda, embellecida por el bordado que yo misma había ayudado a coser hacía justo un año. Ese bordado me había costado mucho esfuerzo y ahora ya no me pertenecía, me daba reparo tocarlo.

—Fue un infarto —contesté yo—. Cosimino lo encontró en la calle…

—A mí me lo puedes contar, Oliva —me interrumpió ella—, que podría ser tu hermana y hay confianza.

Caí en la cuenta de que ni siquiera Fortunata y yo, que éramos hermanas de verdad, nos habíamos cogido nunca de la mano.

—No sé, Mena. ¿Qué quieres que te diga…?

A ella le subieron los colores y su rostro parecía aún más afilado. Le brillaban los ojos como si estuviera a punto de llorar, pero no la vi apenada.

—El beso —dijo luego en un suspiro.

—¿De qué beso hablas, Mena?, —pregunté confundida.

—A mí me lo puedes contar, Oliva. De aquí no saldrá.

Retiré la mano de golpe, sintiendo cómo la tela resbalaba bajo mis dedos, lo mismo que cuando la había bordado, puntada tras puntada.

—Te has echado novio y ahora te sientes superior. ¡Y pensar que yo siempre he sido amiga tuya!

Mena empezó a retorcerse las manos mientras unas lágrimas auténticas iban cuajando en los párpados de sus ojos saltones.

—Ni beso ni novio —dije—. A esa persona yo no la conozco, y mi familia tampoco.

Ella pareció decepcionada, pero también algo aliviada. Le faltó tiempo para volver a sus aires de soberbia; movió la silla y me miró con malicia.

—Se fue del pueblo cuando era un chiquillo y ha vuelto hecho un hombre. Todas creen que es apuesto. ¿No te lo parece?

Noté una opresión en el pecho, miré hacia donde estaba mi madre para saber si nos estaba escuchando y crucé los brazos encima del delantal.

—Lo habré visto como mucho dos veces —contesté—. Nunca me he parado a pensarlo.

—Te invitó a bailar…

—Me confundió con otra —corté tajante.

—Dice mi madre que en los últimos años ha estado viviendo en la ciudad, en casa de un tío suyo que tiene un próspero negocio porque la vida en el pueblo no le apetecía.

—Y yo que me alegro —refunfuñé.

Mena volvió a acercarse.

—Cuentan que tuvo que marcharse deprisa y corriendo por una cuestión de honor —me soltó en voz baja, medio sofocada.

Me puse de pie bruscamente, tanto que la silla cayó al suelo. Mena también se levantó y mi madre se asomó por la puerta para saber qué había pasado.

—Ya me marcho, doña Amalia —murmuró Mena, apurando el paso hacia la salida—. Mamá las espera el viernes en casa para el rosario.

—Gracias, Mena —contestó ella—, pero ya ves que no puedo moverme de aquí, con mi marido tan enfermo.

Respiré aliviada. La última vez había salido de su casa en volandas, como si me hubieran descubierto robando algo. Volví a recordarlo todo: el sol que brillaba, la plaza vacía, el jugo rojo de la naranja que manchaba los pantalones blancos y la sangre en mis piernas.

Mena me pidió que le diera recuerdos a mi padre y se fue. Nos quedamos mi madre y yo en la cocina, preparando la cena, manteniendo cierta distancia, como dos personas que no quieren contagiarse la una a la otra.

22

Esta mañana voy a misa sola porque mi madre ha ido a entregar las sábanas bordadas del ajuar de Tindara, la sobrina de Nellina, el ama de llaves, que tiene un año más que yo y se casa con un buen partido. Las reglas en la iglesia son, a saber: levántate cuando el cura dice «poneos en pie», siéntate cuando dice «podéis sentaros» y no despegues la hostia del paladar con la lengua después de recibir la comunión.

Entro en la iglesia con el velo blanco en la cabeza, me persigno y llego hasta el banco donde están las demás. También ha venido Tindara, con los zapatos nuevos y el pelo recogido; tiene dieciséis años y ya parece una mujer hecha y derecha. Cuando acaba la función, todas nos apiñamos a su alrededor y Crocifissa la cose a preguntas:

—¿Qué tal ese marido tuyo? ¿A qué actor se parece?

Tindara se encoge de hombros.

—No lo sé…

—¿No sabes si es guapo o feo?, —insiste Crocifissa.

Ella agacha la cabeza apurada y tarda un rato en contestar.

—Yo al novio no lo he visto. Es mi tía la que lo ha arreglado todo —confiesa finalmente.

Todas nos quedamos boquiabiertas. Pensábamos que las bodas apañadas eran cosa de otros tiempos.

—Yo llevo como presente mi pureza —se justifica Tindara— y él me dará un estatus social —añade, repitiendo de memoria las palabras que le ha enseñado el ama de llaves—. Esa es la base de un matrimonio feliz.

Las demás no sabemos qué contestar; solo Crocifissa tiene arrestos para decir lo que todas tenemos en la punta de la lengua:

—¿Ni siquiera sabes qué aspecto tiene?

—Claro que sí, faltaría más. Me ha mandado un retrato suyo de cuerpo entero —contesta Tindara con voz temblorosa—. Lo he

mirado bien: no le falta nada.

—¿De qué estamos hablando? ¿Amor a primera vista y por correspondencia?, —bromea Crocifissa.

—Pero, al menos, ¿hay de dónde rascar?, —se informa Rosalina, frotando pulgar e índice como si estuviera contando billetes de banco.

—Es viajante —comenta Tindara ufana—. Es un hombre de fiar —sigue informándonos, y golpea con el dorso de la mano derecha la palma de la izquierda, como para demostrar su solidez.

—¿Y si luego —pregunto tímida—, cuando lo veas en persona, no te sientes atraída, llevada por la alegría del corazón? Dentro de una semana estaréis bajo el mismo techo día y noche…

Tindara ensombrece el gesto y, cuando me mira, sus ojos son dos hendiduras.

—¡Mira quién habla! No todas somos como tú… —Las chicas del corro callan de repente—. Tú al novio te lo buscas en la calle, dejas que vaya a tu casa a cantarte una serenata, permites que te bese en la plaza, delante de todo el mundo, y pones en riesgo la salud de tu padre. Mi futuro marido es un hombre de honor y, para no dar pie a las malas lenguas, ha preferido que ni siquiera nos veamos antes porque quiere presumir de mi pureza delante de la gente.

—Es que yo no pretendía…

—Tú, en cambio, ahora estás en boca de todos. No hay bicho viviente que no conozca a Pino Paternò.

Al oír su nombre, vuelvo a sentir aquellas manos agarrando mis caderas, el olor de su piel, y me muero de vergüenza.

Las otras chicas se colocan en círculo a nuestro alrededor, como los hombres que hacen apuestas en las peleas de gallos: las bestias en la arena y ellos mirando cómo se despellejan, pero ahora en el centro de la plaza, delante de la iglesia, estamos Tindara y yo, dos gallinas de corral.

—La hermana y ella, menudo par de frescas —murmura Tindara, y se marcha seguida de Rosalina y Crocifissa.

Me quedo en la plaza como un calcetín desparejado y corro a toda prisa hacia casa, aunque lo tenga prohibido; mis pies se mueven solos, mientras yo me voy repitiendo: *«Rosa, rosa, rosam…»*. Esa es la única solución para acallar las malas lenguas: correr a más no poder y salmodiar en latín.

Al llegar, me asomo al dormitorio: mi padre no está, veo las sábanas bien colocadas, perfectamente alisadas y recogidas en las esquinas. «Papá», digo primero flojito y luego en voz alta. Doy una vuelta por toda la casa, vuelvo a su habitación, me siento en el colchón, los puños en las rodillas; quisiera abalanzarme fuera para buscarlo, pero de repente me siento cansada, como si la flojera de mi padre se me hubiera metido en el cuerpo. Me acuesto, apoyo la cabeza en la almohada, la misma donde se ha echado él durante meses, e inspiro su olor. Luego me levanto con mucho esfuerzo y me dirijo al corral. Entre los desperdicios a los pies del olivo, veo a un campesino agachado sobre las plantas, con el sombrero calado en la frente; saca agua del pozo para alimentar los brotes. Voy corriendo hacia allí, le echo los brazos al cuello y me agarro a él como la oliva verde se pega a la rama.

—Desde la ventana he visto una planta que necesitaba soporte —me cuenta con naturalidad—. Así que me he levantado.

23

Tras tantos meses de inactividad, sus manos son finas como las de un muchacho. Ata el tallo aún verde a un palito que ha clavado en la tierra, arranca algunas malas hierbas que habían crecido alrededor de la planta quitándole el sustento, restriega las hojas recién brotadas entre pulgar e índice.

—Me he quedado en casa demasiados días —dice mientras se levanta apoyándose en una rodilla—. Ven, vamos.

—¿Adónde?

—Ponte el vestido bueno.

El vestido bueno está enterrado a pocos metros, cerca del olivo, enrollado en la vieja bolsa que usaba para la escuela, y no tengo el valor de decírselo. Él va hacia casa, el sol brilla alto y ya no da la impresión de que estemos en otoño; parece más bien primavera. Al cabo de una media hora sale con el traje de los domingos, afeitado y bien peinado, de nuevo fuerte y grande como los dioses griegos que había en las láminas de los libros de la maestra Rosaria. Levanta la tela del pantalón que toca las rodillas, se sienta al lado de la puerta y espera. Yo me voy volando a mi habitación y saco del armario la falda amarilla de mi madre que en su día arreglamos para adaptarla a mi cuerpo y que aún está por estrenar. Llego al umbral y él se levanta y me coge del brazo.

Vamos por el camino de tierra hasta la avenida; mi padre anda con la cabeza bien alta y saluda a toda la gente con la que nos cruzamos, como si hubiera vuelto rico y satisfecho de un largo viaje, en vez de volver de un infarto. La plaza está llena: las mujeres con el velo en la cabeza salen de la iglesia después de la segunda misa y se van a preparar la comida, sus maridos forman corrillos para tomar una copa de vino y jugar a las cartas en las mesas del bar. Nosotros avanzamos despacio, sin hablar. Mi padre da los buenos días a todo el mundo, y la gente contesta saludando; solo después de que hayamos pasado, se levanta la ola de chismorreos.

Me aferro a la manga de su chaqueta, muy resuelta; quisiera volver por donde hemos venido.

—¿Adónde vamos, papá?

—Que yo sepa, hoy es domingo y los domingos se compra postre —me dice sin aflojar el paso.

Yo bajo la mirada y empiezo a contar los adoquines: ojalá fueran infinitos, como en la historia de Aquiles y la tortuga que nos contaba la profesora Terlizzi, pero de eso nada. La puerta acristalada de la pastelería brilla por el reflejo del sol y no consigo ver el interior. Quisiera rezarle a la Virgen de los Milagros para no encontrármelo dentro, pero en vez del rosario me salen las declinaciones. Primera, en singular: *«Rosa, rosa, rosam, rosae, rosae, rosa»*. Si llego hasta la quinta sin equivocarme, él no estará ahí, haciéndose cargo de la caja. Primera, en plural: *«Rosae, rosae, rosas, rosarum, rosis, rosis»*. Mis pies son dos hormigas que avanzan lentísimas, multiplicando el número de los pasos. Segunda, en singular: *«Lupi, lupi, lupos, luporum…»*. Mi padre me sostiene como si llevara mi peso cargado al hombro. Yo sigo con lo mío: *«Luporum, lupis, lupis»*.

Por la calle nos miran mientras vamos pasando: el padre resucitado y la fresca de su hija que se dan un paseo el domingo por la mañana y compran el postre en casa de quien la ha ofendido. Tercera, en singular: *«Consul, consul, consulem, consulis, consuli, consule…»*. La tercera es la más difícil, y por eso suma puntos. Si no me equivoco en la tercera, detrás del mostrador estará la dependienta, mi brazo se volverá ligero, mis pasos serán los de una jirafa, igual que cuando jugábamos de niños delante del taller del padre de Saro, y luego volveremos a casa, lejos de todas las miradas, y celebraremos el domingo y su recuperación. Tercera, en plural: *«Consules…»*, ¿y luego? Las letras se me confunden en la cabeza. Ya me he olvidado de todo, y tanto estudiar no me ha servido de nada. La profesora Terlizzi me mira desde la cátedra con el ceño fruncido, la maestra Rosaria me quita una estrellita y mi madre me castiga.

La puerta acristalada se abre y oigo la voz de mi padre:

—Buenos días.

No aparto los ojos de las baldosas azuladas del suelo y rebusco

en la memoria para encontrar el genitivo plural, sin éxito. Mi mente está vacía.

—¿Buenos?, —contesta la voz de un hombre—. Antes de que entraran ustedes eran buenos; ahora son estupendos. —Su risa choca contra el silencio de mi padre—. ¿En qué puedo servirles?, —pregunta luego muy amable.

—Hemos venido a comprar unos pasteles para celebrar que ya me encuentro bien.

Estoy tan pegada a él que siento cómo las palabras vibran en su tórax antes de perderse en el aire.

—Pues entonces no puedo complacerles —declara el otro, soltando la pinza de los dulces y dando unos pasos hacia nosotros. Siento en el aire el perfume de los jazmines. El cuerpo de mi padre se tensa, pero solo un momento. Luego su busto vuelve a relajarse —. El postre para esa celebración no se lo voy a vender —añade el hombre—. Se lo quiero regalar.

Levanto la mirada, vuelvo a ver su rostro y siento otra vez el ansia, como me pasó en el baile, aunque ahora esté quieta.

—Una *cassata* de las buenas, como le gustan a la señorita… —Me guiña el ojo, lo mismo que cuando yo era chiquilla y él ponía un poco de pastel en la hoja del cuchillo para que lo probara.

—Gracias, pero va a ser que no —contesta mi padre. Su voz es calmada, sin segundas intenciones; es como si le contestara a mi madre cuando ella le pregunta si le apetece otro plato de pasta con berenjenas. Suelto su brazo y empiezo a retorcerme las manos.

—Me ofenderé si no aceptan ustedes —replica el otro.

—Mi hija tiene sus propios gustos —dice mi padre—. ¿Verdad, Oliva? Mira a ver qué te apetece.

Observo los pastelitos rellenos de cremas variopintas, y ahí, entre tanta mercancía, reconozco las manos que me agarraban por la cintura en la fiesta del santo patrono.

—Habla usted como un hombre moderno —interviene el tipo—, uno que no respeta las tradiciones. Dice que quiere que su hija escoja libremente, pero las hijas no les cuentan a sus padres lo que les gusta y lo que no les gusta. A lo mejor no pueden contarles lo que les apetece por el respeto que les deben.

—Entre mi hija y yo no hay secretos —insiste mi padre—. Lo que ella decida va a misa.

Paternò saca una tarta del aparador: grande, blanca como el vestido que yo he enterrado y punteada de fruta escarchada. Ni idea de si la quiero o no. Ni idea de si hay secretos entre mi padre y yo. Me sé las palabras más raras del diccionario, sé bordar la tela más delicada sin estropearla, sé un poco de latín, aunque me haga un lío con la tercera declinación, sé limpiar ranas. Pero no sabría decir más de mí misma.

—Oiga —concluye el hombre, a punto de perder los estribos—, no vamos a fastidiarnos el día de fiesta. Le estoy ofreciendo un regalo a su hija, créame si le digo que usted va a sacar un beneficio de todo eso, y no pido siquiera que me den las gracias. Lamentablemente, hay gente que no sabe ser agradecida. En pocas palabras, hágame caso: llévese el pastel y pasen ustedes un buen domingo.

Paternò envuelve la *cassata* en el papel celeste que lleva la etiqueta dorada de la tienda. Desenrolla medio metro de cordel marrón, coge las tijeras y lo corta, levantando de vez en cuando la mirada para fijarla en mí, así que yo clavo los ojos en el suelo. En el momento en que corta la cinta, algo se rompe en mi interior. Mi padre lleva las manos hacia delante, no sé si con la intención de aceptar el regalo o de rechazarlo. Quizá sea solo un gesto de espera.

—Oliva, hija, este caballero ha decidido que hoy de postre tenemos que comer *cassata*, pero yo te he traído expresamente a la pastelería porque quiero que decidas tú, a tu gusto, y sin rendirle cuentas a nadie. —Mi padre da media vuelta en dirección a la puerta acristalada y la abre de par en par, para que la gente que se ha reunido fuera pueda oírlo. Luego me levanta la barbilla con la punta de los dedos—. Vamos, no tengas miedo, que cuando uno dice la verdad nunca se equivoca. ¿Te parece bien o no?

Miro las manos de Paternò, que aún agarran las tijeras como si estuviera apuntándome con ellas. Parece que esté a punto de reír, pero tengo la sensación de que en sus ojos anida la furia. Mi padre se agarra el brazo izquierdo como aquella noche de la fiesta del santo patrono. Nadie rechista, ni dentro ni fuera de la tienda; las palabras me suben garganta arriba, llegan a la boca, se deslizan por la lengua, pero se quedan quietas tras los dientes y lo único que consigo hacer es un gesto con la cabeza.

—¿Se ha enterado usted?, —pregunta mi padre.

Paternò contrae los músculos de la mandíbula y me mira fijamente, yo siento un espasmo dentro de la barriga, como cuando está a punto de llegar san Andrés. Un dolor sordo y profundo que se confunde con el placer.

—Vámonos, papá —murmuro, y salgo a la calle.

24

Nos alejamos de la pastelería con un pequeño paquete que cuelga del dedo índice de mi padre. Ha pedido que le sirvieran unas pastas de almendra y ha dejado el dinero encima del aparador, pero el otro hombre no lo ha tocado.

Desandamos el camino para volver a casa. Ahora los comentarios nos llegan altos y claros, pues todos saben qué tono usar para que se los oiga.

—Paternò le ha faltado al respeto y él va y le compra unas pastas.

—¿Comprar? Ni de broma. Se las ha regalado, y por algo será.

—Menudo regalo. ¿Has visto qué miseria de paquete?

—Eso no es un regalo…, ¡es una humillación!

—Salvo Denaro no tiene sangre en las venas.

—Si hubiera besado a mi hija delante de todo el pueblo ya le habría soltado yo unas cuantas pastas, y de las gordas…

Mi padre no agacha la mirada bajo el ala tiesa del sombrero y saluda a todo el mundo en voz alta, dirigiéndose a ellos por el nombre y el apellido. Algunos contestan, muchos callan. Yo ya he dejado de mirarme los pies. Levanto la barbilla y no apuro el paso. Las pastas las hemos elegido a nuestro gusto y las hemos pagado con nuestro dinero. No hemos aceptado regalos de gente que no conocemos.

Mi madre y Cosimino nos esperan en la puerta de casa.

—Tú y yo buscándolos por todas partes y ellos de paseo, como dos novios en su primera cita —se queja ella.

Mi padre se quita el sombrero y se va hacia el baño para lavarse las manos. A mi madre su silencio le duele más que una bofetada. De repente me suelta:

—Y tú, ¿se puede saber por qué te has puesto mi falda?

—¡Me la regalaste tú!, —replico acto seguido.

—Te dije que podías ponértela solo en alguna ocasión especial, y

además aún no está lista. —Le da la vuelta al dobladillo, dejándome con los muslos al aire—. Todavía se ve el hilván, ¿no te das cuenta? La gente va a decir que la hija de la bordadora va por ahí con la ropa a medio coser. ¡Que Dios nos ampare! —Yo me tapo las piernas con las manos e intento tirar de la tela hacia abajo—. Pero a vosotros tanto os da la gente —comenta con su risa resentida—. Padre e hija hacen lo que les sale de las narices, que aquí estoy yo para apañar lo que haga falta. Cuando pasó lo de Fortunata…

—Fui yo quien le pidió que se pusiera un vestido bueno —la interrumpe mi padre. Ella se sorprende tanto al oírlo hablar que calla la boca—. Tu marido se ha curado, Amalia, y hemos ido a comprarte unas pastas, que hoy es domingo. ¿Habrías preferido quedarte viuda?

Mi madre lee el nombre que aparece en la etiqueta pegada al papel, se deja caer en una silla, se abanica la cara con una mano y apoya la otra en el pecho.

—¿Viuda? A ver quién puede contigo… Eres tú quien me va a llevar a mí a la tumba un día de estos. Tenía razón mi madre: por unos ojos verdes eché a perder mi vida. ¿Sabes tú cuánto me ha costado a mí, que vengo de fuera, que se me respetara en este pueblo? Cuando Amalia Annichiarico pasa por la calle nadie rechista. Conseguí que mi hija se casara, aunque se hubiera metido en un lío. Por suerte, Fortunata siempre ha tenido sentido común y ha seguido los consejos de su madre.

Nos mira con la vista nublada, apoya las manos en la mesa para volver a levantarse, pero se tambalea; Cosimino se le acerca rápido para sostenerla y ella se desmorona, llevándose ahora las manos a las sienes.

—Yo no sé y no quiero saber por qué razón ese chico ha ido a encapricharse justamente contigo —dice mirándome como si yo hubiera robado algo—. Feo no es, y pobre tampoco. Pero no ha venido aquí a parlamentar, como debe ser, ni ha enviado a alguien. Ha estado viviendo en la ciudad unos cuantos años y allí las cosas se resuelven de otra manera. Cabe la posibilidad de que vaya en serio.

Yo no consigo abrir la boca, Cosimino se va poniendo pálido.

—Paternò es un usurero —se atreve a decir—. Saro me ha contado que a su padre lo tiene pillado. No es una persona como

Dios manda.

—No te metas donde no te llaman —contesta mi madre—. Quién va a hacerse cargo de tu hermana lo decidimos tu padre y yo.

Cosimino se encierra en su habitación dando un portazo; ella nunca le había hablado en ese tono. Mi padre coge las tijeras y corta la cinta del envoltorio celeste.

—Amalia —le pregunta tan tranquilo—, ¿a ti te gusta la fruta de mazapán?

Mi madre pone los ojos en blanco y luego mira el paquete aún cerrado.

—¿Y qué tiene que ver ahora el mazapán, Salvo? Siempre te vas por las ramas.

—Creo recordar que no te gusta, ¿verdad?

Ella se sienta frente a él; parece que no le quede aliento ni para enfadarse.

—Cierto, Salvo. Tienes razón: no me gusta la fruta de mazapán.

—Pues resulta que a nuestra hija no le gusta la *cassata*. Se lo he dejado bien claro al chico de la pastelería. Todo el mundo me ha oído en la calle.

Mi madre apoya los codos en la mesa y se tapa la cara con las manos. Él se inclina hacia delante, acercándose a ella, y con el dedo índice abre lentamente uno de los pliegues del envoltorio para mostrar el contenido.

—Después de pensarlo, he decidido quedarme con unas pastas de almendra. A gusto de todos nosotros.

De las palmas pegadas a los ojos de mi madre cae una lágrima. Antes de que resbale en su mejilla, él la hace desaparecer con un gesto del pulgar, como si acariciara una de sus plantas.

—No te desesperes, Amalia, que hablando se entiende la gente.

25

Unos días después del paseo hasta la pastelería mi madre saca del arcón dos pilas de sábanas y toallas blancas como la nieve y se pone manos a la obra. De día cose para sus clientas, de noche le da a la aguja y al hilo para bordar mis iniciales en la tela hasta muy tarde, y a la mañana siguiente tiene los ojos achicados de tan cansada que está. De vez en cuando agarra la cinta métrica y me toma medidas a lo largo y a lo ancho. ¿Estará preparando el ajuar para entregarme al tipo ese?

Cuando estaba cosiendo el ajuar de Fortunata, yo pensé que para mí no guardaría ni un trapo porque estaba claro que ella era la hija que había que casar y yo me quedaría en casa a hacerle compañía cuando fuera mayor. ¿Quién iba a quererme, tan seca y hosca? Pero no: lo tenía todo pensado también para mí, y ahora se apresura a juntar todas las piezas, a bordar las telas de hilo, a ajustar los camisones, a coser cintas de raso, a subir el dobladillo de los visos. Cuando se me acerca para rodearme las caderas y el pecho con la cinta de medir parece extrañarse. En el pueblo van diciendo que he embrujado a Paternò, no dan crédito a que, pudiendo elegir entre tantas chicas guapas, haya perdido la cabeza por mí. A lo mejor incluso mi madre tiene miedo de que el hechizo acabe, como en los cuentos antiguos, y yo vuelva a ser la calabaza que era antes de que el tipo en cuestión me convirtiera en mujer. Por eso trabaja sin parar.

Mi padre ha vuelto a ir al mercado con Cosimino, que había conseguido su propia clientela mientras él estaba enfermo. Con ellos, de vez en cuando va también Saro, y luego se queda a comer aquí con nosotros. Cuando acabamos, los dos nos echamos en la hierba, como hacíamos de chiquillos, pero Cosimino enseguida se nos acerca porque, aunque sea Saro, no deja de ser un hombre.

—Entra, Oliva, que mamá te está buscando para que recojas la mesa —dice mi hermano.

Me levanto; tengo la espalda mojada por la tierra húmeda y la blusa se me ha pegado a la espalda; voy hacia la casa y, al llegar a la puerta, me doy la vuelta. Saro me sigue con la mirada, luego se frota la mancha roja con forma de fresa que tiene en el pómulo izquierdo, baja la cabeza y busca un cigarro en el bolsillo. Su forma de mirar es distinta de la de Paternò, también de la de Gerò Musciacco cuando mira a cualquier mujer que no sea Fortunata, pero igualmente noto su peso encima: él es varón, yo soy hembra, y las nubes, allá arriba, ya no hay quien las nombre.

Cruzo los brazos encima del pecho, me encojo de hombros y entro en casa a recoger la mesa. De vez en cuando, desde la ventana abierta me llegan sus risas.

26

—La buena mercancía no se despacha a granel —sentencia mi madre—. Si alguien te pretende, tiene que venir aquí a parlamentar.

Dicho eso, me ha prohibido salir. Cuando me aburro, bajo de la estantería los viejos libros de texto de la escuela y repito en voz alta un tema. De vez en cuando, Liliana viene a casa con la excusa de arreglar un vestido. Mientras mi madre se ocupa de ello, nosotras nos quedamos en mi habitación, pero con la puerta abierta, que encerrarse está mal visto. Hablamos de tonterías sabiendo que puede oírnos, pero en cuanto en la radio ponen una canción de las que le gustan y ella sube el volumen y empieza a cantar, nosotras vamos a lo nuestro.

Le pregunto a Liliana si se ha echado novio y ella me dice que no. Digo yo que seguro que hay alguien que le gusta, y ella se ríe y se tapa los ojos con las manos. Le gusta el hijo de la que vende camisas, confiesa. Y también el hermano de una compañera nuestra de primaria que ahora trabaja de aprendiz en un bar. E incluso el primo de las Scibetta.

—¿Ese que tiene la cara llena de granos?, —pregunto. Yo no estoy a favor de los granos.

—Tiene buenos hombros —se justifica Liliana. Me quedo desconcertada. Nunca se me había ocurrido pensar en los hombros de un chico. ¿Qué puede gustarte de unos hombros? Me valen la sonrisa, los ojos, el pelo, pero ¿los hombros? Tiene razón mi madre cuando dice que Liliana tiene la cabeza llena de pájaros.

—Y… ¿os habéis besado?, —me atrevo a preguntar cuando está a punto de terminar la canción.

—Casi —dice ella, poniendo los ojos en blanco.

—¿Te ha tocado…?

La canción que le gusta a mi madre ha acabado, ella deja de cantar y yo siento tanta curiosidad como la flaca de las Scibetta, pero ya no pregunto más. Liliana mira hacia la puerta, se abre dos

botones de la blusa y yo atisbo su ombligo, entrecerrado como una pequeña boca.

—Te he traído las revistas de cine —dice. Se desprende rápidamente de un paquete atado con cinta, me lo pasa y vuelve a abrocharse a toda prisa.

Los pasos de mi madre se acercan; me levanto de golpe y escondo los papeles bajo la colcha.

—Ya tienes el dobladillo listo —comenta asomándose a la puerta y devolviéndole la falda a Liliana—. Ándate con cuidado, que es la tercera vez que me traes la falda descosida. Cuando en casa entran dos sueldos, los hijos se aprovechan.

Liliana suspira y se va hacia el recibidor.

—Gracias, doña Amalia. ¿Cuánto se debe?

—Ya hablaré yo con tu madre, que no está bien que las chicas manejen dinero.

Liliana y yo nos rozamos las mejillas y ella se marcha. La observo desde la ventana mientras se aleja sola hacia la calle principal. A mí, en cambio, no me queda otro remedio que dejar pasar las horas hasta que se haga de noche. Esperaré a que todos duerman para abrir el envoltorio, sacar las revistas ilustradas y dibujar los rostros de los artistas que me gustan, cada cual en su propio álbum secreto. También metí la foto que me sacó Liliana, como si yo fuera una de ellos. La pegué en el cuaderno con la etiqueta «Morenas desafortunadas» porque el amor aún no ha sabido cómo llamar a mi puerta.

—Todo el mundo pone de vuelta y media a esa chica —dice mi madre, que ha venido a sentarse en la cama a mi lado, justo donde hace un rato estaba ella—, pero a mí nunca me ha importado lo que dice la gente, que habla por hablar. Ella no tiene ninguna culpa de que su padre sea comunista y tenga a la mujer trabajando. Esa pobre criatura es una víctima; va dándose aires, la verdad sea dicha, pero tiene buen corazón. ¿Te crees que no sé muy bien que lo del dobladillo descosido solo es una excusa para venir a verte? Eso quiere decir que te aprecia mucho.

Nunca la había oído hablar así. A ella la gente le da pena o le da miedo. Roza la colcha con los dedos y, por un momento, temo que se dé cuenta del pequeño grosor de las revistas que hay debajo, pero ella ni caso. Algo distinto le ronda por la cabeza.

—Bien mirado, tu amiga es buena chica.

Levanta un brazo y me rodea los hombros. De repente reconozco su olor, no recordaba que fuera tan dulce. Nos quedamos así, abrazadas, durante un rato que me parece eterno. Hay algo familiar en eso, como cuando era niña y todas mis alegrías y mis disgustos se filtraban por su cuerpo. Observo su mano apoyada en las rodillas, tiene la misma forma que la mía. Meto la cabeza en el hueco entre su hombro y su mejilla y cierro los ojos. «Estamos hechas de la misma pasta», pienso, y recuerdo los tiempos en que mezclábamos agua y harina y amasando se nos quedaban las manos pegadas a una única sustancia viscosa.

—Tú también eres buena chica —susurra, y acto seguido así es como me siento—. Por eso he pensado… —En su voz se abre una minúscula brecha y también la respiración cambia de ritmo. Los músculos de su cuello se contraen y me veo obligada a sacar la cabeza de ese refugio que había encontrado dentro de ella—. He pensado que tendríamos que invitarla a tu boda. ¿Qué te parece, Oli?

27

Me ha prometido a un desconocido.

—Es buen chico, y encima guapetón —me dice contenta, como si nos hubiera tocado el primer premio en la rifa del santo patrón.

Vuelve del baño con el cepillo en la mano. Se coloca detrás de mí, me suelta el pelo y lo deja caer encima de los hombros.

—¿De dónde ha salido? ¿Lo has encontrado tú?, —pregunto, y me la imagino como si estuviera en el mercado, apartando la mala mercancía en busca de lo que más le conviene.

—Claro, si no fuera por mí… Suerte que la Scibetta me tiene cierto aprecio. No está nada mal como pretendiente.

—¿Ahora resulta que la Scibetta, con dos hijas en edad de merecer, ha encontrado un marido para mí?

Ella no contesta a mi pregunta y empieza a cepillarme el pelo.

—Se llama Franco. Bonito nombre, ¿verdad? Vive en la ciudad y es noble de nacimiento.

«He aquí el príncipe azul», me sorprendo pensando, lo mismo que de niña, cuando me lo imaginaba como el caballero que vendría y me llevaría lejos con él.

—Pero si no lo he visto nunca… —protesto mientras vuelve fugaz a mi mente la cara de Tindara antes de que me diera la espalda indignada.

—¡Todo a su debido tiempo! La semana que viene vendrá a casa a parlamentar con tu padre y a hablar de todos los detalles.

Las púas del cepillo aran dulcemente mi cabeza; cada vez que se topan con un nudo siento el dolor del tirón, luego el enredo se deshace y vuelve la caricia. Ella también es así: primero el tirón y luego la caricia.

—¿Y si no me gusta?, —pregunto yo avergonzada.

—Eso del gustar… —dice ella volviendo a tironear— dura lo que dura —añade luego con un tono un poco más alto—. La señora Scibetta me ha dicho que es un chico apuesto… —Por un instante

deja de peinarme, como si de repente le entrara una duda—. Pero un buen matrimonio no tiene nada que ver con eso. Ya ves cómo me ha ido a mí… —Deja la frase en suspenso, apoya el cepillo en la mesilla de noche y me ahueca el pelo con los dedos—. Tú te la estás jugando, hija. —Reparte el pelo en tres partes y empieza a trenzarlas—. Te has negado a un hombre que se cobra caros los rechazos, me lo ha confirmado incluso don Ignazio. Dice que Paternò es de los que no aflojan: si algo quiere, va y lo coge. Hay que arreglar las cosas cuanto antes, por tu bien y el de todos.

«Yo no he tenido vela en este entierro», quisiera decirle. No dije ni que sí ni que no. De un lado del mostrador de la pastelería estaban sus ojos, que se me metían en la carne, y del otro, la cara inexpresiva de mi padre.

Ella tira con fuerza, como si el pelo fuera una cuerda, y poco a poco la trenza crece en mis hombros.

—Tenía razón Cosimino: la señora Scibetta me ha contado que el padre de Paternò es usurero. La viuda Randazzo me ha confirmado que es de los que siempre andan calientes, y que tuvo que volver a Martorana para huir de la venganza de un marido celoso. No es una persona a la que puedas molestar públicamente y luego si te he visto no me acuerdo. Tú con un buen matrimonio sales de apuros.

La trenza está hecha. La agarra fuerte con dos dedos, con la otra mano rebusca en el bolsillo de su bata, saca un lazo rojo de terciopelo y la ata. Me la apoya en un hombro y me mira de frente para comprobar el resultado.

—Ahora vas bien arreglada. —Me roza la barbilla con el índice y el pulgar—. Procura mantenerte limpia.

Inclino el rostro hacia su mano, para sentirla toda en mi piel; las yemas son ásperas, como su voz. Al rato, ella se aparta.

—Ven, ayúdame a bordar las servilletas.

—Sí, mamá. —Obedezco sin hacer más preguntas.

28

—Para presumir hay que sufrir —dice mi madre, y se va a la cocina a meter en el horno la bandeja con la pasta.

Me miro los zapatos, los mismos que llevaba en la fiesta del santo patrono: si así parezco más mona, eso quiere decir que sin ellos soy fea. La belleza reside siempre en la mirada de otra persona. Quizá sea eso lo que nos lleva a quererla.

—Están llegando —chilla nerviosa mientras mira por la ventana. Se me acerca, recoloca una horquilla en mi pelo y estira la blusa encima de mis caderas. Parece una chiquilla jugando con su muñeca —. ¡Ve a avisar a los hombres!

Mi padre aún está en el huerto, como cada día, en cuclillas, cuidando de los tomates. Al verlo así, con el pantalón de trabajo y el pañuelo atado al cuello, quiero pensar que todo eso son fantasías de mi madre, que el tal Franco no vendrá, que no van a entregarme y podré quedarme aquí, en mi casa, a dibujar a escondidas los rostros de las estrellas de cine.

—¿No vas a arreglarte?, —insinúo yo.

—Va a ser que no —contesta él sin más. Le doy la mano para ayudarlo a levantarse y la aprieto dos veces, solo un poco. Los tacones de los zapatos se clavan en la tierra y a cada paso me hundo en el campo como una de sus hortalizas. Quisiera quedarme aquí y alimentarme solo de agua y de viento, dejar que me quitaran las hojas amarillentas de una en una, agarrarme al soporte de una vara nudosa para subir derecha—. Vamos a conocer a ese caballero —añade sin ningún entusiasmo, como si dijera: «Tomemos un vaso de agua con menta».

—Tengo miedo, papá —me atrevo a decir.

—No tengas miedo. Si te gusta a ti, nos va a gustar a todos.

Yo no sé bien lo que me gusta a mí. Cuando aún llevaba falda corta e iba corriendo por ahí con Saro y Cosimino y le rezaba a la Virgen de los Milagros para no llegar a ser mujer, lo tenía todo muy

claro, pero ahora estoy hecha un lío.

La mesa está puesta para seis personas. Las reglas de la mesa son, a saber: no hables con la boca llena, no rebañes el plato con el pan, no pidas repetir si hay invitados. Cosimino lleva el pelo alisado con el fijador, el pantalón largo y la camisa inmaculada. Observo la fotografía de la boda de mis padres que está encima del aparador y me doy cuenta de que mi hermano es tan apuesto como mi padre de joven. Investigo a ver si yo me parezco a ella, pero no: soy flaca y oscura, sin remedio. Mi hermosura ha durado bien poco: el tiempo de un baile en la fiesta del santo patrono.

—¿Viene también Saro?, —pregunto indicando la silla de más.

—Dios no lo quiera —contesta mi madre en un susurro—. Es para quien lo acompaña.

El coche se para en el sendero, yo también me asomo a espiar. Quien conduce es un hombre ya entrado en años, con el pelo canoso. Se acerca a nuestra casa para comprobar la dirección y estar seguro de que ha llegado donde debía. Se lo ve nervioso, es bajito y tiene las mejillas hundidas. Mi madre abre la puerta y saluda con un gesto. Él agacha la cabeza sin asomo de sonrisa, se gira y vuelve al coche. «Ahora se irá», espero yo, pero no: abre la puerta del acompañante.

Sale del coche un joven alto con un buen traje y la camisa almidonada; lleva gafas de sol como las estrellas de cine, se parece a Mastroianni en *El bello Antonio*. El viejo le susurra algo al oído, él apoya la mano en su brazo y recorren juntos los pocos metros que los separan de nuestra casa. Me hierve la sangre, como si fuera la protagonista de una fotonovela de las que me presta Liliana, obligada a casarme con un viudo viejo y feo que tiene un hijo guapísimo de mi misma edad. Ahora entiendo por qué la Scibetta nos lo ha cedido a nosotros. Estoy de los nervios y me seco las palmas de las manos en la falda amarilla.

El viejo se detiene delante de casa y el bello Antonio se queda un paso atrás. Tiene la piel clara y un hoyuelo en la barbilla. Intento adivinar si tras las lentes oscuras sus ojos me están mirando. Meto barriga, pero luego me acuerdo de Fortunata, cuando andaba por ahí presumiendo; suelto el aire y me quedo mirando la punta de los zapatos.

—Encantada —dice mi madre—. Pasen, por favor.

Hace un gesto con la mano como si barriera el aire y los invita a entrar.

El viejo se planta frente a mi padre, que mete el índice y el anular entre cuello y pañuelo para aflojarlo. El galán lo sigue, sin soltar la mano del brazo. No se quita las gafas oscuras ni siquiera ahora, que está dentro de casa. Visto de cerca, el viejo parece aún más viejo; tiene la piel brillante por el sudor, y tan gris como su traje, que huele a humo rancio.

—El barón Altavilla —dice sin mover un dedo.

Tengo el corazón en un puño: el viejo se presenta como si fuera un rey, no se molesta en estrecharnos la mano y pretende comprarse una esposa que tiene la edad de su hijo. Busco los ojos de Cosimino para mirar de reojo cómo reacciona, pero él está dos pasos por detrás de mi madre y sonríe con educación.

El viejo roza la espalda del galán y este se gira en dirección a mi padre, como si fuera una marioneta movida por hilos. Luego le tiende la mano y dice:

—Franco, encantado.

Cuando sonríe, veo sus dientes blanquísimos.

29

—La enfermedad la tuvo de niño —le cuenta el viejo a mi madre, que es la única que lo atiende.

Mi padre, sentado a la cabecera de la mesa, se comporta como si fuera un domingo cualquiera. Cosimino escucha la historia con atención, como cuando de pequeño le contaban las aventuras de Giufà. Tengo a Franco sentado delante de mí. Lo observo a escondidas: coge la comida del plato sin mirar dentro, de vez en cuando el viejo le sirve agua y le acerca la mano a la copa. Habla poco, pero también la voz la tiene hermosa.

—Los padres recurrieron a los mejores médicos —sigue diciendo el viejo—. Incluso lo intentaron llevándolo al norte.

De repente a mi madre le surge una duda:

—¿Es hereditaria?

—No hay nadie más en la familia —asegura él—. Tendrán hijos sanos.

Se me revuelve la sangre: mis amigas me han contado que hay que meterse en la cama con el marido. Le miro las manos, que manejan los cubiertos frente a mí. Son blancas y lisas, distintas de las de mi padre. Para que tengamos un hijo, esas manos tendrán que firmar los papeles en la iglesia, rozar las mías en la mesa del banquete de bodas, ir resbalando bajo el camisón que me ha cosido mi madre y tocarme la carne.

—Hay que brindar por los novios, Salvo —propone mi madre con esa risa suya que parece tos, para rescatar a mi padre del silencio. Él se toma su tiempo para masticar un bocado y luego se limpia la boca con la servilleta. Yo ya me lo imagino diciendo «Va a ser que no», pero en cambio levanta la copa de vino tinto a medio vaciar y me mira.

—Enhorabuena —declara sin más.

El viejo enarca las cejas y en la frente se le dibujan tres líneas horizontales.

—Franco, mi sobrino, es un chico sencillo y de buen corazón —precisa, levantando la voz, como si él fuera sordo en vez de ciego—. Los padres no han podido salir de la ciudad porque, como ya les comenté, la baronesa sufre de una inflamación renal, pero me han pedido que los salude de su parte y les diga que los esperan para corresponder a su hospitalidad. La voluntad de Dios solo los ha bendecido con este hijo, que, no obstante la desgracia, es su única alegría. Las chicas de ciudad son demasiado modernas, ya no respetan los buenos valores de antes. Pretenden trabajar, salir con las amigas, ir al cine y a bailar. No comprenden que así se malogran, pierden su pureza.

—Hay muchos cántaros rotos —asiente mi madre—. Mi hija está intacta.

—Y Franco también: nunca ha tenido tratos con mujeres —asegura él, y se vuelve para mirarme, como intentando asegurarse de que las palabras de mi madre son ciertas.

—Nosotros a Oliva la hemos cuidado como una flor —insiste ella, y me toca la mano.

—Sin duda —contesta el viejo sin quitarme ojo—, pero sabemos de buena tinta que la chica ya se ha visto con alguien, que ha tenido un «coqueteo», como dicen ahora los jóvenes.

—Ningún coqueteo —contesta alto y claro mi madre, mientras con la punta de los dedos acomoda un mechón de pelo que ya se encuentra en su sitio—. Un joven algo atrevido se encaprichó con mi hija, pero ella nunca se ha prestado a nada. —Mira a mi padre como suplicándole—. Mi marido le ha dado a entender que no estamos interesados en sus proposiciones, de manera que… —baja la mirada y se entretiene con el bordado del mantel— se ha resignado. Desde entonces, la chica no ha salido de casa.

El tío de Franco se frota las arrugas de la frente. Mi madre me agarra la mano; la suya está helada. A ella todo le duele, incluso entregar a una hija en matrimonio.

El viejo sigue examinándome, como si quisiera arrancarme un secreto; al final suelta un suspiro y mira por la ventana.

—¿La chica tiene el bachillerato?, —pregunta sin llegar nunca a pronunciar mi nombre.

—Incluso cursó dos años de Magisterio; luego la retiramos —se justifica mi madre.

—A Franco le gusta que le lean un rato por la noche, antes de acostarse —dice el tío con ánimo conciliador. Se pasa el dorso de la mano derecha por la mejilla, como para verificar a contrapelo el despuntar de la barba, apoya un rato la barbilla en dos dedos y luego asiente.

Franco y yo nos quedamos donde estamos, quietos, cara a cara. El viejo vacía su copa de un trago y se levanta de la mesa. El examen ha acabado.

30

Después de comer, Franco y yo tenemos que darnos un paseo por el terreno que rodea la casa para conocernos un poco mientras ellos discuten los detalles prácticos de la boda. El ciego se me acerca y apoya la mano en mi brazo. No es como la de Paternò: resulta ligera. Mi hermano no acaba de entender si tiene que seguirnos o no, y se gira hacia mi madre en busca de instrucciones.

—Déjalo estar, Cosimino —dice ella sonriendo maliciosa—. Ahora tu hermana ya tiene novio, y los jóvenes de hoy en día tienen derecho a un poco de intimidad.

Él se retira estupefacto y nosotros dos salimos. Yo también me sorprendo; será que nos deja ir solos porque Franco no puede ver y, por tanto, no puede hacerme ningún daño. Caminamos en silencio sin sentirnos incómodos, como si no hiciera falta decirnos nada. Sin embargo, al rato me doy cuenta de que, aun siendo ciego, no es mudo. Entonces me veo en la obligación de decir algo y tratar de ser amable, pero no se me ocurre nada. Tengo miedo de ofenderlo, miedo de todo: de pasear sola con él, de dejar mi hogar y casarme con alguien de ciudad, de acabar triste y sola como Fortunata, de haber sido entregada en manos de un desconocido, esas mismas manos que van a tocarme para que tenga un niño. Miedo de tener que hacerme cargo del ciego cada día de mi vida. Miedo de desaparecer porque sus ojos no pueden verme. ¿Por dónde llega el amor sino a través de la mirada? «Amor es un deseo que viene del corazón por ser grande su placer —aún me parece oír la voz rítmica de la profesora Terlizzi— y los ojos primero van generando amor, que el corazón luego alimenta», decía el antiguo poeta siciliano.

El ciego está enganchado a mi brazo, pero en realidad es él quien lleva la delantera, y sin darme cuenta sincronizo mis pasos con los suyos. Aún intento decir algo, pero lo único que da vueltas en mi cabeza es el dichoso poema. Me giro, lo miro directamente a la cara y desvío enseguida la mirada, por costumbre. Luego lo

pienso mejor: si no puede verme, no hay razón para que yo pegue los ojos al suelo.

De repente Franco se para detrás del cobertizo donde Pietro Pinna guarda sus herramientas, en un punto desde donde ya no consigo ver mi casa.

—¿Ves o no ves?, —pregunto yo, sospechando. Él tuerce la boca en una mueca y yo me siento fatal: he callado todo el rato y al final voy y suelto lo que no corresponde.

Se quita las gafas oscuras. Yo aparto el brazo por miedo. Voy moviendo una mano delante de su cara, pero los iris, clarísimos, se quedan quietos como dos bombillas apagadas.

—Tienes que hacer algo por mí —dice, y me busca las manos. Yo doy un paso atrás. Aunque nos hayan prometido, no quiero que me mancille antes de tiempo—. ¿Tienes miedo?

—No —miento con el corazón en un puño.

—Es algo que a ti no te va a costar nada, pero para mí es importante.

Me toca las manos, acaricia el dorso, y luego con la punta del índice roza la palma. Nadie nunca me ha tocado ahí. Siento como unas cosquillas en el centro del cuerpo. El ciego resigue cada uno de mis dedos, probando el contorno de las uñas, una a una, luego me suelta y da un paso hacia mí.

—Quédate, no te alejes —me pide.

Yo estoy inmóvil, contengo la respiración. «Amor es un deseo que viene del corazón», continúo repitiendo para mí misma.

—Cierra los ojos —me sugiere—. Así estaremos a la par.

«Eso no se hace», me advierte la voz de mi madre que llevo dentro, pero lo hago de todos modos. De pie y con los ojos cerrados delante de él me siento desnuda, pero luego pienso que no puede verme y respiro, aliviada. Estoy esperando sentir que sus labios se juntan con los míos, como pasa en las fotonovelas que me trae Liliana escondidas debajo de la blusa, y noto un calor en el vientre, debajo del ombligo. Pero no pasa nada. Solo, de vez en cuando, el viento que siempre se levanta a esta hora y mueve en un susurro las plantas de mi padre y ahora también mi falda amarilla, que sube de los tobillos hacia mis rodillas. Alargo una mano para bajarla, pero luego me quedo quieta, pues nadie me está viendo.

—No te muevas —me pide el ciego; yo obedezco.

Al poco rato siento que las yemas de sus dedos me rozan la frente; salen del centro, donde mi padre depositaba su beso de buenas noches cuando era una niña, y bajan hacia las sienes, recorren las cejas a contrapelo, tocan los párpados cruzando la línea de las pestañas. Con los pulgares se desliza por mi nariz, las palmas se abren encima de mis mejillas hasta llegar a las mandíbulas y me atrapan el rostro. Los meñiques levantan suaves los lóbulos de las orejas y finalmente los dedos índices llegan a los labios. Sin pensarlo, los meto hacia dentro, apresados en los dientes, y los inmovilizo. Suspirando, vuelvo a empujarlos hacia fuera. Franco aparta las manos de mi cara; solo queda el índice de la derecha, que resigue muy lentamente el contorno de mi boca y luego desaparece.

Así nos quedamos, el ciego y yo, mientras el sol ya está poniéndose, o eso me parece. Yo estoy a favor de las puestas de sol.

—Eres hermosa —dice.

Entonces vuelvo a abrir los ojos y regresamos a casa.

31

—¿Te han prometido con un ciego?, —exclama Liliana, tan pasmada como yo cuando pasó lo de Tindara.

Encima del escritorio de su habitación hay cada vez más libros, mientras que los míos descansan quietos en las estanterías. En cambio, el cuarto donde revela las fotos permanece igual. Liliana hunde las hojas blancas en una cubeta con una pinza de metal.

—¿Quieres ser mi dama de honor?

—¿Qué opina tu madre?

—Ella también quiere.

En el papel satinado asoma una mujer vestida de negro con los ojos hundidos y la boca carnosa tras los postigos medio cerrados de una ventana, como si la casa estuviera a punto de tragársela entera.

—¡Fortunata!, —grito—. ¿De cuándo es la foto?

—¿No vas a pedirle a ella que sea tu dama de honor?

—Ella no sale de casa.

—¿Y nunca te has preguntado por qué?

—Musciacco es un hombre celoso —contesto yo—. Pero Franco es distinto —añado, más para convencerme a mí misma que a ella.

—Solo lo has visto una vez.

Agarra la hoja de papel con la pinza y la deja flotando en el líquido de revelado.

—Mentira; ha venido otras veces. Hemos dado una vuelta para que nos vieran en el pueblo. Y desde que tengo novio, mi madre me deja más libertad. Hoy me ha dado permiso para venir a verte.

—La libertad se acaba, y pasas de una cárcel a otra.

—Franco se ha portado muy bien. Si no fuera por él…

Liliana saca el papel de la cubeta y lo cuelga con una pinza, como si fuese ropa puesta a secar.

—Hablas como si él estuviera haciéndote un favor.

—Me ha librado de una buena.

Liliana continúa trasteando con sus instrumentos. Al cabo de un

rato me pregunta:

—¿Te acuerdas de la maestra Rosaria?

—La maestra Rosaria era… —De repente me callo. Eso de que fuera una fresca no es verdad—. Tuvo mala suerte —concluyo. Luego me doy cuenta de que también mi hermana tuvo mala suerte, y Nardina, la madre de Saro, y las dos Scibetta, la gorda y la flaca, y Miluzza, que se quedará para vestir santos, y Agatina, la de los cinco cuchillazos, y Tindara, obligada por los padres a enamorarse por correspondencia. Nacer mujer es tener mucha mala suerte.

—La maestra Rosaria nos enseñó a pensar por nuestra cuenta.

—Yo a Franco le tengo mucho cariño —afirmo—. No se comporta como los demás hombres: él tiene modales.

Ambas miramos atentas la imagen de Fortunata. Ella rubia y yo morena, ella con los ojos grandes y verdes, yo con dos olivas oscuras, ella alta y entrada en carnes, yo bajita y esmirriada. Comparo sus rasgos con los míos y me empeño en distinguir entre parecidos y diferencias, como si eso pudiera separar también nuestros destinos.

—Ven esta noche a la reunión —suelta Liliana de repente. No es una pregunta, es una orden.

—No puedo, tengo cosas que hacer —contesto acto seguido, pensando en mi madre.

—Entonces es mentira eso de que ahora que te has echado novio tienes más libertad.

—No quiero encontrarme con el tipo ese —contesto, y siento como si me subiera por la nariz el olor de los jazmines.

—¿Paternò? Pero si se ha ido… —dice Liliana.

—¿Adónde? —El corazón me brinca en el estómago.

—A casa de su tío, en la ciudad.

Me desmorono en la silla delante del escritorio. Dentro de nada me casaré y no volveré a verlo nunca más. Siento alivio, pero también un vacío repentino, como si hubiera perdido algo que era solo mío. Liliana me alcanza la foto de Fortunata, pero no la cojo, quiero recordarla tal y como era cuando aún tenía cara y ojos, ahora parece un fantasma. Salgo de la habitación; en el cuarto de estar, el señor Antonino está sentado en un sillón leyendo un periódico que se llama

L'Unità

. Levanta la cabeza y me mira con atención.

—Eres la hija de Salvo Denaro. —Asiento con un gesto de la cabeza—. Solías venir a nuestras reuniones de los jueves, creo, que con los años se me va la cabeza.

—Solo fui una vez —contesto muy bajito.

—Si un día decides volver, será un placer recibirte.

Me sonríe amable y vuelve a enfrascarse en las páginas tupidas de letras. Liliana sale de su habitación con un montón de revistas y un collar de coral.

—Son para ti —dice.

—¿Y el collar?

—Para la boda. El coral trae suerte. Tengo los pendientes a juego. La novia y la dama de honor tienen que ir conjuntadas.

Recibo el collar de sus manos. Me pregunto si a Franco le gustará. Luego me doy cuenta de que no va a verlos: ni el collar, ni el vestido, ni los zapatos, ni las flores. A mí tampoco.

32

—Un hombre de verdad debe tener brazos fuertes para trabajar, cabeza fría para razonar, ojos bien abiertos para vigilar. Y que su mujer y sus hijas no vayan rondando por ahí —dice don Ciccio, el dueño de la mercería, estrujando la gorra con las manos.

Liliana y yo estamos sentadas delante, cerca de Calò. Ahora ya no me escondo detrás de las redes. El mes que viene cumpliré dieciséis años, me han encontrado novio y pronto me casaré.

—¿Y la mujer?, —pregunta Calò con su voz dulce, casi femenina. Liliana lo apunta todo en una libreta.

—La mujer tiene que comportarse —añade don Ciccio— y agarrarse al marido como la vid a la cepa. —Muchos de los reunidos en el almacén dicen que tiene razón, y él sigue—: Si fuera la mujer quien llevara los pantalones en casa sería el acabose —y se ríe a carcajada limpia.

Miro a Calò de reojo para saber si está de acuerdo, pero no hay manera de saberlo. Escucha a todo el mundo y solo de vez en cuando hace preguntas.

—Entonces, si lo he entendido bien, la mujer tiene que quedarse en casa y acatar la voluntad del marido. ¿Es así? ¿Las señoras aquí presentes también están de acuerdo?

—Yo opino que no es justo —interviene una mujer de mediana edad. Muchos se dan la vuelta para mirarla—. No es justo, pero es necesario —puntualiza—. Hace falta que alguien acompañe a las chicas por la calle, porque si se pasan el día yendo y viniendo, la gente se pregunta adónde van. Los hombres son cazadores por naturaleza, y quien se vuelve cordero acaba en la boca del lobo.

Liliana deja de escribir y levanta la mano, lo mismo que en clase con la profesora Terlizzi.

—La viuda Grasso tiene razón —dice—, pero creo yo que la responsabilidad es también de las mujeres. Son ellas quienes les van repitiendo a sus hijas las mismas cosas que sus madres les

recomendaron a ellas. Si las madres enseñaran a sus hijos varones a respetar a las mujeres, a tratarlas como iguales, si dejaran a las chicas vivir libremente, sin encerrarlas, si les permitieran estudiar y prepararse para encontrar un trabajo… ¿Quién es el responsable de nuestra mentalidad? ¿Solo el hombre o también la mujer? ¡El cambio tiene que empezar por nosotras!

Las pocas mujeres presentes asienten, pero es como si estuvieran escuchando a una niña que recita un poemilla.

—Nuestro Señor solo me dio una hija —replica la viuda Grasso—, y no pude soltarla hasta que le encontré novio. Luego, cuando ya la has casado, es el marido quien debe hacerse cargo.

—Yo creo que Liliana tiene razón —sostiene una voz masculina que llega desde las últimas filas—. Las nuevas generaciones de chicas tienen que ser las primeras en rebelarse contra las antiguas reglas. Y nosotros, los hombres, tenemos que apoyarlas. Si vamos juntos, las cosas mejorarán para todos, que si no el mundo seguirá dando vueltas y nosotros nos quedaremos siempre aquí parados.

Me aparto del respaldo de la silla para ver quién ha hablado: es Saro, no lo había visto al llegar. Liliana me susurra al oído:

—Últimamente no se pierde ni una reunión. —Y añade—: De vez en cuando incluso viene a casa a charlar con mi padre.

—¿Ahora él también es comunista?, —pregunto.

—No, dice que está a favor de los Borbones, como su padre, pero quiere estudiar y quiere entender qué pasa.

—A lo mejor viene para verte a ti —susurro, y la miro de reojo para ver cómo reacciona.

Ella hace un gesto de negación, Saro nos ve desde el fondo de la sala e inclina la cabeza en un gesto de saludo. Desde la tarde en que me miró mientras llevaba la blusa mojada no había vuelto a verlo.

—Por ejemplo, hay casos en que dos crecen juntos, beben la misma leche, lo comparten todo, pero al final acaban separados, el varón por un lado y la hembra por otro, como dos partidos frente a frente. No se dan ni los buenos días, y te enteras de lo que le pasa al otro por lo que te cuenta la gente.

Parece que esté hablando con todos, pero me mira a mí.

—Digo yo que tanta confianza entre hombre y mujer puede ser peligrosa —apunta malicioso don Ciccio—. Se empieza hablando y se acaba tocando…

Muchos se ríen.

—Entonces —resume Calò con calma—, ¿un hombre y una mujer no pueden ser amigos?

—¿Amigos? Si un hombre busca la amistad de una mujer es que le interesa algo más, ¿verdad, Saro?, —contesta el otro.

Saro guarda silencio hasta que acaba la reunión. De vez en cuando lo observo para saber si sus ojos se cruzan con los de Liliana. Cuando salimos, él no está. Se ha ido sin esperarnos. Atravesamos la calle principal cuando el sol está a punto de ponerse.

—No has abierto la boca —observa Liliana.

—¿Y qué querías que dijera?

—¿Tú también crees que la mujer tiene que estar sometida al hombre y quedarse en casa sin trabajar?

—Mi opinión no vale nada. Las cosas no cambian de hoy para mañana.

—De acuerdo, pero ¿tú qué piensas hacer cuando te cases? ¿Crees que Franco te va a dejar…?

—Franco es un hombre generoso y se hará cargo de mis necesidades —la interrumpo.

—No se trata de que sea generoso o tacaño. El asunto no es ese. Yo, por ejemplo, después de terminar los estudios quiero ser maestra o fotógrafa; incluso irme a vivir a la capital y convertirme en parlamentaria, como Nilde Iotti…

En la calle casi vacía solo se oyen nuestros pasos. Detrás, a unos metros de distancia, un coche avanza lento, con las luces apagadas.

—Y yo que me alegro —comento cogiéndola del brazo—. Y me alegro también por el señor Iotti, si él está conforme…

—¿El señor Iotti? ¿Y ese quién es?

—¿Quién va a ser? El marido de la tal Nilde, esa de la que siempre me hablas.

—No existe ningún señor Iotti; no está casada —aclara Liliana.

—Quien no tiene marido no tiene nombre —contesto yo, recitando las palabras de mi madre.

Liliana menea la cabeza y frunce el entrecejo, se queda parada y me mira perpleja, como si yo no consiguiera ver algo muy evidente.

—Tú en clase eras la mejor. ¿Quieres acabar siendo un ama de casa como todas las chicas de Martorana?

Las reglas de la mujer son, a saber: cásate, ten hijos y cuida de tu casa, me repito mentalmente. Las reglas de los hombres son… Luego oigo un ruido detrás de nosotras, me doy la vuelta y justo en ese momento el coche que nos seguía tuerce hacia una calle lateral.

—Yo no tengo la cabeza llena de pájaros —le digo a Liliana sin más contemplaciones.

Nos paramos en el cruce, nuestros caminos se separan: la casa de Liliana está en la otra punta del pueblo, cerca del mar, donde están empezando a despejar el terreno para construir edificios. No muy lejos, sigo oyendo el motor de un coche; se me hiela la sangre.

—Estoy un poco mareada —le digo—. ¿Me acompañas un rato más?

Nos encaminamos juntas y a paso ligero hacia la parcela sin asfaltar y llegamos casi corriendo al terreno de mi padre. Las luces de casa están encendidas y él está frente al gallinero. De rodillas, agarrándose la cabeza con las manos, mira la jaula vacía sin rechistar. A su lado, Violeta, Rosita y otras dos gallinas yacen sin vida.

—¿Qué ha pasado?, —pregunto hundiendo las rodillas en la hierba blanda. Él solo sacude la cabeza.

—Vamos dentro, papá —le digo, y le agarro un brazo para que se levante.

—Va a ser que no —me contesta sin apartar la vista del gallinero vacío y de las gallinas tendidas en el suelo. Esta vez mi madre no va a abroncarnos soltando palabrotas en su dialecto: nunca llegamos a pintar los palos del gallinero.

Formamos un círculo, como si estuviéramos en un velatorio.

—Culpa mía —le susurro al oído a mi amiga, pero mi padre me oye.

—Es una enfermedad aviar —dice, y se mete en casa.

Llega Cosimino y agarra a Liliana del brazo.

—Te acompaño yo —dice.

Liliana no protesta y le sigue dócil bajo su protección. No somos todos iguales, varones y hembras, y ella también lo sabe.

33

—Una, dos, tres, cuatro y cinco —va contando la señora Scibetta.

Mi madre coloca las peladillas en el pequeño centro de macramé y añade la tarjeta que lleva escrito con mucho ornamento: OLIVA DENARO
Y FRANCO COLONNA. Luego se lo pasa a Miluzza, que ata el cestito con cinta blanca y le da un corte de tijeras. Me gusta ver mi nombre al lado del suyo, como si esa columna pudiera sostenerme.

Las dos hermanas y yo seguimos con la tarea de bordado. Ya no me siento en el banco de madera; hoy me han dejado sitio en el sofá, yo en el centro y ellas a los lados.

—La próxima vez que la veas, dale muchos recuerdos de mi parte a tu consuegra, Amalia —dice la matrona, sentada en el sillón, mientras va colocando las peladillas.

Mi madre se muerde los labios; aún no hemos conocido a los padres de Franco.

—Suerte que viven en la ciudad y no habrán tenido ocasión de estar al tanto de ciertos detalles —insiste ella con ganas de chinchar.

—Ya se sabe —apunta la hija gorda—: ojos que no ven, corazón que no siente.

La hermana flaca suelta la aguja para llevarse una mano a la boca, pero igualmente oímos sus risas.

—Son las ventajas de casarse con un ciego —continúa la gorda —: sabe de la misa la mitad.

—Es ciego, pero oír, oye —suelta Mena.

Miluzza me mira desde el otro lado de la mesa con ojos tristes e intenta dar otro giro a la conversación.

—Dicen que es tan apuesto que parece un actor de cine… ¿Es cierto, Oliva?

—¿Cómo se titulaba la película aquella?, —pregunta Nora.

—*El bello Antonio* —sugiere Mena.

—Mis hijas nunca van al cine, que eso no es decente —apostilla la madre—. Solo ven los carteles en la plaza.

—Desde luego —se defiende la gorda—. Yo sé la historia porque me la han contado…

—Crucemos los dedos para que tu marido no sea de esos que van a medio gas —suelta la flaca, y ahora ya no se molesta en aguantarse la risa.

—Y aunque así fuera, Oliva, eso no tiene importancia: a fin de cuentas, se casa contigo sin que lleves dote, y tú en cambio serás baronesa —añade la madre—. Teniendo en cuenta el lío en el que te habías metido, tendrías que darle las gracias a santa Rita.

—Santa Rita es la patrona de los imposibles —contesto yo sin levantar la mirada de la tela—. Franco y yo nos casamos por amor, no porque no haya más remedio.

Las hermanas callan. Mi madre carraspea, mezclando la tos con unas risas.

—El amor… —suelta la Scibetta molesta—. Los jóvenes de hoy son demasiado románticos, ¿verdad, Amalia? Tendrían que hacer caso solo de los padres. Incluso Paternò ha callado la boca ahora que su padre lo ha mandado lejos del pueblo. Hay que decir que estos nuevos ricos son unos presuntuosos: a lo mejor pensaba que su hijo se merecía una princesa. Cuando supo que se había encaprichado de una que no tenía donde caerse muerta, amenazó con desheredarlo. Bien mirado, ese chico no hace más que darle problemas: le hierve la sangre, y cuando tienes que vértelas con alguien así, mal asunto. Por eso a las hijas hay que guardarlas en casa.

—Si andas demasiado suelta, acabas perdiéndote —confirma la gorda.

—Das una vuelta hoy, mañana otra… —comenta la flaca—; es normal que al hombre se le haga la boca agua. Si te expones y luego te niegas, se lo toman muy mal. Hay que saber cuidarse.

—Mi hija está más limpia que una patena —dice mi madre, saliendo de su mutismo—. Su única culpa es tener muchas cualidades —añade mirando a Mena y a Nora con una sonrisa maliciosa—, y muchos pretendientes.

Luego calla y nadie más abre la boca. En la sala de estar de las

Scibetta solo resuena el rumor seco de las peladillas que resbalan de una en una de las manos de la madre a la pieza de macramé. Cuando nos vamos, no nos invitan a rezar el rosario y tampoco nos hacen encargos. Mi madre se ha pasado años sentada en el banco de madera sin decir esta boca es mía, y hoy, con una sola frase, ha perdido a su mejor clienta. Ese ha sido su regalo de bodas.

Nos vamos a casa cogidas del brazo, y en cuanto pisamos la tierra de la parcela vemos a Cosimino corriendo hacia nosotras con los ojos enrojecidos y los brazos en alto.

—¡Nos han arrasado las plantas con sal! Cuando volvimos del mercado papá y yo, todo el campo estaba anegado.

—¡Por todos los santos!, —grita mi madre, apartándose de mí—. ¿Y cómo ha sido eso?

—Alguien ha metido sal en el pozo y luego ha inundado la tierra. —Se seca las manos en los pantalones de trabajo y fija la mirada en el suelo—. Y resulta que nadie ha visto nada: nos han dejado solos.

34

—¿Qué significa eso de aplazar?, —grita mi madre.

—No te sulfures, Amalia —contesta Nellina en voz baja.

—¿Y yo tengo que enterarme así, en el mercado, a dos semanas de la boda?

—La noticia acaba de llegar —se justifica ella—. Yo me he enterado esta misma mañana. Los Colonna me han hecho saber que la enfermedad de la baronesa ha empeorado, y no vamos a organizar una boda y una extremaunción al mismo tiempo. Pensaba ir a tu casa a decírtelo, pero luego te he visto en el mercado…

Mi madre se pasa una mano por los ojos; ni siquiera puede renegar en calabrés porque en medio de tanta gente no queda nada bien.

—Debería haber venido él en persona a comunicárnoslo —dice—. Si vino cuando hubo la pedida de mano, podría haber vuelto para contarnos eso.

—Es hijo único, Amalia. No se mueve del lado de su madre.

Nellina nos lleva a una calle solitaria, lejos del ruido. Le llamo la atención tironeándole de un brazo, como una chiquilla caprichosa.

—¿Ha cambiado de idea?, —pregunto—. ¿Es que ya no me quiere? Dime la verdad, Nella…

—No digas tonterías, hija… Ha pasado una desgracia y hay que compadecerlos.

—¿No será que alguien los ha informado de lo del campo de mi marido?, —comenta mi madre.

—¿Qué campo? No sé… —contesta el ama de llaves, ladeando la cabeza.

—Hace unas semanas Salvo se equivocó y echó sal en lugar de pesticida, que ya sabes que este hombre siempre anda despistado. Unas cuantas plantas murieron. Y tú sabes de qué pie cojea la gente de aquí: de tanto darle a la lengua, un error tonto se convierte en un drama.

Vuelvo a pensar en la cara de mi padre mientras caminaba entre sus plantas enfermas la semana pasada. «Solo nos queda eso: un puñado de hojas secas y las gallinas muertas», dijo mi madre cuando entramos en casa. El poco dinero que nos daba la Scibetta se lo había jugado por culpa de un comentario, después de años de tragar. A lo mejor pensaba que a partir de entonces sería Franco quien se ocuparía de nosotros, pero ahora incluso eso peligra.

—Amalia, ¿tú crees que una familia tan importante se deja amilanar por dos tomates echados a perder en tu huerto? Es gente seria, no te preocupes. Y Franco no es de los que faltan a su palabra por unas cuantas amenazas.

Mi madre se tapa el rostro con las manos.

—¿Quién lo ha amenazado? A ver qué me estás contando…

—¡Yo no he soltado prenda!, —chilla Nellina con los ojos nublados por el susto—. No me hagas decir lo que no he dicho.

Desde el otro lado de la callejuela llega el cura con las manos cruzadas detrás de la espalda.

—Disculpa, Amalia. Tengo que ir a preparar el almuerzo de don Ignazio —se justifica Nellina, retorciéndose las manos—. Tú no te preocupes, que todo acabará bien. Y tú tampoco le des muchas vueltas, Oliva. Pronto te casarás; solo se trata de tener un poco más de paciencia. Eres tan joven… ¿Cuántos años tienes?

—Cumpliré dieciséis el 2 de julio.

—¡Me alegro! Solo falta un mes. Don Ignazio, don Ignazio… —Nellina manotea mirando al cura que viene hacia nosotras desde el otro lado de la calle y le pide por señas que se detenga.

El hombre nos ve a mi madre y a mí y baja la mirada. Nellina va a su encuentro antes de que se nos acerque y se lo lleva casi en volandas.

Nos quedamos solas.

—No ha venido a casa a decírnoslo porque tiene miedo —murmura mi madre para sí misma—. Pobre hija mía —repite moviendo la cabeza de un lado a otro hasta que nos vamos—. Pobrecita mía…

35

Desde la cama oigo el repiqueteo del agua en los cristales y los truenos que resuenan lejos, pero hace calor y me ahogo metida entre las sábanas. Antes todos me querían, y ahora nadie. Y si nadie está dispuesto a quererme, tampoco voy a hacerlo yo sola. Me siento en la cama y me tapo la cara con las manos. Si hubiera nacido varón como Cosimino, podría quedarme sola y no pertenecer a ningún hombre. Pero resulta que nací en femenino y el femenino singular no existe, por mucho que dijera la maestra Rosaria.

Al amanecer oigo los pasos de mi padre cerca de la habitación.

—¿Qué pasa?, —pregunto. Fuera, el cielo está muy negro, y él ya se ha afeitado y peinado. Me escuecen los ojos por el sueño—. ¿Vas a buscar caracoles con el traje bueno?

—Arréglate deprisa porque esta mañana vamos a atrapar a los caracoles en su propia guarida —me dice, y vuelve a la cocina.

Cuando salimos, mi madre y Cosimino aún duermen; la tierra está húmeda y el barro me ensucia los zapatos. Mientras nos acercamos a la parada del autocar, el sol asoma entre las nubes. Cruzamos la plaza vacía, la persiana del bar aún está bajada. Una vieja oye el ruido de nuestros pasos en el silencio y se asoma a la ventana para espiar detrás de los postigos. Yo aprieto la mano de mi padre dos veces, lo justo; subimos y nos sentamos en la última fila a la derecha: yo cerca de la ventanilla, él del lado del pasillo, no hay nadie más. Cuando el chófer arranca, se me aflojan las piernas; nunca he viajado en autocar.

Al principio avanzamos despacio y yo miro cómo despierta la vida: las mujeres que salen de casa con el pañuelo negro en la cabeza para ir a misa, los hombres que van andando hacia el campo o hacia la playa, según sea su oficio, los puestos del mercado que alguien va montando. La pastelería está cerrada. Luego el autocar empieza a ir más rápido; llegamos al otro lado de la vía comarcal y enfilamos la carretera principal, que lleva a la ciudad. Pasadas las

últimas casas hay un cartel con el nombre de mi pueblo tachado con una cruz, como si hubiera muerto. Es la primera vez que salgo de Martorana y tengo la sensación de estar muriéndome un poco yo también.

—En menos de una hora habremos llegado —me dice mi padre, como si nos fuéramos de excursión un lunes de Pascua.

Tras la lluvia de la noche pasada, el aire brilla bajo los primeros rayos de sol. Él mira el paisaje desde la ventanilla, entornando los ojos frente a la luz que reverbera en el mar. El mar no le gusta, prefiere el campo. «El mar no admite dueños», se lamenta a veces.

Al cabo de un rato el autocar aminora la marcha y se para.

—¿Ya hemos llegado?, —pregunto con el corazón en un puño.

Pero no: el chófer anuncia el nombre de otro pueblo.

—Falta un buen trecho —contesta mi padre.

El autocar vuelve a arrancar y sigue el perfil tortuoso de la costa. Yo ando mareada.

—Esta mañana quería ir a por caracoles —dice él— porque después de tanta sequía saldrían a puñados. Me puse el pantalón de faena, las botas de agua, la cazadora que uso para ir al campo, pero no encontraba el sombrero.

Se queda callado, como si el cuento hubiera acabado, pero no entiendo el sentido. Cuando llegas al final de un cuento donde hay animales que hablan siempre hay una moraleja. Efectivamente, sigue.

—Lo busqué por todas partes, y nada. Y a mí no me gusta salir sin sombrero.

Lo miro: el cráneo al desnudo, el pelo rubio y, ahora caigo, unas pocas canas que antes no estaban. Se toca la cabeza.

—¿Sabes por qué no lo encontraba?

Niego con la cabeza.

—Porque se pudrió en el agua —contesta. Luego se queda callado, pero al rato sigue—: como los tomates, la verdura y toda la fruta de mi huerta.

La expresión de su rostro no ha cambiado, es como si estuviera contándome qué ha desayunado.

—Me fui al campo sin sombrero —y se acaricia la cabeza—, pero empecé a sentirme incómodo, y mira tú por dónde, el fastidio iba a más a medida que caminaba, y empezaron a fastidiarme otras

cosas. Que si una ampolla que tengo en el pie izquierdo, una silla de la cocina que cojea, un travesaño del carro que se ha aflojado y tu boda, que se retrasa. Así que me he propuesto arreglarlo todo. Me he curado el pie, he nivelado la silla, he fijado el travesaño y luego he ido a prepararme.

El autocar se detiene y el chófer nombra otro pueblo.

—Si algo no funciona —sigue él en cuanto el vehículo retoma el camino—, hay que arreglarlo.

Nunca lo había oído hablar tanto. Será que se ha cansado incluso de estar callado. A lo mejor es que se le suelta la lengua solo cuando viaja, como si el traqueteo le revolviera las palabras por dentro.

—Tendré que darle las gracias a quien ha malogrado lo mío, porque por ese fastidio me he dicho a mí mismo: «Salvo, esta boda se celebra ahora o ya no se celebra, y tu hija va a salir malparada».

Deja de mirar el paisaje que corre tras la ventanilla y me mira a mí.

—¿Tú a Franco lo quieres o no?

Yo me miro las manos en busca de una respuesta.

Al rato, el autocar se detiene y el chófer anuncia que hemos llegado a la ciudad.

36

Los parterres que hay frente al portal de la iglesia están llenos de margaritas; mi madre, que se ha adelantado unos metros, me llama. Yo me he quedado atrás, arranco una flor y empiezo a deshojarla: me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere. Arranco el último pétalo blanco. Mentira: él aún me quiere.

La mansión de Franco quedaba justo al lado del teatro de la ópera, tal como nos lo había descrito su tío, el de la cara gris. Mi padre y yo nos metimos en el zaguán andando de bracete. «Esta tendría que haber sido mi casa», pensaba yo mientras subía la escalera. Nos abrió una chica de mi edad, delicada y rubia, de huesos frágiles; bien podría haber sido la hija de mi padre. Se me formó un nudo en la garganta por culpa de los celos.

—Hoy los señores no reciben visitas —nos dijo en tono apresurado—. Tendrán ustedes que volver la semana que viene.

—Gracias, pero va a ser que no —contestó él sin moverse del sitio.

—A ver… —dice mi madre—. ¿Qué es lo que quieres? Lo más apropiado serían unas flores de azahar, pero tú misma.

Miro el escaparate con atención y dudo. No estoy acostumbrada a saber qué quiero.

—Podemos poner rosas, peonías, lirios, jazmines… —apunta el dueño de la floristería.

—No quiero jazmines, Biagio —le digo yo, y vuelve a mi mente el perfume tan dulce de la ramita colocada tras la oreja de aquel hombre, su traje blanco manchado de zumo de naranja, el silbido en la calle, la mirada que me seguía, aquellas manos que me agarraban en la fiesta del santo patrono, su voz, en la pastelería, que me removía la sangre.

—Me gustarían unas margaritas.

—¿Margaritas? Son flores de campo, no valen para una boda —interviene mi madre contrariada—. ¿Usted qué opina, Biagio?

Mi padre y yo nos quedamos esperando en la puerta un rato que a mí me pareció larguísimo.

—Me da vergüenza, papá —me quejaba yo.

—Yo también he sentido vergüenza al principio a causa del sombrero —dijo él arreglándose el pelo—. Pero luego me he dicho: «Salvo, no ha sido culpa tuya eso de entrar en casa de estos señores a cabeza descubierta. Así que no hay razón para sentir vergüenza. Quien tiene que avergonzarse no eres tú, sino el que te lo ha destrozado. Y también estos señores, que tienen miedo de que alguien les destroce también lo suyo».

Eso último lo dijo muy despacio y en voz alta para que se lo entendiera bien. Justo en ese momento apareció de nuevo la criada.

—Pueden pasar ustedes —anunció.

Cruzamos el recibidor y entramos en una habitación grande, donde había una señora muy elegante, acompañada de un hombre bajito y calvo.

—Vamos a quedarnos con las flores de azahar —decide mi madre con el dueño de la floristería—. Las margaritas las pondremos en el tocado. ¿Estás contenta, Oli?

¿Que si estoy contenta? Hoy cumplo dieciséis años y voy a casarme la semana próxima. El año que viene Liliana tendrá su diploma de maestra y un periódico de la ciudad le ha comprado unas fotos. Supongo que sí: estoy contenta. Es lo único que tengo para estar contenta.

—Para hoy también queremos una flor —le comenta mi madre al dueño de la floristería—. Es su cumpleaños.

Pone los dedos debajo de mi barbilla y la levanta, como si exhibiera algo valioso. «El valor de la hembra —pienso yo— depende del varón que la reclama».

—Si se me permite, la flor para el cumpleaños se la regalo yo a la señorita. —Biagio me ofrece una rosa roja con el tallo muy largo —. Sin segundas intenciones… —añade mostrando las palmas de las manos.

—Me alegra ver que la señora ya se encuentra bien de salud —dijo mi padre sin alterar su tono de voz tranquilo. En sus palabras no había rabia ni ironía. La madre de Franco hizo una mueca y las arrugas alrededor de sus ojos se hicieron más evidentes.

—Gracias a Dios —murmuró ella, juntando las manos delante del pecho.

—Es un placer saberlo —continuó mi padre—, y espero que siga igual el día de la boda, tal como acordamos.

La mujer apretó fuerte los labios, como si intentara frenar las palabras que tenía en la boca.

—Mi salud —consiguió decir al final— depende de las preocupaciones y de los disgustos que me afligen, y últimamente la amistad entre nuestros hijos me ha procurado muchos. Me parece evidente que procedemos de mundos distintos y que resulta difícil una entente cordial entre nuestras familias. Si ya han comprometido ustedes a su hija con otra persona, no está de Dios que seamos nosotros los perjudicados. No tengo por costumbre echar a las visitas, pero debo pedirles que hagan el favor de abandonar mi casa.

Levantó la mirada al cielo y luego la fijó en mi padre, repasándolo de arriba abajo, como si quisiera poner de relieve lo poco que valía como persona. El marido calvo callaba, quizá por costumbre.

—Cuidado con las espinas —dice mi madre.

Mientras cruzamos la plaza, los ojos de la gente se concentran en nosotras, pero nadie chismorrea a nuestro paso, son miradas de admiración, y por primera vez tengo la sensación de que ella me lleva a su lado con orgullo.

Franco entró en la sala de estar pálido y con el pelo despeinado. Llevaba una bata marrón claro y unas pantuflas de cuero. Ya no se parecía al bello Antonio, sino a un artista de cine de los que se etiquetan como «desgraciados en el amor».

—Yo, en cambio, tengo por costumbre mantener mi palabra —contestó mi padre a la señora—. Franco le hizo una promesa a mi hija. Si ha cambiado de parecer, que sea él mismo quien lo diga.

Acto seguido, me llevó a su lado.

—Franco… —murmuré yo.

Cerré los ojos como aquel primer día detrás del cobertizo de Pietro Pinna y me quedé esperando a que sus dedos me rozaran la cara, pero él no se movía ni hablaba. Sus manos seguían enfundadas en los bolsillos de la bata. ¿Esa iba a ser la columna que me protegiera, los brazos que me sostendrían?

—Vámonos, papá —dije, y me dirigí hacia la puerta.

—Espera, Oliva. —Oí el chancleteo de las pantuflas detrás de mí y la voz de Franco que me llamaba—. Como ven ustedes, mi madre se encuentra mejor de salud —susurró con voz temblorosa—. Así que no existen otros impedimentos.

Ni una palabra más. Las frases llenas de amor, los suspiros, las miradas solo existían en las revistillas de Liliana. Tenía razón mi madre al decir que no las quería en casa. Cogimos el autocar y regresamos en silencio: por lo visto, no era el traqueteo lo que soltaba la lengua de mi padre. Observaba el paisaje y de vez en cuando se quedaba medio dormido, con la cabeza ladeada encima del hombro. Se habían acabado las molestias, el novio estaba de vuelta. Solo faltaba el sombrero.

A medio camino de vuelta, mi madre se detiene.

—Oli, acabo de acordarme de que tengo que pasar por casa de la Scibetta. Ha vuelto a llamarme para un trabajo urgente. —Me recoloca un mechón de pelo que se había soltado de la trenza—. Vamos y volvemos en un periquete —dice, y se encamina en la dirección opuesta.

—No, mamá, ve tú —contesto—. Yo vuelvo a casa.

—¿Tú sola? ¿A estas horas?

—No van a secuestrarme…

—La gente habla, Oli, y tú ya eres moza y hermosa. —Da unos pasos hacia atrás como si quisiera observarme mejor y se aclara la garganta—. Ve directamente a casa y no te entretengas —añade, y se quita el chal de blonda—. Ponte esto, que de noche hay humedad. Y no te pinches —concluye entregándome la rosa.

Me coloco el chal en los hombros; es como si ella estuviera abrazándome. Me voy agarrando la rosa con la punta de los dedos.

—Oliva, Oli —vuelve a llamarme de repente desde la otra punta de la calle—. Ándate con cuidado.

37

De pequeños, Cosimino y yo cumplíamos años juntos. Cada 2 de julio, añadíamos un año: cinco, seis, siete, ocho. Mi madre nos colocaba en el marco de la puerta de la cocina para medirnos y apuntaba nombres y fechas con un lápiz. Con el tiempo dejamos de crecer al mismo tiempo y nuestras marcas ya no coincidían; en cada cumpleaños, él resultaba ser un poco más alto y yo un poco mayor. Hoy, que los dos cumplimos dieciséis, él me lleva diez centímetros de ventaja y yo le llevo diez años. Yo, esposa, dueña de mi casa y pronto madre. Él, un muchacho aún, con los amigos en la puerta del bar. Para mí el tiempo se ha adelantado y va a consumirse más rápido.

La calle está desierta; llevo bien agarrado el tallo de la rosa evitando las espinas y me acomodo las puntas del chal. Las margaritas son más fáciles que las rosas: contestan las preguntas de los enamorados y no hacen daño. Cuanto más me alejo de la plaza, menos gente hay en la calle, y yo camino al hilo de las paredes para que las voces que llueven de las ventanas me acompañen.

Llega alguien desde una callejuela lateral y anda detrás de mí. Cuando oigo el ruido de las suelas que pisan el asfalto, no me doy la vuelta. Camino más rápido y miro a mi alrededor, buscando un rostro conocido. «*Rosa, rosa, rosam* —empiezo a salmodiar mentalmente—, *rosae, rosae, rosa*. —Los pasos se acercan—. *Rosae, rosae*…». Al final de la calle, justo en el cruce con el sendero de tierra que lleva a mi casa, asoma un coche, aminora la marcha y se detiene. Yo también aflojo, tomo aliento. Dentro del coche hay un hombre joven y una mujer rubia, tal vez marido y mujer. Miran a su alrededor y luego estudian un mapa de carreteras. Mientras tanto, el hombre que estaba a mis espaldas se acerca, me saluda con un gesto de la cabeza, pasa delante y se esfuma detrás de una esquina, andando deprisa. Lo reconozco; es

don Santino, el padre de Tindara, el suegro por correspondencia. Se abre una puerta del coche, la mujer baja y pide que me acerque con un gesto.

—¿Es esta la carretera que lleva a la ciudad, señorita?

De cerca parece mayor. Tiene el pelo muy fino y en la raíz se nota el color negro que va asomando; alrededor de la boca se le marcan dos arrugas profundas, como si llevara tiempo entrenando la sonrisa.

—¿La ciudad?, —pregunto—. No sabría decirle, pero tienen que salir del pueblo. —Y muevo un brazo en la otra dirección, dándome la vuelta.

La mujer me coge de la muñeca mientras el marido se coloca a mis espaldas y me agarra tan fuerte por la cintura que casi no puedo respirar. Me falta aliento para gritar, busco con la mirada a alguien para pedir ayuda, pero la calle está vacía.

—¡Suéltenme!, —balbuceo con un hilo de voz.

Sacudo brazos y piernas para liberarme, pero el hombre me levanta y pataleo en el aire. La mujer abre la puerta trasera y el tipo da unos pasos hacia atrás hasta meterme dentro.

—Hoy es mi cumpleaños, en casa me esperan, suéltenme… —consigo decir a duras penas.

La vieja rubia se ríe sin ganas.

—Felicidades, guapetona. El regalo te lo van a entregar esta noche —dice, y me embute un pañuelo en la boca para que deje de hablar.

El coche se pone en marcha y pierdo de vista el sendero de tierra. La tela basta tiene mal sabor y me cierra la garganta de un modo que casi siento que me ahogo. A mi alrededor va discurriendo un paisaje que no reconozco y tengo la sensación de que mi casa está muy lejos. He cerrado los puños y aún llevo el tallo de la rosa en los dedos. Unos pétalos de la flor se han quedado en la calle, en mi lugar. A mí me han tocado las espinas. Yo no estoy a favor de las espinas. Cuando abro la palma de la mano derecha, está toda teñida de rojo. Las manchas de sangre son difíciles de limpiar, o eso dice mi madre.

38

La vieja rubia enciende otro pitillo; no ha dejado de fumar en todo el viaje y el humo me escuece en la garganta. No tengo ni idea de cuánto tiempo ha pasado. Cuando el coche se detiene, me saca de malos modos; siento en el aire el olor del mar, pero no consigo verlo en el horizonte. La mujer me agarra de la muñeca y me lleva a rastras hacia una casa aislada; de repente se da cuenta de que tengo la mano herida.

—Yo ni te he rozado. Cuando llegue, tienes que decirle que te lo has hecho tú sola —ordena, y parece preocupada.

—Hazla pasar por aquí —dice el joven.

La mujer abre con una llave, me mete dentro y vuelve a cerrar. El interior está oscuro y por las habitaciones corre un olor dulzón, como de perfume rancio. Ella me arrastra hasta un cuarto al final del pasillo y me obliga a entrar. Me mira con mucha atención, quizá intentando descubrir qué hay en mí que pueda gustarle a un hombre; luego se encoge de hombros y cierra la puerta de golpe y con llave, sin decir nada.

Me quedo esperando a que mis ojos se acostumbren a la penumbra. Las ventanas están atrancadas y solo se filtra un poco de claridad desde un pequeño tragaluz en el techo. En una pared el armario; en la otra un tocador; en la tercera el retrato de una mujer con el pelo largo que cae alrededor de sus pechos desnudos, justo encima del cabecero de la cama.

De pequeños, solo nos hacían regalos la vigilia del Día de Difuntos. «Venga, a la cama —decía mi madre cerrando los postigos y dejando la casa a oscuras—. Los muertos van a dejar zapatos nuevos y juguetes solo si os pillan durmiendo, si no os tirarán de los pies y no dejarán ni una baratija».

En un rincón del cuarto hay ropa de casa: dos toallas y un camisón blanco doblado encima de la colcha bordada a mano. Parece la habitación de una novia, ajuar incluido. Me recuesto en la

cama y espero.

«Los muertos vienen a traerles regalos a los vivos, todos los muertos de la familia —decía mi madre—. Llegan de noche y entran por el agujero de la cerradura, por las grietas, y dejan las cosas». Yo me tapaba con la manta y respiraba flojito para oír el ruido de los muertos en cuanto llegaran. Si Cosimino abría la boca, yo le decía: «Quieto, que si no te tirarán de los pies». Él callaba, muerto de miedo, y yo hundía la cara en la almohada y recitaba las tablas de multiplicar que la maestra Rosaria nos había hecho aprender, empezando por la del siete, que es la más difícil.

Rozo con los dedos el bordado y enseguida lo suelto. No es para mí esta habitación, este no es mi ajuar, no soy yo la novia. Corro hacia la puerta y empujo furiosa la manija hacia abajo una y otra vez, como si así pudiera desgastarla. Vuelvo a colocarme en medio de la habitación, agarro la colcha por un lado y la saco, y luego las sábanas, las almohadas, las toallas, el camisón. Lo amontono todo en el suelo y hago desaparecer el bulto bajo la cama.

Los niños saben que los muertos vienen de vez en cuando a traerte cosas. A mí los muertos no me dan miedo. Me echo en el suelo de piedra fría, envuelta en el chal de mi madre, y aguanto la respiración.

Quieta y callada, porque si los muertos te encuentran despierta te tiran de los pies. Pero son los vivos y no los muertos los que ahora me dan miedo.

39

Del cuarto de al lado llega el sonido de una radio, y eso quiere decir que la rubia ha vuelto. Al cabo de un rato oigo el ruido de la cerradura, la puerta se abre y ahí está ella, con la misma ropa que cuando me llevaron presa.

«*Non arrossire, quando ti guardo* —dice la canción—, *ma ferma il tuo cuore, che trema per meee…*». Ella suspira con fastidio, mirando a su alrededor.

—Vosotros, los jóvenes, os metéis en líos y los demás tenemos que pagar los platos rotos —se lamenta señalando la cama deshecha y la habitación desordenada.

Se acuclilla a mi lado en el suelo y me agarra por los hombros; tiene las manos fuertes, como las de un hombre. Yo me aovillo para escapar de sus garras.

—Levántate, guapetona —añade con voz benévola—. No querrás que te encuentre así…

Me tapo el rostro con los brazos.

—¿Con quién tengo que encontrarme? Yo a usted no la conozco. ¿Qué quiere de mí?

Ella me suelta, se levanta y se sienta en el borde de la cama vacía. «*Non aver paura di darmi un bacio…*». Por un instante entorna los ojos y balancea la cabeza, siguiendo la melodía.

—No vayas a pensar que eres la primera a quien le echo una mano para que pueda casarse —dice sonriendo—. Dos jóvenes se quieren, pero la familia se opone o no tiene dinero para la boda. Entonces vienen aquí y… asunto concluido. No lo hago solo por dinero, sino para ayudar. Será que en el fondo sigo siendo una romántica —añade, y se pone a cantar siguiendo la música de la radio con un hilo de voz desafinado—: «*No, non temere, non indugiare…*». —Mira a su alrededor como si las paredes fueran a hablar—. Hace tiempo esta era una casa de citas —y señala el

retrato de la mujer desnuda—; ahora es el lugar donde se celebran bodas. Me he pasado la vida trabajando para el amor —concluye riendo.

Se deja caer al suelo y se sienta a mi lado. Me cubro la cabeza con el chal, pero ella se acerca y me destapa la cara a la fuerza.

—¿Es que no lo entiendes, corazón? Si ha llegado hasta aquí, es que te quiere de verdad. Me ha ordenado que te trate como a una reina… ¿Qué digo?, como a una rosa. Tal cual. Eres una mujer con suerte.

«Mucha suerte —pienso yo—, igual que mi hermana».

—Quien te quiere no te maltrata, no te mete miedo, no te fuerza —contesto, y me pongo a llorar a moco tendido, como una chiquilla que al despertar no encontrara ni un pedazo de fruta escarchada como regalo.

Ella se acerca un poco más. Su aliento huele a tabaco y tiene el iris de un color azul muy oscuro. Puede que en sus tiempos fuera hermosa. «*Non arrossire, quando ti guardo*», repite la radio.

—Hazme caso: llorando solo te echas a perder los ojos —me dice alcanzándome un pañuelo—. Tienes que decírselo —me advierte en tono de amenaza—. Tienes que decirle que te he tratado bien, no lo olvides.

Me libero del chal y la emprendo a puñetazos contra el suelo.

—¡Lo que quiero es volver a mi casa!, —grito con la voz rota por el llanto—. Mi madre y mi padre me están esperando, la semana que viene me caso, alguien vendrá a buscarme —me lamento mientras desfilan por delante de mis ojos el vestido blanco que ha cosido mi madre, el collar de coral de Liliana, las flores de azahar y las margaritas en la floristería.

—¿De qué boda y qué novio estás hablando?, —murmura ella en voz baja mientras se arrodilla para recuperar las sábanas y la colcha —. Cuando salgas de aquí, tendrás un solo dueño. ¿Quién más se va a hacer cargo de una que ya se ha echado a perder?

La mujer es un cántaro, decía mi madre.

—Tú has tenido suerte. —Lo dice mientras hace ondear la sábana encima del colchón y luego se agacha para remeterla—. Es un chico apuesto, tiene una buena posición y podría tener a quien quisiera. —Alisa la tela encima de la cama de un lado, la rodea y repite el mismo gesto del otro—. Vas a mejorar, encanto —dice sin

mirarme, como si hablara consigo misma—. ¿De quién eres hija tú? ¿Qué tiene tu padre?

—A mi padre ya no le queda nada… —contesto yo entre sollozos—. Él se lo ha quitado todo.

—Es la fuerza del amor. Quiere que seas solo suya. Las hay que estarían dispuestas a todo por encontrarse en tu lugar.

De golpe me levanto y corro hacia la puerta, me agarro a la manija y tiro con fuerza.

—Déjame ir, por favor te lo pido. —Me arrodillo frente a ella—. Las dos somos mujeres, ¡nos entendemos!

Ella recoge las almohadas y las coloca en la cama con los mismos gestos de mi madre.

—¿Yo? Yo lo entiendo todo muy bien. Eres tú la que no quiere entender. —Recoge el camisón y lo coloca encima de la colcha—. Yo era igual que tú. —Acaricia la tela y empieza a doblar la prenda—. ¿Acaso crees que nací rubia? —Se pasa una mano por el pelo—. Tenía novio. Él me quería y yo lo quería a él. —Se ríe con amargura, recoge las toallas y las dobla en cuatro—. Pero él no acababa de creerme, quería poner a prueba mi amor. Yo era una ingenua y pensé que, si no le daba lo que me pedía, me dejaría por otra más apasionada.

«Non si fa del male se puro è l'amor», canta la radio. Por mucho que me esfuerce, no consigo imaginarla joven y con el pelo de otro color, debe de haber pasado mucho tiempo desde entonces.

—Así que cedí, una sola vez. Al día siguiente, él me dejó —confiesa—. Era un engaño para ponerme a prueba: dijo que yo era una fresca, incapaz de resistirme a los halagos. Yo lo había hecho solo para satisfacerlo a él; ni siquiera me gustó, más bien me hizo daño. Así que me quedé deshonrada y sola. No tenía padre ni dinero. La única cosa preciosa que tiene una mujer es eso. Luego no vale nada.

Saca el paquete de tabaco del bolsillo de la falda y se enciende un pitillo.

—Con el tiempo descubrí que todos querían estar conmigo, pero solo una noche. —Da una calada y su risa se tiñe de melancolía. Sus ojos ahora parecen negros de tan hondos—. Pero tu caso es distinto

—añade al rato con un tono de voz persuasivo—. No debes preocuparte, preciosa.

Me quedo de pie con los hombros pegados a la puerta, como si pudiera atravesarla de un empujón.

—Si te toma por la fuerza, luego tiene que reparar el agravio con el matrimonio, o de lo contrario va a la cárcel.

—Pero es que yo no lo quiero —le grito dando puñetazos contra la madera de la puerta.

—¿Qué es eso de que no lo quieres? Una mujer sin marido es como un lápiz sin punta: no sirve de nada.

Me parece estar oyendo las palabras de mi madre. Me coge de la mano y me lleva frente al espejo. La sigo sin fuerzas ya, como una niña dócil. En la mesa del tocador descansa lo que queda de la rosa que llevaba en la mano. Me miro y veo las lágrimas que bajan por mi cara hosca y delgada, con los pómulos altos y la boca grande.

—No llores, niña —dice ella—. Eso no cambia nada. —En el marco del espejo su rostro asoma detrás del mío y por un instante creo vislumbrar su aspecto de entonces—. Eso no cambia nada —repite ella, y apaga el pitillo en el cenicero.

«Ma ferma il tuo cuore che trema
d'amor»
, la canción se acaba y vuelve el silencio.

—Este hombre u otro, o mil más… Siempre la misma historia —sentencia ella—. Al principio duele, pero luego ya no sientes nada.

40

No he pegado ojo en toda la noche por miedo a que él me encuentre indefensa. Lo mismo que cuando esperaba a los muertos de pequeña. «Quieta y callada», me decía mi madre, y yo me quedaba con los ojos abiertos de par en par, explorando la negrura.

Al amanecer, ruidos de coches, portazos, y una voz: «La mujer es de quien sabe hacerla suya, como la rosa».

Entra en el cuarto, pero se queda en la puerta. Estoy acurrucada en medio de la cama y me protejo pegando las rodillas al pecho. Él se dirige al tocador y coge la flor medio deshecha por el tallo.

—Eres tan hermosa como esta flor: rosa fresca y perfumada, ¿te acuerdas? Y diría que incluso más, porque la flor se marchita en un solo día y tú sigues floreciendo. La más hermosa del pueblo… —añade, y yo pienso en las palabras que me dijo mi madre justo antes de separarnos.

No tengo ni idea de si soy hermosa o no, y también por eso habría preferido nacer hombre como Cosimino: a él nadie tiene que decirle cómo es, bien lo sabe por sí mismo. Para la mujer, el cuerpo es un fardo.

—He pedido que te pusieran las sábanas de mi madre —murmura rozando la tela, y se acerca.

Yo sigo con la cabeza escondida entre los hombros. No me muevo, no hablo, no respiro. Igual que un caracol.

—Esto es para ti, ábrelo. —Se sienta en la cama y deja una caja encima de la almohada—. ¡Ábrela!, —repite impaciente. Yo no me muevo, él levanta la tapa. «Aquí están los presentes de los muertos», pienso—. Es de seda natural, en la ciudad lo llevan las grandes damas: es el no va más. Vas a llevarlo después, cuando salgamos, en vez de ponerte ese viejo chal raído.

«Después». Entre mi persona y esa puerta hay un antes y un después, una barrera que no quiero cruzar porque esa barrera soy yo, está dentro de mí.

Extiende un brazo y me coge un pie. Sus manos rozan la planta y se insinúan entre los dedos, lo mismo que hacía mi madre cuando era chiquilla y quería quitarme los granitos de arena. Noto en la piel el calor de sus labios, blandos como la miga del pan.

—Te beso los pies, eres mi reina. Rosa, rosa fresca…

La boca va subiendo despacio hasta el tobillo. Me atrae hacia sí y yo me agarro a los barrotes del cabecero, pero de repente me siento floja, sin energías.

—La más bella del reino no podía acabar en manos de alguien que ni siquiera puede verla. Cuando supe que te habían emparejado con el ciego, enseguida busqué la manera de salvarte.

Sus manos llegan hasta el dobladillo de la falda, me rozan las rodillas.

—Una princesa entre villanos —dice, y vuelve a besar la curva de mis tobillos y las pantorrillas. Me agarra por la cadera y me arrastra con la fuerza de sus brazos, así que tengo que soltarme y acabo resbalando a su lado, caracol sin caparazón. Acerca su rostro al mío y huelo el aroma dulzón del jazmín.

—Si me dejas ir, no se lo diré a nadie. Volveré a mi casa calladita y santas pascuas —susurro.

—Cuando salgas de aquí, tú ya serás mi mujer. Por suerte para ti —sonríe—, y para mí también.

Me quedo echada en la cama, aún envuelta en el chal de mi madre. No me muevo. Un rayo de la luz fría del amanecer entra por un tragaluz. El rostro manchado de sudor, la camisa blanca desabrochada en el pecho, los rizos hacia atrás, los ojos entornados. Me empuja las manos contra el colchón y acerca su rostro al mío, me invade el olor de su piel y aparto la cara.

«Si los muertos te encuentran despierta, te tiran de los pies», decía mi madre, pero yo me quedaba tumbada bajo las sábanas, con los ojos abiertos y los oídos atentos a cualquier ruido. «No les tengo miedo a los muertos —me decía—. Quiero mirarlos cara a cara. No van a hacerme daño».

Él me libera las muñecas, agarra mi rostro entre las manos y lo vuelve hacia él. Cierro los ojos y espero, sin moverme, como si aún me tuviera presa. Se inclina hacia mí y me apoya los labios en la frente, como mi padre de pequeña, antes de dormir; luego los deja caer en un ojo, después en el otro, me roza la oreja y las mejillas.

Una suavidad como de miga de pan llega hasta la esquina derecha de mi boca y ahí se queda. Apoya la barbilla en mi clavícula y su pelo me hace cosquillas en la mejilla. Por un instante, nuestras respiraciones se mueven al unísono. Él murmura algo, pero tan flojo que no consigo oírlo.

—Quiero volver a casa —le susurro muy bajito al oído.

Él se estremece, como si le hubiera picado una avispa, se aparta de mí furioso.

—¿Es que aún no lo comprendes? —Me agarra la cabeza con las dos manos. Luego se detiene y vuelve al tono amable de antes, aunque su voz tiembla de rabia—. ¿No entiendes que tú estás hecha para mí? Lo sé desde que eras una chiquilla y lamías la hoja del cuchillo sucia de ricotta y azúcar. ¿Te das cuenta? Eres tú quien me provoca con esa carita de virgen de los desamparados que me vuelve loco. —Se levanta y empieza a dar zancadas arriba y abajo por la habitación—. Fuiste a la reunión aquella de los comunistas, te quedaste en la plaza a charlar conmigo, cogiste la naranja de mis manos, bailaste conmigo en la fiesta del santo patrono, ibas por ahí sola de noche… ¿Lo ves? Eres tú quien quería que fuera a por ti.

Coge la rosa del tocador y le da vueltas entre las manos.

—No pienso llevarte a tu casa, eso tenlo por seguro, y lo hago por tu bien. ¿Cómo acabarías? Como Angiolina, una vieja con el pelo teñido que se ha trajinado a más hombres que días hay en el calendario. ¿Quién te crees que eres? Tendrías que darme las gracias. ¡Sí, señora: darme las gracias!, —me grita, tirándome la rosa encima.

Cierro los ojos y sus pasos se alejan.

—Voy a tener paciencia —añade antes de salir—. Vas a ser tú quien me llame. Dentro de unos días serás tú quien venga suplicando. La manzana cae solo cuando está madura.

Oigo un portazo, luego el ruido de la llave girando en la cerradura, y al rato vuelve el silencio.

41

La última vez que entró, Angiolina me dejó la jarra con agua y unas rebanadas de pan rancio; desde entonces no ha vuelto. El hambre hace que me suenen las tripas, Dios sabe si volverá alguien. Es como cuando jugábamos al escondite de pequeños: Saro contaba y yo corría a esconderme en la tienda de don Vito. Me quedaba quieta, respirando apenas y con el corazón que iba a mil por hora. No sé si me daba más miedo que me descubrieran o que nadie me encontrara.

«Santa María —rezo—, Madre purísima, Madre inmaculada, Madre siempre virgen. Tú no has conocido varón, no sabes que tiene fuerza en los brazos, que se le calienta la boca, que su voz es dura». Se me daba bien rezar el rosario en la sala de estar de las Scibetta, con mi madre mirándome, protegida por aquellas voces que se unían en la oración y en la maledicencia y me avisaban de los peligros del mundo. Ahora estoy sola. Femenino singular. ¿Es eso lo que le pasa a una mujer cuando se queda aislada?

Me levanto de la cama. ¿Cuánto tiempo habrá pasado? Un día, dos, una semana… El pañuelo de seda se ha quedado tirado en un rincón del cuarto. Me agacho a recogerlo, lo rozo con los dedos, es muy suave; me lo coloco alrededor del cuello y me miro en el espejo. ¿Es así como saldré de esta casa, llevando el pañuelo de Paternò en vez del chal de mi madre? Lo tenso rabiosa con las manos para hacerlo pedazos, pero no tengo fuerzas y caigo de bruces en la cama.

—Ven —susurro, y me estremezco al oír mi propia voz después de tanto silencio. Camino hacia la puerta y comienzo a golpearla con las pocas fuerzas que me quedan—. Vuelve, déjame salir, no puedo más… Es culpa mía, fui yo, haré lo que me pidas, abre. Tengo hambre, tengo sed, tengo miedo. No quiero estar sola.

El ruido de mis golpes resuena muy flojo de pared a pared. A lo mejor es que no queda nadie en la casa. Se han ido todos. Él ya no

va a hacerse cargo de mí. Lo mismo que de niña jugando al escondite: tanto buscar y encontrar, y al final me han dejado aquí tirada.

Resbalo y me quedo de rodillas frente a la puerta, con el oído pegado a la madera. Silencio absoluto. Al rato oigo unos ruidos, primero lejos y cada vez más cerca, una voz ronca y luego nada. Pasa una hora, quizá dos, el tiempo ya no existe.

Hay un momento en que creo haberme dormido, y en el sueño llevo en las manos un ramo de flores de azahar. La iglesia es grande y fría, desde la entrada distingo a duras penas un puntito oscuro en el fondo, frente al altar, que me está esperando. Mi padre me tiende el brazo y acto seguido nos dirigimos hacia allí.

—¿Qué es eso de llevar el sombrero puesto, papá? Tienes que quitártelo, que estamos en la casa del Señor —lo aviso.

—Va a ser que no —me contesta él, y desfilamos frente a los invitados, que se vuelven y nos miran. Pero a cada paso que doy el novio parece alejarse más y no consigo distinguir los rasgos de su cara.

—¿Quién es?, —le pregunto a mi padre—. ¿A quién me estás entregando?

—Tú eres la única que lo sabe —contesta él con calma.

No acabo de entenderlo.

—Eres tú quien me lleva al altar —balbuceo entre lágrimas—. Dime con quién quieres que me case.

De repente, la iglesia, que parecía no acabarse nunca, se encoge y me encuentro de frente con el hombre de traje oscuro. Es Franco. Es tan apuesto y elegante como el primer día que lo vi; observo sus manos y los dedos alargados y finos, los mismos que enmarcaron mi rostro detrás del cobertizo. Se lleva la mano derecha a la sien y se quita las gafas oscuras: sus iris tan azules no vagan perdidos en la penumbra, las pupilas se dilatan y fijan la mirada en mí.

—Franco —le pregunto trastornada—, ¿puedes verme?

—Pensabas que era ciego —me contesta en tono de reproche—, pero sé muy bien lo que has hecho, sé que llamabas a otro y le implorabas que entrara en este cuarto.

Sus palabras resuenan en la iglesia. Yo no sé qué contestar, los invitados empiezan a murmurar y mi madre, sentada en primera fila, sacude la cabeza con disgusto.

—Te ha visto todo el mundo, Oliva —dice Franco—. No solo yo.

Al rato, don Ignazio cierra el misal con un ruido atronador que retumba en toda la iglesia.

42

Cuando abre la puerta me encuentra en un rincón, con las palmas de las manos llenas de rasguños de tanto aporrear y las uñas rotas. No me mira, no habla, no sonríe; carga conmigo como si fuera un peso muerto y recorremos así los pocos pasos que nos separan de la cama, como unos recién casados. Me pesan los ojos, siento un cansancio que nace del estómago y se esparce por todo el cuerpo. Piernas, brazos, pies, manos y cabeza, cada miembro se hunde en la blanda acogida del colchón. Me quedo inmóvil y espero, lo mismo que cuando mi madre y Fortunata me llevaron a que me hicieran agujeros en las orejas el día antes de mi primera comunión. «No quiero», dije entonces, y me obligaron.

Su cuerpo se aprieta contra el mío, va empujando como si quisiera abrir una cueva. Cierro los párpados, aguanto la respiración y me repito las palabras de mi madre mientras me sostenía la frente a la espera de la aguja: «No te va a doler». Pero no fue así, y ahora tampoco. El dolor de entonces se confunde con el de este momento: el calor de sus miembros que pesan encima de los míos y el frío anestésico del hielo en mi oreja derecha, el olor punzante del alcohol y el de su sudor, el tapón de corcho colocado detrás del lóbulo y la almohada que él embute debajo de mis riñones para que se arquee la espalda, sus manos que me agarran fuerte, como las de mi madre, la aguja de Nellina que pincha la carne. Pero hoy no puedo chillar, volver la cabeza y huir, no soy dueña de mí misma, puede que nunca lo haya sido.

Las reglas del cuerpo son, a saber: no gesticules, no te rías a carcajada limpia, no te entretengas asomada a la ventana. Las aprendí de pequeña y siempre las he respetado, y sin embargo no conozco mi cuerpo, me es ajeno; en cambio, él sabe cómo usarlo y lo traspasa palmo a palmo para conseguir su propio placer, mientras yo lo pierdo para siempre. «Quieta y callada —me digo—, quieta y callada. Al principio duele y luego pasa». Pero no: la aguja empuja

con fuerza y se abre camino lacerando e hiriendo. Un largo, agudo dolor me rompe, no sé dónde sujetarme para no acabar hecha añicos, así que me agarro a él con todas mis fuerzas porque él está vivo, pero yo me estoy muriendo; siento la sangre fluir fuera de mi cuerpo, deslizarse por mi piel y acabar manchando las sábanas blancas. Luego todos mis sentidos se van apagando y ya no queda nada.

«Anda —decía Fortunata a punto de entrar en casa de Nellina—, que así ya serás una señorita», pero yo no quería. Me hicieron mujer por la fuerza.

Cuando abro los ojos, todo ha acabado. Paternò jadea con el rostro mojado por el sudor y los rizos desgreñados. Levanta la cabeza apoyando los codos en el colchón, sin mirarme, y luego se pone de lado. Su cuerpo descansa cerca del mío como el de un esposo satisfecho, y al poco rato se duerme. Ese cuerpo que hace un instante era miedo, era peso, era violencia de unos miembros forzando los míos, era carne plantada en mi carne, ahora yace callado e indiferente, sin sufrir ningún cambio, sin heridas abiertas. Descansa tranquilo; no me tiene miedo, no teme que yo pueda hacerle daño mientras se pierde en el sueño. Las piernas entreabiertas, el pecho que sube y baja sereno, cubierto de un vello oscuro y ralo, los pies pequeños, casi femeninos, con el índice un poco más largo que el pulgar, los brazos musculosos, bastos los dedos de las manos, las uñas recomidas, un lunar del tamaño de una lenteja en la clavícula izquierda.

Descansa a mi lado tan tranquilo; ahora tiene derecho sobre mí, le pertenezco, y él también va a pertenecerme para siempre, me guste o no.

El ritmo de su respiración se rompe con un sobresalto repentino y se despierta; se levanta sin dirigirme la mirada y camina por la habitación, buscando su ropa. Se viste.

—A lo hecho, pecho —susurra, como si estuviera rumiando por su cuenta. Luego abre con la llave y sale, dejando la puerta abierta.

Me quedo mirando el techo y me pierdo en las líneas historiadas de las grietas, inmóvil, como si alguien me hubiera quitado la vida arrancándola de los huesos. Rozo mi vientre con las yemas de los dedos, pero ya no las siento mías, como si aún fueran las manos de

otro las que me tocan. Voy recorriendo cada rincón de mi piel en busca de lo que ha cambiado para remediar el estropicio, como cuando lo del lóbulo de la oreja, pero no hay diferencia entre el antes y el después; todo parece igual, la fractura está dentro. Soy un cántaro roto.

Un espasmo al principio imperceptible pero que poco a poco va aumentando en intensidad me nace en la boca del estómago y se convierte en náusea. Me siento y arrojo un chorro de líquido caliente. Por fin libero el cuerpo, pero el peso que llevo dentro sigue ahí.

De pequeña, cuando me ponía enferma, mi madre me cuidaba y su presencia era suficiente para consolar mi dolor. Ella ahora no está aquí y no puedo curarme sola. «Duerme —me decía—, duerme —repetía—, duérmete, que todo se arregla». Pero el sueño solo cura a los inocentes, y ya no me corresponde. Así que me levanto y voy al tocador, echo agua en la palangana, me restriego la piel con jabón, una, dos, tres, diez veces, el hedor del vómito desaparece; su olor en cambio ya no se quita, se ha fundido con mi piel.

Mis compañeras de clase decían que luego quedaba la mancha. «¿Qué mancha?», preguntaba yo, y ellas se reían tapándose las mejillas con las manos. Coloco deprisa y corriendo la colcha en la cama para esconder las huellas de mi cuerpo traicionado.

Me asomo al pasillo y la luz me hace daño en los ojos; aunque el cielo esté gris, un trueno retumba aquí cerca y doy un brinco. Decido volver a la habitación, como las gallinas de mi padre el día que encontraron abierta la puerta de la jaula, y me quedo esperando a que llegue alguien. Me acerco al tocador, cojo la rosa, y de su corola desmañada caen los últimos pétalos: son gotas rojas en el suelo.

43

No sé a qué hora vuelve; yo estoy tumbada en la cama, hundida en un sopor que me ha dejado sin fuerzas, como mi padre después del infarto, incapaz de moverme. Él se mete bajo las sábanas e intenta tomarme otra vez, pero justo en ese momento oímos unos ruidos. Abre los postigos y se asoma.

—Deprisa —dice. Me saca a la fuerza de la cama y exclama—: Tenemos que irnos.

Entré en esta casa por la fuerza y por la fuerza salgo. Me pongo el chal de mi madre en los hombros, nos escurrimos por una puerta trasera y huimos en la oscuridad. Me arrastra entre los árboles agarrándome por la muñeca, yo tropiezo por culpa de los zuecos de madera y entonces él se detiene y se da la vuelta: parece un ladrón. Me coge en brazos y sigue huyendo. Nos llega la voz de los *carabinieri* a nuestras espaldas.

—Alto ahí o disparamos.

La luz de las antorchas me permite ver sus siluetas: uno alto y el otro bajito.

—Espera, no corras —grito yo; las ramas de los árboles me arañan los brazos.

—Cállate —contesta él cabreado.

El más alto desenfunda la pistola y vuelve a advertirnos:

—¡Alto ahí!, —y un estrépito resuena en el aire.

Me tapo los oídos con las manos, el mundo a mi alrededor ya no tiene sonido. Las manchas oscuras de los *carabinieri* se nos están acercando. Aprieto con todas mis fuerzas y es como si me hubiera quedado sorda, creo que nunca más volveré a oír nada, pero entonces llega el segundo disparo, esta vez más cerca. Él se para un instante y yo levanto los brazos, libero los oídos.

—¡Basta!, —grito—. Ya no hay remedio.

El *carabiniere* alto baja el arma y se nos acerca. Es rubio, puede

que sea forastero y no sepa nada de nuestras leyes. Quien te rompe se queda contigo, eso es lo que me ha enseñado mi madre.

Mi mano se libera de sus dedos, pero él no se detiene; sigue corriendo y al rato desaparece entre la vegetación. Me quedo sola, caigo de rodillas, me envuelvo en el chal. Cierro los ojos y espero a que lleguen los *carabinieri*. Cuando los abro, veo en la lejanía otra figura: un hombre sin sombrero que se acerca a pasos muy lentos.

Mi padre ya está aquí, se pone en cuclillas sobre la tierra húmeda, se quita la chaqueta y me cubre los hombros con ella. Luego me levanta, me coge la mano y la aprieta, muy suave.

TERCERA PARTE

44

A los nueve años tuve la escarlatina y durante tres semanas me quedé encerrada en mi habitación. «Hay que tener cuidado con Cosimino», decía mi madre, y me traía la comida y los medicamentos llevando una venda en la cara que le tapaba la nariz y la boca. El tiempo parecía estar hecho de bloques sólidos que de repente se disolvían en pequeñas cascadas. Solo podía intuir la vida exterior desde dentro: la luz del día iba y venía, y de noche la luna brillaba sobre los campos de mi padre.

La maestra Rosaria hacía que me trajeran libros y en el suelo junto a mi cama crecía la torre de los que ya había terminado. Al cabo de tres semanas me recuperé y me levanté: la pila era más alta que la mesilla de noche. Me vi reflejada en el cristal de la ventana y no me reconocí: el cuerpo vaciado de carne, los huesos que asomaban, dos ojeras oscuras que me rodeaban los ojos hundidos, volviéndolos aún más negros. La primera vez que salí, iba con el cuerpo flojo y la cabeza llena de historias, al igual que mis noches, que se habían llenado de luz de luna.

Ahora la habitación está a oscuras, incluso la luna se ha vuelto de espaldas y el campo de mi padre allá fuera se ha esfumado. Me quedo aquí encerrada como si volviera a tener una enfermedad infecciosa, oigo pasos y voces que chapotean más allá de la puerta, como agua que se arremolina; de vez en cuando me levanto de la cama y voy tocando en la oscuridad los objetos que tengo a mi alrededor, me imagino que soy Franco. Abro los postigos, pero no hay luz. Durante la luna nueva, nos explicó un día la maestra Rosaria, la luna no muestra su rostro porque en ese momento se empareja con el sol, que es como un hombre celoso que la quiere solo para él. Yo ahora soy igual que ella: opaca y lejana.

Me paro frente a la estantería y rozo uno por uno el lomo de los libros, pero ninguna de estas historias habla ya de mí. Todas mis maestras han mentido: las tablas de multiplicar son una estafa, el

pretérito pluscuamperfecto es un engaño, las formas activa, pasiva y reflexiva, la diferencia entre *ojear* y *hojear*, el complemento indirecto, los idus de marzo, las fechas del calendario romano, los verbos latinos conjugados en futuro, los nombres de los picos de los Alpes: todo es una gran mentira y yo, sola y angustiada, me precipito. También la oscuridad me molesta ahora, como si tuviera una venda en los ojos, y voy tanteando hasta encontrar el interruptor. Me acerco otra vez a la estantería, abro un libro, pero ya no comprendo lo que leo: los renglones alineados unos encima de otros son largos animales negros que se arrastran por el papel, las frases ya no casan y las palabras parecen contenedores agujereados, vacíos de significado. «No es verdad que la cultura nos salve, mi querida maestra. Yo no he parado de estudiar y no me ha servido de nada». Estiro el brazo furiosa y barro de golpe todo lo que me encuentro: las figuritas de las estanterías, las plumas y las libretas del escritorio, los libros de las baldas. Pisoteo las cosas que más quería rodeada de negrura.

Los libros yacen desperdigados a mis pies adoptando posturas antinaturales, como cuerpos con los miembros fracturados, el cartón de las cubiertas se ha desprendido del lomo, y las páginas desnudas muestran sin recato las mentiras que cuentan: las mujercitas nunca se harán mayores, Dorothy nunca estuvo en Oz, Pollyanna ha perdido el secreto de la felicidad, Alicia no ha encontrado la fórmula para volverse diminuta, y Lucia Mondella, igual que yo, no ha conseguido salvarse encomendándose a la Virgen, diga lo que diga Alessandro Manzoni.

Me arrodillo y me recuesto en ese lecho de papel: no tengo sueño ni hambre. Mi cuerpo ya no sirve para nada. Ya no valgo para casarme, tampoco para rezar el rosario con las demás mujeres, y menos aún para bordar: ¿quién va a querer un ajuar manchado de vergüenza?

No consigo quedarme quieta, así que me pongo al lado del cabecero, lo levanto, meto las manos en el agujero y saco todos mis secretos: las libretas con los dibujos a carboncillo y sanguina, el espejo, lo poco que queda del pintalabios y la foto que me hizo Liliana. Lo apiño todo en el montón destinado a la basura, guardo solo el retrato, lo observo un buen rato, sigo con el dedo índice los rasgos de mi cara, me reflejo en esos ojos que aún no conocían la

vergüenza. Lo rompo por la mitad, luego otra vez, otra, y otra más, hasta que los pedazos no son más que migas de papel satinado. Hago un montoncito y las recojo ahuecando las manos, abro la ventana y las voy soltando sobre el campo de mi padre.

45

Mi madre entra y sale de la habitación con los ojos marcados de negro; cada vez que viene abre la boca, pero luego no suelta prenda, como si llevara en la cara una mascarilla para no infectarse. «Mírame, mamá —quisiera decirle—, sigo siendo el mismo cántaro: tengo las mismas manos, las mismas caderas, los mismos labios, no he puesto nada de mi parte para acabar hecha añicos. He cumplido todas tus reglas: no he mirado a ningún hombre, no he contenido la respiración para presumir de escote, no me he puesto pintalabios, no he aflojado el paso al salir de la iglesia para que me siguieran, no me he metido a escondidas en el cine. Me habría casado con el marido que tú habías elegido para mí. Nunca me he saltado las reglas y siempre he dicho que sí. Soy tu hija: una extraña que se parece a ti y a lo mejor no te gusta».

En cuanto siente una hoja moverse, se acerca corriendo a la ventana para mirar de reojo, a ver si viene alguien; cuenta los días y espera, pero el primero no viene nadie, ni tampoco el segundo, el tercero y el cuarto. La rubia aquella que se llamaba Angiolina dijo que el asunto se arreglaría con una boda, así que yo también he empezado a aguardar los pasos de mi carcelero para que venga a liberarme. No sé si es mejor tener algo o no tener nada.

Me paso los días vaciando la habitación, quitando cosas; con un trapo empapado en vinagre friego el suelo, limpio la superficie de los muebles, las manijas de la puerta y la ventana. Cuando todo está limpio, me acerco a la pila de los libros amontonados en el suelo.

—¡Ya te dije que había que darlos, que aquí no hacen otra cosa más que acumular polvo!, —le grito a mi madre detrás de la puerta cerrada, pero ya es de noche, los demás duermen, solo yo no consigo pegar ojo.

Al final me echo en la cama y hojeo las primeras páginas de *Ana la de Tejas Verdes*: «Nadie sabe qué pasará en lo que queda de día,

y hay mucho lugar para la imaginación». A mí no me queda lugar para la imaginación; cierro el libro, lo guardo debajo de la almohada, y finalmente un cansancio invencible va invadiendo todos mis miembros y la mente se amodorra.

Angiolina entra en la habitación donde me tienen secuestrada, abre los postigos y la luz de la luna inunda el suelo. Apaga el pitillo, me coloca el chal por los hombros y suelta una risa ronca como la de mi madre.

—¿Qué se te ha perdido aquí?, —me pregunta—. Vuelve a tu casa.

—No puedo —le contesto yo, señalando la puerta.

—La puerta está abierta —me dice—. Siempre lo ha estado. Fuiste tú quien quiso quedarse, nadie te obligó. Bastaba con mover la manija.

De golpe me pongo de pie y la aparto de un empujón, Angiolina cae al suelo, pero continúa riéndose de esa manera tan chusca. Salgo fuera, corro con los pies desnudos, con el pelo desgreñado, con el sudor que va bajando de las sienes al cuello, con la falda que sube piernas arriba, con los brazos como aspas de molino a los lados de las caderas. Voy en volandas hasta llegar a la carretera que me lleva al pueblo, y me detengo solo cuando llego a la plaza principal, frente a la pastelería. Observo mi reflejo en el escaparate: una niña desmelenada de huesos grandes y ojos negros como olivas que mira anhelante la crema de los pasteles.

46

Me despierto de repente por el hambre, algo que no había vuelto a sentir desde el día en que me raptaron. Inmóvil en la cama, rozo los huesos de la pelvis: asoman debajo de la piel, afilados como punzones. De la boca del estómago sube una quemazón que me sorprende: mi cuerpo aún está vivo y dice que tiene hambre. Me precipito a la cocina, envidiando el sueño de los demás. Desde las ventanas, la oscuridad: la luna aún está escondida. Procurando no hacer ruido, abro la despensa y el aparador de par en par, los muebles de arriba, y agarro lo que encuentro. Me lleno la boca con la pasta que ha sobrado del almuerzo y que no había probado, muerdo los huevos duros guardados para la cena, el pan seco del día anterior me rasca el paladar. Me ensucio la lengua con un pedazo de queso, luego le doy un mordisco a una manzana de piel rugosa. Los alimentos van garganta abajo y se agolpan en el esófago. Desenrosco el frasco de las alcaparras y meto los dedos, los granos gruesos de sal me rozan la piel, abro el bote de las olivas, que caen rodando hasta la palma de mi mano: son pequeñas y duras, como yo. Tengo que llenar mi cuerpo para volver a sentirlo. La jarra con la mermelada de naranja para el desayuno de los domingos está en el estante más alto. Me encaramo a una silla y la agarro, dejo que el líquido pegajoso resbale por la piel de mis brazos, levanto la tela del camisón y me embadurno las piernas, subo hasta la curva de la ingle, me lamo los dedos y vuelvo a tragar hasta la náusea. De repente, la silla se tambalea, se inclina y caigo al suelo.

Enseguida oigo ruido de pasos, mi madre se asoma a la cocina y me mira con mucha pena.

—Oliva —dice. Se desploma en el suelo y se mancha el camisón con los restos de comida—. Oli —repite en voz muy baja, como si estuviera pensando en voz alta.

Se me acerca, levanta un brazo, yo cierro los ojos y me quedo

esperando el bofetón, pero no: sus manos se cierran alrededor de mi rostro, bajan hacia el cuello, los hombros, envuelven mi espalda y me sostienen con fuerza. Nos quedamos abrazadas en el suelo, las mejillas pegadas, resbaladizas de tanta mermelada de naranja.

Cuando nos ponemos en pie, la casa sigue en silencio. Ella me lleva al baño y llena la bañera, como cuando Cosimino y yo éramos chiquillos y nos dejaba en remojo jugando. Mide la temperatura con la punta del codo, me quita el camisón manchado de comida y me quedo desnuda frente a ella, pero no siento vergüenza. Me ayuda a meterme en el agua, se enjabona las manos, repasa todo mi cuerpo y luego me aclara. Quita el tapón y las dos nos quedamos observando la espiral opalina del agua que el desagüe traga. Me ofrece un brazo para que me levante, saca del arcón una toalla limpia, me frota el pelo, elimina las gotas de agua que han quedado arrinconadas en mi piel y, cuando llega a los pies, desliza la tela esponjosa entre dedo y dedo.

—Ya está —murmura mientras me abrocha los botones de la blusa—. Limpia como una patena.

47

Justo antes de cenar, llaman a la puerta; mi madre y mi padre se miran, y luego ella va a abrir. Nellina saluda y los tres se encierran en el comedor a hablar; las voces nos llegan flojas, de vez en cuando un ruido de patas de sillas que rozan el suelo. Del pasillo, a mis espaldas, llega Cosimino: desde el día de nuestro cumpleaños no se afeita y tiene pinta de forajido. Los dos apretamos la oreja contra la puerta para escuchar algo y acabamos muy cerca, igual que en la barriga de nuestra madre. Su aliento me roza el pelo, reconozco su olor, el mismo de cuando éramos chiquillos y era yo quien lo cuidaba cuando nos quedábamos solos en casa. Ahora que somos mayores, me lleva una cabeza de ventaja; apoyo los hombros en su pecho, él no se echa atrás y poco a poco me dejo caer con todo el peso encima de él.

—¿Mañana?, —dice mi madre.

—Antes del almuerzo —confirma Nellina—. En la pastelería.

—Va a ser que no. —Mi padre es quien habla en tono más bajo.

—Vaya o no vaya, no hay otro remedio —contesta mi madre.

—¿Tenemos que entregarla a ese malnacido?, —intenta replicar él.

—¿Tú tocas de pies en el suelo o estás en la luna?, —grita ella, dándole una palmada a la mesa—. Las cosas no cambian de hoy para mañana.

—Hay que buscar un apaño, Salvo —comenta el ama de llaves —. Don Ignazio también lo cree.

—A ver, Nellina, ¿cuántas hijas tiene don Ignazio?, —pregunta mi padre.

La mujer no contesta, pero la voz de mi madre resuena como un trueno.

—¡A ti te parieron solo para fastidiarme a mí!

—No te sulfures, Amalia —contesta él con calma—. Lo que quiero decir es que de ciertos asuntos solo puede opinar quien sabe.

—No sirve de nada hablar contigo. Una solo gasta tiempo y no saca provecho. Nellina es la única que nos ha ayudado todos estos años. ¿Es así como piensas agradecérselo?

—Salvo —apunta la voz de Nellina—, si hubiera remedio para la chica…, pero hemos hecho todo lo posible. Después de lo que pasó, la madre de Franco ha denegado su consentimiento, y razón no le falta. Así las cosas, por el bien de tu familia, por tu bien… No se te ocurrirá hacer justicia tú solo, teniendo en cuenta lo que te sucedió el año pasado. ¿Quieres que vuelva a darte un ataque?

Cosimino se espanta; quizá él también recuerda la noche en que pensamos que había ido a despacharse a tiros y de poco se muere de un infarto.

—¿Justicia?, —dice mi padre en voz aún más baja—. La justicia es otra cosa.

A partir de ese instante ya no se oyen gritos y a nuestros oídos solo llegan algunas palabras sueltas. Boda, vestido, casa… Cosimino y yo nos alejamos de la puerta; él me agarra de la muñeca y me mira directamente a los ojos.

—Ya iré yo a encararme con ese tipo —dice con esa voz varonil que ha estrenado hace solo unos meses.

Niego con la cabeza.

—No, Cosimino. Ni tú ni papá. Eso es cosa mía, cosa de mujeres.

Vamos a acostarnos sin decir nada más. Al despertarme, cuando aún es de noche, me parece distinguir la figura de mi madre en el marco de la puerta; me mira, pero enseguida los párpados caen pesados y la imagen desaparece.

48

Fuera aún es de noche, pero en la cocina ya anda mi padre, con las botas de agua y el sombrero.

—¿De dónde lo has sacado?, —le pregunto.

—He comprado uno nuevo.

—Tendrías que haberte comprado una hija nueva.

Se sienta en una esquina del arcón, se lo quita y le va dando vueltas con las manos para observarlo desde todos los lados.

—La cita es para hoy —habla despacio, como de pasada—, quieren llegar a un acuerdo.

Tenía razón Angiolina: él ha roto el cántaro y ahora pretende arreglarlo casándose conmigo. De no ser así, acabaré solterona o rubia de bote, como ella.

Me doy la vuelta y miro a mi padre: no hay rabia en su rostro.

—¿De qué acuerdo me hablas?, —pregunto ciñéndome la bata.

—Tienes que decidirlo tú —contesta él.

—¿Tú quieres entregarme a ese tipo?

De repente sus manos tiemblan y el sombrero nuevo acaba en el suelo. Me acerco, lo recojo y lo dejo encima de sus rodillas. Mi padre agacha la cabeza y encoge los hombros como si estuviera cargando un peso.

—No sé usar un arma, Oli; ensucia las manos y yo mis manos las quiero limpias. La sangre es una cadena que nunca se rompe.

Las pocas veces que mi padre abre la boca, lanza adivinanzas; no dicta reglas como mi madre.

—Ya sabes que me quedé huérfano a los dieciséis años: tu abuelo partió una mañana con la barca y ya no volvió, y tu abuela se nos fue de un ataque al corazón cuando aún no había pasado un año —dice—. Mi hermano pequeño y yo crecimos solos. Nitto se casó muy joven con la muchacha más guapa del pueblo, pero a los pocos meses alguien le fue con el cuento de que su esposa le era infiel. Tanto insistieron que se le subió la sangre a la cabeza, se

peleó con ella y la hirió en la cara. Ella volvió a su casa y al día siguiente envió a su hermano. A golpe de cuchillo, Nitto acabó muerto en un baño de sangre. Padre ya no teníamos, así que el asunto del honor acabó en mis manos, y me fui a buscar a quien había matado a mi hermano.

Por un momento mi padre vuelve a ser el dios griego que llegaba del campo con el beso del sol en la frente, como cuando era niña.

—Mientras andaba por la calle me paró Pippo Vitale, un amigo de la infancia que entonces era *carabiniere* —sigue contando—. Me requisó el arma y me tuvo dos noches en el calabozo. Cuando me dejó salir, volvió a entregarme la escopeta y me dijo: «Es tuya. ¿Aún la quieres?». «Va a ser que no», contesté. Yo iba a matar al hermano, y luego el padre vendría a por mí, y así sucesivamente. Tengo que darle las gracias a Pippo Vitale si a estas alturas aún puedo calzarme el sombrero, pues a dos metros bajo tierra sería complicado —concluye, y en sus labios se dibuja una media sonrisa.

Me giro hacia la ventana para mirar la carretera todavía desierta. Buscaremos un apaño, me casaré con ese tipo, la gente me saludará por la calle. Y luego, ¿qué voy a hacer? ¿Volveré a dibujar en la libreta las estampas de los artistas de cine?, ¿las nubes seguirán teniendo forma de ciérvalo?, ¿me seguirá gustando deshojar margaritas?

—¿Cómo acabó tu amigo *carabiniere*?

—Sigue trabajando en el cuartel.

«Le guste o no, tendrá que casarse contigo —decía Angiolina—, o de lo contrario acabará entre rejas».

—¿Vamos a por caracoles antes de que amanezca?, —me propone.

—Mamá no quiere, que ya no soy una niña.

—Para mí sigues siéndolo.

Me visto deprisa, él se pone el sombrero en la cabeza y salimos de casa a la luz del amanecer.

49

Volvemos del campo con los cubos llenos. Cosimino se ha afeitado, dejándose un fino bigote, según dicta hoy la moda para los jóvenes. Mamá nos ve llegar y pone un cazo en el fuego; lleva los mechones de pelo envueltos en retales de tela para que le quede rizado.

—¿Vais a desayunar?, —pregunta.

Nos sentamos a la mesa, mi padre rompe la costra del pan, la separa de la miga y la deja caer en el cuenco de la leche, luego añade café y echa azúcar. Yo repito sus gestos, me llevo la cuchara a la boca y noto en los dientes el crujido de los granos de azúcar. Comemos en silencio, y luego cada cual se va a su habitación a arreglarse. Nuestros movimientos se acoplan siguiendo una secreta armonía. Todo está ya decidido y tiene su propio ritmo.

Encima de la cama encuentro la falda amarilla y la blusa de flores, dispuestas una encima de la otra hasta dibujar una chica invisible, el fantasma que ahora soy yo. Me apoyo la falda contra las caderas, me miro inclinando la cabeza, luego abro el armario y la guardo: es para los días de fiesta, decía siempre mamá. La bata negra aún cuelga de una percha metálica; acaricio la tela áspera y vuelvo a acordarme de la voz chata del maestro Scialò cuando nos dictaba el poema: «Siendo dócil y obediente, así te estimará más la gente». Cierro las puertas del armario y me quedo con la ropa de andar por casa. No quiero parecer más guapa, no quiero oír consejos, ya no quiero obedecer a nadie. ¿De qué me ha servido eso? En vez de enseñarnos las tablas de multiplicar y los verbos irregulares, tendrían que habernos enseñado a decir que no, que el sí las mujeres lo aprendemos el día mismo en que nacemos.

Cuando vuelvo a la cocina, mamá me examina y niega con la cabeza en señal de desaprobación.

—Los zapatos —me dice.

Me quito los zuecos y me pongo los que llevan un poco de tacón. Mi padre y Cosimino llevan el traje de los días de guardar. Si no

hago caso del bigote, me parecen iguales, en un solo día se han convertido en la misma persona. Nos movemos por casa con pasos ligeros, intercambiando unas pocas palabras formales, como si fuéramos extraños. Y, sin embargo, tengo la sensación de que nunca hemos estado más unidos.

—Vamos —nos dice mi padre.

Salimos de casa y avanzamos pisando el sendero de tierra. Las nubes de la noche se han desperdigado, ahora el sol es un hacha que nos golpea el cuello. Subiendo en dirección a la plaza, andamos de bracete: Cosimino y yo en el medio, papá y mamá a los lados. El pelo rizado de mi madre forma una corona negra de alquitrán, unas gotas de sudor se cuelan en el cuello rígido de la camisa de mi padre. Cuando llegamos al cruce donde me esperaba el coche aquel día, me agarro más fuerte a Cosimino y tomamos la calle ancha. Vamos desfilando como marionetas colgadas de un hilo bajo la mirada de un público curioso. Los hay que miran desde el balcón, otros que comentan. Cuando pasamos por delante de la iglesia, don Ignazio sale del portalón e inclina ligeramente la cabeza.

En el primer piso de un edificio elegante se abren un poco los postigos: primero asoma una mano, luego un brazo, un rostro, y finalmente un busto. Una mirada ojerosa aparece en el recorte de la ventana y me sigue por toda la calle. Fortunata hace un gesto con la mano, luego vuelve a desaparecer detrás de los cuarterones. Yo también acabaré como ella, tragada por cuatro paredes. Las reglas de la obediencia son, a saber: sigue tu camino, muéstrate dócil y agacha la cabeza para decir que sí.

Aún estoy mirando hacia arriba cuando de repente pierdo pie, se me doblan las rodillas y caigo en la acera. La culpa no es de la flojera, sino de los zapatos: un tacón se ha soltado. Me agarro al brazo de mi padre para volver a ponerme de pie mientras mamá me quita el polvo del vestido. Guardo el tacón maltrecho y sigo el camino cojeando, una pierna más larga que la otra. Mis andares se parecen ahora a los de Saro; levanto la mirada, pero no hay ni rastro de nubes curiosas en el cielo. Pasamos por delante del cuartel de los *carabinieri* y lo dejamos atrás, a nuestra izquierda. El zapato sin tacón me molesta y el otro me duele.

Al fondo de la plaza está la pastelería; faltan pocos metros para que me entreguen y la molestia va aumentando. Él está delante del

escaparate, de pie, esperándonos, con el traje blanco y la ramita de jazmín detrás de la oreja. Recuerdo el perfume dulzón, la habitación cerrada, la cama deshecha, el pelo mal teñido de Angiolina que olía a tabaco. «O se casa contigo, o se lo llevan los *carabinieri*», me decía riendo. Él da un paso, levanta un brazo y se arregla el pelo, ya no hay marcha atrás. Vuelvo la cabeza y miro a mi padre, no logro leer en su rostro ninguna respuesta. Exhausta, me detengo.

—No puedo seguir andando —digo, y me quito los zapatos. Siento una oleada de alivio que se propaga por todo mi cuerpo desde la planta del pie. Miro de frente a Paternò, luego doy media vuelta y empiezo otra vez a caminar, descalza, en dirección contraria.

50

—El inspector Vitale está ocupado; tendrán ustedes que esperar un poco —nos advierte el *carabiniere* joven que luce el mismo bigote fino que mi hermano.

La sala de espera del cuartel es oscura y huele a humedad. Cosimino se ha quedado en la plaza, mirando de frente el escaparate de la pastelería, y nosotros tres nos sentamos en un banco de madera. Mamá se gira para escrutar el rostro de mi padre y el mío, pero nadie abre la boca. Con su vestido de los domingos y el pelo arreglado, es ella quien parece la futura novia. Yo, en cambio, me he echado encima unos cien años. Hace un instante iba derecha hacia él y al cabo de nada entraba en el cuartel, bajo la atenta mirada de todo el mundo. Debió de ser por culpa del sol tan fuerte, por un golpe de calor, o quizá por el tacón roto, no lo sé. La molestia era tan grande que me habría sido imposible dar un paso más en aquella dirección, y por eso me paré.

Mi padre se levanta, intercambia unas palabras en voz baja con el oficial y luego se dirige hacia el pasillo.

—¿Podemos irnos, Oli, ahora que has descansado?, —murmura mi madre sin quitar la vista de mis pies descalzos. En su voz hay reproche y amabilidad a la par, como si los míos fueran los caprichos de una criatura.

De niñas, ella nos llevaba a rastras a Fortunata y a mí a la primera misa del día. Cosimino se quedaba durmiendo porque tenía flojera. «Santa Rita te ha salvado de la escarlatina», decía mientras nos sacaba de la cama y nos ponía los jerséis gruesos. Salíamos de casa cuando aún era de noche; Fortunata y yo íbamos muy juntas del brazo para resguardarnos mejor del viento. «Tengo hambre», me quejaba yo para retrasar el momento de la salida. «Os daré *torta salata* mientras vamos de camino», nos embaucaba ella. A lo largo del trayecto, cada vez que yo me rebelaba, ella me daba un pedacito

de *torta* y yo seguía caminando. «Eso es… —decía—, qué bien lo hace mi niña». Y así hasta el portal de la iglesia.

Sentada en el borde del banco de madera, mamá me roza una mano y yo cierro el puño.

—¿Y qué vas a hacer después, Oli?, ¿lo has pensado?

Una migaja más de *torta salata*, hasta llegar al portal, como una niña buena, y yo adelante que iba. En el interior de la iglesia hacía frío, las viejas de la parroquia olían a naftalina y yo me caía de sueño, pero había sido una niña obediente, lo decía mi madre, y el premio era su amor.

—Seguiré siendo un cántaro roto, mamá —le susurro al oído—. Ya no hay remedio.

Estiro los dedos y enseño los surcos de las espinas en el centro de la palma de la mano, que están ahí desde el día en que se me llevaron. Ella los roza con el dedo índice y aprieta los párpados para no ver.

—Pueden ustedes entrar —nos dice el *carabiniere* con bigotito. Mi padre está a su lado y nos anima con un gesto de la mano.

Seguimos al joven a lo largo del pasillo y luego subimos un tramo de escaleras hasta llegar al primer piso.

—Pasen —nos contesta una voz desde el interior cuando él llama a la puerta de un despacho.

El inspector Vitale está sentado a su escritorio; se levanta e inclina ligeramente la cabeza para saludar. Mi madre y yo nos sentamos, mi padre se queda de pie detrás de mí.

—Por lo que sé, un joven demasiado atrevido le ha faltado al respeto —comenta bajando la mirada hacia una carpeta llena de documentos, como dando a entender que mi caso no es tan importante como lo que tiene entre manos.

Mi padre apoya una mano en mi hombro.

—Pippo… —empieza diciendo, pero enseguida se corrige—: La raptaron, inspector Vitale.

—Rapto con intenciones matrimoniales; parece ser que el hombre en cuestión está dispuesto a… reparar su falta.

Rozo los surcos en la palma de mi mano y niego con la cabeza. Los dedos de mi padre aprietan con más fuerza mi hombro; los dos nos quedamos callados.

—¿La señorita es mayor de edad?, —pregunta Vitale sin dejar de

examinar los documentos que tiene delante.

—Ha cumplido dieciséis hace pocos días… —contesta mi madre, con las palabras que se le pierden en la boca solo de pensar en la noche de mi cumpleaños.

—Entonces hablaré con ustedes, los padres —dice el hombre, cerrando de golpe la carpeta—. ¿Es que ya no quiere casarse con él?, —pregunta como si se tratara de una pelea entre novios.

—Inspector —suelta mi padre, aclarándose la garganta—, mi hija Oliva nunca tuvo intención de comprometerse con ese individuo. No había ningún acuerdo entre las familias ni una propuesta formal. Fue él quien nos buscó, y al ver que no había interés por nuestra parte, decidió actuar por la fuerza, primero malogrando mi cosecha y luego a mi hija.

Vitale se quita las gafas y se pasa las manos por la cara.

—¿Qué piensas hacer, Salvo?, —pregunta. Me imagino al inspector de joven, como me lo describió mi padre el día en que le quitó el arma de la mano y lo envió al calabozo.

Mi padre estruja el sombrero entre las manos.

—Va a ser… —Pero no acaba la frase.

Vitale se levanta y da una vuelta por el despacho. Se acerca otra vez al escritorio y coge un paquete de tabaco.

—Mi hija ha venido aquí para que se haga justicia —continúa mi padre sin soltar mi hombro.

El inspector saca el mechero de su bolsillo y lo sopesa en la mano.

—La palabra *justicia* es ambigua —dice. La llama tiembla por el efecto del aire que suelta el ventilador—. Existe la justicia que dicta la ley y la que dictan los hombres, y no vienen a ser exactamente la misma cosa. —Da una calada—. Este es tu pueblo, Salvo, esta es tu familia y esta es tu hija: tienes que ser tú quien se haga cargo de ella. En cuanto salgáis de este despacho, será ella quien tenga que aguantar maledicencias mientras camina por la calle…

—Yo no soy ninguna desvergonzada. —Me inclino hacia delante en la silla, agarrando aún el tacón roto, y la mano de mi padre resbala por mi hombro.

El inspector frunce el ceño y da otra calada al pitillo. Siento como si hubiera soltado esas palabras a voz en grito, pero él parece no haberse enterado siquiera.

—La chica es muy joven y puede que ande confundida —continúa el hombre sin mirarme—. A esa edad, un día quieren una cosa y al día siguiente otra… Es el padre quien tiene que hacerlas entrar en razón. Tienes una hija hermosa, Salvo. ¿Quieres condenarla a que sea una infeliz?

—Ya condené a una —contesta él.

El pitillo se ha convertido en un pequeño cilindro de ceniza que se mantiene en equilibrio prendido de la colilla; Vitale lo deja en el escritorio y se queda mirándolo como si fuera una apuesta que ha ganado consigo mismo.

—La familia de Paternò no es para tomársela a broma, tiene buenos contactos en todas partes. Si se rompió el cántaro, ahora se va a arreglar. ¿Qué más puedes pedir?

—Pero la ley… —digo yo, apoyando las manos en el escritorio y volcando la columna de ceniza en el borde de la madera.

—La ley le vale a quien tiene dinero —me interrumpe el inspector mientras recoge la ceniza en la palma de la mano y la echa a la papelera—. ¿Quieren que procedamos a una denuncia? Muy bien, pues llamamos al oficial y le pedimos que escriba: «Salvo y Amalia Denaro se personan como parte civil en contra de Giuseppe Paternò, acusándolo de rapto con fines libidinosos…».

Mi madre dobla la espalda, como si alguien la hubiera golpeado a traición.

—Habrá un juicio —continúa Vitale—, hará falta un abogado, habrá que demostrar la culpabilidad del imputado, y no solo con palabras, sino con hechos.

Se sienta frente a nosotros y por primera vez me mira.

—La señorita tendrá que demostrar que ha perdido la integridad física de la que gozaba antes y que además no aprobaba eso de dar la espantada, un hecho que es costumbre por aquí. ¿Alguien la ha visto hablar alguna vez con Paternò?, ¿ha bailado acaso con él en la plaza delante de todo el mundo?, ¿ha aceptado regalos, serenatas?, ¿cuando la secuestraron caminaba sola o en compañía?, ¿fue de mañana o a la puesta de sol?

Cierro los ojos, la rabia me estruja el estómago. Por lo que parece, el juicio va a ser contra mí, no contra él.

Vitale arruga la nariz y entorna los ojos, molesto, como si tuviera una mosca en la cara.

—¿Sabes qué haría yo si fuese mi hija, Salvo?, —concluye—. Pues no movería un dedo.

El tacón roto me resbala de la mano y cae al suelo.

—El rencor pasa, las cosas se acomodan —va diciendo despacio mientras coge de una esquina del escritorio un gran libro con tapas de piel azul; primero lo hojea y luego se lo muestra airoso a mi padre.

—Artículo 544 del Código Penal. —Se inclina sobre la mesa para leer—: «Para los delitos previstos en el capítulo primero y por el artículo 530, el matrimonio que el autor del crimen esté dispuesto a contraer con la persona perjudicada extingue el delito. También quedan exentas de culpa todas las personas que han concurrido en la ejecución del delito; en el caso de que hubiera habido condena, se prevé el cese de la misma y de todos los efectos penales».

—¿Y eso en resumidas cuentas qué significa, Pippo?, —pregunta mi padre.

—Significa que, por ley, con el matrimonio la culpa se extingue, pues se ha restaurado el honor de la chica. —Y cierra el volumen con mucha más energía de la necesaria.

—¿Y a eso lo llaman justicia?, —pregunta mi padre, como si sintiera verdadera curiosidad por el tema. Mi madre apoya una mano en su brazo. Siempre ha sido ella quien ha hablado en nombre de toda la familia, y se siente perdida de tanto callar.

—Es la ley —contesta Vitale muy seco.

—¿Me estás diciendo que la ley está pensada para salvar a los malnacidos y condenar a la gente de bien? Si es así, habrá que modificarla.

—¿La vas a cambiar tú esta misma mañana, Salvo? ¿Te has levantado temprano justo para eso? —Sonríe, pero enseguida vuelve a ponerse serio—. Si quieres llevar a juicio a Paternò, antes tendrás que vértelas con el Código Penal —comenta, golpeando el mamotreto con los nudillos.

Mi padre agacha la cabeza, fija la mirada en las tapas azules y se rasca la cabeza como si estuviera frente a algo incomprensible.

—A fin de cuentas —continúa el inspector, encendiendo otro pitillo—, el artículo está pensado para defender a las jóvenes honestas, para garantizar que habrá boda y que la persona que se ha aprovechado de ellas no las va a abandonar dejándolas con las

manos vacías. Además, sabes muy bien cómo funciona eso: la gente joven que no quiere acatar las imposiciones de los padres se fuga para casarse.

Mi madre vuelve la cabeza y mira hacia la ventana, llevándose una mano a la garganta. Quizá piense en aquel viaje por mar con las tripas revueltas.

—A veces las familias no tienen dinero para la ceremonia y el banquete, y entonces organizan un falso rapto. ¿Y si el novio, una vez conseguido lo que quería, luego cambiara de opinión?, ¿qué le pasaría a esta muchacha confiada, que dices tú? Pues que se quedaría sola y deshonrada, sin nadie que se hiciera cargo de ella, sin posibilidad de encontrar otro apaño. Por eso la ley obliga al hombre a ser responsable y cumplir con la palabra dada.

—Pero volvemos a lo que te estaba contando antes, Pippo: en nuestro caso no hubo ningún acuerdo —continúa mi padre.

Vitale se queda callado. Solo se oye la respiración entrecortada de mi madre, como si hubiera corrido un largo trecho.

—Te creo, Salvo. Te digo más: estoy convencido. Yo también tengo una hija que tiene pocos años menos que la tuya, y te digo lo mismo que le diría a ella. Hablo como padre de familia y como amigo, no como alguien que lleva puesto el uniforme. Entre nosotros siempre ha sido así, y lo sabes muy bien. —Mi padre se frota la barbilla y suspira—. Y es por eso por lo que intento ponerme en tu lugar, si me lo permites. —Vitale da otra calada al cigarrillo—. Pongamos que consigues pagar al abogado, aunque te hayan echado a perder la cosecha y los animales. Que vas a aguantar las malas lenguas, porque todos sabemos que el verdadero móvil del honor es el qué dirán. Que vas a tener a tu hija encerrada en casa hasta el día del juicio, y eso podría llevar incluso un año. Luego te verás en un tribunal, la chica tendrá que contar lo que pasó, y en detalle, a todo el mundo. El abogado de la defensa le irá al juez con el cuento de que ella estaba de acuerdo, y más aún si cabe: que ya había mantenido relaciones íntimas con el chico, para que nos entendamos. En resumidas cuentas, que el acto no fue fruto de la violencia sino de la pasión. Y ya sabemos cómo acabará la historia: el barco pertenece al patrón, y punto —concluye, apagando un cigarrillo más en el cenicero. Esta vez, la jugada del cilindro de ceniza le ha fallado porque la discusión lo obligaba a

mover demasiado las manos.

»Debéis volver a casa y esperar. —Vitale se levanta y se acerca a la puerta. Luego se dirige a mí—: Cuando tu padre tenía casi la misma edad que tú estuvo a punto de cometer el error más grande de su vida. Y yo le dije que dejara pasar un tiempo, que no se precipitara. Ese mismo consejo voy a darte a ti: vuelve a casa y deja que la mente descanse. La gente joven tiene muchas ideas en la cabeza: que si el amor, que si las mariposas en el estómago, que si la vida romántica… ¿Sabes qué es un matrimonio? Es un contrato, una asociación de intereses comunes. Él te mantiene y tú lo guías por la vida, a él y a tus hijos. Después de repartir las peladillas, cada uno va a lo suyo. Mucho será que os veáis a la hora de comer y de cenar. La esposa es una mujer que ya tiene un sitio en la comunidad, puede sentirse más libre. Y si, pongamos por caso, Dios quiere que se quede viuda antes de tiempo, estará en disposición de hacer lo que le venga en gana. Además, bien mirado, ¿qué ventajas tiene para la mujer una vida en soledad, sin las caricias de un hombre? La carne pide calor, y no lo digo yo: lo dice la naturaleza. Las leyes se hacen y se deshacen, pero la naturaleza es terca.

Cuando salimos del cuartel, el sol vuelve a martillearnos la cabeza con más fuerza que antes. Cosimino se ha ido y nosotros tres ya no caminamos de bracete; cada cual va a su paso y con sus propios pensamientos rondándole la cabeza. «Eso me pasa por haber nacido mujer —razono yo—. Hace veinte años el inspector Vitale aconsejó a mi padre que se saltara las reglas y denunciara al asesino de su hermano en vez de acabar con él a tiros. En cambio, esta mañana a mí me dice que vuelva a casa y que acepte al hombre que me ha violado».

Mi padre ha vuelto a su silencio de siempre. Mi madre camina con la cabeza gacha, y de vez en cuando la oigo repetir en voz baja: «El mundo no cambia de hoy para mañana».

Tiene razón.

51

Siento la cabeza ardiendo, y al entrar en casa la penumbra es como un oasis de frescor. Me meto en la cama, mamá se sienta en el sillón a mi lado y prepara unos paños húmedos para colocármelos en la frente. Al final dejo que la fiebre me inunde; la temperatura sube y me sume en una dulce amnesia.

Alguien llama a la puerta.

—No le abras a nadie, Salvo. Han venido a casa para ver el espectáculo en directo —ruge ella.

Siento que da vueltas a mi alrededor como la hembra de un animal que protegiera la guarida de sus cachorros.

—El cura, el *carabiniere*, la mediadora…, todos quieren meter baza. Tienes razón tú —le dice a mi padre—, que nunca sueltas una palabra de más.

Entorna los postigos para que no entre tanto calor. Será por culpa de los delirios de la fiebre, pero diría que nunca la he oído hablar así.

—Después de tanto esforzarme por verlas crecer limpias, mira tú con qué me encuentro: una hija encerrada entre cuatro paredes por un desgraciado y la otra malograda por un delincuente de tres al cuarto.

Quita el paño de algodón de mi cabeza, lo sumerge en una palangana con agua fresca que hay al lado de la cama, lo escurre y vuelve a colocármelo en la frente.

—A estas alturas, lo hemos perdido todo: la tierra, los animales, la dignidad. ¿Qué nos queda?

Siento que la flojera invade mi cuerpo y oigo su voz como en sueños.

—Cuando llegué aquí, hace tantos años, yo era una extranjera. Hice todo lo que pude para que me aceptaran y no sirvió de nada, como si estuviera pidiéndole peras al olmo. Tenemos que irnos ya y no volver nunca.

Él se acerca, se sienta cerca de mí a un lado de la cama. Siento los párpados pesados y mis ojos se abren a duras penas.

—Amalia —dice él, rodeándole la cara con las manos—, quien huye es el criminal y no la víctima.

—Ya has oído lo que ha dicho el inspector…

—Pippo Vitale nos ha contado cosas que ya sabemos, pero Oliva es joven, le hemos dado una educación y ya es hora de que la escuchemos.

A mí me falta la voz, los ojos me escuecen y ni siquiera entiendo bien sus palabras. Oigo pasos en la habitación y luego ya nada, como cuando Cosimino y yo dormíamos en literas y antes de coger el sueño yo me imaginaba subida al escenario en la fiesta del santo patrono, con mis alas blancas pegadas a la espalda. «¡Canta, Oli, canta!», grita mi madre desde abajo, entre el gentío. Yo inspiro por la nariz, contraigo el pecho y empujo el aire garganta arriba, pero mi boca sigue sin moverse. La gente no me quita ojo. Las niñas del coro sonríen satisfechas: no me merezco el papel de solista. La música vuelve a empezar, cuento los compases esperando mi turno y luego suelto el aire, pero nada. Los tengo a todos enfrente: mi padre, Cosimino e incluso Fortunata, guapa y muy puesta, con el pelo rubio y cardado como Mina cuando se roza los labios con las yemas de los dedos, entonando con picardía *Le mille bolle blu*. «¡Canta, Oliva, canta!», dice mi madre.

Pero yo no consigo articular palabra. Ahí está la Scibetta con sus hijas, batiendo palmas a destiempo, Saro me observa como si lo hubiera defraudado: «Pensaba que eras la mejor, pero te has echado a perder», dice, y se va. Acto seguido sube al escenario una mujer con el vestido escotado y el pelo suelto por los hombros. Es la maestra Rosaria, pienso yo al principio, pero cuando se da la vuelta me doy cuenta de que es Liliana. Me sonríe, se acerca al micrófono; todos callan en la plaza y solo se oye su voz, que me llama: «Oliva, Oliva, Oli».

52

—¿Cómo te encuentras, Oliva? —Liliana roza mi frente con los labios y luego se sienta al lado de la cama, donde antes estaba mi madre—. Por suerte ya no tienes fiebre. Ha sido una insolación —comenta cruzando las piernas, así que el vestido le deja las rodillas al descubierto.

—¿Ya te has licenciado?, —pregunto con la mirada puesta en el hueso de su rótula, blanca y torneada.

Ella sonríe y con una mano se echa hacia atrás el pelo, que caía suelto en su cara. Hago fuerza con los codos y me siento, Liliana me tiende el vaso de agua que estaba encima de la mesilla de noche. Cuando levanta el brazo, por la sisa de la manga asoma la piel blanca del pecho.

—¿Cómo vas vestida así? Tienes que andarte con cuidado —le advierto.

—¿Cuidado? ¿De qué? —Y sigue sonriendo.

—Yo iba abrochada de arriba abajo, con el chal de mi madre por la cabeza, y mira lo que me pasó. Tú te lo estás buscando.

Liliana tiene ahora la mirada puesta en su vestido y empieza a rascar con la uña una de las florecitas rosas, como si quisiera quitar una mancha.

—Si alguien me ofende por la calle, ¿la culpa es mía?

Ahora mismo es como si oyera a su padre, con esas preguntitas cargadas de segundas intenciones, así que, aun con flojera y sin ganas de hablar, le digo:

—Como sigas andando por ahí vestida de esa manera, suerte vas a tener si solo te ofenden. A mí me quitaron por la fuerza todo lo que tenía sin que hiciera nada malo…

Liliana deja de rascar y se observa la uña, como si la flor estampada en el vestido hubiera desaparecido debajo de la piel.

—O sea, que tendría que haberme pasado a mí y no a ti… ¿Qué he hecho yo de malo?

—Tu padre y tú siempre os las apañáis para poner en boca de otros unas palabras que no corresponden.

No quiero darle el gusto de que me vea llorar, así que me aguanto las lágrimas, tanto que casi vuelve a subirme la fiebre y siento las mejillas congestionadas.

—Yo no me lo merecía… —suelto a duras penas.

—No, Oliva, te equivocas…

De mi pecho sale prepotente un sollozo que se convierte en un largo lamento.

—Te equivocas —repite ella, secándome las lágrimas con el pañuelo que mi madre ha dejado encima de la mesilla de noche—. Ninguna de nosotras lo merecemos: no importa que seas la castigada, la que anda escotada, la beata o la comunista. La culpa es de quien comete el delito, no de quien lo padece.

—Tú no te enteras —contesto yo entre lágrimas—. La maestra Rosaria se equivocaba: los varones no entienden de sentimientos, no son como nosotras, para ellos el amor es un frenesí endiablado que llevan metido en la carne y busca la manera de salir. La hembra debe defenderse porque, si no, se convierte en cómplice.

Liliana niega con la cabeza.

—¿Qué acabas de decirme tú hace un momento? Que si llevo el vestido corto, que si voy escotada… ¿Lo ves?, —me suelta, mirando la prenda como para estar segura de lo que dice—. El problema empieza por nosotras: que si demasiado corto, demasiado largo, demasiado ceñido, demasiado provocador. Repetimos las mismas palabras que los hombres en vez de intentar modificarlas. Lo que te pasó a ti no tiene nada que ver con el amor: el amor no se impone, se comparte…

No dejo que acabe la frase.

—Tú estás estudiando —le reprocho—, y el año que viene te sacarás el diploma de maestra; sabes mucho, pero de estos asuntos no entiendes nada, ¡y suerte que tienes!

No me atrevo a mirarla a la cara; me da vergüenza admitir lo que he pensado de ella por el vestido y el pelo suelto, y me vuelvo de cara a la pared.

Liliana me acaricia una mano.

—Has hecho bien yendo al cuartel —me dice al cabo de un rato —. Has puesto tu dolor al servicio de las demás, de tantos

matrimonios infelices, de tanta violencia en las casas, de todas esas desgracias.

Usa el mismo tono de voz que la maestra Rosaria cuando me felicitaba por ser la primera en acabar los ejercicios de análisis gramatical.

—Te equivocas; fui y me senté allí solo porque me dolía un pie. —Y señalo el zapato roto, que aún está tirado en un rincón del cuarto, entre el montón de trastos destinados a la basura—. Y el inspector Vitale tampoco se alegró de verme. Casi nos echa del despacho: dice que hace falta dinero para el abogado, que me llevarán a juicio, que tendré que someterme a un reconocimiento de mis partes íntimas y contestar preguntas mortificantes. Soy yo la que tiene que disculparse; él está haciendo lo que corresponde, la ley está de su parte, y si no quiero casarme, peor para mí.

—Peor para él, que va a acabar en la cárcel —dice entonces ella levantando mi mano, la que tenía cogida, como si yo hubiera ganado un premio.

—¿La cárcel? El que tiene dinero siempre es inocente. Su padre tiene buenos contactos. —Libero mis dedos de los suyos y me tapo los ojos—. Tiene razón el inspector: me gustaban sus cumplidos, me sentía la más guapa del mundo. La vanidad es hija del…

—Él te miraba y tú te sentías guapa. ¿Y qué?

—Pues que no está bien.

—¿Por qué?

—Basta ya —me tapo los oídos—, basta. Yo no quería que pasara lo que pasó.

—Esa es la cuestión, Oliva: ¡tú no querías! Que una cosa es echar una miradita y otra muy distinta tomar por la fuerza a una persona. Eres una chica, no un ave de corral. ¿Te acuerdas de la noche en que te traje la foto? «Fuera, fuera», les decías a las gallinas para alejarlas del recinto, pero ellas, muy calladitas, daban marcha atrás para volver a la jaula. ¿Quieres hacer lo mismo?

Desplazo la mirada hacia el cabecero.

—¡Aquella foto ya no existe, y aquella chiquilla tampoco, a ver si te enteras!, —le grito a la cara—. Puede que yo sea una gallina, pero tú eres más terca que una mula.

—¿Quién? ¿Yo? —Liliana se cruza de brazos y descruza las piernas. Si sale de este cuarto, ya no me quedará nadie con quien

hablar. Apoya las manos en el reposabrazos y se levanta del sillón.

—¡Y-o!, —la imito haciendo una mueca. Ella se para, estupefacta—.

Y-o,

y-o

—repito, y mi cuerpo se tensa. Ella vuelve a sentarse confundida—.

¡Y-o,

y-o,

y-o!,

—vuelvo a rebuznar, moviendo la cabeza como las mulas. Me mira fijamente, dudando, y luego se echa hacia atrás, como si fuera a comérmela a mordiscos—.

Y-o,

y-o,

y-o.

—Me levanto de la cama de un brinco con la sábana tapándome la cabeza y empiezo a dar vueltas por el cuarto dando coces.

Liliana sonríe, luego ella también se levanta de un salto, agarra otra punta de la sábana, la saca de debajo del colchón y se la coloca en los hombros.

—Si yo soy una mula, tú eres tan cobarde que pareces una oveja: *¡bee-beee-beeee!*

—Mira que tú… croas como una rana: *¡croa-croa,*

croa-croa,

croa-croa!

—*Muuuuu*… —Liliana me persigue muerta de la risa.

—*Glu-glu-glu* —le contesto yo, tirándole un cojín a la cabeza.

Jugamos al pillapilla por la habitación, imitando la voz de todas las criaturas del universo. Al final, ella levanta el puño en el aire y proclama:

—Libertad, libertad, ¡algún día todo bicho la tendrá!

Caminamos en marcha coreando esas palabras, damos saltos encima de la cama, ondeamos los brazos y nos dejamos caer en el colchón.

Llega mi madre corriendo, abre la puerta de golpe y nos pilla enredadas en un ovillo de sábanas.

—¿Qué pasa aquí? ¿Es que han soltado a las bestias? —Se pone

nerviosa, me observa e inclina la cabeza—. Ya veo que te encuentras mejor —dice en voz baja—. Arréglate, Oli, que ha venido alguien que quiere contarte algo.

53

Calò está sentado en el comedor; parece más enclenque que cuando lo veía hablando en el almacén de los pescadores, es como si se le hubieran encogido los huesos. Se quita las gafas con parsimonia y las limpia con un trapo que se saca del bolsillo del pantalón. Mis padres lo observan desde la otra punta de la mesa, Cosimino no está.

—Me alegro de que te encuentres bien —dice hablando despacio y sin levantar la voz—. Liliana ha venido todos los días para saber si te bajaba la fiebre.

—Siento haber causado tantas molestias —contesto yo, y con el rabillo del ojo miro a mi amiga, que se recoloca el escote.

—Quiero que sepas, Oliva, que no estás sola. Somos una comunidad pequeña, y en los momentos de apuro cualquier ayuda es poca.

Vuelvo a recordar la mirada de la gente mientras cruzábamos la plaza abrasada por el sol y me muerdo el labio inferior.

—Les estaba contando a tus padres que, la última vez que estuve en Nápoles para una reunión del partido, me presentaron a una camarada que se ocupa de asuntos de mujeres…

—Para eso estoy yo, que soy su madre —interviene mamá con brusquedad.

—Claro que sí, faltaría más —comenta él con cariño—. Solo os pido que me escuchéis unos minutos, y luego ya tomaréis las decisiones que creáis oportunas.

Ella se retuerce las manos y mira por la ventana, hacia el campo vaciado de árboles.

—Como os decía, antes de venir a veros me he tomado la libertad de ponerme en contacto con mi camarada, Maddalena Criscuolo, y de comentar vuestro asunto. Me ha asegurado que podría ayudaros a encontrar a un abogado especializado en la materia.

—Antonino —contesta mi padre—, te agradezco el interés, pero ya sabes que hoy por hoy no nos sobra ni un centavo.

—No te preocupes por eso, Salvo —dice Calò. Mira los cristales de las gafas para estar seguro de que están limpios y vuelve a ponérselas con calma—. No hay dinero de por medio.

—Algo nos pedirá a cambio —comenta mi madre recelosa—. ¿Quién se tomaría tantas molestias sin querer cobrar?

—Lo hace porque es de justicia —responde Calò sin más.

—De lo justo y lo bueno los pozos andan llenos —replica mi madre suspirando.

Calò no se altera; es como cuando en las reuniones prestaba oídos a las palabras de todo el mundo, sin abrir la boca. Al rato, se rasca la barba corta que le cubre el mentón y dice:

—No hay muchas chicas que se atrevan a denunciar la violencia que han sufrido, ¿y sabéis por qué? Por miedo, por vergüenza, por ignorancia. Muchos piensan que hay que evitar el escándalo y, en vez de condenar al raptor, condenan a la hija a vivir toda la vida casada con su verdugo, o van a buscar a quien la secuestró y lo matan de un tiro en la cabeza, pasan un tiempo entre rejas y luego salen porque el móvil del delito es el de restablecer el honor de la familia. Estas leyes derivan de una mentalidad anticuada, y quizá fueran válidas para nuestros abuelos, pero no para nuestras hijas. Una sola nuez en el saco no hace ruido, es cierto, pero si en el saco hay muchas nueces… Solo así pueden cambiarse las cosas.

—Estimado Calò —lo interrumpe mi madre molesta—, al pan, pan, y al vino, vino. Hablemos claro: yo no quiero meter bulla y tampoco pretendo que mi hija luche en nombre de todas. Además, el inspector Vitale nos lo ha dejado muy claro: la ley…

—¿Qué pasa hoy en día en las familias, Amalia? Tener hijos parece tan simple como hacer pan: agua, levadura y harina. Nadie toma precauciones, y si luego resulta que no puedes mantenerlos, ¿qué haces? La mujer tiene que abortar, pero según la Iglesia es pecado, según la ley es un crimen, así que la pobre busca remedios caseros donde una comadre, y a menudo ya no vuelve a casa porque muere por culpa de una infección o se queda ahí desangrada. ¿Qué hacemos cuando entre marido y mujer las cosas ya no funcionan? Nos quedamos bajo el mismo techo como unos infelices, viviendo de engaños y trampas. Conozco a muchos buenos hombres que

apechugan con dos o tres familias a la vez. El Código Penal ampara el delito de honor y también el matrimonio entendido como reparación. ¿A ti te parece que eso es justo?

—¿Nos toca a nosotros enderezar estos entuertos, Calò?, —pregunta mi madre—. Eso es cosa de los políticos, pero ya se sabe que cuando dos elefantes pelean, las que mueren son las hormigas. A nosotros los de allá arriba nunca nos han ayudado y no me toca a mí, una mujer ignorante que desconoce muchas cosas, meter baza.

—Pero a su hija sí que la conoce —dice Liliana, sentándose a mi lado en el arcón de madera—. Los tiempos han cambiado y nosotros, los jóvenes, somos distintos de como eran ustedes: no nos resignamos a lo que siempre ha sido. Un no, por sí solo, puede cambiar una vida, y muchos noes juntos pueden cambiar el mundo.

Mi madre no le contesta, pero la mira como si fuera una chiquilla que lee un libro sin comprender el sentido de las palabras. Por un momento parece como si nadie supiera ya cómo continuar; luego la voz de mi padre rompe el silencio.

—Apreciamos mucho tus palabras, Antonino. Tú estás metido en política y tu hija estudia para ser maestra. Yo, en cambio, me las veo y me las deseo para escribir mi nombre. Pero hay algo que tengo claro: si mi hija necesita ayuda, aquí estoy.

Apoya las manos abiertas en el centro de la mesa y mira a mi madre. Ella da un suspiro, entorna los ojos y pone las suyas también, lo mismo que Liliana y Calò. Parecen los caballeros de la mesa redonda, como decía la profesora Terlizzi.

—Ahora te toca a ti, Oliva —dice mi padre—. Habla sin rodeos: ¿estás dispuesta a casarte con Pino Paternò para reparar el daño que te hizo?

Saco las manos de debajo de la mesa, las abro y las alineo despacio con las demás. Las palabras me nacen en el estómago, como la náusea que me atormenta desde que pasó aquello, y salen de mi boca fuertes y claras:

—No, no estoy dispuesta.

Y, mientras lo digo, comprendo que eso es lo único que tengo claro.

54

Cosimino vuelve a casa tarde y nosotros ya hemos cenado; parece estar en Babia y tiene ojeras. Desde que nos separamos en la plaza ha estado fuera durante cinco días y ni siquiera ha vuelto a dormir. En cuanto lo ve llegar, mi madre se lleva una mano al pecho y corre a la cocina. No habla; solo quiere que coma, que se siente a la mesa y se lleve a la boca la comida que ella ha cocinado y que seguirá cocinando hasta cuando haya otra mujer que cocine en su lugar y que será su esposa.

—No tengo hambre, mamá —le suelta él, y se va directo a su habitación.

La inapetencia de Cosimino, el rostro agotado, las noches pasadas quién sabe dónde: ese también es el precio que debes pagar cuando caminas en dirección contraria a los demás.

Yo doy vueltas en la cama, sin conciliar el sueño.

—¿Me vas a contar una historia para dormir?, —me pedía él cuando éramos niños.

—¿Qué historia? Duerme, que ya es tarde —contestaba yo para hacerme de rogar.

—La historia de Giufà —insistía él.

—Esa no la recuerdo —mentía yo.

—Giufà y la rifa de la tripa.

—Esa ya te la conté anoche.

—Entonces la de Giufà y la olla robada.

—Te la conté anteayer.

Me quedaba callada, pero en cuanto me daba cuenta de que él estaba a punto de renunciar, empezaba:

—Se me acaba de ocurrir una nueva, que he leído esta mañana en el libro de la maestra Rosaria. —Y seguía contando hasta que su respiración se hacía más lenta.

Oigo pasos en el pasillo.

—¿Estás durmiendo?, —me pregunta él desde fuera de la

habitación.

—Ya me gustaría… Entra —le digo mientras me coloco la bata en los hombros.

Cosimino aún va vestido como cuando llegó a casa. «Échate aquí, cerca de mí, que te voy a contar la famosa historia de Giufà y los brigantes», quisiera decirle, pero guardo silencio y él se queda de pie en el umbral de la puerta.

—Estos días he estado en casa de Saro —me dice sin que yo le haya preguntado—. Nardina te manda recuerdos y le gustaría que fueras a verla.

—Salúdala de mi parte cuando la veas —contesto yo.

¿Cuántos años han pasado desde que tenía miedo de la oscuridad y me pedía que le contara una historia para dormirse?

—Dice Nardina que has hecho bien. —Las palabras le salen de la boca como hilos de aceite de una prensa; fatiga con cada sílaba, como si estuviera moliendo olivas—. Dice que no hagas caso de los comentarios de la gente y no te desvíes de tu camino. Que no tienes la culpa de nada y solo te tocó recibir.

El bigotito, el traje color crema y el pelo con raya al lado y rematado con fijador: está echando el resto para demostrar que es un hombre, pero el esfuerzo que le suponen estas palabras me lo devuelven hecho un niño. También eso de ser hombre es una faena, no solo nos toca a las mujeres.

—Vale, Cosimino, ya entiendo. Buenas noches.

Sin embargo, él no se mueve; puede que el sueño aún le dé miedo, como cuando tenía nueve años. Se queda donde estaba, en el umbral.

—También Saro dice que tienes todo el derecho a no querer casarte con ese tipo.

«Saro lo dice, Nardina lo dice…, pero ¿tú qué dices?», me gustaría preguntarle, y sin embargo callo, quizá porque no quiero saber qué piensa y la opinión de los demás ya me importa un comino.

—Saro dice que el matrimonio no se consigue por la fuerza —da un paso adelante, como si quisiera sentarse en la punta de la cama; luego se detiene y vuelve atrás—, y que las mujeres son nubes, tal cual, que hace falta observar qué forma toman en vez de empeñarse en colocarlas en un molde.

Vuelvo a recordar el ciérvalo bicornio y esbozo una sonrisa.

—Y tú, ¿qué le has contestado?

—¿Yo? —En sus mejillas asoman dos manchas rojas—. Yo le he preguntado… si él se casaría con alguien en estas condiciones. —Baja la mirada—. Alguien que ha sufrido tanta ofensa —se corrige.

La mujer es como un cántaro, eso es lo que decía mi madre.

Finalmente levanta los ojos y nos miramos.

—¿Sabes qué me ha contestado?

Niego con la cabeza.

—«Ahora mismo me echaría a sus pies», tal cual me lo ha dicho.

55

En vez de arreglarme, los domingos voy a misa con la ropa de diario, pues ya no me queda nada que celebrar. En el momento de la comunión, don Ignazio me mira confuso; yo resuelvo el asunto quedándome en mi sitio.

—Ve tú —le digo a mi madre. Ella se vuelve, observando a las demás mujeres, da unos pasos hacia el altar, luego lo piensa mejor y permanecemos las dos sentadas en el banco.

Al salir, mis compañeras se reúnen en grupo. Alguna de ellas se gira y me mira de reojo; al rato Tindara se separa del corrillo, se me acerca y me besa en las mejillas.

—El miércoles que viene es mi cumpleaños, no lo olvides.

—Pues te felicito ahora.

—Voy a invitar a un zumo de naranja y a unas pastas de almendra a mis mejores amigas. ¿Te apetece venir?

—Lo siento, pero ya he quedado —le contesto lacónica, pues no estoy yo para ser el hazmerreír en casa ajena.

Tindara parece contrariada.

—¿Te agobian los preparativos de la boda?, —me pregunta en tono cómplice—. A mí aún me falta un mes y ya estoy exhausta. No sé en qué condiciones me encontrará mi marido. —Y se ríe escondiendo la boca detrás de la mano.

La miro aturdida. ¿De qué boda…, de qué marido está hablándome? Me coge del brazo.

—Tú no hagas ni caso de lo que digan esas. —Y mira de reojo el corrillo a nuestras espaldas—. Lo que tienen es envidia porque nosotras ya nos casamos y ellas aún no. Solo buscan excusas para la cháchara. A mí me criticaron por apañar el noviazgo, luego se cansaron y estaban buscando algo nuevo para entretenerse, como el gato que persigue al ratón. Tú les has dado un hueso que roer, pero entre nosotras hay confianza y las dos sabemos que son unas pueblerinas. Ya se lo he dicho yo a todas, que está bien eso de

hacerse de rogar: él quiso correr demasiado, y ahora le toca ir a paso de tortuga. A lo mejor vendría bien añadir algo, negro sobre blanco, en el contrato. Tiene dinero de sobra, pues su familia es dueña de la pastelería y tiene negocios incluso en la ciudad.

Me deshago de su brazo. Están todas convencidas de que aún no he dado el visto bueno porque quiero hacerme la interesante y subir la apuesta. Mejor vendida que ofendida. Mejor ser ávida de dinero que quedarme sin honra y sin novio.

—¿Qué te pasa?, —me pregunta Tindara sorprendida—. Yo estoy de tu lado: si no nos ayudamos la una a la otra, mal lo vamos a tener con las demás.

—Te felicito, Tindara, por tu cumpleaños y por todo lo demás.

Me despido de ella y voy corriendo hacia mi madre, que ya ha enfilado la avenida. Ella vuelve con las compañeras y siguen charlando, y yo me alejo sin saludar. Ya no pertenezco a su grupo. Yo ya no le pertenezco a nadie.

56

Liliana viene a abrirnos la puerta.

—Adelante, ya ha llegado —dice contenta, como si nos hubiera invitado a una fiesta.

Mi padre se quita el sombrero y cruza el umbral, yo lo sigo. Sentado a la mesa del comedor está Calò, y a su lado hay una mujer con el pelo corto color castaño oscuro. En cuanto entro en la habitación se me acerca y me doy cuenta de que lleva pantalones, como los hombres.

—Aquí estás, por fin —me dice, como si hiciera un montón de tiempo que no nos viéramos y me hubiese echado de menos; luego alarga los brazos, los apoya en mis hombros y parece que vaya a abrazarme. A mí se me sube la sangre a la cabeza y aguanto la respiración: desde que pasó lo que pasó, no me gusta que nadie me toque. Ella nota mis músculos contraídos y afloja el abrazo. Da un paso atrás para mirarme mejor y rodea mi rostro con las manos.

—Antonino me ha hablado de ti con tanto entusiasmo que es como si ya te conociera —dice, como pidiendo disculpas—, pero a lo mejor tú no sabes nada de mí —añade mostrando una ristra de dientes blancos y grandes—. Me llamo Maddalena Criscuolo y formo parte de la Unión de Mujeres Italianas.

Ya se lo decía yo a la maestra Rosaria: el femenino singular no existe. De una manera u otra, las mujeres siempre andamos en grupo.

—¿Trabaja de abogado?, —le pregunto con timidez.

—Yo no. —Vuelve a sonreír y mira a Calò; a lo mejor pensaba que era más espabilada—. Soy una militante.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Es usted militar?, —insisto azorada.

—Una militante es alguien que trabaja activamente para mejorar la vida de los demás —me explica como si hablara con una chiquilla—. Son muchas las luchas en las que andamos metidas. —Y mira a mi padre, que está empeñado en reseguir con el índice de la mano

derecha las vetas en la madera de la mesa de Calò—. La ley del divorcio, el aborto, la violencia contra las mujeres…

Al oír las palabras *divorcio* y *aborto*, mi padre frunce el ceño y se cruza de brazos.

—Tenía entendido que habíamos venido a hablar con el abogado —me justifico mirándolo a él, que levanta la cabeza y da unos toques en la mesa con los nudillos.

—Sabella está al llegar —nos asegura Maddalena—. Solo pretendía aprovechar unos instantes para conocerte, Oliva, para charlar un rato de mujer a mujer.

¿Qué quiere saber?, ¿qué tenemos que contarnos? De repente me siento más cansada que nunca. Cansancio de piernas, de espalda, de hombros, de mente; tengo la sensación de que mi esqueleto se repliega bajo el peso de todas las palabras que he oído desde que pasó lo que pasó. Todos parecen saber más que yo, todos tienen una respuesta a mano, pero hasta la fecha nadie me ha preguntado aún cómo me siento yo. Agarro con las manos el respaldo de la silla donde está mi padre, que vuelve a contemplar ensimismado la mesa.

—Mejor las acompaño al otro cuarto —propone Liliana—, que así estarán más tranquilas.

Maddalena y yo la seguimos hasta su habitación; encima de su escritorio hay más libros y fotos que antes. En una repisa, una carpeta abierta con imágenes tomadas por Liliana.

—Ya me había dicho Calò que su hija también es muy buena fotógrafa —comenta Maddalena, mirando a su alrededor—. ¿Y tú qué haces?, ¿sigues estudiando?

—Cursé los primeros dos años de Magisterio, pero luego lo dejé.

Ella hojea las láminas dentro de la carpeta y reconozco una por una todas las caras del pueblo.

—¿No te gustaba estudiar?, —pregunta.

Nardina frente a la mercería de don Ciccio, la Scibetta gorda que sale de la iglesia con una mantilla color marfil bordada por mi madre, Nellina que sale de la sacristía… ¿Por qué guardar esas muecas impresas en papel satinado si va a toparse con ellas cada vez que salga de casa? Yo pagaría por no volver a verlas.

—Me gustaba —contesto—, pero mi madre dice que no está bien que una chica sepa demasiado. Además, después de lo que pasó…

—¿Querrías seguir?

—Es tarde —murmuro—, a lo hecho, pecho. —Y recuerdo las clases de Latín con la profesora Terlizzi, ese tiempo en que aún creía que *«rosa, rosa, rosam»* era la fórmula mágica para mantener lejos todo lo malo.

—¿Se te ha ocurrido que podrías presentarte a los exámenes por libre y encontrar trabajo como maestra?

—Mi padre ya sufrió un infarto, la poca tierra y los pocos animales que teníamos nos los quitaron. Yo puedo ganarme la vida bordando, que dice mi madre que se me da bastante bien.

Maddalena calla y sigue pasando las páginas del álbum encuadernado en cartulina roja. Parece tan concentrada que no estoy segura de que haya oído lo que le he dicho. Yo también me pongo a mirar: son todos retratos de mujeres.

—He querido hablar contigo de tú a tú, Oliva —confiesa finalmente—, porque el abogado te hará preguntas que quizá no te apetezca contestar, pero debes entender que solo lo hace para poder ayudarte en todo. Cuantas más cosas le cuentes, mejor irá.

—¿Qué le van a hacer al tipo ese?, —pregunto sin distraer la mirada de las fotos de Liliana.

—Se lo acusará de secuestro y agresión sexual —contesta ella.

—El inspector nos dijo que no van a creerme y que el juez no hará nada.

—Es posible —contesta ella—. Sabella es un buen profesional, pero no puedo asegurarte nada en cuanto al veredicto final. Si quieres seguir adelante vas a tener que hacerlo pensando en ti misma, en que se sepa la verdad.

Siento una punzada en el estómago: no sé muy bien si estoy a favor de la verdad. También es cierto que se me ponía el corazón a mil cuando lo veía en la otra punta de la calle, esperando que yo pasara. Y no deja de ser verdad que me apenaba cuando no veía a nadie allí y ninguna mirada me seguía hasta el cruce con el camino de tierra que lleva a mi casa.

Maddalena continúa pasando páginas y, de repente, en una lámina asoma la cara de mi madre: lleva el chal que me dio el día que me secuestraron.

—Me gustaba ir a clase porque me sabía la lección, pero ahora ya no sé nada. La gente espera verme en el altar y a lo mejor a ella

también le gustaría. —Señalo la foto—. A mi hermano quizá le gustaría que me casara con Saro, un amigo de cuando éramos pequeños, pero él se haría cargo de mí solo por lástima, y no quiero amargarle la existencia. Además, los pondría en peligro a él y a su familia, y acabarían pagando justos por pecadores. Y eso por no hablar de mi padre: si me echara atrás ahora, lo defraudaría. Este asunto ya le ha supuesto demasiadas humillaciones, demasiadas amarguras, e incluso le ha dañado el corazón. —Me tiemblan las piernas y no me atrevo a mirarla a la cara de la vergüenza que siento—. He importunado a mucha gente por un error que es suyo, pero también mío. La verdad pura y dura es que no tengo valor y no sirvo de ejemplo para nadie.

Maddalena me agarra la mano y la coloca encima de la foto de mi madre.

—El valor es como una planta —me dice—: hay que cultivarlo, necesita de la tierra, del agua y de la luz del sol. Pongamos que dos personas sean testigos de un crimen y reconozcan al asesino; resulta que pertenece a una familia muy poderosa. ¿Qué deben hacer?, ¿lo denuncian o se callan? Si saben que van a ser víctimas de una venganza, volverán a sus casas y no dirán nada. Nadie, estando solo, es un héroe, y por eso el abogado Sabella y yo hemos venido: no se trata de que te animemos a actuar, sino de asegurarte que, si quieres, puedes hacerlo.

Nos quedamos un rato en silencio las dos. A través de la ventana abierta nos llega la música de la radio: *«Renato, Renato, Renato…, se non mi baci non vivo piú»*, canta Mina. Incluso las canciones engañan: hablan de chicas jóvenes, libres y descaradas que acusan a los hombres de no haberse atrevido aún a besarlas, mientras que en la vida real incluso respirar puede ser pecado mortal. *«Renato, Renato, Renato…»*, la tonada se repite una y otra vez, luego se diluye y muere.

—¿Cómo estás tú?, —me pregunta de repente Maddalena.

Finalmente llega la pregunta que nadie me había hecho hasta ahora. Mi mirada está puesta en la imagen de mi madre que tengo enfrente.

—No lo sé —digo como si estuviera confesándoselo a la foto—. Y tampoco me acuerdo de cómo era yo antes.

Maddalena me escucha en silencio mientras resigo con la mano

el rostro de mi madre, arruga tras arruga, dolor tras dolor. Así nos encuentra Liliana cuando se asoma a la habitación.

—Ha llegado el abogado Sabella —anuncia.

57

Está sentado a la cabecera de la mesa, lleva una pequeña cartera de piel negra y de ahí saca unas hojas de papel.

—Para empezar, me gustaría reconstruir los hechos —dice en el momento en que yo también me siento al lado de mi padre—. ¿Qué pasó la noche del 2 de julio?, —pregunta sin miramientos.

—No hay mucho que contar, señor abogado —empieza mi padre —. Oliva fue secuestrada por un joven delincuente al que todos conocen; en el pueblo cualquiera sabe que no es trigo limpio…

—Eso no tiene importancia —lo interrumpe enseguida el abogado, sin levantar la vista de sus notas. La caligrafía, diminuta y precisa, es un reflejo de su aspecto pulcro.

—¿Cómo que no tiene importancia?, —pregunta él decepcionado. Luego mira a Calò como si hubiera querido engañarlo.

—Permítame que le explique, señor Denaro. —Sabella se pone las gafas y se reacomoda el pelo—. Delante del juez, lo importante no es saber quién es el imputado, sino qué ha hecho y si lo ha hecho.

Mi padre se lleva las manos a la cabeza.

—¿Es así como funciona la ley?, ¿la víctima tiene que disculparse ante el verdugo?

—Según la ley, no hay verdugos: solo culpables o inocentes, hasta que se demuestre lo contrario —explica Sabella.

Mi padre no replica y agacha la cabeza. Calò y Liliana parecen apurados y por un momento me da lástima porque no consigue hacerse entender por el abogado. Quisiera irme volando de aquí y correr como el día del rosario en casa de la Scibetta; en vez de eso, me giro, miro a Maddalena y recuerdo todo lo que nos hemos dicho en la habitación de Liliana.

—¿Puedo hablar yo, señor abogado?, —pregunto tímidamente.

Todos se dan la vuelta y me miran, excepto Sabella, que se hace

con una hoja en blanco y coge una pluma estilográfica.

—Adelante —contesta sin mirarme, y se predispone a tomar notas.

Mi corazón late tan fuerte que tengo miedo de que las pulsaciones retumben por la habitación. Nunca me han faltado las palabras, pero ya no las encuentro, es como si todas hubieran huido, que una cosa era defender a Saro o a la maestra Rosaria, y otra muy distinta es hablar ahora en mi propia defensa. Quiero empezar, pero las palabras se deshacen en mi boca porque hablar es tanto como revivir aquello y hacerlo ahora delante de todo el mundo, sin escapatoria posible. Me llevo una mano al pecho y comienzo a retorcer un botón de la blusa, como hacía con el ojal de la bata negra cuando tenía que pasar el examen oral en clase. Cierro los ojos y ahí estoy, frente a la mesa de la profesora Terlizzi y rodeada de mis compañeras. He estudiado, me sé muy bien la lección y como siempre sacaré buena nota, así que vuelvo a respirar y las palabras van saliendo poco a poco, como si estuviera contando la historia de otra. Como si yo ya no fuera yo.

—Fue así: ese día cumplía dieciséis años y volvía a mi casa sola a la hora de la puesta de sol.

«Rosa, rosa, rosam»: la fórmula mágica vuelve a funcionar. Sabella me mira atento y anota algo en la hoja que tiene delante. De vez en cuando levanta una ceja, pero no sé si esa expresión en su rostro es señal de lástima o de reproche. Liliana está pálida; eso no se lo había contado ni siquiera a ella.

—Cuando ya habían pasado unos días, no sé bien cuántos, me arrastré hasta la puerta y empecé a dar golpes con las pocas fuerzas que me quedaban. Le rogué que volviera, tal como había pronosticado él.

No me atrevo a mirar a mi padre, así que clavo los ojos en Sabella, que continúa rasgando la hoja con su estilográfica negra. Maddalena mantiene la vista fija en un punto de la mesa: está claro que la he defraudado porque ella nunca habría cedido delante de su secuestrador. Se habría muerto de hambre, de sed y de miedo antes que pronunciar su nombre e implorarle que volviera. De repente me falla la voz, pero consigo llegar al final, hasta las voces de los *carabinieri*, la huida, los disparos y la sombra de mi padre avanzando entre los árboles.

Cuando callo no se oye volar una mosca; incluso la estilográfica del abogado se ha quedado sin voz. Finalmente, de la cocina llega un ruido de cacerolas que rompe el hechizo: es la señora Fina, que está empezando a preparar la comida. Para los demás, la vida sigue su curso como si no hubiera pasado nada. Era todo tan simple antes…, también para mí. Unos platos que entrechocan, pensamientos que van y vienen, días que se mueven a su gusto en un lento aburrimiento, en vez de este miedo que me agarra cada mañana en cuanto abro los ojos y a menudo me acompaña incluso de noche.

—¿Alguien la vio pasar, la tarde del secuestro?, —pregunta Sabella, levantando apenas la pluma.

La calle estaba vacía, era casi la hora de la cena y las tiendas también estaban medio cerradas. De repente recuerdo aquellos pasos detrás de mí, el corazón que da un brinco y el padre de Tindara que me saluda con un gesto de la cabeza, se adelanta y desaparece.

—Santino Crisafulli pasaba por la calle justo en ese momento —contesto—. A lo mejor él se dio cuenta de algo.

Maddalena asiente en silencio y cruza los dedos de las manos.

—Siento ser la causante de tantas molestias —añado, ya que nadie toma la palabra—. Nunca pensé que una mirada o una palabra nos llevaran hasta donde hemos llegado.

Sabella se quita las gafas.

—Señorita —me interpela en tono severo—. Usted no tiene que pedir disculpas ni perdón porque no ha hecho ningún daño. Aunque se hubiera comprometido con ese… —hace una pausa— joven. —Yo muevo vigorosamente la cabeza para negarlo, pero él continúa razonando—. Incluso si usted lo hubiera alentado, por decirlo de alguna manera, si se hubiera sentido atraída por él, y pongamos por caso que fueran novios… —Me retuerzo los dedos hasta sentir un dolor capaz de calmar el que noto en el pecho—. La única pregunta que importa es la siguiente: ¿usted estaba o no dispuesta a consumar la relación con Paternò?, ¿se daban las condiciones para que usted pudiera decidir libremente si secundaba sus propósitos o se vio obligada a ceder por la postración, el hambre, las amenazas, la fuerza y la humillación?

—Yo no quería, pero…

—Hay distintos tipos de violencia —interviene finalmente Maddalena—, la física y la psicológica: tú has sufrido las dos. No escogiste ir con él, fue en contra de tu voluntad. Y a eso no se lo llama amor, sino coacción.

Llega la señora Fina con el café, y cuando pasa por mi lado me rodea los hombros con un brazo. Sabella sopla para que el líquido negro se enfríe, luego se lo toma de un trago y deja la taza en la mesa. Reúne meticulosamente los folios que tenía en la mesa, los reordena en una carpeta gris y los mete en la maleta de piel. Se levanta.

—Yo lo tengo claro, Oliva, pero quienes deben tomar la decisión son usted y sus padres, obviamente, teniendo en cuenta que es menor de edad. Si piensa seguir adelante y decide demandar a Paternò, yo estoy dispuesto a asumir el encargo, se entiende que sin compensación alguna.

Me giro y miro a Maddalena, pero ella está entretenida hablando con Liliana. Entonces me acerco al abogado y lo sigo hasta el recibidor. Agacho la cabeza y me apoyo en la pared.

—Usted no tiene ninguna culpa, Oliva —dice Sabella antes de marcharse—. Es solo una muchacha.

58

El inspector Vitale rellenó algunos formularios casi sin hablar y, al salir nosotros, apoyó una mano en el hombro de mi padre. Volvimos pillando atajos, y al llegar me metí en casa y no volví a asomar la cabeza, peor que mi hermana Fortunata.

Quería mandarlo a la cárcel, pero ahora la presa soy yo. El día empieza y acaba siempre de la misma manera. Tienen miedo de dejarme sola, así que ellos también salen lo mínimo. Pietro Pinna es quien va en nuestro lugar al mercado a vender ranas y caracoles, porque la gente, al saber que pusimos una denuncia, ya no le tiene confianza a mi padre. Cosimino va cambiando de trabajo cada dos por tres y a menudo se queda a pasar el rato encerrado con nosotros.

Un día hace sol, otro llueve, si hay viento me coloco detrás de los cristales, siguiendo con la mirada las hojas que dibujan figuras en el aire. Por la noche me siento más valiente y doy unos pasos en el huerto: en un rincón que se salvó de la hecatombe mi padre ha vuelto a cultivar hortalizas.

Cuando llaman a la puerta, mi madre se lleva las manos a la cara e instintivamente da un paso atrás; ya nadie viene a visitarnos y tenemos miedo de que, después de acabar con las gallinas y las plantas, también vengan a por nosotros. Pega el ojo a la mirilla.

—Hay una señora que lleva pantalón y el pelo cortado como un chico —dice.

Maddalena entra y nos da un abrazo a las dos.

—Tenía muchas ganas de conocerla, querida Amalia. —Mi madre se aparta, pero luego la hace pasar al comedor. Lleva a cuestas una bolsa pesada—. Aquí los tienes —dice abriéndola.

—Lo que nos faltaba: más libros… —comenta mi madre en dialecto mientras nosotras nos vamos a mi habitación, y añade—: Nos los vamos a comer con patatas.

Maddalena se sienta frente a mi escritorio y la habitación se

hace más grande; su presencia dilata el espacio. Echa un vistazo a los libros amontonados en un rincón y asiente con un gesto de la cabeza.

—Te gusta leer —comenta.

—Me los regaló mi maestra de primaria; algunos los he leído cuatro o cinco veces.

—Pero hay algunos que no son novelas —dice Maddalena, colocando una pila de volúmenes encima del escritorio. Repaso las etiquetas en las tapas forradas con papel de colores: Italiano, Matemáticas, Historia, Geografía, Latín.

—Yo ya no voy a clase —replico.

—Tienes la posibilidad de continuar por tu cuenta, estudiando en casa. Liliana, que te lleva la delantera, te echaría una mano; los libros que he traído te los envía ella. Podrías examinarte por libre y sacarte el diploma de maestra. Si trabajas, no dependerás de tu familia… —se interrumpe un instante— ni de nadie.

Rozo el lomo de los libros con las yemas de los dedos: me gustaba ponerme la bata negra, andar hasta la escuela con Liliana, seguir las clases, volver a casa, sentarme a mi escritorio y trabajar en silencio. A lo mejor, si empezara otra vez, los días se repartirían de nuevo en horas, el tiempo se dividiría en días y esta reclusión se acabaría antes.

—No sé si me veo con ánimo —confieso.

—Yo tampoco me veía capaz de hacer muchas de las cosas que he hecho —me contesta ella, sonriendo y mostrando su dentadura blanca bien dispuesta—. Cuando tenía veinte años, a un grupo de camaradas se nos ocurrió organizar un viaje en trenes especiales para llevar a ciertos niños necesitados a que los cuidaran unas familias del norte. ¿Sabes qué nos decía la gente? Que los comunistas nos comíamos a las criaturas, pero nosotros, dale que te pego, y al final muchas mujeres se fiaron de nosotros y nos entregaron a sus hijos.

—¿Le apetece un poco de leche de almendras con menta, doctora?, —pregunta mi madre asomándose a la puerta.

—Gracias, Amalia. Con mucho gusto. —Maddalena se levanta y volvemos al comedor—. Pero que conste que no soy doctora —añade.

—Como la he visto con los libros… —razona mi madre.

—No tengo título universitario; cursé Magisterio y doy clases a niños —puntualiza Maddalena.

—Creía que se dedicaba usted a la política —comenta mi madre.

—Todos de alguna manera hacemos política —replica ella—. Bien mirado, todo es política: lo que elegimos y lo que estamos dispuestos a hacer para nosotros mismos y para los demás…

Mi madre coloca en la mesa tres vasos, echa el mejunje lechoso y añade agua.

—Desde luego es más fácil ocuparse de los demás cuando vives en una gran ciudad, tienes el trabajo asegurado y no te falta dinero para llevarte algo a la boca —dice mamá, revolviendo enérgica la bebida con una cucharilla—. Yo también nací y crecí en una ciudad. —Entorna los ojos, como si quisiera enfocar una imagen lejana—. Luego conocí a Salvo cuando tenía pocos años más que Oliva; perdí la cabeza y quise seguirlo hasta su pueblo. —Mira a su alrededor—. Nos fugamos porque mis padres no querían. Hace veinte años los jóvenes no tenían posibilidad de elegir, y la única manera era dar la espantada, como lo llamamos aquí. Pero hoy en día… —Me mira de reojo y coloca un platito debajo de cada vaso—. Las leyes que regían en aquellos tiempos ahora ya no sirven; las cosas van haciendo su curso y pagan justos por pecadores.

Arranca unas pocas hojas de una maceta que está en el alféizar y las lava debajo del grifo. El olor a menta se expande por la habitación.

—Me casé por amor, sin ajuar y sin dote. Enseguida tuve a los niños: primero Fortunata, y, después de cuatro años, Oliva y Cosimino. ¿Qué vas a darles a los demás cuando tienes tres hijos? A duras penas consigues criarlos. Ha hecho usted bien en no casarse y permanecer libre. —La cucharita repica en el cristal y ella observa cómo las hojas van hundiéndose en el líquido.

Maddalena acerca su vaso a los labios y toma un sorbo.

—Pues la verdad es que tengo una hija algo mayor que Oliva —dice apoyando el vaso en el platito. Mi madre le mira la mano en busca de la alianza. Ella se da cuenta y cierra los dedos en un puño —. Me quedé embarazada a los dieciocho; el padre dijo que él no tenía nada que ver con el asunto y que no era suyo. —Mi madre coge la botella del refresco, vuelve a colocarla en la alacena y se sienta a su lado—. Mejor así, pensé yo, la criaré yo sola. Durante el

embarazo me fui a casa de una tía que vivía en el campo porque mi padre no quería que nadie lo supiera. Yo sentía cómo la criatura crecía dentro de mí e imaginaba cómo sería su vida.

—¿Y qué pasó?, —pregunta mi madre, volviendo a alargar la mano para hacerse con el refresco.

—En cuanto nació, me la quitaron. Se la llevaron a escondidas y la dieron en adopción a una familia que quería pero no podía tener hijos.

El silencio que ha invadido el comedor de repente se rompe por el ruido de un cristal que acaba hecho añicos. Mi madre se lleva las manos al corazón y se queda mirando el líquido blanco de la leche de almendras que mancha el mantel.

—¡La que he armado!, —suelta con los ojos empañados, precipitándose a buscar un trapo. Maddalena y yo también nos levantamos de la mesa y la ayudamos a recoger los pedazos sueltos —. Cuánto lo siento… —repite retorciéndose las manos. Nos pide que nos quedemos sentadas, que ya lo arreglará todo ella. Sin embargo, Maddalena sigue recogiendo los cristales rotos y manchados del denso líquido.

—Entre mujeres tenemos que ayudarnos —sigue diciendo—, que cada cual tiene su propia herida.

Nos movemos alrededor de la mesa, y en un abrir y cerrar de ojos los pedazos quedan recogidos.

—Cuando Antonino Calò me contó lo que te había pasado —sigue diciendo Maddalena en cuanto vuelve a sentarse—, quise venir aquí para decirte que no tienes que tener miedo: la historia de una mujer es la historia de todas las mujeres. Después de que me quitaran a mi hija, me quedé con mi tía en el campo durante más de un año. No quería ver a nadie: pensaba que la culpa era mía y que mi vida estaba acabada.

—¿No hubo manera de recuperarla?, —pregunta mi madre con el rostro aún congestionado.

—Investigué y llegué a saber qué familia se había hecho cargo de ella. Unas buenas personas, que le han dado una carrera. Ahora cursa Matemáticas en la universidad. Un día me quedé esperándola en la puerta de la facultad: salió rodeada de amigas y amigos, y por un instante nuestras miradas se cruzaron. Ella dejó a los compañeros y se me acercó. Sentí lo mismo que veinte años atrás,

cuando se movía en mi vientre. De repente nos encontramos la una frente a la otra, cara a cara, pero ella siguió caminando y se echó en los brazos de su novio, que estaba justo detrás de mí y había ido a recogerla.

—¿Y usted no le dijo nada?, —pregunto yo, restregándome los dedos helados.

—Fue ella quien me dijo todo lo que quería saber, sin necesidad de palabras: la vi guapa, sana, feliz, con muchos amigos a su alrededor y unos brazos fuertes que la sostenían. Eso era justo lo que yo quería para ella, y poco importaba quién se lo hubiera dado. Finalmente, lo que pedimos para nuestros hijos es que un buen día nos adelanten sin mirar atrás y tomen su propio camino, ¿verdad?, —concluye Maddalena mirando a mi madre.

Ella mueve la cabeza, pone los ojos en blanco y se tapa la boca con una mano, para que no se le escapen las palabras.

59

Al cabo de unos días Maddalena se fue, pero ahora nos escribe todas las semanas; yo enseguida le contesto y le pido a Cosimino que vaya a la oficina de correos. Una carta cada siete días: también eso ayuda a que el tiempo pase.

Conservo las cartas que me llegan en el cajón de mi escritorio, atadas con un lazo de seda rosa, un retal de un vestido que mi madre cosió para la Scibetta flaca. Solo hubo una que hice pedazos y tiré: no era de Maddalena, sino de Franco. Cuando el cartero me la trajo y leí su nombre en el sobre, ni siquiera quería abrirla. Luego volvió a mi mente su perfil de galán y el momento en que, detrás del cobertizo, creí que era amor eso de sentir mariposas en el estómago, así que abrí el sobre y saqué la hoja. Me decía que le había pedido a su tío que me escribiera en su nombre y él había querido contentarlo. Cada día se reprochaba no haber sido capaz de oponerse a su madre. Esperaba que al menos me complaciera el matrimonio con ese hombre que tenía el valor que le había faltado a él. Solo quería mi felicidad y me deseaba lo mejor. Nunca me olvidaría.

Estrujé la hoja en las manos y la hice pedazos. No fue por rabia, sino por pena.

Liliana pasa cada día por aquí para repasar los deberes. Lo que ella hace en clase lo repito yo en casa. Tengo que recuperar el programa del año pasado y ponerme al día del nuevo, pero si nada se tuerce en julio nos graduamos las dos. Al principio mi madre era contraria a que me presentara con las demás chicas del pueblo, pero al final cambió de opinión y ya está cosiéndome un vestido nuevo para ir a examinarme.

Mi padre y yo hemos vuelto a ir a por ranas y caracoles al amanecer, compartiendo el silencio.

—Papá —le pregunto un día mientras entramos en casa, aún

envueltos en la negrura nublada de la mañana—, ¿voy por buen camino?

Él abre la puerta, se quita el sombrero y deja los cubos cerca del arcón en el recibidor sin rechistar, como de costumbre.

—Eres mi padre: ¿no tienes nada que decir?, —suelto yo irritada —, ¿no piensas hacer nada?

Me quito el chaquetón húmedo y lo tiro al suelo. Él lo recoge despacio y lo cuelga en el perchero.

—¿Qué voy a hacer yo…? —Sonríe y se agacha cerca del cubo para separar los caracoles grandes de los más pequeños—. Desde niña, siempre te ha gustado ir al campo y no le tenías miedo al trabajo, al contrario que tus hermanos.

Sus manos revuelven las conchas, que entrechocan produciendo un delicado golpeteo. «¿Qué tiene que ver eso con la pregunta?», me digo yo. No hay manera de que conteste a tono, mi madre tiene toda la razón.

—A lo mejor no te acuerdas, pero una vez, cuando tenías unos cinco o seis años, después de una lluvia de dos días, nos fuimos los dos por un camino que nunca habíamos transitado. Mientras volvíamos a casa, diste un paso en falso y resbalaste dentro de un pozo. Ni siquiera te dio tiempo a gritar que ya te estaba engullendo la tierra.

De repente vuelve a mi mente aquel suceso, como si estuviera pasando ahora mismo. Me entra frío en los huesos, los pies patalean sin lograr tocar fondo, el sabor terroso del agua invade boca y nariz.

—Pensé que iba a ahogarme —recuerdo con claridad, y me froto los brazos con las palmas de las manos para no sentir escalofríos. Luego cierro los ojos y siento llegar sus manos fuertes que me agarran, me sacan del revoltijo de barro y me devuelven a la superficie.

—Tú me salvaste —susurro.

Mi padre echa en un cuenco los caracoles grandes para que purguen; son los que se venderán mejor en el mercado. Deja en el cubo los más pequeños, los que nos vamos a comer nosotros.

—Cuando pisas por primera vez un camino es mejor ir acompañado. —Guarda las conchas vacías, que sirven para abonar las pocas plantas que nos han quedado—. Antes me preguntabas qué pensaba hacer, y eso es lo que hago —contesta cuando ya ha

acabado el reparto—. Si tú tropiezas, yo te agarro.

60

El día de Nochebuena, Nellina vuelve a llamar a la puerta al amanecer.

—Lo siento, comadre, pero hoy no recibimos visitas —le comunica mi padre, entreabriendo un palmo la puerta.

—¿Y por qué?, —pregunta ella contrariada.

—Porque estamos apenados por culpa del gato, que no ha vuelto a casa.

—Vosotros nunca habéis tenido un gato —comenta ella sorprendida tras pensarlo un momento.

—Pues será por eso que el animal no ha vuelto… —contesta él.

—Déjate de bromas, Salvo, que he venido a hablar de algo importante.

—¿A estas horas?, —replica mi padre, sin dejarle paso.

—Se trata de Oliva.

—Oliva está estupendamente. Dale recuerdos a don Ignazio.

Mi madre interviene y acompaña a Nellina al comedor.

—Me han pedido que os diga que, si retiráis la denuncia —empieza Nellina—, la familia de…, vamos…, su familia le hará un buen regalo a Oliva. Un regalo importante. —Y frota el índice y el pulgar de la mano derecha en las narices de mis padres.

Cosimino y yo escuchamos la conversación desde el cuarto de al lado.

—Quieren arreglarlo con dinero —comenta mi hermano alisándose el bigote—, como si ciertos asuntos pudieran resolverse echando mano de la cartera. No hay dinero que remedie el honor de una mujer, ni billetes de banco ni leyes. Que si el tribunal, que si el juez… Todo eso es una pantomima. Si de mí dependiera, otro gallo cantaría.

Me llevo el dedo índice a los labios para pedirle que calle. Hay un momento en que las voces se encabalgan, pero luego oigo claramente a mi padre.

—Dime, Nellina, ¿no será que tú esta mañana ibas a la feria a comprar vacas y te perdiste por el camino? En esta casa no hay nada que comprar.

Nellina aparenta estar ofendida, pero enseguida vuelve a la carga.

—Ahora me vienes con eso porque aún lleváis la ofensa a flor de piel, pero hay que pensar en mañana, en pasado mañana, en los años que vendrán. Ese dinero puede servirle a Oliva, y a vosotros también, que tampoco andáis muy boyantes, que digamos.

Las patas de la silla arañan el suelo, mi madre se ha levantado de golpe.

—No vamos siquiera a prestar oídos a esa propuesta, Nellina, por el amor de Dios, y te disculpamos por haberla hecho solo porque no sabes qué significa tener hijos. Oliva está estudiando para sacarse el título de maestra —dice en voz alta, pensando que a lo mejor yo también la oigo—. No le hace falta limosna —añade con su acento calabrés—. Que tengas un buen día.

Cosimino y yo nos miramos sorprendidos. Nuestra madre nunca le había hablado en ese tono a Nellina ni a nadie del pueblo. Se ha pasado la vida entre un «sí, señor» y un «sí, señora» por no remover las aguas, por costumbre y por no buscarse enemigos. Y ahora ella también ha aprendido a decir que no.

El ama de llaves le advierte entonces que en ciertas circunstancias es mejor llegar a pactos por las buenas que por las malas, que a esa gente no hay que tomársela a broma, y a veces conviene dejar de lado la soberbia, que es pecado mortal.

Cuando finalmente la mujer se marcha, mi madre y yo nos ponemos a preparar la cena de Nochebuena sin comentar nada de la visita. Repetimos con calma los gestos de siempre: amasar el pan, echar el aceite, picar el ajo, pelar los tomates, encender el fuego, fregar las ollas, abrillantar la cubertería. Trabajamos hasta tarde sin que ella me dé ninguna indicación. Si me equivoco en algo, no me reprende; deja que lo haga a mi manera, como si hubiera renunciado a todas sus reglas. De vez en cuando levanta la mirada de los fogones y me sonríe algo tímida.

Antes de sentarnos a la mesa, vuelven a llamar a la puerta. Recuerdo las palabras del ama de llaves a propósito de llegar a pactos por las buenas o por las malas y se me hiela la sangre.

Volvemos a oír golpes, más fuertes que al principio; mi madre pega el ojo a la mirilla, pero no consigue ver nada en la oscuridad, mi padre nos pide en voz baja que no hagamos ruido, como si no estuviéramos en casa. La tercera descarga de golpes viene acompañada de una voz detrás de la puerta.

—Abridme, que soy yo.

Nos miramos aturdidos, como si estuviéramos soñando.

Fortunata se presenta con el chal y el pelo mojados, y los dientes le castañean sin parar. Primero no habla; los morados en sus ojos son más negros que el cielo. Tiembla, y puede que no sea solo por el frío. Nos mira como un perro apaleado que no sabe si fiarse de la mano tendida, que puede esconder una caricia o un palo. Mi madre le entrega ropa seca y le dice a Cosimino que vaya a buscar una silla. Esperamos todos a que haya acabado de comer y beber, nadie hace preguntas, y al final es ella la que empieza a hablar.

—He sufrido cuatro años de infierno. Humillaciones, golpes, insultos. Fue él quien me hizo perder a la criatura; decía que no era suya, que lo había engañado, que me había quedado preñada de otro para conseguirlo a él. ¿Pretendía casarme por las buenas o por las malas? Pues ya me enseñaría él qué era eso. Cuatro años encerrada en casa, sin ver a nadie, sin poder hablar con mi familia. Y yo, venga a callar, que la culpa de verme metida en ese embrollo era mía. Pensaba: «Tú aguanta, mira hacia delante, la mujer fuerte es la que sabe apechugar. Silencio, paciencia, ternura: son cosas que con el paso del tiempo un hombre acaba apreciando». Cuatro años: él por ahí, haciendo lo que le venía en gana, y yo metida en casa, pudriéndome. «Sé mejor que él, muéstrate dócil, no te pongas quisquillosa», me repetía. Lo que tú siempre decías, papá: más vale doblarse que quebrarse. Y así lo hice, hasta que llegó la gota que colmó el vaso.

No oía la voz de mi hermana desde el día en que se había casado, con el vestido de novia que le apretaba en las caderas y las sonrisas de conveniencia de los Musciacco. Ahí se quedó todo ese tiempo, sobreviviendo al dolor detrás de aquellas paredes, como si fuera normal quedarse enterrada en el matrimonio.

—Esta misma noche ha tenido el valor de presentarse en casa con ese miserable, y ha sido entonces cuando se me ha acabado de golpe la paciencia. «Tenemos invitados a cenar, mujer: pon otro

plato, que tu cuñado se ha peleado con su padre y ahora nos honra queriendo celebrar la Nochebuena con nosotros». Cuando lo he visto aparecer, se me ha revuelto la sangre. «¿Cuñado? Ese no acabará con mi hermana en un altar, sino en un juzgado», le suelto yo. Musciacco me da una bofetada y contesta: «Las hembras de tu familia sois todas iguales: estáis dispuestas a lo que haga falta por un poco de dinero». Al oír eso, se me ha ido la cabeza: he rodeado la mesa, he apilado los platos de la vajilla buena de su abuela, los he tirado al suelo y he escupido encima. Él se ha quedado pasmado; no se lo esperaba, a estas alturas ya no preveía ninguna reacción por mi parte. Me he ido en volandas al dormitorio, he metido unos pocos trapos en la bolsa, he abierto la puerta deprisa y corriendo y me he precipitado escaleras abajo.

Todos nos quedamos callados. ¿Sabíamos o no sabíamos lo que estaba pasando? Y, aun sin saberlo, ¿podríamos haberlo imaginado? Sin embargo, no hicimos nada, cómplices todos de lo que nadie se atreve a decir.

—Lo siento, papá, y te pido disculpas, pero si no puedo quedarme en esta casa, me voy a un convento antes que volver allí.

Mi padre pide silencio, luego se acerca a su hija y le da un beso en la frente. Cuando se agacha, el pelo del uno y de la otra, del mismo color, se confunden.

—Ya podemos dar por celebrada la Nochebuena —dice mi madre suspirando—. Ahora vámonos a dormir, que es tarde. —Y sonríe con una dulzura que no le conocía—. Voy a preparar tu cama.

Enfila el pasillo negando con la cabeza, y Fortunata y yo la seguimos.

Los hombres se quedan en el comedor hablando, y de vez en cuando nos llegan sus voces.

—Tienes que devolvérsela —dice Cosimino—, que si no seremos nosotros los que estemos en falta. Una mujer tiene que quedarse con el marido, bajo el mismo techo. Mejor que vuelva ella por su propio pie antes de que Musciacco venga aquí a recuperarla por la fuerza. ¿Quieres que el asunto acabe a cuchillada limpia? Bastante tenemos con la que nos ha caído encima.

Pasa un rato sin que oigamos nada. Mi madre sigue colocando las sábanas. De repente Fortunata se lleva el dedo índice a los labios

y le pide que se detenga con un gesto de la mano; llegan otras palabras de Cosimino, pero no conseguimos descifrarlas.

—Va a ser que no —contesta al final mi padre, pero su voz no suena tan tranquila como de costumbre—. Mañana iré a hablar con él y ya verás como las cosas se arreglan. Vete a la cama, que ya me quedo yo aquí vigilando.

Se oye un ajetreo de sillas y taburetes arrastrados por el suelo, y con eso se acaba todo, así que nos acostamos. A la mañana siguiente nos los encontramos a los dos acampados en el comedor, aún dormidos y con la ropa puesta, dispuestos a defender su casa y a sus mujeres.

Mi madre entorna rápido los postigos, luego nos mira y sus labios se crispan. Tenía que casar a dos, y las dos han acabado viviendo en casa. Mejor haber nacido hombres, como Cosimino, pero esto es lo que hay: somos mujeres, y la vida se nos ha echado encima, enredándonos.

61

Desde que llegó Fortunata, el tiempo parece avanzar algo más deprisa, aunque sigo llevando la vida de siempre. Limpiamos la casa, preparamos la comida, recogemos la cocina; por la tarde me encierro en nuestra habitación a estudiar, y de vez en cuando mi hermana se ofrece a escucharme mientras repito la lección en voz alta, pero al rato empieza a bostezar y se duerme con el libro en la mano. Suerte que luego llega Liliana y repasamos juntas.

Una mañana viene de visita la Scibetta flaca; mi madre la deja pasar al comedor, pero le ofrece la silla más incómoda y un vaso con agua y menta, sin leche de almendras. Ella nos pone al corriente de todo lo que pasa en el pueblo, sin saltarse una coma. A la boda de Tindara asistió toda Martorana, pero la comida era poca y el vino aguado, así que muchos fueron comentando que, de camino a casa, tuvieron que pasar por la panadería a por una barra de pan o un bocadillo. Don Ignazio llevaba dos semanas seguidas sin decir misa por culpa de una enfermedad en las cuerdas vocales, Nellina se había empeñado en sustituirlo y había tenido que intervenir el obispo para explicarle que el día en que las mujeres digan misa será el fin del mundo. Saro ahora trabaja en el taller de su padre y va a menudo a la ciudad, donde tiene a un cliente importante que le ha encargado todos los muebles de su casa, y resulta que, como más de una vez ha salido de noche y no ha vuelto hasta la mañana siguiente, alguien va diciendo que, además de trabajo, ha encontrado cobijo…

Tengo ganas de que Mena se vaya, que la única ventaja de estar encerrada en casa desde hace meses es justamente la de no saber nada de nadie, apagar el perpetuo zumbido de las chácharas como se apagaría una radio, pero no hay manera de echarla.

—¿No está Cosimino?, —pregunta alargando la mirada hacia las demás habitaciones.

—Ha ido en autocar a la ciudad a buscar trabajo —contesta mi

madre.

Mena suspira y sigue con los cotilleos. Rosalina se ha puesto celosa por el asunto de Saro porque parece ser que en el fondo tenía esperanzas, y ha adelgazado cinco kilos por el disgusto, al punto de que la madre la llevó a que la viera Provenzano, el médico, y el hombre le dijo que nadie se muere de amor, y que si perdiera otros cinco ganaría en salud. En cuanto a Musciacco… Mi hermana da un brinco y casi se le cae de las manos la bandeja con el pan fresco y el tarro de mermelada de naranja amarga. Mena se da cuenta de todo, pero sigue con su cháchara. Musciacco va contando por ahí que ha sido él quien ha echado a su mujer, que lo había obligado a casarse a base de mentiras. Fortunata suelta la bandeja encima de la mesa y se va corriendo a su habitación.

Mena va detrás de ella, pero mi madre y yo le cerramos el paso.

—No quería molestarla —se lamenta, casi a punto de llorar—. Al revés, solo quería decirle que no tenga miedo, que no habrá chantajes por parte de Musciacco. Después de todo lo que ha pasado, finalmente es una mujer libre. Debería alegrarse.

La miro y no digo nada, pues no acabo de creérmela. Al final suelto:

—¿Libre de qué?, ¿de que los demás piensen que es una fresca, que robó un apellido de casada con engaño, que ha sido repudiada por su marido? ¿A eso lo llamas libertad, Mena?

Ella me mira a la cara, aprieta las mandíbulas y sus magras mejillas se vuelven aún más afiladas.

—¿Qué otras opciones tenemos, Oli? La de ser unas solteronas, como yo… ¿A ti te parece que yo ando libre y satisfecha, que no me señalan por la calle como a ti, a Fortunata, a Tindara o a Rosalina? Cada cual, siendo mujer, arrastra su pena. Por lo menos a tu hermana se le acabó el tormento, puede irse de aquí y rehacer su vida. El vínculo matrimonial se ha disuelto, y por suerte no hay hijos de por medio…

No acaba la frase y se acurruca despacio en la silla incómoda; puede que se haya acordado del barrigón de Fortunata, mal disimulado por el traje de novia, y se arrepienta de lo que acaba de decir. Pobre Mena; de repente me despierta cierta ternura, pues ella, al contrario que tanta otra gente en el pueblo, no está convencida de tener siempre la última palabra. No es mala, no es

peor que yo. Todas navegamos por la vida como Dios nos da a entender.

62

La primavera ha llegado de un día para otro. Desde que era una niña, en los campos de mi padre esta estación del año siempre era una fiesta porque las plantas empezaban a devolver poco a poco el fruto de lo que habían recibido: la simiente, el agua, el abono, la poda, los remedios contra los parásitos, la luz, el calor. Ahora el jardín ya no ofrece color ni perfume: faltan las plantas y falta la primavera, también dentro de mí.

Mientras bordamos, tenemos puesta la radio, el único objeto que Fortunata ha traído de casa de Musciacco. Yo canto a voz en grito y ella me enseña los pasos de baile de las hermanas Kessler, que veía antes en la tele. Ella es alta y rubia como Alice y Ellen, yo bajita y negra como un cuervo. Nos colocamos una frente a la otra en el centro de la cocina como dos gemelas mal emparejadas, nos cogemos de bracete y soltamos el famoso *«dadaumpa, dadaumpa, dadaumpa»*, chasqueamos los dedos al compás y volvemos al *«dadaumpa, dadaumpa, umpà»*. Mi madre se queja de que aún somos unas niñas que tienen la cabeza llena de pájaros, pero a veces se planta una mano en la cadera, echa atrás una pierna y se une al baile, cantando con nosotras *«dadaumpa, umpà»*.

Una mañana, justo mientras cantamos *Quando, quando, quando* y ponemos a hervir naranjas para hacer mermelada, llaman a la puerta: es el alguacil, que nos trae la notificación de la primera comparecencia en el juicio. Lo hacemos pasar, apagamos la radio y ya no volvemos a encenderla.

Ha vuelto a hacer mal tiempo, como si fuera otra vez invierno. No tengo ganas de estudiar y mis libros se quedan cerrados encima del escritorio. Lo único que me interesa es la última carta de Maddalena, que leo en voz alta mientras hacemos punto. Celebra que Fortunata haya tenido el valor de dejar la casa de su marido y dice que tendría que poner una denuncia a los *carabinieri* por la

violencia que ha sufrido. Añade que, hasta que entre en vigor la ley del divorcio, no va a ser fácil para las separadas rehacer su vida, pero que las cosas van a cambiar pronto justo gracias a nosotras, las mujeres del sur, que somos las que más hemos padecido y más ganas de desquitarnos tenemos. Yo estoy a favor del desquite. En las últimas líneas de la carta le propone a mi hermana que se traslade durante un tiempo a casa de una amiga suya que vive en la ciudad y que la ayudaría a encontrar un trabajo.

Fortunata clava la mirada en el ovillo de lana que descansa en su regazo.

—No me veo capaz de hacer nada yo sola, ni siquiera de cruzar la calle. No sé cómo me las apañaría fuera de aquí, ni qué trabajo podría hacer. Tú por lo menos tienes estudios; yo dejé la casa de nuestro padre para ir a la de Musciacco, y no he hecho nada más.

Continúa tejiendo y soltando el hilo en una danza frenética de las manos.

—Lo siento, Oli, pero no me veo con ánimos de ir a ver al inspector Vitale. Tú eres fuerte, pero yo no —añade al rato, dejando resbalar las agujas de tejer que las axilas ya no sostienen.

Le quito la labor de las manos y recojo algunos puntos que se le habían escapado.

—Antes yo tampoco era la que soy ahora —le contesto, devolviéndole las agujas—. Toma; he recogido los puntos, así no se verán los huecos.

Una semana después, llevando el abrigo bueno de mi madre y la vieja bolsa de tela que usó en el barco durante su viaje de bodas, Fortunata espera el autocar que debe llevarla a la ciudad, a casa de la amiga de Maddalena. Con su sombrerito y una pizca de carmín en los labios, vuelvo a verla tan hermosa como cuando, siendo aún una muchacha, yo tenía que seguirla a todas partes en cuanto salía de casa. Pero hoy se ha ido de casa sola, alejándose ligera por la calle hasta desaparecer. Antes de marcharse, me ha dado un abrazo y me ha soltado:

—¿Sabes qué? De tanto darle al *dadaumpa* juntas, como las gemelas Kessler, he acabado siendo igual que tú.

63

Hace frío esta noche. La cama de Fortunata, en el otro lado de la habitación, está vacía, y la mía parece que quiera echarme. Las reglas del sueño son, a saber: ponte bocarriba, respira hondo y cierra los ojos, pero en cuanto bajo los párpados las conjeturas sobre lo que pasará mañana no me dejan en paz. El sueño llega y enseguida se va huyendo, un popurrí de imágenes me desvelan: el rojo de la naranja que mancha el blanco de los pantalones, el silbido que llega de la calle, la mirada que sigue mis pasos, unas manos que me agarran con fuerza, un punto en el centro de mi cuerpo que se desgarra, la sangre que empapa las sábanas, los libros de Liliana con el forro gastado, Fortunata que llama a nuestra puerta con los nudillos desollados y el pelo empapado por la lluvia, los jazmines, la rosa, las margaritas, las nubes con forma de ciérvalo bicornio, Alicia que se pierde persiguiendo al conejo, que la lleva hasta un cuarto oscuro y le regala un chal de seda, Alicia que huye en plena noche mientras los disparos de los *carabinieri* se acercan cada vez más, el abogado Sabella que cierra su cartera negra y la Reina de Corazones que dicta mi condena: «¡Que le corten la cabeza!».

Vuelvo a abrir los ojos y seco el sudor de mi rostro; tengo la espalda húmeda y siento dolor en la mandíbula. Voy al baño y dejo que el agua fría me corra por el cuello y en las muñecas. En casa reina el silencio; cojo la linterna que usamos para ir a buscar caracoles, abro la puerta y me adentro en el huerto. Llego hasta donde estaba el olivo, antes de que también se malograra, el lugar donde una tarde Franco palpó mi rostro, me arrodillo y me pongo a cavar con las manos. Me quedo agachada en la negrura, sintiendo el peso de la humedad en los hombros, hasta que consigo dar con la textura áspera de la piel; tengo las uñas perdidas, pero sigo rascando el suelo hasta exhumar la vieja bolsa de cuero cubierta de moho. Apago la linterna y así, en la oscuridad, vuelvo a entrar en

casa llevando mis cosas.

Suelto las hebillas de la bolsa medio carcomidas por el óxido y abro el envoltorio lleno de manchas oscuras. En el centro, protegido de la lluvia y de la tierra, encuentro el vestido de la fiesta del santo patrono. Lo extiendo encima de la cama, los bordados se han salvado y la tela también. El tiempo que ha pasado desde aquel día ha podido conmigo, pero la ropa sigue intacta. Saco aguja e hilo del costurero, me siento en un lado de la cama y, acercando el rostro a la luz débil de la lamparilla de noche, enhebro la aguja con hilo de algodón y hago un nudo en la extremidad opuesta. Emparejo los dos pedazos de tela y reparo el desgarrón con puntos diminutos e invisibles, como me ha enseñado mi madre. Voy resiguiendo la tela, que gracias a mis manos parece íntegra otra vez, aunque ya no lo sea. Al final corto el hilo con las tijeras.

Me quito el pijama y me imagino que es la noche antes de mi boda, la última que voy a pasar sola con mi cuerpo intacto, antes de que se convierta en la propiedad de un hombre, expuesto a su placer. Rozo mis brazos, el pecho, el vientre, las caderas, me toco los muslos, las rodillas, los tobillos, los pies, un dedo tras otro. Soy un poco más alta ahora que el día de aquel baile, pero mi cuerpo sigue igual, quizá algo más delgado. Desabrocho despacio el vestido y me lo pongo. Retiro el cabecero de la cama, saco el collar de coral que me regaló Liliana, me recojo el pelo y me lo pongo. Cruzo la habitación caminando despacio, como si fuera acercándome al altar, mientras en mi mente resuena la música que acompaña todas las bodas.

«Oliva Denaro, ¿quieres no ser nunca esposa, ni en la prosperidad ni en la adversidad, ni en la salud ni en la enfermedad, y quedarte así, sola, todos los días de tu vida, hasta que la muerte te separe de este mundo…? ¿Quieres?».

¿Lo quiero?

A la mañana siguiente, cuando me despierto, aún llevo puesto el vestido blanco de mi primer baile.

64

En la cocina, los demás me esperan sentados a la mesa.

—Estoy lista —digo—. Ya podemos ir a la parada del autocar.

El miedo de la noche pasada ha resbalado fuera de mi cuerpo igual que cuando una bañera se vacía y la suciedad se va por el desagüe. He vuelto a colgar el vestido en el armario, y enterrada a los pies del olivo solo ha quedado mi vergüenza.

—No hay prisa —comenta mi padre—. Nos acompañará Calò con el coche; Liliana y él estarán esperándonos al final del sendero de tierra a las diez en punto.

Me siento con ellos, parto un pedazo de pan duro, lo mojo en el café con leche y encima espolvoreo el azúcar: hoy es un día como cualquier otro.

—Yo me quedo a hacerle compañía a mamá, que no cabemos todos en el coche —me comunica Cosimino alisándose el bigote y apoyando una mano en mi hombro—. Luego, a la vuelta, me lo explicas todo con pelos y señales, como cuando me contabas la historia de Giufà.

Ha crecido, y su cuerpo alto y delgado parece un paraguas que te protege del mal tiempo y del sol más intenso.

Trago el último bocado y mi madre se inclina sobre la mesa, recogiendo platos y cubiertos para dejarlos en el fregadero.

—Te he dejado preparada la ropa buena —me dice, como si estuviera despidiéndose de mí antes de que me vaya a clase.

—No te preocupes, mamá, que pondré cuidado de no ensuciarme.

Abre el grifo y empieza a fregar los tazones; luego se interrumpe, lo cierra.

—No hace falta —dice—: tú siempre vas limpia.

Se seca con el delantal y coloca una mano aún un poco húmeda en mi mejilla.

—Y no lo olvides: el que la sigue la consigue. No te apures y

cuéntaselo todo al juez, lo mismo que hiciste con el abogado. Si Dios quiere, dentro de unos meses te sacarás el título de maestra y vas a saber tú más palabras en latín que las que sabe en italiano el desgraciado que se aprovechó de ti. ¡Que se te note todo lo que has estudiado!

Calò y mi padre se sientan delante, Liliana y yo vamos detrás. La carretera que lleva a la ciudad es larga y está llena de curvas, mi amiga me coge fuerte de la mano y habla de las asignaturas que tenemos y del examen que nos espera a principios de verano. Yo hago como que la escucho y de vez en cuando contesto a sus preguntas con monosílabos. Cuanto más nos alejamos del pueblo, más espantada me siento, como si las pesadillas de anoche se hicieran realidad.

Calò aparca el coche en una plaza donde cabría Martorana entera. Frente a nosotros se alza un edificio de tres cuerpos: los laterales solo tienen ventanas, y el cuerpo central se apoya en columnas altísimas, como un templo de los antiguos griegos. Me da por pensar que ahí dentro tiene que vivir algún dios. Atravesamos la plaza hasta llegar a las gradas que conducen al interior del edificio; levanto la mirada al cielo y leo: JUSTICIA, en grandes letras mayúsculas. «Ojalá», me digo, y empiezo a subir. Liliana intuye lo que estoy pensando.

—Esa aún no es justicia —me susurra al oído mientras cruzamos la puerta principal—. Te prometo que llegará el día en que yo haré cambiar la ley que da la razón a los agresores —añade en un tono de voz más alto, que resuena en el vestíbulo.

—El día… —repito yo—. Ya llegará el día, pero a mí me toca ahora.

No consigo decir más porque mi padre me toma del brazo y nos adentramos juntos en el edificio. Calò y Liliana vienen con nosotros, ella de un lado y él del otro.

—No tengas miedo, Oliva: esto es lo mismo que ir a por caracoles —dice mi padre—. Hacen falta paciencia y tiento porque también esos bichos, lo mismo que ciertos individuos flojos, tienen cierto talento: el de esconderse para que no los pilles. Pero es talento de cobardes.

Calò se acerca al ujier e intercambian unas palabras. El hombre echa una mirada a un registro, levanta el brazo derecho y le indica

un pasillo. Los tacones de Liliana chocan contra el mármol del suelo y el ruido resuena bajo los altos techos. Yo ando casi de puntillas con mis mocasines blancos y vuelvo a recordar el momento en que me paré de golpe en medio de la plaza, bajo un sol de justicia, con el tacón de un zapato en la mano. Ahora, aunque quisiera, no habría vuelta atrás.

Entramos en el ascensor y Calò le da con el dedo índice al botón blanco que lleva el número tres. Cuando el aparato se mueve, se me ponen los pelos de punta, como aquel día en el autocar.

—Es la sala número doce —dice Calò, y se pone a caminar delante de nosotros.

En la entrada hay dos mujeres que cuchichean. Una lleva americana y pantalones, y en cuanto me ve abre su bella boca carnosa, mostrando la dentadura. La otra lleva coleta y un toque de sombra de ojos.

—Te queda bien el pelo recogido —le digo a Fortunata. Ella sonríe y se roza la sien con una mano, acomodando un mechón rebelde.

—El abogado ya ha llegado —nos avisa Maddalena—. Vamos.

Mi padre y yo cruzamos la sala del brazo; parece una iglesia: dos hileras de bancos de madera a los lados y el crucifijo al fondo. Un hombre con toga negra entra y se coloca en el estrado. Todos nos ponemos en pie.

Sabella me recibe con un apretón de manos; saca de la cartera una carpeta llena de documentos. Parece cansado, como si él también hubiese padecido insomnio anoche. Yo, en cambio, de repente me siento fuerte: mi respiración es lenta, las manos secas, la mirada bien alta. A mi alrededor están mi padre, Calò, Liliana, Maddalena, Fortunata, pero yo no estoy aquí por ellos: lo he hecho pensando en mí misma. En el lado opuesto de la sala está la defensa: tres hombres vestidos de negro y en el centro uno que lleva un traje blanco y el pelo engominado, pero sin el ramillete de jazmín detrás de la oreja derecha. Es apuesto, cierto, tenían razón mis compañeras. Ha pasado casi un año y sigue igual. Yo he dado pasos adelante y él se ha quedado donde estaba. También por eso nuestras vidas no volverán a cruzarse.

En cuanto me ve, deja de lado su sonrisa arrogante y dirige los ojos hacia mí; su mirada me pesa, pero ya no tiene el poder de

hacerme sentir hermosísima o invisible. De ahora en adelante, ya nada va a inmutarme, que lo que perdí, perdido está para siempre: correr con zuecos hasta quedarme sin aliento, imaginar el nombre de las nubes, dándole vueltas a las palabras en latín, dibujar con lápiz a las estrellas de cine, adivinar el amor en los pétalos de una flor.

CUARTA PARTE

1981

65

Por mucho que te empeñes en dejar el pueblo, es el pueblo el que no te suelta. Una cosa es plantar esquejes y otra muy distinta, cultivar tu pedazo de tierra. Irse es un juego de niños, pero volver cuesta.

La carretera está llena de curvas y bordea el mar, que siempre me ha dado miedo, y a tu hermano le encanta correr, como si participáramos en una carrera y nos fueran a dar el primer premio. Ya me entiendes… Y su mujer calla la boca, no como tu madre, que siempre ha tenido una palabra a mano.

—¿Te gusta el coche nuevo, papá?, —me preguntó Cosimino antes de ponernos en marcha. Dije que sí con la cabeza para que se quedara contento. Él abrió la puerta del conductor y añadió—: ¿Quieres conducir un rato tú?

—Va a ser que no —le contesté. Él se puso al volante y desde entonces no se ha movido del carril izquierdo, adelantando a todos los que ha encontrado.

—No llega antes el que más corre, sino el que menos tropieza —le he soltado yo, pero él, ni caso: ha mirado a su mujer y ha encendido otro pitillo, ya van unos cincuenta desde que hemos dejado Rapisarda.

Amalia se agarra al asidero que cuelga del techo del coche como si estuviera viajando en autocar y le sonríe a Lia, que va sentada entre los dos.

—Qué guapa está mi niña —le dice a su nieta, apartándole el flequillo de los ojos.

Lia mueve la cabeza y el pelo rebelde vuelve a taparle la cara. Amalia suspira, se lleva el pañuelo a la frente y se seca el sudor; también a ella le cuesta volver. Nos asentamos en otra tierra como dos ramas quebradas, yo sembré un huerto nuevo con los esquejes que me había traído del que teníamos, pero por mucha agua y calor que le des a la gente, la nueva raíz nunca arraiga tan hondo como la

vieja, ¿verdad? Quienes venimos del campo añoramos nuestra tierra, incluso cuando ya nos es ajena.

Después del juicio, la voz del pueblo se dividió en dos: bien hecho y mal hecho. Los chismes nos caían encima a paletadas en cuanto salíamos de casa. Tú, callada. Te despertabas por la mañana, te ponías a estudiar y por la noche te acostabas después de repasar las asignaturas. Venía Liliana, os encerrabais en la habitación y no se oía volar una mosca. Te volviste arisca, como cuando pasaste la escarlatina, ¿te acuerdas? Tenías nueve años, y en un solo día te llenaste de manchas rojas como cabezas de alfiler; te llevábamos las pocas cucharadas de sopa que conseguías tragar y el queso fresco de parte de la Scibetta a tu habitación para no contagiar a Cosimino, que era más frágil que tú. Tenías mucha fiebre, te picaba el cuerpo entero y tu madre se encomendó a la Virgen de los Milagros, comprometiéndose a ir cada día a la primera misa si te curabas. Al cabo de tres semanas te levantaste sin manchas, delgada como un clavo y con ojeras, pero entera. Todos los niños del pueblo se quedaban en casa por miedo a la infección, y tú tan campante por la calle.

Cuando salimos del tribunal, pusiste la misma cara. Caminabas en silencio y no dejabas que nadie te tocara, ni que fueras a pegarles algo. Durante el juicio, todos se quedaron con la boca abierta: no podían imaginarse que detrás de la oveja se escondiera un león. Contestaste alto y claro, como si estuvieras en un examen frente a la maestra. No, no había ningún acuerdo entre nosotros. No, no había ningún tipo de compromiso. No, no me complacían sus atenciones. No, no quiero casarme con él. El juez se hacía cruces de que rechazaras aquel matrimonio.

Incluso los burros saben decir que sí, y en cambio cuesta mucho decir que no, pero cuando empiezas ya no acabas. Es lo único que fui capaz de enseñarte, y desde entonces hubo un no para todos. No a tu madre, que quería buscarte otro pretendiente, no a algunas de las amigas de siempre que venían a verte, no a la Scibetta, que te propuso trabajar en su casa de criada. Te volviste huraña, poco dispuesta a hablar. El día en que empezaron los exámenes, fuiste carretera arriba a primera hora de la mañana sin avisar a nadie y volviste por la tarde. «Todo bien —solo dijiste—, todo bien». Al día siguiente te fuiste con el diccionario de latín bajo el brazo, a la

vuelta picaste algo y te encerraste en tu habitación. Luego, una mañana vino Liliana para acompañarte al examen oral y te preguntó si estabas nerviosa. Tú vas y le sueltas que después de lo que habías pasado en el tribunal no había juicio que te asustara.

Sacaste las notas más altas, tu madre preparó pasta con anchoas y nos sentamos a la mesa con nuestras mejores galas. Tú entraste en el comedor y nos miraste hosca.

—No tengo hambre —dijiste.

—Hoy es un gran día y hay que celebrarlo —contestó tu madre, llenándote el plato y alisándose la tela de la blusa en las caderas.

—Ya no hay días buenos para mí —replicaste, y allí nos dejaste, compuestos y sin fiesta.

Cosimino adelanta un coche más en la carretera, y ya van ciento veintisiete. Amalia sigue enganchada al asa como si fuera una planta trepadora, y con la otra mano me señala la flecha que indica la velocidad.

—Despacio… —le digo a Cosimino desde el asiento de atrás.

Él va y le suelta un bocinazo al coche que tiene delante. A estas alturas, dime tú qué más puede hacer un padre para salvar a sus hijos.

De repente, Amalia se da con una mano en la frente.

—Qué vergüenza, Salvo: no llevamos nada, ni siquiera unos postres —se lamenta.

—Por teléfono me ha dicho que ya se ocupa ella del postre —la consuelo. Pero yo he recogido en nuestro jardín unas flores para ti, que sé que siempre te han gustado.

66

Hay que ir a por las flores.

Hay que comprar pan, airear las habitaciones, aflojar los tornillos de la estructura de la mesa para alargarla, pedir prestadas unas sillas a la señorita Panebianco. Al final, también habrá que ir a la pastelería.

Hace años que ya no quiero tener flores en casa. Eran tus manos, papá, las que cuidaban de las plantas: la suciedad debajo de las uñas, las heridas hondas y superficiales en las yemas de los dedos, un manual que me explicaba cómo sacarle vida a la tierra. Plantar la simiente y dejar que germine, lo mismo que hice yo: me enterré sin saber si algún día volvería a germinar. Era un terrón seco y estéril, como tu campo malogrado por el agua y la sal, y ya nada florecería en mi cuerpo sin raíces. El día en que obtuve el título, cuando entré en casa y os vi a todos muy puestos, me disteis pena. Vosotros felices y yo triste porque aquel debía ser el mejor día de mi vida. No iba a tener nada más. Nadie me había hecho justicia, nunca sentiría la blonda del velo blanco pellizcándome el cuello, no habría ningún anillo resbalando por mi dedo. No sentiría la caricia de un hombre enamorado, la tranquila plenitud de un vientre que se tensa en la labor de la espera ni el peso de una pequeña mano esponjosa dentro de la mía.

Irse de Martorana fue tan inútil como querer deshacerse de la propia sombra; el sabor de la injusticia y la vergüenza no se quita caminando por otras vías. Hace falta tiempo, hacen falta otras voces que se añaden a la propia, hace falta ir, pero también volver. Porque el tiempo bueno y el malo no duran para siempre, que eso ya me lo decías tú.

Por eso esta mañana me he despertado temprano. Estrenaré el pintalabios, llevaré un vestido de algodón blanco, las sandalias color turquesa, pondré la mesa con esmero, cocinaré pasta con anchoas, y después de casi veinte años celebraremos mi licenciatura

cum laude. También vamos a celebrar que gané las oposiciones, nuestros silencios, las llamadas demasiado apresuradas, nuestros cumpleaños y todas las fechas señaladas, los eventos familiares, un divorcio y unas cuantas bodas… En fin, la cabezonería que me llevó a quedarme aquí, en mi pueblo, por todo eso y a pesar de todo eso.

Aún quedan muchas cosas por hacer. Bajo la escalera, me asomo al portal y de repente me quedo clavada: el aire impregnado de salitre y calor seca el aliento en mi garganta.

67

No sirve de nada bajar la ventanilla; solo consigo que entre más calor mezclado con el salitre del mar y no hay ni una nube que nos traiga algo de lluvia. Cuando eras pequeña, esperabas con ganas la tormenta para ir a buscar caracoles, pero la lluvia tardaba y tú te llevabas una decepción. «No por mucho madrugar amanece más temprano», te advertía yo, y lo mismo te dije después de aquello: «No se ha hecho justicia, pero tú has sembrado bien, y de la tierra abonada siempre nace algo».

Mientras leían el veredicto, el tipo se reía, como si estuviera viendo una película del Gordo y el Flaco. Se fue de rositas, con la pena mínima, cuesta creérselo. Una tal Angelina Verro, que en mi vida me voy a olvidar de ese nombre, una mujer con el pelo del color de la estopa, testificó que desde la habitación de al lado no te había oído quejarte o resistirte. Por lo visto, resulta que aquí el miedo y el asco se miden por el escándalo que una arma. A él lo absolvieron de la imputación de violación por falta de pruebas, tal cual lo dijo el juez. ¿Qué más pruebas querían?, ¿no bastaba con la palabra de una chica honrada que había tenido el valor de contar lo sucedido delante de todo el mundo? Por lo visto, alguien le fue al juez con el cuento de que te había visto bailar con él, de que le habías dado cuerda. También dijeron que tú estabas dispuesta y era yo quien había puesto palos en las ruedas porque te tenía prometida a otro. Por eso utilizó la fuerza: todo lo había hecho por amor el caballero, faltaría más, porque a ojos del señor juez llevarse a una chica que va tan tranquila por la calle es cosa de enamorados, no de delincuentes. Ya me gustaría verlo a él si esa deferencia la hubieran tenido con una hija suya. Falsos testigos untados, que a ese el dinero no le faltaba, dijeron que tú le habías hecho caso más de una vez, que te había ofrecido una naranja y tú la habías aceptado. Aun suponiendo que eso fuera verdad, ¿aceptar una pieza de fruta implica estar dispuestos a entregar el árbol entero?

—Salvo, ¿falta mucho para llegar? Tengo el estómago revuelto —se lamenta Amalia.

Se ha quitado los zapatos y ha empezado a masajearse un pie. «Faltan unos veinte pitillos y ciento cincuenta y seis adelantamientos dándole al claxon», quisiera decirle, pero me limito a ponerle una mano en la nuca, que ahí es donde se le acumula el dolor. El mismo gesto que hice aquel día. El abogado de la defensa, Criscione, te hizo preguntas escabrosas y pidió al doctor Provenzano una revisión médica de tus partes íntimas, pero tú la rechazaste. Era como si el juicio te lo estuvieran haciendo a ti. Amalia y yo nos miramos a la cara, que aquello era de no creérselo. En la vida olvidaré lo que le contestó Sabella al juez: «Yo represento a la acusación, no a la defensa. Mi cliente no ha venido aquí a demostrar su inocencia o su honorabilidad, sino a denunciar una agresión de la que ha sido víctima».

Por suerte se presentó como testigo don Santino, el padre de Tindara, y fue gracias a él que hubo condena. No todo el pueblo iba en contra nuestra, que incluso en la noche más negra asoma una estrella. Cuando el juez acabó de dictar el veredicto, aquello parecía un circo: había gente que aplaudía, otros que silbaban y unos cuantos más que metían bulla. «Para ese viaje no hacían falta alforjas —gritó el individuo mientras se lo llevaban—. ¿Qué habéis sacado de todo esto? Tanto ruido y tan pocas nueces», soltó juntando los dedos de la mano en un gesto arrogante.

Los nervios del cuello de tu madre son un manojo de raíces que se relajan poco a poco bajo mis dedos.

—Aguanta un poco más, que ya no falta mucho —le digo para contentarla, aunque falta un buen trecho todavía, y para serte sincero te diré que no me importa. Quien vuelve después de tanto tiempo tiene que amigarse otra vez con cada piedra, cada hilo de hierba, cada terrón comido por la sequedad del viento.

Tu madre saca del bolso la labor de costura y enseguida la abandona; me mira como si estuviera a punto de decirme algo, pero luego lo piensa mejor y mira por la ventanilla. Cosimino hace girar el dial de la radio, a ver si dan las noticias, pero su mujer lo disuade con un gesto de la mano.

—Deja esta, que me gusta —dice, y empieza a cantar—: *«Donatella è uscita e a casa non è scoppiata, è sparita, non sta piú*

con me…»
c'è,
.

Desafina lo suyo, pero él le sonríe y espera a que la canción acabe antes de buscar otra frecuencia. Su hija, en cambio, saca de la mochila un *walkman* y lo enchufa a unos cascos.

—Lia, te pasas el día con ese dichoso aparato en las orejas —la reprende Mena.

La chica no contesta, su música ya es otra.

68

Me acerco a la cristalera y doy unos golpes con los nudillos. Al poco rato se presenta la señorita Panebianco y baja el volumen de la radio. *«Non capisco perché tutti quanti continuano insistentemente a chiamarmi Donatella…»*.

—Llegan hoy —le digo.

—Está todo listo, guapetona. Te he guardado las sillas plegables. ¿Vendrá Rosario a recogerlas?

—Sí, gracias. Pasará más tarde… —Me quedo mirando las cortinas rosas de la ventana.

—¿Te hace falta algo más, Oli? Acabo de hacer un pastel con fruta fresca. ¿Quieres llevártelo?

—Se lo agradezco mucho, doña Carmelina, pero ya me ocupo yo de ir a la pastelería.

—¿Seguro?

En su voz noto cierta aprensión, la misma que me transmitió ayer por teléfono tu silencio, papá. Incluso estando lejos, logras que sienta tu ansiedad, aunque no digas ni una palabra.

—Pienso ir ahora mismo —le contesto; me despido de ella y voy caminando en dirección al casco antiguo del pueblo, en el lado opuesto de donde vivo ahora.

Mi casa está en la playa y puede que no te guste, pero dirás que sí, dejándome siempre la libertad de hacer las cosas a mi manera y el miedo a equivocarme. Enseguida te darás cuenta de que no hay campos alrededor, pero ya has tenido tierra de sobra, y hoy algo de salitre te abrirá el apetito. Dejo el paseo marítimo a la izquierda y dirijo mis pasos hacia arriba, donde está el centro histórico. Nunca me había parecido tan larga la subida, y al rato noto que me duelen los pies. *«Rosa, rosa, rosam»*, me repetía yendo de la playa hacia casa para no sentir el cansancio cuando era niña y todavía creía que las palabras hermosas serían capaces de vencer toda injusticia, todo

dolor. Si aún fuera esa criatura, me quitaría los zapatos para sentir el cosquilleo de las piedras en la planta de los pies, pero el tiempo pasa, y no siempre en vano: he puesto tantas barreras entre lo que soy y aquella chiquilla descalza y despeinada que ya no sabría qué decirle si me la encontrara hoy, como tampoco sabría hablarle a una hija. Por eso, en vez de usar el latín, me pongo a canturrear para mis adentros la dichosa canción que se me ha metido en la cabeza: *«Donatella era una, non cercarla quaggiú, se stata è cascata, spappolata nel blu…»*

c'è

. Me asomo al mirador y echo un último vistazo a la espuma blanca de las olas antes de meterme en el casco antiguo, pisando la calzada al ritmo de la música con las suelas de mis sandalias turquesas. Las compré en Sorrento con Maddalena, una primavera de hace ahora siete años.

Habíamos llegado allí en tren desde Nápoles y nos perdimos por las callejuelas que olían a limón y a jazmín. Maddalena entró en el taller de un zapatero que tenía colgados en la pared unos retales de cuero de distintas formas y colores.

—¿Las de color turquesa?, —me propuso ella, señalando un modelo de sandalias con los cordones trenzados en el empeine.

—Demasiado vistosas; le sentarían mejor a Liliana que a mí —contesté saliendo del taller.

—Buena idea; las compramos y se las enviamos a Roma. La última vez que hablamos me dijo que estaba muy preocupada por el resultado del referéndum sobre el divorcio…

—Lo siento por ella —la interrumpí—, pero cada palo que aguante su vela. Y además no le van a hacer falta nuestras sandalias, que ya tiene todo lo que quería, incluso está en el Parlamento con Nilde Iotti, justo lo que deseaba desde que era niña.

—¿Y qué? —Maddalena aparcó su sonrisa un instante—. Tú también has conseguido lo que querías: te has licenciado, has ganado las oposiciones, eres maestra y no dependes de nadie. Ya sé que lo tuyo fue injusto, pero la justicia es harina de otro costal, y no tiene que ver ni contigo ni conmigo. Hasta que haya justicia, nadie puede sentirse realmente libre. Liliana está luchando en nombre de todas las mujeres…

—¡Las mujeres! Me pregunto por qué hay que hablar siempre de

ellas en plural para que les hagan caso. A los hombres les basta con su nombre y apellido en singular para que los valoren. Nosotras, en cambio, tenemos que desfilar en grupo, como si fuéramos una especie aparte. Yo no quiero militar en ningún ejército, Maddalena, no quiero abrazar ninguna bandera. No me interesan las asociaciones, los partidos, los grupos de activistas… No soy como Liliana y como tú, no pretendo meterme en política. El bocado amargo que tuve que tragar es cosa mía. Lo que me hizo Paternò cuando solo tenía dieciséis años…

Era la primera vez que pronunciaba su nombre. Arrancar aquellas sílabas de la garganta fue como darle consistencia a un fantasma y regalarle una identidad. De repente, el viento se había calmado y el sol parecía haberse concentrado en un solo punto de mi nuca. Me tambaleé como si me hubiera quedado sin columna vertebral y tuve que apoyarme en el muro exterior del taller. Fui deslizándome hasta acabar sentada en el suelo. Crucé las piernas doblando las rodillas y ahí me quedé, absorbiendo el frescor de la piedra.

—¿Por qué para nosotras es tan difícil, Maddalena?, —le pregunté con los ojos cerrados para que no se me escaparan las lágrimas—. ¿Por qué tantas luchas, peticiones, manifestaciones? ¿Por qué tanto quemar sostenes, ventilar bragas, implorar credibilidad, controlar el largo de la falda, el color del pintalabios, el ancho de las sonrisas, la fuerza de los deseos? ¿Qué culpa tengo yo de haber nacido mujer?

El cuerpo de Maddalena se acurrucó junto al mío y se quedó quieta un buen rato.

—Fui a la boda de mi hija, ¿sabes?, —dijo al final. Mis párpados se levantaron solos, sin esfuerzo—. Fue la semana pasada. Me presentó a su marido y a todos los parientes. Dijo: «Ella es mi madre». ¿Y sabes qué contestaron? —Negué con un gesto de la cabeza—. Abrieron unos ojos como platos y soltaron: «¿Otra?».

—No me habías dicho nada… —protesté yo.

—Fue una mañana de hace muchos años, después de tu juicio —me dijo—. Tuve el valor de acercarme a ella cuando salía de la facultad y se lo conté todo.

—¿Cómo se lo tomó?

—¿Cómo iba a tomárselo? Mal. No quería saber nada de mí y

durante mucho tiempo no tuve noticias suyas. Estaba convencida de haber cometido un grave error y por eso no se lo conté a nadie.

«Incluso Maddalena, que no le tiene miedo a nada —pensé—, ha tenido que vérselas con la vergüenza, como todos los que sufren una injusticia».

—Hace unas semanas fue ella quien vino a buscarme —continuó—. Habían pasado diez años desde la última vez que la vi, pero enseguida la reconocí. Traía un álbum de fotos: ahí estaba ella de muy niña, luego de chiquilla y de adolescente. Miré aquellas imágenes con avidez para poder hacer mía toda esa vida que yo me había perdido y se había quedado pegada a las hojas de aquel grueso volumen. Había venido a buscarme porque se dio cuenta de que en algunas de aquellas fotos las dos teníamos la misma sonrisa. Me dijo que cuando naciera su niño le contaría toda la historia.

—¿Así que vas a ser abuela?

—Abuela en tercer grado, para ser exactos.

Me incorporé y le ofrecí el brazo para ayudarla a levantarse. Desde el taller nos llegaba el ruido de los pequeños clavos que usaba el zapatero. Maddalena se asomó a la puerta y luego me miró.

—¿Le pedimos que nos haga dos sandalias iguales?, —me preguntó.

Al cabo de media hora paseábamos las dos a la sombra de unos limoneros.

—Vuelvo a Martorana —decidí de pronto—. Allí está la escuela donde aprendí a leer y escribir, y allí es donde quiero volver.

—Lo sé, y a eso también se le llama hacer política —me soltó Maddalena esbozando una sonrisa.

Y aquí estoy ahora, arriba del todo, a punto de tomar la calle que lleva a la plaza. Estoy convencida de que esta mañana también Maddalena se habrá puesto las sandalias color turquesa para celebrar nuestra victoria.

Tenías toda la razón, papá: todo tiene arreglo si sabes esperar.

69

—Todo tiene arreglo si sabes esperar —le digo a tu madre, que no para de preguntarme cuánto falta, cuándo vamos a llegar, bajando y subiendo la ventanilla.

Meto dos dedos por dentro del cuello de la camisa, húmedo de sudor, y me aflojo el nudo de la corbata. Ella se pone de morros, como suele hacer siempre que pretende de mí una respuesta que no tengo. ¿Por qué será que un hombre, un padre de familia, solo por el hecho de llevar los pantalones en casa, como se decía antes, está obligado a saber qué es lo mejor para todos? Yo soy un campesino y lo mío es plantar la semilla y hacer que la planta crezca, aunque el clima sea seco, la lluvia caiga de sopetón y el viento sople fuerte. Coloco un palo que la sostenga y la defiendo de los parásitos que puedan malograrla. Pero, a fin de cuentas, si la planta encuentra su camino crece sola.

Tomaste la decisión de irte a Nápoles y presentarte a las oposiciones para ser maestra. ¿Qué podía hacer yo? Te acompañamos al puerto, Liliana te detuvo cuando estabas a punto de subirte al barco: «Acuérdate de la promesa que te hice», te dijo, y os abrazasteis. Tú subiste los peldaños de metal hasta la escotilla y desapareciste. Claro que me habría gustado tenerte en mi jardín, faltaría más, pero te marchabas sola, y eso quería decir que estabas fuerte. Quien trabaja la tierra eso lo sabe muy bien.

Cosimino toca el claxon y adelantamos un coche más, y con ese ya van ciento cincuenta y siete. Tu madre se agarra de nuevo al asa del techo y reza el rosario sin despegar los labios.

—Salvo… —me pide entre una jaculatoria y otra, y cuando me llama por mi nombre siempre es para reprocharme algo o porque tiene miedo—. Cierra la ventanilla, que me ha entrado frío en el cuerpo.

Le doy vueltas a la manivela y una última lengua de aire hirviendo me acaricia la mejilla.

—No tengas miedo, que estamos volviendo a casa —le digo agarrando sus dedos helados.

—Yo ya no tengo casa en Martorana.

—No digas tonterías, Amalia. El hogar de uno es donde viven sus hijos.

«El hogar es ese sitio al que esperas volver un día —me digo a mí mismo—, aunque te hayan tratado como a un extraño. El hogar es el sitio del que quieres huir, aunque es ahí donde has aprendido a hablar y a caminar». Cuando el tipo aquel salió de la cárcel, tras menos de un año, la gente se quitaba el sombrero a su paso, como si volviera después de unas vacaciones. Suerte que tú ya te habías marchado… Él iba pavoneándose por ahí, repitiendo la historia con todo lujo de detalles, y de eso no me voy a olvidar en la vida, lo que el abogado Criscione había dicho en el juicio: «A las chicas hay que persuadirlas, actuar con fuerza para franquear su natural reserva, el hombre enamorado tiene ciertos derechos…». Se me han quedado grabadas en la cabeza las palabras del abogado ese: «Una joven no muy atractiva —dijo—, desde luego sin mucha disponibilidad económica, con la única perspectiva de un matrimonio conveniente. Con la gracia de su juventud, las miraditas, las medias sonrisas, consiguió llamar la atención de uno de los mejores partidos del pueblo. Ciertas tretas femeninas se aprenden en familia: su hermana mayor logró casarse con el sobrino del alcalde quedándose embarazada, y su misma madre huyó de casa siendo muy joven, y tuvo que casarse cuando el mal ya estaba hecho. En resumidas cuentas, que en este caso la espantada es tradición familiar».

Tal cual lo dijo, que no me invento nada. ¡Ese abogado era peor que una comadre de pueblo!

Tu madre me tira de la manga; hecho una mirada por la ventanilla y reconozco las formas y los colores de las casas. Cosimino afloja la marcha, aunque no tengamos coches delante; es como si el tráfico estuviera ahora dentro de su cabeza.

—Hemos vuelto —se limita a decir; nadie le contesta.

Cuando Criscione acabó su arenga empezaste a comportarte de ese modo tan frío que aún conservas; fue entonces cuando comprendiste que nadie haría justicia porque estabas de la parte equivocada de una ley que dictaba, negro sobre blanco, que un hombre que toma por la fuerza a una mujer queda en libertad si lo

remedia con el matrimonio. En ese callejón sin salida te había metido yo.

70

Me metiste tú en ese callejón, papá, aquel domingo por la mañana con el sol cayendo como una losa sobre nuestras cabezas. Frente al mostrador donde se exhibían los pasteles, me preguntaste qué quería; yo no lo sabía e intentaba adivinar qué querías tú. Esta mañana vuelvo al lugar, un paso tras otro, pero esta vez voy sola: ni siquiera me acompaña tu silencio, un reproche más grave que mil palabras. De niña espiaba a las chicas que se dirigían al altar del brazo de su padre para ser entregadas a otro hombre. Lo que yo quería era quedarme contigo para siempre.

—Buenos días, Oliva —me saluda el viejo a cargo de la floristería.

—Buenos día, Biagio —le contesto con una sonrisa.

Cada vez que paso por su puesto de flores nos saludamos; él desvía la mirada, quizá por culpa de aquella rosa llena de espinas que me regaló una tarde de hace muchos años. Me paro y miro el expositor, Biagio se me acerca.

—¿En qué puedo servirte?

—Hoy tengo una celebración en casa. Quería un ramo variado para el centro de la mesa.

Biagio echa una mirada a toda la mercancía a su alrededor.

—Dime tú qué prefieres, Oli. Hay gladiolos, dalias, begonias… ¿Qué tal unas rosas?

—Me gustan las flores de campo. ¿Tiene usted margaritas?, —le pregunto. Él asiente con la cabeza y compone un hermoso ramo.

Sigo caminando y a cada paso noto el frufrú del papel crepé amarillo que roza la tela de mis pantalones. Cuando volví aquí, hace siete años, me sentía como una extraña y no me entretenía hablando con nadie: Fortunata se había quedado en la ciudad, Cosimino, mamá y tú os habíais ido a vivir a Rapisarda en cuanto aquel tipo salió de la cárcel. Ya no me quedaba nada aquí; solo el recuerdo de aquella chiquilla con zuecos que llevaba el pelo

revuelto y dibujaba a escondidas las caras de las estrellas de cine. Alquilé este piso que da al mar en la parte nueva del pueblo para no tropezarme con nadie y allí me quedé hasta que empezaron las clases. Me preguntaba de qué había servido volver, si no hacía otra cosa más que jugar al escondite con los malos recuerdos. Luego, poco a poco, empecé a salir; había gente que me reconocía y me miraba con recelo y asombro. Me saludaban obsequiosos cuando se enteraban de que era la nueva maestra. «Buenos días, señorita Denaro», atropellándose al hablar, pues tenían miedo de ofenderme con ese «señorita» porque ya era una solterona. Yo les daba los buenos días, y a otra cosa. No me avergonzaba llevar tu apellido.

Un domingo, la Scibetta me invitó a comer.

—Deberías haberme avisado de que volvías, querida Oliva; ahora ya formas parte de la familia, y nos exponemos a las habladurías de la gente…

La sala de estar seguía siendo la misma; en vez de dejarme sentada en el banco, me acomodó en el sillón, pero me ofreció las mismas galletas rancias que me devolvían a la infancia. Las sirvió Miluzza en una bandeja que se remontaba a los tiempos en que yo aún intentaba imaginar mi futuro, y en cambio ella ya sabía que se quedaría allí, pegada a esa mujer que la había acogido quitándole a cambio su libertad.

—Nora, Nora… —gritó la Scibetta.

La hija gorda ocupó el espacio entero de la puerta y me sonrió sin ganas: de las dos, al final, era ella la que se había quedado para vestir santos, y en cambio el retrato de Mena delante de la iglesia destacaba encima del aparador. Me acerqué para observar: en la foto, rodeando a los novios, estaban todos. Maddalena me había prestado una blusa elegante para la ceremonia, pero finalmente renuncié a ir. También me sentía responsable de aquella boda: trabajo ya no había, ni para ti ni para Cosimino; Antonino Calò recurrió al partido, pero se trataba de trasladarse al norte y, si tú tenías problemas de corazón, Cosimino sufría de nostalgia. Fue entonces cuando la Scibetta pensó aprovechar la oportunidad y le propuso a Cosimino que eligiera a su gusto a una de sus dos hijas, aportando además unas tierras de su familia que estaban ubicadas en la otra punta de la región.

Él estuvo dándole vueltas al asunto durante dos días y dos

noches, y finalmente fue a ver a la Scibetta. «Me quedo con Mena», dijo. Ella se casó con el ajuar que yo misma había bordado hacía años, él se hizo arreglar un traje de quien iba a ser su suegro y don Ignazio los unió hasta que la muerte los separara. El hombre aún no sabía que, al cabo de poco, con la ley del divorcio, solo harían falta un abogado y un juez para separar aquello que Dios había unido. Unos años más tarde nació Lia.

Al final, nuestro honor lo había salvado Cosimino con dos alianzas de oro en vez de una escopeta. Se había sacrificado por la familia y tú no metiste baza, igual que con Fortunata. Solo para mí habías pretendido libertad, llevándome del brazo por todo el pueblo, dispuesto a desafiar las leyes no escritas del honor y el deshonor. ¿Por qué ese amor especial hacia mí, por qué tantos desvelos, por qué esas pruebas a las que me sometiste?

Quizá eso corra a cuenta de los caracoles, del saber hablarnos a golpe de silencios, de la mano que me agarrabas con ternura y a escondidas o de la pintura amarilla que goteaba de la brocha el día que pintamos juntos, tú y yo, el gallinero.

71

Ni se me ocurrió pensar que la pintura podía ser dañina para los animales. A veces hay cosas que parecen buenas, pero dentro llevan veneno. Como el día en que te llevé a verlo a él a la pastelería.

Ahora el coche avanza a paso de tortuga. Desde que hemos entrado en el pueblo, Cosimino se ha dejado de chulerías y mira a su alrededor como cuando aún era un chaval flaco y delicado de salud. La plaza sigue igual; han pasado veinte años y parece que fue ayer. La iglesia, el cuartel de los *carabinieri*, los dos bares con mesas en la terraza, los escaparates de la pastelería.

Llevo grabado en la frente el momento en que tú y yo nos quedamos ahí parados; quise que fuéramos a verlo para zanjar el asunto. Un hombre como ese nunca podría hacerte feliz, pensaba yo, pero si te soy sincero, la verdad es que me costaba imaginar que hubiera en este mundo un hombre digno de estar a tu lado. Pretendía que eligieras libremente, pero lo que quería era que interpretaras mi papel, y puede que cuando te cogí de bracete no lo hiciera para protegerte, sino para llevarte a donde quería yo y oírte decir las palabras que yo quería escuchar. Bien mirado, me porté peor que los padres que andan con el arma a cuestas, pidiendo besamanos. No quise entregarte a un hombre prepotente, no quería que acabaras como Fortunata, pero de todas formas te perdí, aunque de un modo distinto. Quizá lo que les corresponda a los padres sea perder a los hijos, y lo mejor que puede hacer un padre es dar un paso atrás y dejar que las cosas vayan pasando.

Después del juicio tú te marchaste a Nápoles y ya no había nada que me atara al pueblo: me había quedado sin campos, sin animales y sin hijas. Fortunata ya llevaba tiempo viviendo en la ciudad para zafarse de las habladurías, y tardó muy poco en encontrar empleo gracias a la ayuda de la compañera de Maddalena. Trabajaba en una fábrica de conservas de tomate, y cuando nos lo contó, tu madre y yo nos quedamos de una pieza. ¿Quién nos iba a decir que

esa chica tan delicada ahora llevaba mono de trabajo y fichaba cada mañana?

Cuando Cosimino se marchó a Rapisarda a cuidar de las tierras de su mujer, nos fuimos con él. ¿Qué íbamos a hacer nosotros aquí solos? En estos años ha demostrado que sabe lo que se hace: las tierras de la Scibetta estaban abandonadas y él ha conseguido sacarles provecho. No te lo vas a creer, pero incluso exporta naranjas al norte.

¿Sabes qué te digo? Que al final quienes hacen lo que les viene en gana tienen las de ganar. El nuevo marido de Fortunata es sindicalista y trabaja en la misma fábrica que ella. A diferencia de aquel otro, este solo usa las manos para trabajar. Mena y Cosimino nos invitan a su casa a comer uno de cada dos domingos, y tengo la sensación de que son una pareja bien avenida: dos personas que conviven sin violentarse ni con los gestos ni con las palabras.

Bien mirado, los hijos son como unas semillas traídas por el viento que acaban brotando en la tierra de uno; tienes que dejar que crezcan para descubrir qué fruto van a dar, sin empeñarte en saberlo tú desde el principio. Yo creía tener en mi campo tres plantas enclenques y me he encontrado con tres árboles robustos y cargados de frutos. Incluso de la tierra quemada por la sal puede renacer la vida.

72

Incluso de la tierra quemada por la sal puede renacer la vida: eso lo aprendí de ti, papá, viendo cómo movías las manos. Cavar, sembrar, podar, regar. Meto en la bolsa el ramo de margaritas, con mucho cuidado para no dañar los pétalos, y me dirijo a paso ligero a mi último destino.

He pedido que coloquen en mi aula una estantería llena de libros y algunas macetas de flores. Cuando está a punto de acabar la clase, unos niños se turnan para leer en voz alta y los demás cuidan de las plantas. A la maestra Rosaria le habría gustado: puede que yo quisiera volver a esta escuela para que ella se viniera conmigo.

Con el paso del tiempo han llegado los hijos de mis compañeras de clase: las dos hijas de Crocifissa, que se llevan un año, las dos morenas y con los ojos como tizones, igual que la madre; el hijo mayor de Rosalina, que tiene a otro en la guardería y está embarazada del tercero; a la hija de Tindara, rubia y con los ojos verdes, la reconocí en el acto porque es clavada a la foto del hombre que su madre me enseñó una mañana de hace muchos años en el atrio de la iglesia.

—Cuánta razón tenías… —me comenta Tindara cuando viene a la escuela a recoger a su hija—. Me dejé llevar por su cara bonita, pero cada vez que abre la boca me pone de los nervios. Él dice blanco y yo negro; cuando, según él, amanece, yo le voy con las puestas de sol. Además —mira a su alrededor y baja el tono—, te diré que está de buen ver, pero no cumple. La gente me pregunta cuándo vamos a darle una hermanita o un hermanito —añade mirando a la niña—, pero me paso el tiempo mojando las ganas en el café. Mejor me habría ido metiéndome a monja, que los hombres son como las sandías: hay que catarlos antes de llevártelos a casa, ¿verdad, Oli?

Cuando llegó Marina, no me hizo falta consultar el registro de clase para saber su apellido. El primer día me contó que habían

dejado la ciudad porque, después de la muerte del abuelo, su padre había tenido que volver al pueblo para ocuparse de los asuntos de la familia. Me dice que le faltan sus amigos de siempre, pero está contenta porque por la tarde puede ir a la pastelería y papá le pone un poco de crema en la punta del cuchillo para que la pruebe. Es muy espabilada, y tiene los huesos grandes y los ojos muy negros. Viene a recogerla su madre: una mujer menuda y callada, nada vistosa. Cuando nuestras miradas se cruzan, bajamos un poco la barbilla en un gesto de saludo. Yo podría haber sido esa mujer.

No tengo a hijos de Musciacco en clase. Después de conseguir la nulidad matrimonial, se presentó otra vez al año siguiente donde don Ignazio con menos pelo, más barriga y acompañado de una mujer más joven, pero el heredero que tanto esperaba aún no ha llegado. Puede que aquella criatura que le arrancó a golpes a Fortunata le pese más que la condena que nunca le impusieron.

73

Ahí está el caserón de los Musciacco, al final de la avenida principal. Es el de siempre, pero ahora parece más pequeño. Hoy levantan edificios cinco veces más grandes en un tiempo cinco veces menor. Quieras que no, el dinero nuevo se ha comido al viejo.

Fui allí al día siguiente de que Fortunata se escapara de esa casa. Ni siquiera yo sabía bien qué andaba buscando: quería comprender, quizá apaciguar los ánimos, aún pensaba que hablando se entiende la gente. Solo los picos de las montañas no se encuentran nunca, razonaba yo, pero había vuelto a equivocarme.

Subí la escalera con el corazón en un puño, Gerò me hizo esperar una media hora, y luego me invitó a entrar. Estaba fumándose un puro y tomaba vino aposentado en el sofá. Ni él me ofreció nada ni yo lo habría aceptado.

—Exijo explicaciones —le dije de pie frente a él, con la voz temblándome por la rabia, pero esa rabia tenía menos que ver con él y más conmigo, pues había sido incapaz de ver qué pasaba entre aquellas cuatro paredes.

Él me soltó que había recibido a Fortunata de mis manos y la había tratado como a una joya de la corona, tal cual. Ella en cambio era una ingrata, que para seguir los pasos de la hermana había cometido la locura de irse de casa, y él no estaba dispuesto a volver a hacerse cargo de una que había pasado más de una noche lejos del techo conyugal.

—Se trata de mi honor —añadió apagando la colilla del puro en el cenicero.

—¡Fortunata se ha refugiado en nuestra casa!

—Pues no tenía usted que permitirlo, habría tenido que devolvérmela esa misma noche. Yo soy un caballero, no el títere de su hija. Ahora ya puede usted quedarse con ella, pero quiero que todo el pueblo sepa que soy yo quien la rechaza después de que abandonara esta casa. Y tendría usted que darme las gracias por no

ir yo al cuartel a denunciarla. Este matrimonio ha sido un engaño de principio a fin, y haré que el Tribunal de la Rota lo anule.

El humo del puro me picaba en la nariz; quedarse en aquella casa era como hablarle a un mulo y malgastar palabras y tiempo. Me dije a mí mismo que era mejor tener a mi hija deshonrada en casa antes que dejarla en manos de un tipo como ese. Bajé la escalera con un dolor en el pecho que me quitaba el aliento y me quedé en el portal para descansar y secarme el sudor. Justo en ese momento llegó Paternò, silbando ufano.

—¿Qué demonios hace aquí?, —me preguntó sorprendido—. No puedo siquiera ir a visitar a un querido amigo sin toparme con usted medio escondido en el zaguán… —Y empezó a subir sin dignarse mirarme.

Notaba un hormigueo en el brazo izquierdo, abrí la boca, pero me costaba hablar.

—No estoy aquí por usted ni por nada que le concierna —repuse en un hilo de voz.

Él se quedó clavado y me miró directamente a los ojos.

—¿Ya hay fecha para la boda?, —me preguntó con arrogancia, dirigiendo luego la mirada al contorno de sus uñas con aire distraído.

—Mi hija no está dispuesta, que quede claro. Pero si usted…

—Entonces no tenemos nada de que hablar —me interrumpió, y retomó la escalera a paso más rápido.

—Espere —le dije intentando que se detuviera—. Si usted se disculpa públicamente y se arrepiente de haberla deshonrado por la fuerza, nosotros retiraremos la denuncia y no habrá juicio —murmuré con el corazón desbocado debajo de la camisa.

Fue como si le hubiera contado un chiste. Paternò me observó desde lo alto del primer descansillo, se dobló como si no pudiera aguantarse la risa y sacó el pañuelo del bolsillo, aparentando secarse las lágrimas después de tanto jolgorio.

—No me venga usted con tonterías. ¿Va en serio o está de broma? No sé de qué disculpas habla. Yo hice lo correcto y la ley está de mi parte: estaba dispuesto a casarme con la desgraciada de su hija, le ofrecí una oportunidad. Incluso le di a probar un cacho de luna de miel para que entendiera qué iba a perderse poniendo tantos reparos. Pero ella prefirió escuchar a su padre antes que a su

corazón. Las cosas como son: usted se las da de padre moderno, pero es más rancio que los viejos carcas del pueblo, y a su hija la mangonea como le viene en gana: mejor solterona que casada con alguien que no es de su gusto, ¿verdad? No es mi pasión, sino su orgullo, la desgracia de Oliva. Es usted quien la ha echado a perder.

Subió comiéndose los peldaños de dos en dos. Sus pasos retumbaban en el hueco de la escalera y se mezclaban con los pálpitos de mi corazón, que daba brincos. Luego lo oí asomarse a la barandilla cuando ya había subido dos pisos y gritar:

—Disculpas… ¿De qué disculpas estamos hablando? Es usted quien tendría que pedir disculpas de rodillas por haberse atrevido a pronunciar mi nombre en un cuartel. Ya verá usted cómo se arrepentirá. Tengo mis contactos y puedo asegurarle que la sentencia ya está escrita. ¡Se arrepentirá!

Volvió a silbar, llamó a la puerta y entró en el piso.

Me senté en el primer peldaño y esperé a que aflojara el zumbido en el oído izquierdo. No podía permitirme el lujo de morir en ese momento y dejar solas a mis hijas. A veces en esta vida no te queda más opción que seguir adelante. Volví a ponerme el sombrero para disimular el sudor frío que me mojaba la frente y paso a paso, muy despacio, volví a casa.

Amalia señala las calles del pueblo a Lia, que asiente con la cabeza y sigue escuchando los alaridos de sus cantantes. Yo me llevo por instinto la mano al brazo izquierdo, aunque ya estoy curado porque Cosimino se preocupó de que me operara de las coronarias el mejor especialista de la región. Hay dolores que con el paso del tiempo se van, y otros que no se te quitan ni que te operes cien veces.

Yo ya sabía en qué acabaría el juicio, Oli, no te lo voy a negar, pero tú querías seguir adelante. ¿Qué podía hacer? Tenía la sensación de estar atrapado en la red como un león, que cuanto más se mueve más se embrolla. En esta vida, uno nunca deja de equivocarse.

74

Una nunca deja de equivocarse. De niña creía tener una luz interior que siempre me indicaba por dónde ir para no cometer errores, como en el caso de las divisiones de dos cifras, incluso con decimales. Luego, poco a poco, aquella luz se empañó, y después del primer resbalón siempre tuve miedo de caer. Enseguida me arrepentí de haber vuelto a Martorana; tras la visita a la Scibetta, dejé de ir al casco antiguo y no me movía del paseo marítimo, donde estaban las casas nuevas.

Un buen día me animé y regresé a la parcela de tierra que había recorrido mil veces con los zuecos puestos, sin importarme que lloviera o hiciera sol. Tanto esfuerzo no valió de nada: nuestra pequeña casa ya no estaba, habían removido la tierra de tus campos y en su lugar estaban los cimientos de hormigón de un edificio moderno. Volví sobre mis pasos con las manos vacías: había ido a buscar algo que no existía. Pensé que volver había sido un error, que mejor si me hubiera ido a vivir con vosotros a las tierras de la Scibetta. Nunca me lo pediste, que lo tuyo no es pedir, pero yo sabía que eso era lo que querías: la casa es grande, nadie sabe nada de lo nuestro, la gente nos mira de frente cuando vamos por la calle, me decías por teléfono. Al final decidí que me reuniría con vosotros.

Luego un día oí unos pasos frente a la puerta de casa y enseguida los reconocí por el ritmo desigual que acompañaba mis juegos de niña.

—La puerta está abierta —dije desde la cocina, sin moverme.

—Te he estado esperando, Oli —me dijo cuando nos sentamos frente a frente en la mesa de mi comedor.

Llevaba el pelo más largo y la barba rojiza, que disimulaba la mancha en la mejilla izquierda.

—¿A mí? ¿Y para qué?

—Para lo que haga falta.

Saro no sonreía y llevaba en la cara la expresión terca de quien siempre había tenido que vérselas primero con los obstáculos de su propio cuerpo antes de ir a por los demás.

—Ya sabes qué puedo ofrecerte: el taller de carpintería de mi padre, las virutas de madera que se mezclan con mi pelo, una pequeña parcela de tierra y todo ese inmenso campo de amor que lleva apretándome el pecho desde que jugábamos con las nubes. Además de la receta secreta de mi madre para cocinar pasta con anchoas.

Era la mejor parte de mi infancia: Nardina y don Vito Musumeci, los veranos pasados a la sombra del gran árbol frente al taller de carpintería, el perfume de la madera recién cortada, cedro, nogal, cerezo, cada uno con su aroma peculiar, la voz de Nardina que nos llama para que vayamos a comer, los postigos entornados a la hora de la siesta.

Me pregunté si aún podría recuperar todo eso, si sería capaz de levantar la mirada y ver nítida en el cielo la forma exacta del ciérvalo.

—No —dije—. No, Saro. Ya no es el momento.

Él no respondió; me rozó una mano y se fue.

Al cabo de unos días redacté la petición de traslado, la metí en un sobre y la guardé en el bolso, pero las semanas iban pasando y yo aún no había ido a la oficina de correos. Lo que hice un mes más tarde fue ir al taller de carpintería y pedirle a Saro que viniera a casa a tomar las medidas para un armario empotrado. Durante días lo vi trabajar en silencio, sin preguntar nada. El tiempo con él transcurría ligero, las palabras se mezclaban con los silencios, y por los gestos precisos y escuetos de sus manos que ajustaban las baldas de madera llegué a imaginar que podría confiarle incluso mis huesos, los tendones, la piel y sus orificios. Los trataría con el mismo cuidado.

Cuando acabó el trabajo, me preguntó de qué color quería pintarlo. Yo me encogí de hombros y me quedé callada, lo mismo que cuando tú, papá, me llevaste a la pastelería a comprar el postre. No estaba acostumbrada a reconocer mis propios deseos.

Saro se rascó la mejilla y volví a tener ganas de saber si su mancha de verdad sabía a fresa.

—Si fuera tu casa, ¿cómo lo querrías tú?

—Yo prefiero el barniz transparente —dijo—. Basta con darle una capa de aceite de impregnación para que luzca. —Y empezó a rebuscar entre los botes de barniz alineados en una estantería.

—Pues pongamos barniz transparente —contesté cogiendo una brocha, tan feliz como cuando de pequeña pinté contigo el gallinero.

75

A tu madre no le cabía en la cabeza que a una mujer, hija suya por más señas, le gustara hacer un trabajo de hombres, pero para gustos, los colores, y solo Dios sabe distinguir entre lo bueno y lo malo. Si de muestra sirve un botón, Mena se empeñó en que Lia hiciera danza clásica, y a ella le entró el gusanillo del tenis. ¿Qué le vamos a hacer?

Ahora mismo, sin ir más lejos, pasamos frente a la iglesia donde te bautizamos e hiciste la primera comunión; Amalia baja la mirada, como si estuviera buscando algo en el bolso, pero sus manos no se mueven. Quieras que no, después de tantos años juntos ya sé de qué pie cojea.

—No me gustan las celebraciones —me dijiste por teléfono cuando ya no había remedio.

Fue Mena quien nos contó lo de la ceremonia, después de hablar con su madre: a las seis de la mañana, con la iglesia desierta, y solo Nora y Nardina como testigos. Después de la bendición de don Ignazio volviste a casa; Saro se fue al taller y tú te preparaste para ir a dar clases. Repartiste las flores del ramo entre tus alumnas y jugaste con ellas al «me quiere, no me quiere». Tu madre aún no se ha repuesto del mal trago, pues no entiende que lo hicieras a escondidas, como si le robases los votos sagrados a nuestro Señor, sin vestido de novia y sin ajuar…

Amalia suspira y vuelve a mirar por la ventanilla. De la ceremonia no ha quedado nada, ni siquiera una foto de recuerdo. No estaba allí tu madre, en primera fila, llorando de emoción; no estaban tus hermanos haciendo de testigos, no estaban las compañeras de clase, no estaba Liliana sujetando el velo. No estaban los parientes del novio, echando arroz en el atrio de la iglesia, no había órgano con música, ni coro; no olía a incienso ni andaban por ahí los monaguillos pisándose las sotanas demasiado largas.

No estaba yo, acompañándote hasta el altar, dispuesto a entregarte. Te entregaste tú solita. Os disteis el uno al otro. ¿Bien hecho o mal hecho? ¿Qué quieres que diga un pobre padre? Será que para entregarte a un hombre te hizo falta estar lejos de todos, incluso de mí.

76

Nos presentamos a don Ignazio cogidos de la mano, como si ya fuéramos marido y mujer y hubiéramos ido allí solo para comunicárselo. Nora lloraba, quizá porque contaba conmigo para no ser la única solterona del pueblo. La tarde anterior Nardina había ido a la peluquería a que le arreglaran el pelo y le pintaran las uñas, aunque de madrugada y en la iglesia vacía nadie iba a verla. Pensé que, acostumbrada durante tantos años a que dijeran de ella que era fea, había aprendido a arreglarse solo para darse gusto a sí misma. En cambio, los años habían empañado y casi apagado el atractivo de don Vito Musumeci. El tiempo de convivencia los había ido acercando: como una goma de borrar que difuminara los trazos nítidos del lápiz, la vejez había atenuado los defectos de ella y deslucido la belleza de su marido. Estaban sentados los dos en el banco de madera de la iglesia, cogidos de la mano y muy ajenos a las habladurías del pueblo.

Saro se había afeitado la barba, yo me había puesto un velo de polvos rosados en las mejillas para disimular el cansancio.

La noche anterior no conseguía conciliar el sueño. Hacía calor, y poco antes del amanecer me levanté y me senté en el balcón a respirar el aire fresco que venía del mar. Noté otro ruido, mezclado con el de las olas que rompían en las rocas, el movimiento vigoroso y rítmico de un cepillo. Me asomé a la calle; en el portal reconocí a la señorita Panebianco con una escoba en la mano, que barría la calle delante del edificio.

—Doña Carmela —la llamé—. ¿Qué anda haciendo a estas horas?

Ella levantó la mirada. A la luz de la luna, la trenza blanca que le ceñía la cabeza brillaba.

—Disculpa que te haya despertado, guapa —me contestó.

—Nada de eso. Me he levantado porque no consigo dormir. ¿Y usted?

—Estoy limpiando la calle —susurró—, para cuando pase la novia. No puede haber ni una mancha en el vestido.

Luego subió a casa a arreglarme el pelo.

Antes de encaminarnos hacia el altar, Saro se me acercó.

—Quiero saber si te casas conmigo porque te doy pena —me dijo al oído, señalando su pierna derecha—. Me conformo, pero quiero saberlo antes.

—¿Y tú?, —le pregunté yo. Me cogió del brazo y nos fuimos los dos hacia el altar: él cojeando de una pierna y yo faltando a las reglas de la decencia.

La noche de bodas Saro me cogió de la mano, echado a mi lado, en mi cama. Tenía que aprender a conocer su cuerpo, acostumbrarme a él como lo haría con un animal selvático. Lo observaba mientras dormía, cuando se duchaba o se vestía, o cuando, por la mañana, se afeitaba, poniendo mucha atención en aquella fresa roja en la mejilla que me habría gustado llevarme a la boca desde que era niña. Día tras día, fui dándome cuenta de que el Saro niño siempre había llevado dentro al adulto, y de cómo el adulto mostraba, muy visibles a contraluz, las huellas del niño. Fui yo quien una noche lo buscó, como si de repente hubiera encontrado un camino que creía cerrado.

Eso es lo que pasa con los miedos: son puertas que existen solo hasta el momento en que tenemos el valor de abrirlas.

Ahora también tengo miedo, papá, cuando llego al otro lado de la plaza y me encuentro, por segunda vez y después de tantos años, frente a la misma puerta. PASTELERÍA PATERNÒ, reza el rótulo, que sigue siendo el mismo. Me asomo al mostrador: ahí no hay nadie, pero hay ruidos en la trastienda. Miro hacia atrás y pienso que aún estoy a tiempo de salir, como una gallina desorientada, pero enseguida oigo unos pasos, y por detrás de la vitrina de las pastas de almendra asoma una figura.

La sorpresa lo deja titubeando, como si no consiguiera enfocar la imagen. La última vez que me vio, hace casi veinte años, mostraba en la cara la arrogancia de quien ha salido vencedor por ser más fuerte, más potente, y por tener de su parte una ley que le daba la razón, aunque se hubiera equivocado.

Se fija en mí, pero enseguida dirige la mirada hacia las pastas. He esperado este momento desde que él volvió a Martorana tras la

muerte de su padre. Pero ha hecho falta tiempo, han hecho falta mujeres con más valor que yo y muchos otros «no» que tantas han gritado más alto, sumándose al mío. Han hecho falta años hechos de días, días hechos de horas, horas hechas de minutos, minutos hechos de segundos de espera.

77

Han hecho falta tu llamada, tu invitación a comer y tu terquedad para que viniéramos de vuelta hasta el pueblo, calle tras calle, edificio tras edificio, subida tras subida. La plaza sigue igual, incluso teniendo en cuenta las tiendas nuevas, las aceras de la calle mayor remozadas, el cruce con el camino de tierra que llevaba a nuestra casa. Ahí está la salida hacia la carretera del litoral donde han construido los bloques nuevos, al lado del mar, que siempre me ha dado miedo porque el mar no tiene raíces.

Cosimino aparca el coche y nos bajamos todos, algo doloridos. Amalia se acomoda el vestido con las manos y mira a su alrededor. Esta es tu casa, tú vives aquí una vida que nos es ajena, en un edificio moderno, construido hace unos diez años en la parte nueva de Martorana. Aquí el aire no huele a tierra, sino que apesta a agua de mar, pero es justo aquí donde has decidido volver a florecer.

—Cuarto piso —contesta una voz en el interfono—. Hay ascensor.

—Yo subiré andando —digo; me encamino escaleras arriba y Lia me sigue, cantando en voz baja en un idioma que no conozco.

Saro nos recibe algo tímido; aún veo en él al crío de entonces mientras nos enseña el apartamento y nos muestra vuestra vida apartada: platos emparejados, dos albornoces colgados cerca, dos almohadas juntas.

—Qué bien todo. Da gusto ver cómo os habéis arreglado —sentencia Cosimino, y Mena asiente con la cabeza, pero yo sé muy bien lo que lleva entre ceja y ceja. Está pensando que, si vivierais con nosotros, dispondríais de mucho más que dos habitaciones y una cocina, y Saro podría dejar el taller y ayudarlo en su negocio. Pero no: es aquí donde queréis quedaros, que el junco se dobla pero no se rompe, y llega el momento de levantar la cabeza.

78

¿Qué me decías tú siempre, papá? Que el junco se dobla pero no se rompe, y ha llegado mi momento.

—Buenos días —le digo con la cabeza bien alta.

Él parece trastornado; coge la pinza de los pasteles, pero en la mano se le nota un temblor. Ha envejecido. Su pelo, que antes era rizado y negro, ahora luce canas en las sienes, y empieza a tener entradas. Me doy el gusto de observarlo con calma: las comisuras de los labios que se inclinan hacia abajo, la piel alrededor de los ojos algo hinchada, la frente marcada por tres líneas horizontales que se han vuelto más hondas desde que me ha reconocido. Ya no huele a jazmín; se acabaron las flores detrás de la oreja; se ha quedado como un árbol sin vida. Las ramas no, esas resisten. Los brazos fuertes asoman debajo de la camisa arremangada, pero el vientre es prominente y tensa la bata. Cuando levanta los ojos su mirada es la misma, aunque menos fiera. Escucho mi corazón; apenas oigo un latido de emoción, y luego todo vuelve a su ritmo. Junto las manos y aprieto dos veces para no sentirme sola.

Aún es apuesto, Paternò, quizá no tanto como a los veinte años, cuando su paso cortaba el aire e incluso las santas se paraban a mirarlo. Su apostura es la de un hombre que en su vida ha aprendido qué significa vencer sin mérito y sin sacar provecho de nada.

—Quisiera un pastel para una celebración especial. ¿Qué podría llevarme?

Paternò suelta la pinza, suspira y se echa el pelo atrás con los dedos. En el rincón izquierdo de la tienda está el expositor con los pasteles, me lo señala con la palma de la mano hacia arriba. Voy a la pequeña vitrina, mis sandalias producen un débil golpeteo en el mármol del suelo. Es por culpa de un tacón roto si hoy estamos él y yo en los lados opuestos del mostrador. Me quedo parada frente a los variopintos colores de los rellenos como cuando era una cría.

—Una *cassata* para toda mi familia —digo señalando la más grande.

Él no contesta; sale de detrás del mostrador, se detiene, yo no doy un paso atrás. Mira el expositor, luego me mira a mí, vuelve a caminar y en un pispás ya ha sacado la *cassata* de la vitrina y la sostiene con las dos manos. De repente reconozco el olor de su piel, luego él se gira y vuelve a su sitio. La fuerza que me sostenía ahora se desvanece, como después de una larga carrera. Me tiemblan las rodillas por el esfuerzo mientras sigo sus gestos a cámara lenta: coge una caja de cartón, la coloca en el mostrador, mete el pastel dentro, la cierra con gestos minuciosos, saca papel con su apellido grabado, envuelve la caja, tira del cordel dorado de un carrete, lo corta con las tijeras, hace un nudo y riza las puntas ayudándose con la hoja. Gestos neutrales que no muestran nada escabroso, manos ajenas a la crueldad, las mismas que por la noche probablemente arropan a su hija. ¿Dónde está la furia, dónde están el desprecio y la arrogancia? ¿Es posible que el daño que me hizo lo haya traspasado sin dejar huella? Todas las palabras que habría querido decir se me atragantan, el hombre con quien peleé durante tanto tiempo solo existía en mis pesadillas, y este que tengo enfrente ni siquiera merece ser mi adversario.

Sentado en el taburete frente a la caja, finalmente veo lo que de verdad hay: me parece un hombre cansado, que ha envejecido mal, decepcionado, como todos, por el paso del tiempo. Él también ha perdido, él también es una víctima: de la ignorancia, de una mentalidad rancia, de una masculinidad que había que ondear, costara lo que costase, de leyes superadas por el tiempo y por la historia y sin embargo aún vigentes, al menos hasta hace poco. Tenía razón Maddalena, papá, no hay mujeres frágiles: solo es frágil quien está expuesto a la injusticia.

Miro el precio en el cartel que hay dentro de la vitrina y dejo el dinero al lado de la caja. Cojo el paquete en cuanto sus manos lo sueltan; cuando estoy a punto de salir me llega su voz.

—Aquel día no quisiste la *cassata*. ¿Estabas mintiendo?

Sus palabras se me clavan en la piel como las púas de un erizo, y por un momento vuelve a aflorar en él el otro, ese que me avergonzaba con solo mirarme, pero sé que no puede hacerme daño

porque ya no soy su víctima. El tono de la voz es arrogante, como entonces, pero la pregunta va en serio: quiere que yo, en persona, le diga si es culpable o no. Con el dictamen del tribunal no ha tenido bastante; me pide que lo juzgue, ahora, al cabo de veinte años, en la pastelería que su padre le ha dejado en herencia.

Me acerco al mostrador, él se ha levantado y me mira a los ojos desde el otro lado; de los dos, él es ahora el más débil.

—No tengo que rendir cuentas a nadie de lo que quiero —contesto sin achicarme. Las reglas del rescate son las más complicadas: las descubres solo cuando ya estás libre.

—¿Por qué has venido aquí entonces?, —insiste elevando poco a poco el tono de voz, que sin embargo se tiñe de inquietud, como si yo fuera a castigarlo—. ¿Para decirme que has hecho bien rechazando todo lo que te ofrecía? ¿Qué has ganado con eso?

Sus gritos no me asustan: no es alguien que me persiga; solo es un hombre que ni siquiera ha comprendido bien su culpa. Muy calmada, como si estuviera pasando un examen con la profesora Terlizzi, pronuncio alto y claro las palabras porque me sé bien la respuesta:

—He venido a comprar con el dinero de mi sueldo lo que tú, un día de hace ahora muchos años, querías darme por la fuerza. ¿Qué he ganado? La libertad de decidir por mí misma.

Levanta las cejas y no contesta. Parece sinceramente sorprendido, como ante un asunto que nunca había considerado: la posibilidad de tener que aceptar un rechazo.

De la puerta de la pastelería nos llega el pataleo de unos pies infantiles.

—Buenos días, señora maestra —suelta una vocecita a mis espaldas. Los dos damos un brinco.

—Hola, Marina —le digo con una sonrisa—. Que tengas un buen domingo.

Me inclino hacia ella, le paso una mano por el pelo y salgo a la calle. Cruzo la plaza sujetando el paquete con las dos manos, otras alumnas mías me saludan y sus madres también, unos ancianos se quedan mirando, sorprendidos al verme salir de la pastelería de Paternò. Una ráfaga de viento mueve el aire cargado de calor y yo aprieto el paso, voy andando a toda prisa por la calle principal, luego cojo la vía que lleva al mar y empiezo a correr, bajando a la

carrera. Las reglas de la marcha siempre son las mismas, nunca cambian, y yo continúo mi camino, brazos, piernas y corazón, respiro por la boca con las mejillas ardiendo, el pelo revuelto por el viento, la nuca húmeda por el sudor, hasta ver a lo lejos los edificios nuevos y el coche de Cosimino aparcado cerca de mi casa. Doña Carmelina se asoma a la ventana.

—Ya han subido todos —me dice sonriendo. Yo me dirijo rápida hacia la entrada, pero ella vuelve a llamar mi atención—: Espera, Oli. Hace un rato el cartero te ha traído esto. —Y me entrega un sobre sin remitente. Lo meto en el bolso y me precipito escaleras arriba, subiendo los peldaños de dos en dos, toco el timbre, la puerta se abre y ahí estás tú.

79

Abro la puerta y ahí estás tú; traes un paquete que lleva grabado el nombre de la pastelería. ¿Por qué has querido que también estuviera él con nosotros hoy? Será que hay cosas que dejan poso, incluso las que nos han hecho daño, me digo. Saro sale a tu encuentro, te quita la caja de las manos y te pregunta algo con la mirada, tú entornas los ojos y ladeas la cabeza. Él sonríe, apoya los labios en tu pelo y va hacia la cocina. Sacas de una bolsa de la compra un ramo de margaritas algo mustias. Las meto en un jarrón en el cuarto de estar, al lado de las que te he traído yo de mi jardín.

Tu madre te echa los brazos al cuello y tú la dejas hacer; cuando te suelta, saludas a Mena y a Cosimino.

—¿Y Lia?, —preguntas—. ¿No la habéis traído?

Mena señala el balcón y solo entonces ves a tu sobrina asomada a la barandilla, mirando el mar.

—Hijos pequeños, problemas pequeños; hijos mayores, problemas mayores —se lamenta Mena—. Créeme, Oli, de repente ha crecido y ya no la reconozco. Hasta hace un año era una niña obediente, ¿verdad? Pues ahora ni siquiera me contesta cuando le hablo. Como regalo para su cumpleaños ha pedido ese trasto infernal para escuchar música que vale un ojo de la cara, y su padre ha querido complacerla, faltaría más. Se pasa los días encerrada en su habitación con el dichoso cacharro en los oídos. Nosotras escuchábamos música juntas, bailábamos, charlábamos… Eran tiempos mejores los nuestros. ¿Te acuerdas de cómo éramos nosotras a los quince años, Oli?

Tú sueltas un suspiro y te vas fuera, a ver a tu sobrina en el balcón: recuerdas perfectamente cómo eras tú a los quince años. Ella se vuelve, pero no te da un beso como cuando era pequeña. Le pones una mano en el hombro y así os quedáis hasta que se acerca tu madre a avisar de que ya han llegado los demás invitados.

Fortunata va muy arreglada y sonríe: por fin el nombre que le

pusimos le queda como un guante. Su marido y ella llevan cada uno un niño de la mano, el tercero está en el cochecito. Traen dos bolsas llenas de productos de la fábrica: mermeladas, latas de aceite, tomates en conserva.

—Estos se embotellan en mi sección —proclama tu hermana orgullosa.

Los demás charlan y no paran, pero hablar no es lo mío. Nunca solté por esta boca todo lo que quería decirte, pero puede que mis palabras te llegaran igualmente. Me asomo al balcón, cerca de mi nieta, y miro el mar, que siempre se mueve y nunca se queda quieto. Nosotros dos podemos ahorrarnos las palabras: ella tiene su música y yo mi silencio. Al final va a ser que, de toda la familia, esta chiquilla es la que más se parece a mí.

Cuando Saro nos avisa de que todo está listo echamos un último vistazo a la mezcla de olas azules y espuma blanca y luego entramos en el comedor, donde tú nos indicas los asientos que has elegido para nosotros: Lia sentada entre sus padres, tú al lado de tu marido y yo en la otra punta. Nos miras, uno por uno, sentados a tu mesa: sonríes.

80

Os miro, uno por uno, sentados a mi mesa: este es el día de mi graduación, es mi fiesta de pedida, es mi primer sueldo, mi banquete nupcial. No se trata de una recompensa, solo de una presencia después de muchas ausencias. Tomar la palabra después de haber cabalgado el silencio, recuperar el aliento después de haber corrido tanto sin mirar atrás. Está llena de gente esta mesa, incluidos los ausentes. Está Maddalena, está Liliana, está Calò, incluso está Sabella; están las chicas que han quemado sus sostenes en la calle, las mujeres que ahora se sientan en el Parlamento y las que están en su casa preparando la comida, las que aguantan bofetadas y sienten vergüenza, las que se casan solo por interés, las que dan que hablar por ser unas frescas, las que se han empeñado en estudiar y las que aún no saben nada, y tampoco falta doña Carmelina, que aquella noche limpió la acera para que yo me fuera al altar con el vestido inmaculado.

Los hijos de Fortunata enredan por casa; el padre, Armando, los persigue amenazando con castigarlos, pero yo dejo que hagan de las suyas. No sé si habrá más niños llenando estas habitaciones. Cosimino y Saro parecen criaturas, como cuando jugaban juntos de pequeños, Armando intenta conversar contigo, papá, desafiando tu silencio. Te habla de la fábrica, de los turnos, de los salarios. Tú asientes con la cabeza y te quedas esperando a que acabe. Mamá y Fortunata intercambian chismes con Mena.

Lia ha vuelto a refugiarse en el balcón, en el mismo rincón donde suelo sentarme yo. Ha metido la punta del dedo índice en uno de los orificios del casete y le va dando vueltas.

—Es para ahorrar pilas —me informa, aunque no se lo haya preguntado. Me siento a su lado e intento iniciar una conversación.

—Cuando eras pequeña…

Pero ella no me deja continuar.

—No me cuentes lo mismo que mi madre; ella aún me trata

como si fuera una niña y tiene reglas para todo. Tú has hecho tu vida, sin preocuparte por el qué dirán, eres distinta de los demás. Yo también quisiera huir de todo a veces: irme de casa, del pueblo, de Sicilia, lo mismo que has hecho tú.

Del mar nos llega una ligera brisa y de repente siento un escalofrío.

—Te equivocas, Lia. Yo quería ser igual que mis amigas; lo habría dado todo por no destacar.

Lia deja de darle vueltas a la cinta, se aparta el flequillo, que le molesta, y me mira asombrada. No se parece a sus padres ni a nadie de la familia; tiene un encanto muy peculiar.

—Tú siempre me has servido de ejemplo —confiesa decepcionada—. ¡Tú te rebelaste!

Le quito de las manos el casete y acabo el trabajo en su lugar.

—¿Sabes cuántas veces habría querido hacer lo mismo con mi vida? Rebobinar la cinta y volver a empezar de cero, pero de otra manera…

Lia se aprieta un grano debajo del flequillo.

—¿Me estás diciendo que te has arrepentido?

—Hay algunos noes que son pan comido, y otros que tienen un precio muy alto. El mío lo he pagado entero, y conmigo, mi familia. Durante mucho tiempo me sentí sola, juzgada, equivocada, aunque hoy sé que tenía razón y que bien está lo que bien acaba. Pero esta es mi historia, y cada cual tiene la suya, un poco como pasa con las canciones. —Sonrío y le devuelvo el casete—. A ti, por ejemplo, ¿qué música te gusta?

Lia se mordisquea la uña del dedo índice y se queda callada, como si estuviera pensando en otra cosa; al rato sonríe, dejando que asomen los aparatos metálicos que lleva en los dientes.

—Un amigo mío me ha grabado esta cinta. —La señala, la mete en el *walkman*, pulsa un botón y me alcanza los cascos.

—¿Y qué tal es ese amigo tuyo? ¿Te gusta?, —le pregunto mientras empieza a sonar una pieza romántica en inglés.

Lia muestra la palma de las manos y levanta las cejas.

—Aún no sé si me gusta. Hace falta tiempo para saberlo.

—Te has puesto colorada. ¡Tienes novio!, —le digo en broma.

—¿Qué estás diciendo, tía Oliva? Si solo tengo quince años…

Ya se ha hecho de noche cuando cerramos la puerta y las voces y las risas se marchan escaleras abajo.

—Ven a la cama —propone Saro—. Recogemos mañana con calma.

Todo está patas arriba, pero no me importa que por una noche nuestra rutina haya cambiado.

—Enseguida voy —le prometo, y oigo sus pasos que se van hacia el dormitorio.

Quito los platos de la mesa, los amontono y los llevo a la cocina, luego voy a por las copas y los cubiertos. Recojo el mantel tirando de una punta y se queda hecho un ovillo en mis manos. «No hay que dejar migas en la mesa, que vienen los muertos», decía mamá. «Mejor los muertos que los vivos», contestabas tú, papá.

Cuando ya todo vuelve a estar en su sitio, salgo al balcón y me siento en el rincón donde hace solo unas horas estaba Lia; abro el periódico que he comprado esta mañana en el quiosco y leo: «Derogados los artículos 544 y 587 del Código Penal. Italia se despide del matrimonio reparador y del delito de honor». Sigue una entradilla corta, donde destacan las palabras *barbarie, código Rocco, modernización, homicidio, sur, bodas*. Luego, entre los nombres de los promotores del proyecto de ley, leo: «Diputada Liliana Calò, comunista».

Me apoyo en la barandilla, las luces en casa de doña Carmelina están apagadas y de pronto me viene a la cabeza el sobre que metí en el bolso. Vuelvo dentro, dejando abiertos los postigos del balcón para que el aire del mar inunde toda la casa. Saro ya está dormido; apago la luz y voy al comedor.

En la carta, solo mi nombre y la dirección. Reconozco la letra. Cojo el abrecartas que está en el escritorio y desgarro el sobre, veo una cartulina de contornos blancos y, en el centro, una imagen en blanco y negro. En la penumbra me cuesta un poco enfocarla, pero de repente ahí está: una chiquilla morena con los ojos negros como olivas y el pelo revuelto, las rodillas llenas de rasguños y la expresión hosca. Doy la vuelta a la lámina y leo: «He mantenido la promesa que hice en su día. Liliana».

Miro la foto y es como mirarme en un espejo. Aún soy la chiquilla que corre como una liebre, sin mirar atrás, que conoce la forma secreta de las nubes y que busca respuestas en los pétalos de

las margaritas.

Me quiere, no me quiere.

Me quiere, no me quiere.

Me quiere.

NOTAS

Las estrofas «*Nessuno, ti giuro…*» y «*Perché questo amore…*» pertenecen a la canción *Nessuno*. Letra de Antonietta de Simone y música de Edilio Capotosti y Vittorio Mascheroni. © 1959 Sugarmusic S.p.a. Reservados los derechos mundiales en todos los idiomas. Reproducidas por amable concesión de Hal Leonard Europe S.r.l., *owner buy out* Sugarmusic S.p.a.

Las estrofas desde «*Non arrossire…*» a «*Ma ferma il tuo cuore…*» pertenecen a la canción *Non arrossire*. Letra de Maia Monti y Giulio Rapetti Mogol y música de Giorgio Gaberscik y Davide Pennati. © 1960 Universal Music Publishing Ricordi S.r.l. Reservados los derechos mundiales en todos los idiomas. Reproducidas por amable concesión de Hal Leonard Europe S.r.l., *owner buy out* Universal Music Publishing Ricordi S.r.l.

Los versos «Mírame, mamá…» se inspiran en el poema «Lettera a una madre» de Alba de Céspedes, de *Le ragazze di maggio*, Mondadori, Milán, 1970. © 2015, Mondadori Libri, S.p.A., Milán.

La cita «Nadie sabe qué pasará…» pertenece a *Anna dai capelli Rossi* (*Ana la de Tejas Verdes*), de Lucy Maud Montgomery, Giunti, Florencia, 2013.

La canción «*Renato, Renato, Renato…*» es *Renato*, de Alberto Testa y Alberto Cortez.

Las estrofas de «*Donatella è uscita…*» a «*Donatella era una…*» pertenecen a la canción *Donatella*. Letra de Donatella Rettore y música de Claudio Rego. © 1981 Universal Music Publishing Ricordi S.r.l. / Senso Unico, S.n.c. Reservados los derechos mundiales en todos los idiomas. Reproducidas por amable concesión de Hal Leonard Europe S.r.l., *owner buy out* Universal Music Publishing Ricordi, S.r.l.